

EL
MISTERIO
DE
WRAXFORD HALL

JOHN HARWOOD *Se*

Londres, década de 1880. La joven Constance Langton crece en un entorno familiar marcado por un padre distante y una madre en perpetuo luto por el hijo muerto. Tras acudir a una sesión de espiritismo con trágicas consecuencias, Constance se queda sola y lo único que recibe es una misteriosa herencia: la lúgubre mansión de Wraxford Hall, envuelta en una leyenda maldita.



John Harwood

El misterio de Wraxford Hall

ePub r1.0

Ariblock 24.11.13

Título original: *The Seance*
John Harwood, 2008
Traducción: José Calles Cales

Editor digital: Aribblack
ePub base r1.0



Para conseguir que se manifieste un espíritu, cójanse unos veinte metros de delicada gasa de seda y, al menos dos metros, anchos y muy transparentes. Lávense cuidadosamente y escúrranse siete veces. Prepárese después una solución con un bote de pintura fosforescente Balmain, medio vaso de barniz Demar, un vaso de bencina inodora y cincuenta gotas de aceite de lavanda. Empápese a conciencia el tejido mientras permanezca líquido y, después, déjese secar durante tres días. Lávese después con un jabón de naftalina hasta que se haya ido el olor y el tejido quede perfectamente suave y flexible. En una habitación oscura, el tejido parecerá como un vapor suave y luminoso.

Revelaciones de una médium (1891).



Primera parte

Narración de Constance Langton

Enero de 1889

Si mi hermana Alma hubiera vivido, yo jamás habría comenzado a asistir a sesiones de espiritismo. Murió de escarlatina, poco después de su segundo cumpleaños, cuando yo tenía cinco años. Sólo recuerdo fragmentos de los días anteriores a su muerte: mamá bailando con Alma sobre sus rodillas, y cantando como jamás volvería a cantar, y yo leyéndole en voz alta la cartilla a mamá mientras ella balanceaba la cuna de Alma con el pie; y también me recuerdo caminando hasta el Foundling Hospital junto a Annie, nuestra niñera, mientras ella empujaba el cochecito de la niña y yo iba aferrada a él. Recuerdo haber llegado a casa después de uno de aquellos paseos y que me permitieron cuidar de Alma junto a la chimenea del salón, y sentir el calor de las llamas en mis mejillas mientras la sujetaba en mis brazos. Recuerdo también —aunque tal vez sólo me lo contaron— haber estado tumbada en mi camita y temblar, mirando por la ventana, que parecía muy pequeña y muy lejana, y oír el sonido de la lluvia al caer, amortiguado, como si lo oyera a través de una tela de algodón.

No sé cuánto duró mi enfermedad, pero en mi memoria parece como si me hubiera levantado y hubiera encontrado la casa envuelta en tinieblas, y como si mi madre se hubiera tornado irreconocible. Estuvo encerrada en su habitación durante muchos meses, a lo largo de los cuales sólo se me permitieron breves visitas. Las cortinas siempre estaban echadas; a menudo parecía que mamá ni siquiera era consciente de que yo estaba allí. Y cuando finalmente se incorporó y salió de su habitación —parecía una anciana, con el pelo lacio y escaso—, aún permanecía hundida en su insondable dolor. Algunas veces me hacia llamar, y después parecía que no supiera por qué me encontraba allí, como si hubiera acudido a su llamada la persona equivocada. Cualquier cosa que me atreviera a decirle se estrellaba contra aquella gélida indiferencia, y si me sentaba en silencio a su lado, comenzaba a sentir el peso de su amargura sobre mí hasta el punto de creer que me asfixiaba.

Me gustaría poder decir que mi padre también sufrió, pero si fue así, yo no vi ninguna señal que lo demostrara. Su conducta para con mamá fue siempre cortés y atenta, muy parecida a la del doctor Warburton, que solía visitarnos de tanto en tanto y se iba de casa meneando tristemente la cabeza. Papá nunca estuvo enfermo, ni enojado, ni abatido, y gritó el mismo número de veces que apareció en público sin tener perfectamente enceradas las puntas de su bigote. Algunas veces, por la mañana, después de que Annie me hubiera dado la leche con pan, subía las escaleras y observaba a papá y a mamá a través de la abertura de la puerta del salón.

—Espero que estés un poco mejor hoy, querida —solía decir papá.

Y mamá parecía despertar fatigadamente de su ensoñación y decía que sí, que suponía que sí, y entonces papá volvía a la lectura de su *The Times* hasta que se hacía la hora de ir al British Museum, donde constantemente trabajaba en su libro. La mayoría de los días cenaba fuera, y los domingos, cuando estaba cerrado el museo, trabajaba en su estudio. No iba a la iglesia porque estaba muy ocupado con su obra, y mamá tampoco iba porque nunca se encontraba lo suficientemente bien. Así que todos los domingos Annie y yo íbamos juntas y solas a St George.

Annie solía explicarme que mamá sufría tanto porque Dios se había llevado a Alma al Cielo, lo cual, en mi opinión, era extremadamente cruel por parte del Señor. Pero si Alma era feliz, y nunca más volvería a estar enferma, y podríamos estar juntas de nuevo algún día... ¿por qué mamá se encontraba tan terriblemente abatida? Porque adoraba a Alma, me contestaba Annie, y no había soportado separarse de ella; pero cuando pasara el luto, mamá recuperaría el ánimo. Mientras tanto, y una vez que mamá fue capaz de salir de casa, lo único que podíamos hacer era acompañarla al único lugar al que acudía siempre, el cementerio que había cerca del Foundling Hospital, y poner flores recién cortadas en la tumba de Alma. Yo me preguntaba por qué Dios había dejado el cuerpo de Alma allí y se había llevado sólo su espíritu, y me preguntaba también si Él podría arreglar el alma que se le había roto a mamá, pero Annie evitó responder a mis preguntas diciendo que ya lo comprendería todo cuando fuera mayor.

Annie tenía el pelo moreno, muy estirado hacia atrás, y ojos oscuros, y una manera de hablar muy dulce. Yo pensaba que era muy hermosa, aunque ella me aseguraba que no. Había nacido en un pueblo de Somerset, donde su padre era picapedrero, y tenía cuatro hermanos y tres hermanas; además, otros cinco hermanitos suyos habían muerto cuando eran aún muy pequeños. Cuando me lo contó, yo imaginé que su madre probablemente se habría sentido muchísimo más apenada que la mía. Pues no: según Annie, su madre no había tenido tiempo para lutos; había estado demasiado ocupada cuidando al resto de los chiquillos. Y no: ellos no habían tenido ninguna niñera; eran demasiado pobres. Sin embargo, las cosas habían mejorado mucho últimamente, porque tres de sus hermanos se habían alistado en el ejército y sus dos hermanas mayores habían entrado a servir de criadas, como ella, y todos (excepto uno de los hermanos, que andaba con malas compañías) podían enviar dinero a su madre.

Siempre que hacia buen tiempo, Annie y yo salíamos a dar un paseo por la tarde. Nuestra casa estaba en Holborn, y durante aquellos paseos a veces nos detenímos en el Foundling Hospital^[1] para ver jugar a las niñas hospicianas, con sus baberos blancos y sus batas de estameña marrón. Aquel lugar parecía tan enorme como un palacio, con su avenida de farolas y más ventanas de las que yo podía contar, y había una estatua de un ángel en la entrada. Los hospicianos, eso me decía Annie (porque tenía una amiga, que era también criada y que había estado allí cuando niña), los hospicianos, en fin, eran niños a los que sus madres habían dejado allí cuando eran bebés, bien porque fueran demasiado pobres o porque estuvieran demasiado enfermas para poder ocuparse de ellos. Y efectivamente, para aquellas madres era muy triste tener que abandonarlos, pero al fin y al cabo los hospicianos iban a gozar de una vida mucho mejor en el Hospital. Todos los bebés se encorocaban a buenas familias del campo, hasta que cumplían los cinco o seis años, y después regresaban al Hospital para su escolarización. Comían carne tres veces a la semana, y los domingos, asado de ternera, y cuando ya eran lo suficientemente mayores, los chicos ingresaban en el ejército y las chicas se colocaban como doncellas al servicio de las damas.

A mí me interesaba saberlo todo acerca de aquellas madres que habían entregado a sus bebés al hospicio; después de todo, la madre de Annie había sido muy pobre, pero había conservado a todos sus hijos en casa. Annie parecía un poco renuente a contestarme, pero en alguna ocasión me dijo que la mayoría de los hospicianos estaban allí porque los padres se habían marchado y habían abandonado a las madres a su suerte.

—Así que... si papá se va... —preguntaba yo—, ¿me enviarán a un hospicio?

—Por supuesto que no, mi niña —contestaba Annie—. Tu papá no se va a ir a ninguna parte, y yo estaré aquí para cuidarte. Además, tú ya eres demasiado mayor para entrar en un hospicio.

Aquella tarde, un poco después, mientras nos encontrábamos bajo el ángel, observando a los niños hospicianos que jugaban en la parte correspondiente de su patio, Annie me contó la historia de su amiga Sara, cuya madre la había abandonado en el Hospital porque el padre se había marchado antes incluso de que ella naciera. Sara había conservado el apellido de su madre, Baker, pero no recordaba nada de ella; en cambio, había crecido adorando a la mujer que la cuidó, una tal señora Garrett, de Wiltshire, y había llorado todo lo que se puede llorar cuando tuvo que regresar al Foundling Hospital para ir a la escuela. El señor y la señora Garrett se habrían quedado con Sara encantados, porque todos sus hijos habían muerto, pero eran muy pobres y el Hospital no podía pagarles por cuidar a Sara una vez que la niña alcanzara la edad de ir a la escuela. Si: a veces se permitía que las señoras del campo se quedaran con los niños a los que cuidaban, pero sólo si podían demostrarle al Foundling Hospital que contaban con suficiente dinero como para ocuparse de ellos adecuadamente; del mismo modo, las madres que habían tenido que dejar allí a sus hijos podían volver y recogerlos si la fortuna volvía a sonreírles.

Creo que yo tenía alrededor de seis o siete años cuando se me ocurrió por primera vez que yo también podría ser una hospiciiana. Ello explicaría que viviéramos tan cerca del Foundling Hospital; habíamos vivido en el campo antes de que naciera Alma, aunque yo sólo tenía recuerdos difusos de aquel tiempo, y Annie no podía resolver mi duda, puesto que vino a vivir con nosotros después de que nos trasladáramos a Londres. Por supuesto, yo podría haber sido otro tipo de huérfana: Annie me había dicho que había otros hospicios (y me miró de un modo muy extraño cuando le pregunté si podíamos ir a verlos). Yo había oído hablar también de bebés que habían sido abandonados en las escaleras de las casas, en canastillas: podría haber sido uno de esos. Tal vez mamá había tenido otros niños que habían muerto y entonces me habrían adoptado a mí, puesto que era huérfana, y habían decidido quedarse conmigo. Y entonces el Señor les había concedido después a Alma... aunque esta teoría conseguía que todo el asunto resultara doblemente inexplicable: si Dios era un Dios tan misericordioso —tal y como decía el señor Halstead en sus sermones dominicales—, ¿por qué se la había arrebatado tan pronto? ¿Es que había pretendido Dios probar la fe de mi madre, como hizo con Job? «Dios te lo da, y Dios te lo quita», había dicho el paciente Job. «Bendito sea el nombre del Señor»^[2].

Yo no podía entenderlo; sin embargo, mis sospechas echaron raíces y crecieron. Ello explicaba por qué mamá había querido a Alma mucho más que a mí, y por qué yo nunca pude consolarla, e incluso por qué no la quise tanto como debería, tal y como llegué a intuir con un profundo sentimiento de culpa. Aunque constantemente rogaba a Dios que le devolviera a mi madre la felicidad, temía quedarme a solas con ella en el oscuro salón en el que pasaba sus días. Yo me sentaba en el sofá junto a ella, como si estuviera haciendo labor o fingiendo leer, y sintiendo como si un corsé de plomo se fuera estrechando lentamente en torno a mi pecho, al tiempo que me repetía silenciosamente a mí misma que yo sólo era una hospiciiana, y que ella no era mi madre. «Soy una hospiciiana; y ella no es mi madre». Lo repetía una y otra vez hasta que me daba permiso para irme, y entonces me reprochaba amargamente haber buscado su comprensión. De hecho, todo lo que sentía por mi madre se reducía a un sentimiento de culpabilidad; incluso me sentía culpable por estar viva, porque yo sabía que ella habría preferido que yo hubiera muerto y Alma hubiera vivido. Pero finalmente, no me

habían devuelto al Foundling Hospital, y puesto que papá y ella habían decidido no decirme que yo era una hospiciiana, entendí que no estaría bien preguntarles acerca de ello.

Intenté abordar la cuestión con Annie por todos los medios, pero, por alguna razón, ella jamás pareció darse por enterada, y cuanto más intentaba yo llevar nuestra conversación hacia el asunto de los hospicios, más parecía apartarse ella, hasta que repentinamente y sin previo aviso se acabaron nuestros paseos hasta el Foundling Hospital: siempre era «la semana que viene» u «otro día». Una vez le pregunté si pensaba que yo era culpable de que Alma hubiera muerto, y me aterrorizó la vehemencia de su negativa; me preguntó furiosa quién me había metido esas ideas en la cabeza. Pero... ¿y si mamá y papá no le habían dicho a Annie toda la verdad sobre mí? Ella seguramente pensaría que yo era muy mala por imaginar semejante cosa, pero yo nunca estuve lo suficientemente segura de hasta qué punto podía creer lo que me decía respecto a mi pasado.

Mientras Annie estuvo conmigo, siempre había algo que me obligaba a mirar hacia el futuro. Ella tenía amigas que eran niñas y que llevaban a los niños a jugar a la plaza, y yo me unía a sus juegos y corría con ellos, y me reía, y olvidaba que era una hospiciiana. Pero cuando escuchaba sus conversaciones sobre sus hermanos y sus hermanas, sus tíos y tías, y sus primos, y sus abuelas, recordaba que yo no había visto jamás a ninguno de mis parientes. Cuando fui mayor, supe que papá tenía una hermana viuda en Cambridge, que no nos visitaba porque mamá no se encontraba bien, y que mamá tenía un hermano pequeño llamado Frederick, a quien no había visto desde hacía muchos años. No tenía abuelos vivos, porque papá y mamá ya eran un poco mayores cuando se casaron; el padre de mamá había estado enfermo durante mucho tiempo, y ella se había tenido que quedar en casa para cuidarlo hasta que casi tuvo cuarenta años.

Jamás se me ocurrió pensar que Annie y yo no permaneceríamos juntas indefinidamente. Pero cuando cumplí los ocho años, me llevó a su habitación y me sentó en su cama, me rodeó con sus brazos y me dijo que pronto tendría que ir a la escuela de la señorita Hale, que se encontraba muy cerca de nuestra casa. La pobre Annie estaba intentando que aquello pareciera una agradable sorpresa, pero yo podía notar la tristeza en su voz. Entonces me confesó que nos dejaba; papá había decidido que yo ya era demasiado mayor para tener una niñera, y que Violet, la doncella, podría ocuparse de mí a partir de entonces. A mí no me gustaba Violet: era gorda, y tenía las manos frías, y olía como la ropa sucia que lleva demasiado tiempo en el cesto. En vano le rogué a papá que permitiera quedarse a Annie; me dijo que teniendo en cuenta los honorarios de la señorita Hale, no podíamos permitirnos el lujo de mantener a Annie. Yo le dije que no necesitaba ir al colegio, y que podría aprender todo lo que precisaba en los libros, y así Annie no tendría que marcharse; pero no hubo manera. Si me quedaba en casa, necesitaría una institutriz, lo cual sería aún más caro. Y no: Annie no podía ser mi institutriz porque no sabía nada de francés, ni de historia, ni de geografía, ni de ninguna de las cosas que yo aprendería en la escuela.

Aunque acudí al colegio de la señorita Hale decidida a odiar todo lo que significaba aquella escuela, no estaba preparada para resistir el terrible aburrimiento de las clases. En casa nadie había supervisado mis lecturas, porque Annie no sabía nada de libros y difícilmente podía leer una cartilla. Papá mantenía su estudio cerrado con llave, pero no la biblioteca que había en la puerta de al lado, en una habitación no más grande que una alcoba, y que era para mí una mina de oro en la que tácitamente

se me permitía la entrada, en tanto en cuanto cada libro fuera devuelto a su lugar exacto antes de que papá regresara a casa. Y así me acostumbré a leer libros que apenas comprendía, confundiendo sonidos y significados de palabras desconocidas con la ayuda del diccionario del doctor Johnson^[3]. Bien al contrario, en la escuela todo lo tenía que aprender a fuerza de repetirlo mil veces, excepto las interminables sumas de aritmética, las cuales me resultaban tan inútiles como difíciles. Y, de nuevo, al convivir con las otras niñas de mi clase, me percaté de mi falta de hermanos y hermanas y parientes. En la escuela apenas podía hablar acerca de los libros que leía y pronto descubrí que un conocimiento prematuro de las obras de Shelley y de Byron no era algo de lo que se pudiera presumir^[4].

Y a pesar del aburrimiento, se puede decir que el colegio de la señorita Hale representaba un verdadero alivio frente a la oscuridad en la que se había sumido mi madre. En vez de tomar el té con Annie en la habitación de los juegos, ahora tenía que reunirme con mamá en el salón y sentarme a la mesa y entablar una conversación forzada... la mayoría de las veces sobre lo que había aprendido aquel día en la escuela. Y después nos quedábamos sentadas en silencio en el salón: mamá, bordando mecánicamente o con los ojos clavados en la chimenea, con la mirada perdida, mientras yo daba puntadas en mi propia labor y observaba el lento tic tac del reloj que había sobre la repisa de la chimenea, contando cuartos de hora tras cuartos de hora, hasta que podía huir a mi cama, en la buhardilla, donde podría leer hasta que la vela se agotara.

En mi segundo año en el colegio de la señorita Hale gané un premio de lectura: un libro de los mitos griegos con maravillosos dibujos. Las historias que más me gustaban eran la de Teseo y Ariadna, la de Orfeo y Eurídice y, especialmente, la de Perséfone en el inframundo. Todo lo que guardara alguna relación con el inframundo me fascinaba... Solía imaginar que el inframundo se encontraba precisamente bajo el suelo de la cocina y que podría encontrar las escaleras para descender al Hades... si fuera lo suficientemente fuerte como para levantar una de las losas. Yo tenía una caracola en la que podía escuchar el sonido del mar, lo cual siempre me reconfortaba: así que podía leer mi libro y ver los dibujos al tiempo que escuchaba las olas del mar e imaginar mis propias historias de Perséfone en el Hades. Seis granos de granada no parecían ciertamente un pecado muy grave^[5]. Papá me explicó algún tiempo después que en realidad se trataba de una historia sobre las estaciones y sobre las semillas que esperan bajo tierra a que llegue la primavera —eso era lo que había dicho un erudito de Cambridge—, pero todo aquello me parecía trillado y aburrido, y no explicaba las cuestiones más interesantes, como la historia del barquero Caronte, y Cerbero con sus tres cabezas, y Hades con su casco de la invisibilidad, con el cual podía subir al mundo superior sin que lo vieran...

Extrañamente, quizás, las almas de los muertos no desempeñaban ningún papel en mi inframundo. Era un lugar misterioso, lleno de galerías y secretos, oscuro y sombrío, y en cierto modo, cautivador, por el cual yo podría vagar libremente si conseguía encontrar la entrada. Una vez soñé con una gruta en la que encontraba un cofre profusamente tallado y lleno de oro y plata y piedras preciosas, y cuyo fulgor iluminaba la cueva cuando lo abría; esta historia formaba parte de mi inframundo imaginario junto con su versión contraria, una caja vulgar de madera que parecía vacía al principio y que, cuando la mirabas bien, la oscuridad comenzaba a derramarse por los lados en forma de una niebla oscura y gélida, y a inundar el suelo empedrado de la cueva. También soñaba con los campos de asfódelos^[6], alfombradas con flores de riquísima púrpura —o así las imaginaba yo—, y cuando me cansaba de los túneles, podía ascender a los Campos Elíseos, donde el sol brillaba siempre y la música jamás cesaba.

De todos modos, en mi casa, mi hermana muerta siempre estaba con nosotros. Mamá había hecho un santuario de la habitación de Alma. Era una pequeña cámara abierta a su propio dormitorio, y allí conservaba todo como si Alma pudiera reaparecer en cualquier momento: la sábana doblada, su muñeca de trapo favorita sobre la almohada, su camisón extendido, un ramito de flores en un vaso sobre la cómoda... La puerta estaba siempre abierta, pero nadie salvo mamá podía cruzar aquel umbral; mamá se ocupaba personalmente de limpiarlo y disponerlo todo, lo cual resultaba perfecto para Violet, porque era muy perezosa y no le gustaba nada subir las escaleras. Violet dormía en una habitación de la buhardilla, como yo, pero al otro lado del rellano; algunas veces, por la noche, yo podía oír sus resoplidos cuando subía las escaleras para irse a la cama. Ahora me pregunto por qué estaría esa mujer durante tanto tiempo con nosotros... si nuestra casa tenía tantas escaleras que apenas se podía ir a cualquier parte sin que se tuvieran que subir al menos dos tramos de escalones.

Aparte de Violet, sólo contábamos con la señora Greaves, la cocinera, que hacía su vida por entero en la planta de abajo. La señora Greaves era viuda, tenía el pelo gris y era corpulenta y con el rostro colorado, como Violet; pero mientras Violet temblaba como una crema de vainilla embutida en sus ropas, la señora Greaves era tan redonda y tan firme como un barril. Aunque la cocina tenía sólo un lúgubre ventanuco que se abría a un patio al nivel de la calle, era el lugar más iluminado y cálido de la casa, porque la señora Greaves mantenía la luz de gas abierta tanto como daba de sí, y en invierno apilaba tanto carbón en los fogones que se podía ver el resplandor rojo latiendo por debajo de las ranuras de la puerta. La señora Greaves impartía las órdenes a Violet, y esta las ejecutaba lentamente y con desgana, pero obedecía de todos modos. No teníamos lavandería; la ropa blanca la enviábamos a una lavandera externa.

Aparte de la habitación de Alma, mamá no prestaba más atención al mantenimiento de la casa que a cualquier otra cosa, e imagino que papá tampoco debía de saber cuánto nos costaban el gas y el carbón, o al menos no le importaba tanto como para permitir que ello afectara a su tranquila existencia. La señora Greaves dormía en una pequeña habitación, detrás de la despensa, abierta a un patio oscuro y húmedo, de muros altos. El comedor y los salones estaban en la segunda planta; papá tenía el primer piso sólo para él, con la biblioteca, que daba a la fachada, su estudio en el centro, y después su dormitorio, con baño en el rellano, así que nunca se veía precisado a subir más arriba; al menos, yo nunca lo vi subir. Los dormitorios de mamá y de Alma estaban en la siguiente planta, junto con la habitación que había sido de Annie; y más arriba, las buhardillas. Mi pequeña habitación daba al este y a menudo, en invierno, las tardes del domingo, yo subía y me metía en la cama buscando el calor e intentaba perderme en aquel mar de tejados de pizarra y ladrillos ennegrecidos que se extendía hasta la gran cúpula de San Pablo, pensando en todas las vidas que transcurrían tras aquellos infinitos muros.

Siempre me había gustado la señora Greaves, pero mientras tuve a Annie para hablar por mí, yo me había mostrado siempre demasiado tímida para decir algo más que «sí», «no» o «gracias». Y durante mucho tiempo después de que Annie nos hubiera dejado, la eché demasiado de menos como para

desear la amistad de nadie más. Pero a medida que fueron transcurriendo los meses, la luz y el calor de la cocina me fueron arrastrando hacia allí, especialmente los sábados, cuando Violet tenía su día de descanso. Al principio simplemente me sentaba en un taburete y miraba; después, poco a poco comencé a ayudar, hasta que me convertí en una experta peladora de patatas y en una eficaz batidora de cremas y masas. En alguna ocasión incluso se me permitía abrillantar la plata, lo cual era para mí un gran privilegio; desde cualquier punto de vista, me parecía que la vida de un criado era con mucho preferable a la vida de una dama.

—Creo que me gustaría ser cocinera cuando sea mayor —le dije a la señora Greaves una tarde de invierno.

Había estado lloviendo durante todo el día y, por encima del suave crepitar de los fogones, se podía oír el borboteo del agua en el sumidero del patio.

—Eso puede decirlo usted aquí, señorita —replicó—, pero la mayoría de las cocinas no son así. Muchas cocineras viven como esclavas, titirando en la oscuridad, con las manos despelejadas por el trabajo, porque sus señoras apenas les permiten utilizar una pulgada de vela o unos pocos carbones, y ni siquiera pueden imaginar el gas que nosotros disfrutamos aquí. Además, usted va a ser una dama, con una casa y criados a su servicio, y se ocupará de su marido y de sus niños; y entonces, créame, señorita, no querrá dedicarse a pelar patatas.

—Yo nunca tendré niños —dije con vehemencia—. Alguno de ellos podría morir y entonces me ocurriría lo mismo que a mamá, y no volvería a ser feliz.

La señora Greaves me observó con tristeza; yo nunca había hablado antes tan abiertamente del dolor de mi madre.

—La gente del campo en Irlanda, señorita, diría que su madre está... «lejos».

Miré expectante a la cocinera.

—Bueno... sólo son fantasías, entiéndalo... dicen que cuando una persona está... así... es porque las hadas se la han llevado y han dejado a un espíritu en su lugar...

—Y las hadas... ¿devuelven a esas personas alguna vez?

—Pues claro, mi niña... yo perdí a dos hermanos, como sabes, y pensé que mi corazón se rompería de dolor... Aún los echo de menos, pero sé que están a salvo en el Cielo. Y, además, yo tenía otras cosas en las que pensar...

Se detuvo con un gesto de incomodidad.

—Pero... ¿cómo sabes que están felices en el Cielo? —le pregunté—. Quiero decir que... ¿hay un Cielo, como dice la Biblia?

—Naturalmente, señorita: por supuesto. Y... bueno, ellos también me lo han dicho.

—¿Cómo han podido decírtelo...? ¿Te hablan sus fantasmas?

—¿Fantasmas? No, señorita: sus espíritus. A través de la señora Chivers... es lo que se llama una médium. ¿Sabes lo que es un médium?

Le dije que no lo sabía, y ella me explicó —un poco dubitativa al principio— qué era el espiritismo; y también me dijo que pertenecía a una sociedad que se reunía una vez a la semana en un salón de Southampton Row, y me contó lo de las sesiones de espiritismo, y cómo los espíritus de los muertos podían visitarnos desde el Cielo, que algunas personas llaman Summerland^[7], para hablar a través de un médium con las personas a quienes amaron.

—Entonces... debería hablarle a mamá de la señora Chivers —le dije—. Así podrá hablar con el

espíritu de Alma y será feliz de nuevo...

—No, señorita: no debe usted decirle nada; de ningún modo debe decirle nada de lo que le he contado, o perderé mi trabajo. Señorita: su papá no aprueba el espiritismo, lo sé. Y, además, las damas no van a casa de la señora Chivers: sólo van las cocineras y las sirvientas como Violet y yo.

—Entonces, ¿a las damas no se les permite ser espiritistas?

—No es eso, señorita, pero las damas tienen sus propias reuniones... las que creen. He oido que hay una sociedad de damas y caballeros en Lamb's Conduit Street, pero... recuerde, señorita: yo no se lo he dicho.

Tuve la intención de contárselo todo a mamá aquella misma tarde, pero, como siempre, aquel primer impulso murió frente a su rostro de plomiza indiferencia. Y, además, temía que pudiera causarle algún problema a la señora Greaves. A la mañana siguiente, durante el desayuno, le pregunté a papá qué era el espiritismo, diciéndole que había oido hablar de él en la escuela. Por entonces ya se me consideraba lo suficientemente mayor como para desayunar en el comedor, siempre que no hablara mientras papá leía su *The Times*; mamá ya no desayunaba con nosotros desde que el doctor Warburton le prescribiera un somnífero más fuerte.

—Se trata de una superstición primitiva con ropajes nuevos —me contestó papá, y abrió el periódico con una sacudida de desaprobación.

Ese gesto fue lo más cerca que estuve de ver a papá enfadado. Yo ya había comenzado a sospechar que papá no creía en Dios. Ni siquiera había hecho ninguna objeción cuando dejé de ir a la iglesia, después de que Annie nos dejara, y más adelante descubrí que el libro en el que estaba trabajando se titulaba *Fundamentos racionales de la moralidad*. Su propósito, por lo que pude averiguar a partir de los escuetos indicios que dejó caer, era probar que uno debe ser bueno aunque no crea que podría arder en el infierno para siempre si fuera malo. A menudo me preguntaba por qué algo tan obvio precisaba un libro que lo demostrara, pero nunca me atreví a decirlo.

Tiempo después, cuando volví a preguntarle a la señora Greaves sobre el espiritismo, ella cambió de conversación, comportándose del mismo modo que Annie cuando le pregunté sobre los huérfanos. Pero la idea de que los espíritus de los muertos se encontraban todos a nuestro alrededor, separados sólo por un delgadísimo velo, comenzó a formar parte de mi mitología privada, junto a los dioses y las diosas del inframundo.

Permanecí en el colegio de la señorita Hale hasta que casi cumplí los dieciséis años, creciendo en una suerte de limbo en el cual era perfectamente libre para leer lo que me apetecía y pasear por donde me apetecía, al tiempo que se acrecentaba en mí el sentimiento de que a nadie le importaría si yo desaparecía de la faz de la Tierra. Mi libertad también me apartaba del resto de las jóvenes, y puesto que yo no las podía invitar a mi casa, ellas casi nunca me invitaban a las suyas. Mamá no mejoraba. Bien al contrario: a medida que pasaban los años, cada vez estaba más abatida y aletargada, deambulando por toda la casa... de la cual ya no salía jamás, ni siquiera para visitar la tumba de Alma, como si estuviera siendo aplastada bajo un peso invisible.

Finalmente, Violet fue despedida, pocos meses antes de que yo abandonara el colegio de la señorita Hale, y fue sustituida (por recomendación de la señora Greaves) por Lettie: una muchacha avisada e inteligente no mucho mayor que yo. La madre de Lettie había muerto cuando ella tenía

doce años y la niña había estado sirviendo desde entonces. Aunque hablaba como una muchacha londinense, tenía sangre irlandesa y española por parte de padre, y su piel era bastante morena, como sus ojos, grandes y con párpados gruesos y largas pestañas rizadas. Tenía los dedos largos y estaban arrugados y encallecidos después de fregar durante tantos años, aunque se frotaba con piedra pómex todos los días. Lettie me gustó desde el principio, y a menudo la ayudaba a quitar el polvo o a limpiar, simplemente por hablar con ella. Las tardes de los sábados ella se reunía en los jardines de St George con sus amigas —la mayoría eran criadas, como ella, que servían en casas de Holborn y Clerkenwell— y se iban de paseo juntas. A menudo deseé poder acompañarlas...

Mi vida prosiguió de este modo tan poco formal hasta que una mañana, a la hora del desayuno, sin que se produjera el menor aviso, mi padre anunció que nos abandonaba.

—Ya es hora de que dejes la escuela —me dijo, o tal vez se lo dijo a su plato, porque evitó mirarme a los ojos mientras me hablaba—. Ya eres lo suficientemente mayor como para ocuparte de la casa en vez de tu madre, y yo necesito paz y tranquilidad hasta que concluya mi libro. Así que me voy con mi hermana a Cambridge. Lo he dispuesto todo para que puedas sacar dinero del banco... el suficiente para mantener la casa como hasta ahora, y también he pagado una suscripción a Mudie^[8], aunque muchos de mis libros se quedarán aquí, y puedes utilizarlos siquieres. Sólo me voy a llevar los libros de trabajo.

Ya entonces supe que jamás regresaría. Le había pedido muchas veces una suscripción, y siempre me había dicho que no podíamos permitírnoslo.

—Pero... papá —le dije—. Yo ya me ocupo de la casa... —me había estado dando dinero para el mantenimiento todos los jueves por la mañana durante un año o más—. ¿Y cómo vas a vivir más tranquilamente en Cambridge que aquí...?

Un reflejo centelleó en los cristales de sus lentes.

—Estoy seguro de que sabes lo que quiero decir —contestó—, y no creo que saquemos nada en claro de una discusión. Te he permitido que hicieras lo que quisieras, en todos los aspectos, Constance, y te ruego que seas tan amable de complacerme en esto. Ya he informado a la señorita Hale de que abandonarás el colegio al final de este curso. Hoy mismo te diré algo al respecto.

Dobló el periódico con pulcritud, se levantó y se fue antes de que ni siquiera pudiera preguntarle si se lo había dicho a mamá.

El día transcurrió en una especie de estupor. Recuerdo que la señorita Hale me llamó a su despacho; era una mujer muy pequeña y rolliza, como si fuera un balón medicinal con piernas... Pero soy incapaz de recordar ni una palabra de lo que me dijo. Sólo cuando regresé a casa aquella tarde y oí el amortiguado sonido de los sollozos de mi madre en su habitación, cuando subía a mi cuarto, se abatió sobre mí el terror absoluto ante la situación en que me encontraba. Me quedé allí plantada, durante una mínima eternidad, en el rellano, esperando que los sollozos cesaran, antes de subir a mi habitación.

Yo había pensado muy poco en el futuro, aparte de aquellas ensoñaciones al final de mis días en el colegio, cuando imaginaba que me casaría con un intrépido explorador y viajaría alrededor del mundo con él, mientras papá y mamá seguían como siempre. Ahora comprendía que mi padre lo había planeado todo: me quedaría aprisionada en casa mientras mi madre siguiera con vida, a menos

que mi corazón se endureciera tanto como para abandonarla, como había hecho él. Y ni siquiera podría hacerlo hasta que cumpliera veintiún años y pudiera buscarme una ocupación para subsistir.

Lettie y la señora Greaves, a pesar de toda la simpatía que me demostraban, no se sorprendieron por el abandono de mi padre tanto como a mí me hubiera gustado. La señora Greaves dijo que había sido un milagro que se hubiera quedado tanto tiempo y Lettie apuntó que al menos a nosotras no nos había dejado en la calle, como había hecho su padre con ella. Y quizás, dijo la señora Greaves, podría persuadir a mi madre para que se uniera a la Sociedad de Espiritismo de Holborn una vez que mi padre se marchara de casa; quizás era eso exactamente lo que necesitaba para animarse un poco. Lettie y yo intercambiábamos algunas miradas cuando dijo aquello; Lettie me había dicho en secreto que la señora Veasey, que algunas veces presidía las sesiones de espiritismo en Lamb's Conduit Street, le sonsacaba información a los criados sobre sus señores.

Al final reuní el suficiente valor para subir las escaleras de nuevo y llamar a la puerta de mi madre. La encontré sentada en cuclillas, en una sillita baja que guardaba justo a la entrada de la habitación de Alma. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, y parecía tan vieja y encogida que me remordió la conciencia. Me arrodillé y rodeé sus hombros rígidos y aletargados con mis brazos.

—¿Ya te lo ha dicho tu padre...? —me preguntó en un tono grave y desoladoramente monótono.

—Sí, mamá.

—Ese ha sido mi castigo.

—¿Por qué, mamá?

—Por haber dejado morir a Alma.

—Pero mamá... no pudiste hacer nada por ella. Y Alma ahora está en el Cielo, y un día estaremos de nuevo con ella...

—Si pudiera estar... *segura* —susurró.

—Mamá, ¿cómo puedes dudarlo? Era una niña inocente, ¿cómo no iba a ir directamente al Cielo?

—Me refería... a estar segura de que hay Cielo.

Escuché esas palabras con el eco de las preguntas que yo misma le había hecho a la señora Greaves: en vez de intentar persuadir a mamá para que se uniera a la Sociedad, ¡yo misma me reuniría con el espíritu de Alma!

A la mañana siguiente evité encontrarme con mi padre y desayuné en la cocina, y cuando regresé a casa desde la escuela, ya se había ido. Lettie me dijo que mi padre no había ido al museo aquel día; a las nueve y media habían venido dos hombres con una carreta llena de cajas y se lo habían llevado todo a la nueva dirección de mi padre, y hacia las dos ya estaba en camino hacia St Pancras. El doctor Warburton había venido media hora después. Mi padre me había dejado una carta en la mesa del recibidor; toda ella consistía en instrucciones que yo debía seguir, excepto la frase final, que decía: «No es necesario que me escribas, salvo en caso de emergencia. Tu afectuoso padre, THEO LANGTON».

No recuerdo haber sentido nada en absoluto; subí aturdida a mi habitación y comencé a ensayar de cara a mi sesión de espiritismo, observándome a mí misma en el espejo, a través de los ojos medio cerrados, e intentando recordar cómo era el sonido de la voz de Alma. Todo lo que obtuve fue una vaga impresión de sus cantarinas palabras incomprensibles cuando rezaba; y no podría decir si era un recuerdo cierto o algo que mamá me había contado, o quizás una confusa recopilación de algo que yo misma había inventado.

Mi madre parecía algo menos abatida aquella tarde; me pregunté si el doctor Warburton le habría dado un sedante. Sentada en una silla, frente a ella, cerré los ojos y me dejé llevar por la calidez de la chimenea. Entonces comencé a cantar con una voz muy aguda y muy bajito, imitando la música del himno «Todas aquellas cosas brillantes y maravillosas»^[9], hasta que oí que mi madre me hablaba, con una voz que temblaba por la emoción.

—¿Alma...?

—Sí, mamá... —contesté, con aquella misma vocecilla infantil, manteniendo los ojos cerrados.

—¡Alma...! ¿De verdad eres tú...?

—Sí, mamá...

—¿Dónde estás?

—Aquí, mamá. El ángel me ha permitido venir a verte.

—¿Por qué no has venido antes, cariño? Se me rompió el corazón cuando te perdí...

No esperaba que me hiciera esa pregunta, y no supe qué contestar.

—No quiero que estés triste, mamá —dije finalmente—, porque yo soy feliz en el Cielo, y un día volveremos a estar juntas y ya nunca nos separaremos.

—Ojalá sea pronto... Mi vida aquí es un tormento... Ojalá todo hubiera pasado ya...

—Debes intentar ser feliz, mamá —repitió desesperada—. Me entristece verte llorar.

—¿Puedes verme siempre, cariño?

—Sí, mamá.

—Entonces... *¿por qué* no has venido antes?

—No pude... encontrar el camino —dije con voz infantil, y evité cualquier pregunta posterior comenzando a cantar de nuevo, dejando que mi voz se fuera apagando gradualmente y mi respiración se tranquilizara. Unos instantes después simulé que me despertaba de repente y, al abrir los ojos, me encontré con mi madre, que tenía la mirada clavada en mí, observándome de un modo que jamás había visto antes.

—Creo que me he quedado dormida, mamá. He soñado con Alma.

—No, hija: has entrado en trance, y Alma ha hablado a través de ti.

—¿En trance? ¿Qué es...?

—Es... lo que hacen los espiritistas... Yo hubiera querido intentarlo, pero él me lo prohibió...

Me dijo que me abandonaría si alguna vez se me ocurría acercarme a una sesión de espiritismo... y, ya ves, de todos modos me ha abandonado...

La emoción ahogó sus palabras, y estalló en un amargo y ruidoso sollozo. Me acerqué y la rodeé con mis brazos, y sentí, por vez primera durante todos aquellos años, desde que Alma muriera, un abrazo consciente, y entonces mis lágrimas se mezclaron con las suyas.

Aquella noche me fui a la cama más feliz que nunca, pensando que mamá finalmente volvía a la luz. Pero la noche inmediatamente posterior quiso que yo volviera a entrar en trance; le dije que no sabía cómo lo había conseguido, pero que lo intentaría... Mientras fingía que me quedaba dormida, me esforcé en pensar en algo nuevo que decir, pero sólo pude reunir vagas imágenes de figuras ataviadas de blanco, bañadas en luz dorada. ¿Qué se supone que se hace en el Cielo, aparte de cantar y tocar el arpa? La señora Greaves había hablado de Summerland; puede que el Cielo fuera como un maravilloso día de verano en el campo, con Alma montando en un pony celestial por campos de flores maravillosas. Pero si Alma aún se mantenía con dos años, esperando que mamá llegara al Cielo

(para que no se perdiera sus años de infancia), seguramente sería demasiado pequeña para montar un pony, incluso aunque fuera un pony celestial... En fin, renuncié a intentarlo de nuevo y abrí los ojos, y entonces volví a ver aquella familiar mirada de desolación grabada de nuevo en su rostro.

—¿No ha venido Alma? —pregunté.

Negó moviendo la cabeza con gesto cansado.

—Pero mamá... ahora ya sabes que está bien en el Cielo; no debes estar triste...

—No puedo estar segura... Tal vez sólo estabas hablando en sueños... ¡Si pudiera oír su voz sólo una vez más...!

La miré con el corazón abatido.

—No sé cómo ocurrió, mamá, pero lo intentaré mañana otra vez —le dije finalmente, y me excusé de inmediato para subir a mi habitación.

Ya podía sentir la negra nube de su dolor elevándose para engullirme, y entonces supe que no podría mantener el engaño yo sola. Y así, a la tarde siguiente, hice acopio de todo mi valor y fui hasta Lamb's Conduit Street, y caminé arriba y abajo por aquella calle hasta que, junto a la tienda de una modista, clavada en la pared, descubrí una placa dorada y desvencijada que decía «Sociedad Espiritista de Holborn». Permanecí durante tanto tiempo allí, dudando, que finalmente la modista salió de la tienda, y cuando le dije que quería ver a la señora Veasey, me señaló otra casa, más abajo, en la misma calle. Allí, una criada que no parecía tener más de diez años me pidió que esperara, y después de unos instantes, una mujer robusta y de pelo gris, vestida completamente de negro, salió a recibirme.

—¿Y en qué puedo ayudarte, querida? —dijo, con un tono que me recordaba un poco al de Annie.

Comencé a explicarle, muy dubitativamente, todo lo referido a mamá y a Alma, después de lo cual ella sugirió que podríamos ir dando un paseo hasta el Foundling Hospital, donde a ella le gustaba sentarse y ver jugar a los niños. Algo que dijo por el camino me hizo preguntarme si ella también habría perdido a un hijo, pero cuando me atreví a preguntárselo, me respondió que no: ella no había tenido hijos. Su marido, un capitán mercante, se había ahogado en las Indias Occidentales hacía casi veinte años.

—Viene a verme algunas veces... —dijo—. Pero a los espíritus no se les puede ordenar nada, ya sabes...

La mujer suspiró, y me dio unas palmaditas en la mano; era una mujer muy maternal, bastante diferente a lo que yo imaginaba que podría ser una médium espiritista. Mientras caminábamos, le dije que papá nos había abandonado, y le conté que nos había prohibido cualquier relación con nada que tuviera algo que ver con el espiritismo, y para cuando nos sentamos junto a la estatua del ángel, yo ya había decidido confiarle a ella completamente, hasta el punto de confesar mi pretensión de invocar el espíritu de Alma.

—Sé que he hecho mal engañándola —dije—, pero mamá ha sido tan desgraciada, y durante tanto tiempo, que si pudiera convencerse de que Alma está segura y feliz en el Cielo, sólo con eso, creo que se podría recuperar...

—No debes reprochártelo, querida. Por lo que me dices, creo que fue el espíritu de tu hermana el que te impelió a hablar; puede que tengas un verdadero don... y aún no lo sepas.

—¿Cómo podría saber si lo tengo?

—Bueno, cuando eso ocurre, una se siente... poseída... A veces es tan fuerte que una cree que se va a quebrar en mil pedazos. Y después, cuando te dejan, te sientes vacía... como si fueras un vaso abandonado... Cuando yo era joven, como tú, me llenaba con su luz... Ahora casi nunca vienen a mí... Pero una nunca lo olvida, querida: eso nunca se olvida.

Me dio unas palmaditas en la mano otra vez y suspiró profundamente, y descubrí que había lágrimas intentando huir de mis ojos.

—Pero si ellos no vienen a usted... —me atreví a decir. La señora Veasey no me contestó inmediatamente. Al otro lado de las verjas, las niñas hospicianas se reunían en el patio en grupos de dos, de tres o de cuatro, o jugaban a la comba; podrían haber sido las mismas niñas que Annie y yo habíamos observado diez años antes.

—Debemos ayudar a que la gente crea —dijo finalmente—, como tu pobre mamá. No hay en Londres un médium que no haya fingido alguna vez y, en todo caso, ¿qué hay de malo en consolar a aquellos que están de luto?

—Y... ¿la gente paga por asistir a sus sesiones de espiritismo?

—Por supuesto que no, querida. Hacemos una pequeña colecta al final, y aquellos que tienen posibilidad de hacer un esfuerzo, dan lo que pueden. Pero no se rechaza a nadie que lo necesite.

—Señora Veasey —dije tras una pausa—: ¿Ha visto usted alguna vez... un espíritu?

—No, querida. Al menos, no con estos ojos. El don no me ha llevado por ese camino. Pero hay algo en ti, querida... hay algo en ti... No me sorprendería que tú fueras una elegida.

—Pero yo no quiero ser una elegida —dije—. Sólo quiero que mamá vuelva a ser feliz.

—Esa es una señal del verdadero don, querida: no desearlo. Y respecto a tu mamá... ¿por qué no la traes mañana a nuestra reunión?

—Mamá nunca sale de casa. Desde hace años —dije—, pero a mí sí me gustaría ir... si puedo.

Y así, la tarde siguiente, a las seis y media, salí de casa: le dije a mamá que me dolía la cabeza y que necesitaba dar un paseo. Ella se había sumido de nuevo en su antiguo dolor desesperado, pero yo no quería arriesgarme a una nueva invocación hasta que no hubiera visto cómo dirigía una sesión la señora Veasey. Corría la primera semana de junio, y aún había luz, pero el frío de la noche se sentía ya en el aire. La puerta de la Sociedad estaba abierta; subí por unas escaleras estrechas, tal y como la señora Veasey me había dicho, y entré en una habitación en penumbra y revestida en madera, con las cortinas de las ventanas ya cerradas. El único mobiliario era una gran mesa circular, alrededor de la cual se sentaban seis personas, incluida la señora Veasey, que estaba situada de espaldas a una pequeña chimenea de carbón. Me recibió cariñosamente, presentándome a la concurrencia e invitándome a sentarme frente a ella, entre un tal señor Ayrton, cuya esposa se encontraba al otro lado, y una mujer de edad madura llamada señorita Rutledge. Había también otra pareja de mediana edad, el señor y la señora Bachelor, y el señor Carmichael, un hombre inmensamente gordo cuyas lorzadas desbordaban los límites de su chaleco. Tenía ojos llorosos y amarillentos, y resollaba con dificultad cuando respiraba.

Aquellas personas, por lo que pude saber, eran habituales en las reuniones de la señora Veasey. Algunas más aparecieron durante los siguientes minutos, hasta que se ocupó la última plaza libre en la mesa; entonces, el señor Ayrton se levantó y cerró la puerta. Después, él mismo nos invitó a unir

las manos y a cantar «Quédate conmigo, Señor»^[10], que fue entonada de un modo bastante discordante, junto con otros himnos religiosos, mientras la señora Veasey se fue hundiendo cada vez más en su sillón y pareció dormitar.

La señora Veasey me había hablado de la posesión de los espíritus, y yo aún estaba asustada ante aquella situación cuando ella comenzó a hablar con la voz ronca de un hombre, que el señor Ayrton reconoció inmediatamente como la voz del capitán Veasey. Los mensajes eran bastante vulgares, pero conmovedores: al señor Carmichael, por ejemplo, le dijo que Lucy le estaba observando, como siempre, y que sus «dificultades actuales» se resolvían por sí mismas muy pronto, con lo cual él dejó escapar un enorme suspiro ahogado, casi un sollozo, e hizo después una reverencia con la cabeza. Todos en la mesa recibieron su mensaje, y observé que todos los asistentes permanecían pendientes de cada palabra de la médium. El mensaje para mí era el siguiente: «Alma dice que has hecho lo correcto», y aunque yo sabía que el trance de la señora Veasey era fingido (de hecho, me pareció que su párpado izquierdo temblaba muy ligeramente mientras hablaba ella... o el capitán), se me hizo un nudo en la garganta.

Había dejado de hablar, y yo pensé que la sesión había concluido, pero entonces sus ojos, que habían permanecido cerrados durante toda la actuación, se abrieron de repente y, aparentemente, se clavaron en algo invisible que estuviera flotando sobre la mesa.

—Alma —dijo la voz áspera del capitán—, Alma hablará a través de Constance.

Todos los asistentes se quedaron boquiabiertos. El vello de la nuca se me erizó. La señora Veasey se incorporó violentamente y pareció que recobraba de pronto la conciencia y comprendía todo lo que la rodeaba.

—Señorita Langton —dijo con voz ronca—, debe hacer lo que le pide: cierre los ojos e invoque la imagen de su hermana.

Había en su voz una suerte de mandato apremiante; no podría decir si ahora estaba fingiendo o no. Cerré los ojos, sintiendo las manos temblorosas de mis compañeros sobre las mías, e intenté fijar mi pensamiento en Alma. Después de unos instantes, percibí una levisima vibración y una especie de zumbido corrió por mis brazos y atravesó mi cuerpo.

—¡Ya siento la fuerza...! —dijo la señora Veasey—. ¿Hay alguien aquí?

«Es sólo un hormigueo... Se me habrán dormido los brazos», me dije a mí misma con temor, deseando que aquella vibración cesara de una vez. Pero me pareció que aquellas palabras brotaban en mi garganta, amenazándome con estrangularme si no las pronunciaba, y para evitar esa sensación, comencé a canturrear con la voz de Alma, tal y como lo había hecho aquella otra tarde, entonando la música de «Todas aquellas cosas brillantes y maravillosas»; lentamente, la tensión se relajó y mis manos dejaron de temblar.

—Alma —dijo la señora Veasey—, dinos por qué has venido.

Ya no había aquella desagradable aspereza en su voz.

—Por mamá —dije con aquella vocecilla.

—¿Tienes un mensaje para tu mamá?

—Díganle a mamá... —me detuve, pensando frenéticamente—. Díganle a mamá... feliz en el Cielo. Díganle a mamá que venga aquí.

—Se lo diremos. Y... ¿te gustaría decirle algo a alguien más?

No contesté, pero volví a mi canturreo, dejando que se desvaneciera gradualmente, y unos

instantes después simulé que me despertaba.

Tres días más tarde, mi madre volvió a salir a la calle con ojos soñolientos. Aunque aún no tenía sesenta años, podría haber pasado por mi bisabuela, ataviada con su ráido vestido de luto, mortecino y descolorido, aferrada a mi brazo. Su expresión, cuando la miré, era la imagen del desconcierto, pero parecía extrañamente indiferente, y entonces me di cuenta de que no podía ver las cosas que yo le señalaba; sus ojos se habían debilitado tanto que su mundo no alcanzaba ahora más que unos pocos pies a su alrededor.

La señora Veasey me había dicho en privado que estaba segura de que Alma querría hablar nuevamente a través de mí, y lo que sucedió después era la prueba. Yo sentí cómo la mano de mi madre se estremecía en la mía cuando comencé a cantar con la voz de Alma, y aunque hizo más o menos las mismas preguntas, y recibió más o menos las mismas respuestas que le di en el comedor de casa la primera vez, cuando terminó la sesión estaba anegada en lágrimas de felicidad. Nos quedamos durante algún tiempo allí, hablando con el señor y la señora Ayrton, que habían perdido a sus dos hijos por el cólera, y les invitó a tomar el té la semana siguiente, pensando que todo iría bien.

Y durante algún tiempo pareció que así sería. Mamá continuó obsesionada con Alma hasta el punto de desentenderse de cualquier otra cosa: se negó a utilizar gafas con la excusa de que no necesitaba ver nada. Yo estaba tan encantada de verla con otras personas que no me importó mucho que todas las conversaciones versaran sobre los parientes muertos en este mundo y los gozosos encuentros en el venidero. La Sociedad se reunía dos veces por semana y, entre una sesión y otra, yo me encontraba con la señora Veasey y me sentaba con ella en un banco frente al Foundling Hospital. Allí me fue instruyendo en las «artes mediúmnicas», siempre con la idea de que nosotras sólo estábamos ayudando a los espíritus en su cometido, y sugiriéndome mensajes que Alma podría dar a otros participantes en las sesiones. Finalmente me di cuenta de que la señora me había elegido como su sucesora, aunque nunca estuve segura de sus razones, como nunca estuve segura de si creía en lo que hacía o no: sospecho que, como yo, ella había sentido destellos de un poder, fugaz e incierto, que se derramaba sobre ella cuando menos lo esperaba.

Insistió en que había una afinidad entre nosotras; pero yo estaba convencida, también, de que además estábamos ligadas por nuestros secretos. Ninguna de las dos podía arriesgarse a desenmascarar a la otra, y en ocasiones me pregunté si no sería esa la razón por la que me había elegido. También supe que los donativos se incrementaron notablemente a medida que se desarrollaba nuestra colaboración. Todo el dinero, desde luego, quedaba en manos de la señora Veasey, pero aunque la conciencia a menudo me martirizaba, aquella impostura no me parecía del todo malvada, sobre todo... porque lo hacía por mamá.

Nuestra Sociedad estaba lejos de ser fastuosa: se admitían a nobles venidos a menos y a respetables amas de casa, gentes en la periferia de su clase social. La mayoría de los concurrentes, incluida mamá, por supuesto, estaban deseosos —si no decididos— a creer lo que la médium les dijera, y, con la ayuda de la señora Veasey, comencé a ganarme una reputación, la cual me resultaba tan emocionante como inquietante. Confieso que disfrutaba con aquel poder que me confería la capacidad de tener a hombres y mujeres adultos pendientes de mis palabras. Y a veces —aunque nunca estuve completamente segura de ello— sentí que mi trance fingido llegaba a convertirse en un

trance real. En esos casos, todos los sonidos me resultaban perfectamente audibles: el crepitar de los carbones en la rejilla de la chimenea, el débil silbido de la respiración asmática del señor Carmichael, e incluso la sangre parecía latir con fuerza en mis oídos, y entonces los sonidos comenzaban a adquirir la forma de palabras, o una especie de apariencia de palabras, como si fuera una conversación que se oye a lo lejos. Y así, cuanto más mentía, menos creía en nada que se pareciera al reino de los espíritus que nosotras invocabamos con semejante convicción.

Yo esperaba que mamá se conformara con los mensajes habituales de Alma, pero a medida que el otoño fue adentrándose y los días se hicieron más cortos, la antigua mirada fantasmal se adueñó otra vez de sus ojos. Me preguntaba cómo podía estar segura de que era Alma quien realmente hablaba en las sesiones. ¿Y por qué yo no podía invocarla en casa? Yo había intentado evitar estas preguntas insistiendo en que desde la primera vez Alma había querido llevarnos al círculo de la señora Veasey, pero mis palabras sonaron vacías incluso a mis propios oídos. Oír la voz de Alma ya no demostraba nada: mi madre quería verla, tocarla, cogerla, y puesto que había sabido por otros asistentes a las sesiones que había médiums que podían conseguir que los espíritus se hicieran visibles, comenzó a pedirme que la llevara a ver a uno de esos médiums. La señora Veasey desaprobaba ese tipo de manifestaciones: el uso del «gabinete», declaró con firmeza, era una señal segura de embuste. Pero este no era un argumento que pudiera plantearle a mamá. Pensé entonces en idear un mensaje de Alma que hiciera referencia a aquellos versículos bíblicos: «Bienaventurados sean aquellos que no han visto y, aun así, han creído»^[11], pero dudé de que aquello pudiera servir para calmar sus deseos. Así que decidí asistir a una sesión de espiritismo en la que los espíritus se manifestaran, con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera presentar una Alma convincente ante la mirada mortecina de mi madre.

Varios miembros de nuestro círculo habían hablado (aunque nunca en presencia de la señora Veasey) de una tal señorita Carver, cuyas sesiones se celebraban en la casa de su padre, en Marylebone High Street. Se decía que Katie Carver era muy hermosa, y capaz de invocar no sólo a su espíritu protector (un espíritu igualmente atractivo que respondía al nombre de Arabella Morse), sino a una asombrosa muchedumbre de ánimas. Solamente después de asegurarme un lugar en la sesión, y después de haber pagado una guinea (con propósitos caritativos), me percaté de que debería haberme presentado con un nombre falso. La señorita Lester, la joven que me había cogido el dinero, me mostró una sala en penumbras, amueblada, como nuestra propia sala en Lamb's Conduit Street, con una gran mesa circular, pero ricamente alfombrada. Había varias velas encendidas sobre la mesa y se veía una especie de nicho amplio en una esquina. Aquel receptáculo tenía unos seis pies cuadrados, y del techo colgaban pesadas cortinas hasta el suelo, acordonadas en la parte de atrás para mostrar que allí dentro no había nada, excepto una sencilla butaca.

Cuando se ocuparon todos los asientos (creo que habría unas quince personas), la mismísima señorita Carver hizo su aparición, y todos los caballeros se levantaron y la saludaron con una escueta reverencia. Era realmente hermosa; pequeña, espléndida en sus atributos y rubia, con el pelo trenzado y enrollado sobre la cabeza, y ataviada con una sencilla túnica de muselina. La señorita Lester nos presentó uno a uno; los asistentes iban vestidos con ropas más cuidadas y caras que los de la reunión de la señora Veasey, pero el único nombre que podría recordar es el del señor Thorne, un joven alto y rubio que se sentó en la mesa frente a mí. Algo en su expresión atrajo mi atención (¿un indicio irónico de que se estaba divirtiendo?), y vi que la señorita Carver le lanzaba una mirada fulminante cuando

llegó el turno de presentarlo.

Yo ya sabía que en esas sesiones la médium se sentaba en «el gabinete», pero me sorprendió cuando la señorita Carver hizo una señal y varios caballeros (pero no el señor Thorne) la acompañaron a aquel receptáculo y observaron cómo la señorita Lester, usando algo que parecían pañuelos de seda, ataba firmemente a su señora a la silla. Se examinaron los nudos con minuciosidad y los caballeros volvieron a sus asientos; la señorita Lester apagó la luz del gabinete, corrió las cortinas, y nos pidió que uniéramos nuestras manos.

—No deben ustedes romper el círculo a menos que el espíritu se lo ordene —dijo—. Las manifestaciones representan un gran esfuerzo para la señorita Carver, y podría resultar herida si ustedes no hacen exactamente lo que se les ordena.

Entonces nos invitó a cantar «Oh, Señor, tú siempre has sido nuestro refugio»^[12], cogió el candelabro y salió lentamente de la sala, dejándonos en la más completa oscuridad.

Ya habíamos cantado quizá media docena de himnos, dirigidos por una potente voz de barítono que sonaba a mi derecha, cuando de pronto me di cuenta de que había un débil resplandor en el gabinete. Aquello brillaba con un halo luminoso, rodeando el contorno de una cabeza, y parecía desplegarse hacia abajo configurando la imagen de una mujer, velada con tejidos de luz. Se deslizó fuera del gabinete y comenzó a rodear la mesa. A medida que se acercaba, yo podía ver el movimiento de sus miembros bajo el velo, y después, el fulgor de sus ojos y una apariencia de sonrisa. El efecto de aquella manifestación se puso de inmediato en evidencia en las agitadas respiraciones de mis compañeros.

—Arabella —dijo una voz masculina desde la oscuridad, a mi izquierda—, ¿vienes a mí...?

Pasó junto a mi silla, dejando tras de sí un distintivo olor a perfume (y, creo, a ser humano), acercándose cada vez más a la mesa, hasta que el hombre que había hablado quedó iluminado débilmente por el fulgor de sus ropajes; le besó la coronilla de su cabeza calva, provocando un profundo suspiro en los presentes, antes de apartarse nuevamente. Aquella figura casi había completado una vuelta a la mesa cuando pude oír una exclamación apagada y el crujido de una silla: otra luz flotaba en la oscuridad, frente a la anterior. Era una pequeña redoma radiante que iluminaba el rostro del señor Thorne mientras alargaba la otra mano y agarraba al huidizo espíritu por la muñeca.

—No hay ninguna necesidad de que forcejee, señorita Carver —dijo secamente—. Mi nombre es Vernon Raphael, de la Sociedad de Investigaciones Físicas. ¿Le importaría explicar lo que ha ocurrido a nuestros amigos?

Repentinamente, en la sala se formó un verdadero alboroto. Me soltaron las manos, las sillas se apartaron y se encendieron varias cerillas que mostraron al señor Thorne (o el señor Raphael, en realidad) sujetando el brazo de una enfadadísima señorita Carver, cuyo corsé y cuyas enaguas aparecían ahora claramente visibles por debajo de las diáfanas capas de algo que parecía ser muselina engrasada. Un instante después, la señorita Carver consiguió soltarse y rápidamente volvió al gabinete, tirando de las cortinas y cerrándolas tras ella.

Yo esperaba que los asistentes la sacaran a rastras de allí, pero en vez de eso, para mi asombro, varios caballeros apresaron a Vernon Raphael, echándole en cara su intervención, y gritándole que era un ultraje, y una violación y una completa ignominia, mientras lo expulsaban por la puerta. Impulsivamente, me levanté y seguí a los caballeros...

—¡De acuerdo, de acuerdo...! ¡Puedo irme solo...! —oí que decía Vernon Raphael mientras los

hombres lo empujaban escaleras abajo a empellones. Lo arrojaron a la calle y, tras él, voló su sombrero. Nadie en absoluto se había fijado en mí, así que me puse la capa y el sombrero que había dejado en el recibidor y seguí sus pasos por la escalera. Allí esperé hasta que oí que la puerta se cerraba detrás de mí; Vernon Raphael se alejaba lentamente, sacudiendo el polvo de su sombrero.

Cuando descubrió que caminaba tras él, me miró tristemente.

—¿También viene usted a reprocharme mi crueldad con los espíritus, señorita... señorita...?

—Señorita Langton. Y no, no voy a reprocharle nada. Sólo quería...

Me detuve, pensando qué era exactamente lo que quería de él. A la luz del día, su pelo tenía un color pajizo, con tintes rojizos; sus ojos lucían un intenso y gélido color azul, y su rostro poseía unos rasgos ligeramente vulpinos, pero me gustó el divertido tono de su voz. Comenzamos a caminar juntos; ya era tarde y la calle estaba relativamente solitaria.

—Señor Raphael, ¿trabaja usted para la Sociedad... para desvelar fraudes?

La señora Veasey me había advertido contra la Sociedad de Investigaciones Físicas: escépticos y descreídos, así los llamaba ella, sin respeto por los que se han ido.

—Bueno... sí, en cierto sentido. Soy uno de los investigadores profesionales de la Sociedad, pero detectar fraudes es sólo parte de mi trabajo... casi una afición, en realidad. ¿Y usted, señorita Langton? ¿Qué le ha traído a usted al salón de la señorita Carver?

Una vez más deseé no haber revelado mi nombre. ¿Qué ocurriría si dirigiera sus miradas hacia Holborn? Entonces me percaté de que nosotras en realidad teníamos muy poco que temer, pues ahora yo conocía su rostro.

—Curiosidad —le dije—. ¿Cree usted, señor Raphael, que todos los médiums son unos embaucadores?

—Todos los médiums que aseguran manifestaciones, sí.

—¿Y los médiums mentales? —le había oído describirlos con esas palabras a la señora Veasey.

Él me miró con curiosidad.

—Veo que conoce usted un poco la materia. Algunos son fraudulentos; y del resto, la mayoría son víctimas de la autosugestión.

—¿La mayoría?

—Bueno... yo soy un escéptico, no un ateo absoluto... al menos, no todavía. Gurney y Myers... ¿sabe quiénes son...? Gurney y Myers han recopilado algunos casos muy interesantes. Están investigando casos en los que se asegura que se ha visto la aparición de un amigo o un pariente en el momento en el que esa persona ha fallecido, pero aún no han dado su veredicto. ¿Y usted, señorita Langton? ¿En qué cree usted?

—No sé en lo que creo, pero... mi hermana murió cuando yo tenía cinco años, y mi madre ha estado postrada de dolor desde entonces. Francamente, señor Raphael, si pudiera encontrar un médium que pudiera convencerla de que Alma está feliz en el Cielo, haría todo lo posible por que tuviera ese consuelo. Por eso me gustaría saber... si hay alguien que usted me pudiera recomendar...

—Mi trabajo, señorita Langton, es desvelar fraudes, no recomendarlos —y me pareció que lo decía más divertido que indignado.

—Eso es perfecto para ustedes, señor Raphael, que son inteligentes y están seguros de sí mismos y son dueños del mundo, pero para aquellos como mi madre, que simplemente se sienten abrumados por el peso de la pena, ¿por qué privarlos del consuelo que podría ofrecerles una sesión de

espiritismo?

—Porque es un consuelo falso.

—Esa es una doctrina muy dura, señor Raphael. Es una religión muy masculina, si me permite decirlo así. ¿Es que usted nunca ha mentido, o ha guardado silencio, para evitar el dolor de otra persona? Si usted hubiera perdido a un hermano, por ejemplo, y su madre llegara a estar tan abatida como la mía, ¿realmente afirmaría usted de un modo tan severo, como hizo mi padre, que ella no podría conseguir ningún consuelo en esas sesiones?

Para ser justos, pareció un tanto avergonzado.

—Le confieso, señorita Langton, que me costaría mucho desengañarla. Pero piense usted en la otra cara de la moneda: ¿qué me dice de todos esos médiums que se aprovechan sin escrúpulos de las personas afligidas, y sólo por conseguir dinero? ¿Cree usted que se les debe dar rienda suelta?

—Supongo que no —contesté de mala gana—. Pero no todos son así.

—Habla por experiencia, evidentemente.

—Sólo un poco... ¿Así que no hay nadie, entonces, que usted pueda decirme...?

—Verá, señorita Langton: lo que su madre necesita es la ayuda de un doctor, no de un médium.

—Durante los últimos doce años la ha estado visitando un doctor —le dije—, y no ha conseguido que se sintiera ni un poquito mejor...

—Ya entiendo... La dificultad, señorita Langton, es que si le sugiriera un lugar donde sé que se cometen fraudes, incluso aunque sólo lo sospechara, yo estaría incumpliendo mi deber para con la Sociedad de Investigaciones Físicas. Y, además, se considera que la señorita Carver es la mejor de Londres; usted ha visto con sus propios ojos cómo la defienden sus celosos admiradores...

—Pero probablemente, después de lo que ha ocurrido hoy, habrá perdido la reputación para siempre —le dije.

—En absoluto —dijo jovialmente—. Se formará un verdadero escándalo en la prensa espiritista, y algunos de sus seguidores abandonarán, pero otros los reemplazarán. Es parte del juego.

—¿Es así como lo ve?

Su contestación se perdió bajo las voces de un vendedor ambulante; nos estábamos acercando a Oxford Street y el ajetreo callejero aumentaba por momentos.

—Señorita Langton —dijo—, pensaba volver a mis aposentos en la Sociedad, en Westminster, pero puedo acompañarla a casa... si es que va hacia allí...

—No, gracias. Estoy muy acostumbrada a caminar sola.

—Entonces... tal vez pueda verla de nuevo...

—Lo siento —contesté—, pero eso es completamente imposible. Adiós, señor Raphael.

Regresé a casa decidida a no participar más en sesiones con manifestaciones de espíritus, pero una simple mirada a mi madre, acurrucada en el sofá del salón, con las cortinas echadas, fue suficiente para que cambiara de idea. Pensé que a Vernon Raphael no se le permitiría volver al salón de la señorita Carver y, con la desolación de mamá infectando la casa como si fuera la peste, creí que no tenía nada que perder... Y así, al día siguiente, volví a Marylebone High Street. La señorita Lester, como yo pensaba, no se había dado cuenta de que me había ido durante la sesión anterior y cortésmente aceptó mis elogios hacia la señorita Carver, así como un donativo de tres guineas (todos

mis ahorros) para la causa espiritista. Le conté la grave situación de mi madre, y le pregunté si era verdad que los espíritus se podían materializar a diferentes edades. Y le dije anhelante que si mi madre pudiera coger a Alma tal y como la había cogido cuando estaba viva, podría encontrar la paz al fin. La señorita Lester me preguntó, entre otras cosas, si yo podía recordar qué perfume utilizaba mamá cuando Alma aún estaba entre nosotros. Los perfumes, dijo gravemente, pueden ser de gran ayuda a la hora de invocar espíritus. Pero, por supuesto, añadió, la señorita Carver desearía entrevistarse con mi madre antes de la sesión. Los vergonzosos embustes del señor Raphael habían puesto en grave peligro su salud, y por tanto, desgraciadamente, debían mantenerse en guardia ante posibles injerencias peligrosas.

A las ocho de la tarde del sábado siguiente me encontraba sentada junto a mi madre en el salón de sesiones de la señorita Carver, estudiando disimuladamente los rostros de los asistentes que se encontraban alrededor de la mesa. Yo había intentado persuadir a mamá de la necesidad de guardar el secreto, para no herir los sentimientos de la señora Veasey, pero no estaba completamente segura de que me hubiera entendido. Observé cómo llegaban los últimos asistentes con la sensación de haber añadido demasiados pisos a mi castillo de naipes.

Como en la ocasión anterior, la señorita Carver quedó atada a su butaca. La señorita Lester cerró las cortinas y nos invitó a unir las manos y a cantar «Guíame, luz de bondad»^[13]. Cuando se apagaron las luces sentí que la mano de mi madre temblaba en la mía. Ya habíamos acabado prácticamente «El Señor es mi pastor» cuando un débil haz de luz anunció la aparición de Arabella. Los cánticos se apagaron. Oí un crujido de sillas y sentí que las respiraciones se agitaban; pero esta vez la luz permaneció informe, flotando como los fuegos fatuos en el hueco del gabinete. Después de unos breves instantes, comenzó a flotar hacia mí, siguiendo, pensé, la circunferencia de la mesa, aunque en aquella absoluta oscuridad ni siquiera podría haber sabido si las paredes que nos guarecían se habían desvanecido a nuestro alrededor.

Entonces, desde algún lugar, por encima de nosotros, una voz comenzó a cantar con una vocecilla aflautada el himno «Todas aquellas cosas brillantes y maravillosas». Yo le había contado a la señorita Lester todo acerca de las canciones de Alma, pero, aun así, sentí un escalofrío, y la mano de mi madre se sacudió convulsivamente.

—¡Alma...! —gritó.

Aquel canturreo cesó y un perfume de agua de violetas se derramó sobre nosotras. Era un perfume que mi madre no había utilizado desde el día en que Alma murió. Aquella débil mancha luminosa se estremeció, brilló y pareció abrirse como una flor en la silueta resplandeciente de Arabella, que nos miraba desde el otro lado de la mesa. Acompañada por murmullos de asombro, vino el espíritu flotando alrededor de la mesa hasta que estuvo exactamente detrás de nosotras.

—Alma ha venido del Cielo para consolar a su mamá —dijo una voz de mujer desde lo alto, en la oscuridad—, pero sólo puede quedarse un instante...

El perfume de agua de violetas se hizo más penetrante. Mi madre ya había soltado mi mano, y aunque sólo podía entrever su perfil, supe que se volvía en la silla y alargaba sus brazos hacia la pequeña forma reluciente, la cual se estremeció débilmente cuando mi madre la cogió. No era un simple muñeco: ¡era un verdadero niño envuelto en pañales luminosos!

—Alma... —murmuró—. Por fin, por fin, por fin...

Oí que alguien estaba llorando en la oscuridad, cerca de mí. Las lágrimas anegaron mis ojos, y tuve

que reprimir el impulso de darle las gracias a la señorita Carver con un susurro; estaba de pie, entre nosotras, y tan cerca que yo podía sentir el calor de su cuerpo. Así permanecimos, quizá durante veinte segundos, antes de que la señorita Carver tendiera sus brazos de nuevo y mi madre, para mi sorpresa, le devolviera al niño sólo con un profundo suspiro, que tuvo su eco alrededor de la mesa cuando la resplandeciente figura se volvió, se apartó y se desvaneció en la oscuridad.

Mi madre sonreía y lloraba alternativamente mientras caminábamos hacia casa, dándome las gracias una y otra vez.

—¡Por fin...! —volvió a exclamar—. Por fin puedo descansar en paz...

Recuerdo que abracé a Lettie cuando nos abrió la puerta; y recuerdo también haberme preguntado cómo demonios iba a conseguir que mamá no se lo contara todo a nuestros compañeros de sesiones espiritistas en Lamb's Conduit Street, y si valía la pena intentar que no lo hiciera. Quizá, después de todo, ya no tendríamos ninguna necesidad de acudir a más sesiones. Intenté persuadir a mamá de que tomara un vaso de vino durante la cena, pero no quiso.

—Soy perfectamente feliz, querida Constance, y no tengo hambre en absoluto. Me iré a la cama ahora, y así podré soñar con Alma.

Después me dio un beso y subió las escaleras, mientras yo las bajaba para ir a la cocina, para cenar con Lettie y la señora Greaves, y contarles hasta qué punto me había arriesgado; después, subí a mi habitación, donde dormí profunda y plácidamente por vez primera desde hacía mucho tiempo, y me desperté con los rayos del sol de otoño filtrándose oblicuamente por la ventana. Mamá no bajó a desayunar, pero esto era bastante normal... Lettie solía subirle una bandeja alrededor de las diez: llamaba suavemente a la puerta y la dejaba allí, para que mi madre la cogiera cuando quisiera. Pero cuando dieron las once me percaté de que estaba comenzando a ponerme nerviosa. Al final decidimos forzar la puerta con un atizador, y la encontramos en la cama, con el faldón bautismal de Alma aferrado contra su pecho, y con una lánguida sonrisa en el rostro. Había un frasco vacío de láudano en la mesita de noche, y una nota en la que se podía leer: «Perdonadme: no puedo esperar».

Los días que sucedieron a la muerte de mi madre, afortunadamente, se desdibujaron en mi memoria. Puedo esbozar, más que recordar, el sentimiento de plomiza oscuridad que invadía mi cuerpo, como si el tormento de mi madre hubiera recaído sobre mí. Y recuerdo, también, la convicción de que no volvería a comer o a dormir de nuevo, que me quedaría tumbada boca arriba en mi cama y permanecería allí, sin llorar, en la oscuridad, preguntándome qué sería de mí, o si debía ir a la policía y contar lo que había hecho, arriesgándome a ir a la cárcel. Pero no dije nada de las sesiones de espiritismo al doctor Warburton, ni a mi padre, cuando apareció en casa terriblemente enfadado (había sido una falta de consideración por parte de mamá, fue todo lo que dijo, haberse envenenado precisamente cuando él comenzaba a trabajar en el segundo volumen de su obra) y anunció que dejaba de pagar el alquiler de la casa.

Como ocurría en todas las conversaciones que había mantenido con él, estábamos sentados en la mesa del desayuno. No me pareció que notara que yo no había comido nada.

—Es un desagradable contratiempo —dijo—, pero supongo que tendrás que venir a vivir con

nosotros a Cambridge. Mi hermana te encontrará un trabajo cerca de casa y, por lo demás, debes intentar portarte bien y no causar más molestias.

—¿Y qué será de Lettie y de la señora Greaves?

—Deben buscarse otros trabajos, desde luego.

—Pero papá...

—Ten la amabilidad de no interrumpirme. Recibirán la acostumbrada paga de un mes por el finiquito, lo cual, en mi opinión, es un acto más que generoso, y tú puedes darles referencias, si te apetece. Y, ahora, tengo muchos asuntos de los que ocuparme, gracias a tu madre... a este suceso desafortunado... No, no, no digas ni una palabra más, por favor. Volveré tarde.

Para mi sorpresa, Lettie y la señora Greaves se tomaron la noticia filosóficamente.

—Estaremos bien, señorita Langton —dijo la señora Greaves—. Sé que la señorita nos dará unos buenos informes, y no cambiaría mi vida por la que usted va a tener en Cambridge.

De hecho, me sentía como si fuera a ir a la cárcel, pero no tenía ánimo para protestar. Le envié a la señora Veasey una carta dolorosamente tranquila, diciéndole que mamá había muerto y que no me sería posible volver a verla a ella o a nadie del grupo, y, mientras luchaba con la sintaxis, me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que los grupos de la señorita Carver y de la señora Veasey se mezclaran.

Mamá fue enterrada una desapacible y desolada mañana de octubre, y sólo mi padre, la señora Greaves, Lettie y yo estuvimos junto a su tumba.

Aproximadamente una semana después del entierro, yo me encontraba doblando y guardando la ropa de mi madre y preguntándome qué debería hacer con las cosas de Alma cuando subió Lettie para decirme que había llegado un caballero preguntando por mí. Mi padre estaba fuera, como siempre; decía que estaba constantemente atareado con el asunto de cerrar la casa, pero yo sospechaba que empleaba la mayor parte de su tiempo en el museo. Bajé aturdida las escaleras, esperando encontrarme con alguien relacionado con el traslado de los muebles o los libros, pero, bien al contrario, me encontré con un hombre pequeño y rechoncho que me resultaba vagamente familiar, aunque yo estaba segura de que no lo había visto jamás. Llevaba una chaqueta de pana verde, bastante raída, y unos pantalones grises de franela, con una mancha de pintura en una rodilla, y parecía tener entre cincuenta y sesenta años. Su calva estaba rodeada por una melena de un marrón ceniciento, larga y rebelde en los flancos, de modo que ocultaba sus orejas. Unas patillas enmarañadas, la barba y un grueso bigote escondían su boca y buena parte de sus mejillas; tenía los ojos de un castaño oscuro, con ojeras muy marcadas y arrugadas, y su piel (por lo que pude ver) parecía abrasada por el sol.

—Señorita Langton? Me llamo Frederick Price, y creo que debo de ser su tío. He visto en *The Times* la noticia de la muerte de mi hermana... de su madre... y he venido a presentarle mis condolencias.

Lo miré con aire de cierta sorpresa. No podía siquiera vislumbrar en aquel hombre ni un rasgo que me recordara a mi madre.

—Gracias, señor. Me temo que mi padre no volverá a casa hasta muy tarde... En realidad, rara vez se encuentra en casa. ¿Desea tomar una taza de té?

—No quisiera molestarle en las presentes circunstancias...

—No me molesta —contesté. Hablaba en voz baja y parecía titubear levemente, pero había algo

en su cadencia que me llamaba la atención—. Me vendrá bien ocupar mis pensamientos en otros asuntos.

Lo conduje hasta el salón, donde muchos de los adornos y los muebles ya estaban embalados; había una caja a medio llenar junto a la chimenea.

—Debe usted preguntarse por qué no nos hemos visto nunca... —dijo—. El hecho es que perdi cualquier contacto con su madre después de su boda; no supe que estaba viviendo en Londres hasta que vi la noticia el otro día... Y, bueno... para ser franco, nunca tuvimos mucha relación, en parte porque yo la vi muy poco. Discutí con mi padre, ya sabe... Él quería que fuera pastor y yo quería ser pintor, y todo acabó horrorosamente: me desheredó y yo hui a Italia antes de cumplir los veintiún años. Y allí se quedó la pobre Hester... Se quedó para cuidarlo, y supongo que eso le dolió... ¿quién podría culparla? Y después, cuando mi padre murió, no pude o... en fin, no volví a casa. La última carta que recibí de ella me decía que estaba comprometida y que iba a casarse. Esperaba que al final mi hermana pudiera ser feliz... En 1875 regresé a Londres y cogí casa en St John's Wood, donde tengo mi estudio desde entonces. No sabía que tenía una sobrina a sólo tres millas de distancia...

—Yo tampoco sabía que tenía un tío artista.

—Yo diría que más bien soy lo que me manden. En mis tiempos fui... veamos... ilustrador (que ha sido el trabajo en el que he empleado la mayor parte de mi vida), copista, grabador, dibujante y restaurador, así como pintor por encargo... ¿Fue una larga enfermedad...? Perdón, me refería a su madre...

—Sí, pero no en el sentido que usted... La verdad es que... —Y, tras esas palabras, decidí narrarle toda mi historia.

Me escuchó muy seriamente y sin muestras de sorpresa, incluso cuando le conté todo lo de las sesiones de espiritismo, y me las arreglé de algún modo para llegar hasta el final sin derrumbarme.

—Así pues, ya ve usted, señor... aunque mi padre no lo sabe, yo soy la causa de la muerte de mi madre.

—Se juzga usted demasiado severamente —replicó—. Por todo lo que me ha contado, lo maravilloso es que mi hermana no hubiera puesto fin a su vida mucho antes. Usted se ha comportado muy generosamente, y no debería reprochárselo.

Dejé escapar un sollozo entonces, pero vi que mi conducta le resultaba muy incómoda y me dominó en cuanto pude.

—Y ahora —me dijo—, ¿se irá usted con su padre a casa de su tía en Cambridge?

—No la conozco, no la he visto nunca. No me quieren y preferiría irme lejos... pero... sí, debo ir.

—Comprendo —dijo, y permaneció en silencio durante unos instantes—. Constance... si yo pudiera... —titubeó al fin—. Yo soy soltero... y me conozco lo suficientemente bien como para decir que soy un egoísta: adoro mi tranquilidad y mis comodidades, y la seguridad de que puedo irme al estudio después de desayunar y que nadie me molestará durante las diez horas siguientes. Tengo una cocinera y una doncella, ambas excelentes mujeres, pero a veces me molestan con sus preguntas. Ahora... si yo contara con alguien que se ocupara de la casa por mí... alguien que tuviera en consideración lo que me gusta y lo que me disgusta, y que se preocupara de que todo se hiciera correctamente... digamos... una joven tranquila y discreta... y especialmente si su padre estuviera dispuesto a concederle una asignación... porque yo no soy precisamente rico... No sería un trabajo demasiado pesado, y la casa es lo suficientemente grande para que usted tuviera sus propias

habitaciones.

Una semana más tarde ya estaba instalada en casa de mi tío, en Elsworthy Walk. Estaba tan aliviada ante la perspectiva de no tener que ir a Cambridge que habría estado contenta con una cama en un sótano. Pero encontrarme con una habitación en el piso superior, con la ventana mirando al este, hacia las laderas herbosas de Primrose Hill, me pareció de todo punto milagroso. La mesa del comedor estaba siempre atestada de libros y periódicos; la idea que tenía mi tío de la comodidad consistía exactamente en dejar las cosas donde mejor le parecía, y le encantaba que a ambos nos gustara leer durante las comidas: algunas veces se pasaban los días, enteros sin intercambiar más que un «buenos días» o un «buenas noches». Al principio no podía salir de casa sin temer que acabaría tropezándose con alguien del círculo de la señora Veasey o de la señorita Carver, pero nunca ocurrió, y mi tío nunca volvió a hacer referencia a las sesiones de espiritismo. A cambio del Foundling Hospital, ahora tenía Primrose Hill, y a menudo, aquel otoño, me senté junto a la ventana para ver a los niños jugar... y encontré en aquellas escenas un secreto consuelo para mi espíritu.

Pero incluso en esta apacible situación pasaron muchos meses antes de que el peso de la culpa y el remordimiento comenzara a aliviarse, y sólo fue para dar paso a una inquietud de espíritu cada vez mayor.

Mis obligaciones en la casa estaban muy lejos de ser gravosas y me permitían disponer de una gran cantidad de tiempo. Mi tío, pronto lo comprendí, evitaba cualquier expresión de emoción; y creo que no era porque fuera una persona insensible, sino porque temía el efecto que las emociones pudieran tener sobre él. Por ciertos detalles que dejó entrever, llegué a sospechar que a veces su conciencia le remordía por haber abandonado a su familia, especialmente a mi madre, a quien podía haber seguido la pista fácilmente, y que haberme acogido a mí había sido su modo de compensar aquel abandono. Parecía que le agradaba tenerme en casa: yo era la persona con la que podía mantener una conversación cuando a él le apetecía conversar, y le permitía concentrarse en sus propios pensamientos cuando no le apetecía, y si él se dio cuenta de mis tribulaciones, no dejó entrever el menor indicio de ello. En cualquier caso, yo no le podría haber dicho en qué consistían mis preocupaciones.

Me fui acostumbrando a la soledad y no eché de menos —o no creí que echara de menos— el contacto con otras personas de mi edad; no tenía ningún interés particular y ninguna ambición concreta y, ciertamente, no deseaba casarme. Y, aun así, había algo que deseaba fervientemente, una ansiedad innombrable y secreta que sólo podía calmar caminando durante horas seguidas, hiciera sol o diluvia, hasta que conocí todas las calles del barrio, hasta Hampstead, donde las casas daban paso a los caminos y los campos... Pero nunca volví a Holborn.

Al final encontré un empleo como institutriz de los hijos de un tal capitán Tremenheere, que estaba sirviendo en la Artillería Real en el cuartel de Ordnance Hill. Mi tío se enojó un poco por esto, pero, como le recordé, la asignación que me dispensaba mi padre pronto cesaría y yo no podía permitirme vivir de su caridad. Yo estaba contenta con mi trabajo y pronto aprendí a querer de verdad a mis tres alumnos, pero aun así, la inquietud persistió; no podía zafarme del sentimiento de que estaba caminando como una sonámbula por la vida, esperando a que comenzara mi verdadera existencia... o lo que quiera que fuese.

En la primavera de 1888 mi padre murió repentinamente de un ataque de apoplejía. Lo supe por una carta que me envió mi tía, la cual me escribió diciéndome que mi padre le había dejado todo a ella, con instrucciones de que continuara librándome la asignación hasta que se cumpliera mi mayoría de edad, en el mes de enero siguiente. No me invitaba a acudir al funeral, ni yo quise ir: yo sabía que no había significado nada para él y creo que lloré por mi propia falta de dolor, más que por aquel hombre al que apenas había conocido.

Aquel verano fue tan frío y lluvioso que difícilmente mereció ese nombre, y el otoño se ensombreció aún más por los continuos sucesos y atrocidades acontecidos en Whitechapel^[14]. Mis paseos solitarios se redujeron: ya no me sentía tranquila caminando más allá de los límites de St John Wood; y, después, en diciembre, el capitán Tremenheere fue trasladado a Aldershot, y se llevó a su familia con él.

Mi vigésimo primer cumpleaños pasó, y no encontré otro trabajo, hasta que una mañana, después del desayuno, mientras estaba curioseando descuidadamente un artículo, mis ojos se detuvieron en un anuncio que aparecía debajo:

«Se ruega a Constance Mary Langton, hija de la difunta Hester Jane Langton (de soltera, Price), domiciliada antaño en Bartram's Court, Holborn, que se ponga en contacto con Montague y Venning, notarios públicos, en sus oficinas de Wentworth Road, Aldeburgh, por un asunto que le interesa especialmente».

Yo había imaginado que todo se aclararía con la respuesta del señor Montague, pero su carta simplemente solicitaba «pruebas consistentes que puedan aportarse» de que yo era la verdadera Constance Mary Langton en cuestión. Mi tío bromeó mientras redactaba un certificado a tal efecto, y dijo que, en realidad, por lo que él sabía, yo podía ser una vagabunda que se hubiera colado en la casa de Bartram's Court el día en que a él se le ocurrió llamar... Aquella era una observación que me perturbó más de lo que él podría imaginar jamás. También se me solicitaba la fecha y el lugar de mi nacimiento —respecto a esto último, sólo pude escribir: «En el campo, cerca de Cambridge»— y declarar si tenía hermanas «u otros familiares cercanos de sexo femenino» vivos, a lo cual contesté que no había nadie, por lo que yo sabía. En respuesta a mi carta, recibí una nota del señor Montague diciéndome que vendría a Londres en los próximos días y que le encantaría visitarme, cuando yo considerara conveniente, «para tratar el asunto del legado». Mi tío pensó, por el texto del anuncio, que el legado procedería de alguien de la rama materna, pero no pudo arrojar más luz sobre el caso: él nunca había tenido demasiado interés en la historia de su familia. Muy probablemente, me advirtió, se trataría de una pequeña suma de dinero o algunas piezas de mobiliario viejo, legado a mi madre por alguna tía olvidada o por algún primo. Pero aquellas breves indagaciones habían vuelto a despertar mis fantasías infantiles, según las cuales había algún misterio en torno a mi nacimiento. Yo nunca le había mencionado esas sospechas a mi tío, y me sentí secretamente aliviada cuando me dijo que no estaría presente en la entrevista, asegurándome que aquello era un asunto que sólo me concernía a mí, sobre todo porque ya era mayor de edad; en todo caso, si lo necesitaba, podía ordenar que alguien fuera a buscarlo al estudio.

El señor Montague vino a verme una gélida mañana de enero. Yo estaba de pie junto a la ventana cuando Dora le hizo pasar al salón, y se detuvo cuando la puerta se cerró tras él, aparentemente

conmocionado por algo que vio en mí. Era un hombre alto y enjuto, y ligeramente encorvado, con el pelo gris marcadamente peinado hacia las sienes. Tenía el rostro surcado por arrugas que parecían deberse a un padecimiento o a una enfermedad; su piel era de una tonalidad grisácea, y había sombras oscuras como cardenales bajo sus ojos. Podía tener una edad entre los cincuenta y los setenta, y aun así, mostró cierto aire de inseguridad, incluso de temor, cuando le tendí la mano —la suya estaba helada— y le invité a tomar asiento junto a la chimenea.

—Me pregunto, señorita Langton —comenzó—, si el nombre de Wraxford significa algo para usted.

Su voz era grave y refinada, con un toque gutural.

—Nada en absoluto, señor.

—Comprendo...

Me observó en silencio durante unos instantes, y después asintió con la cabeza como si estuviera confirmando algo para sí mismo.

—Muy bien. Señorita Langton, estoy aquí porque un cliente mío, la señorita Augusta Wraxford, ha muerto hace unos meses, dejando la mayor parte de su hacienda a «mi familiar más cercano de sexo femenino que aún esté viva». Y suponiendo, discúlpeme, que usted sea la verdadera Constance Mary Langton, y la nieta, por rama materna, de María Lovell y William Lloyd Price, entonces usted será la principal beneficiaria del testamento de Augusta Wraxford, y la única heredera de Wraxford Hall.

Sus palabras sonaron como si estuviera preparándome para darme noticias de alguna desgracia gravísima.

—La propiedad consiste en una casa señorial abandonada... muy grande, pero de todo punto inhabitable, asentada en varios centenares de acres de bosque cerca de la costa de Suffolk. Las tierras están cargadas con fuertes deudas, y rinde, como mucho, doscientas libras, después de satisfacer a los acreedores...

—¡Doscientas libras! —exclamé.

—Debo advertirle —dijo, en el mismo tono compungido— que no será fácil encontrar un comprador. Wraxford Hall tiene una historia oscura... pero antes de ocuparnos de eso, estoy obligado a preguntarle algunas cuestiones... aunque, confieso, señorita Langton, que sólo con mirarla... bueno, el parecido es muy notable...

Se interrumpió bruscamente, como si se hubiera impresionado por lo que él mismo acababa de decir.

—¿El parecido...? —señalé.

—Discúlpeme, es sólo... ¿Puedo preguntarle, señorita Langton, si usted se parece a su madre...? En el aspecto físico, quiero decir...

—No, señor. Mi madre casi media seis pies de alto, y... es evidente que no me parezco a ella. ¿Puedo preguntarle, señor, cómo ha sabido de mi existencia?

—Por la noticia del fallecimiento de su madre en *The Times*. La señorita Wraxford me había ordenado seguir la pista de la descendencia femenina de la familia, lo cual resultó una tarea larga y difícil. Yo tenía información hasta la boda de sus padres, pero a partir de ahí se perdía todo rastro, hasta que un empleado mío, que lee todos los periódicos cada mañana, encontró la noticia del fallecimiento. Pero en aquel entonces no me pude tomar la libertad de presentarme ante usted. La

señorita Wraxford pensaba que las falsas expectativas son malas para formar la personalidad y, desde luego, mientras ella estuvo viva, siempre cupo la posibilidad de que pudiera cambiar el testamento. Y para cuando ella murió, la antigua casa donde vivió usted ya había cambiado de manos en varias ocasiones... de ahí que ordenáramos publicar nuestro anuncio.

Se quedó en silencio durante unos momentos, observando el fuego.

—Usted decía en su carta —añadió— que nació en algún lugar cerca de Cambridge... ¿No sabe exactamente dónde?

—No, señor.

—¿Y no tiene usted un registro de su nacimiento?

—Me temo que no, señor. Quizá pueda estar entre los papeles de mi padre, en casa de mi tía, en Cambridge.

—Es posible que no haya ninguno. No hay ninguna entrada en el registro general de Somerset House... pero en aquella época no era obligatorio notificar los nacimientos al registrador —añadió, advirtiendo un cambio en mi expresión—, así que no debe usted alarmarse por ese detalle.

Se detuvo de nuevo, observándome detenidamente, sin que pareciera que se daba realmente cuenta de que lo estaba haciendo. A pesar de su comentario a propósito de los parecidos —o quizás precisamente por eso—, cualquier cuestión que me planteaba excitaba mis recelos y temores. ¿Sospechaba aquel hombre que yo no era hija de mis padres? ¿Poseía incluso alguna prueba al respecto? ¿Debería revelar yo mis propias sospechas? Podía perder una fortuna por hablar, pero quedarme callada sería seguramente peor... quizás incluso delictivo. Dora interrumpió mis pensamientos cuando llamó a la puerta con la bandeja de té, y durante los siguientes minutos me vi obligada a participar en una conversación breve y nerviosa mientras intentaba decidir qué debía hacer.

—Señor, antes de que prosiga usted —dije tan pronto como la puerta se cerró tras la criada—, creo que debería decirle... algunas veces me he preguntado si yo podría haber sido una niña adoptada... una hospiciiana. Mis padres nunca me dijeron nada al respecto, pero si yo fuera adoptada... bueno, eso explicaría ciertas cosas de mi infancia... y si yo no fuera su verdadera hija de sangre, entonces...

Me detuve repentinamente, asustada ante la reacción del señor Montague. El poco color que aún conservaba desapareció de sus facciones; su taza de té titiló sobre el plato y se vio obligado a dejarlo en la mesa.

—Discúlpeme, señorita Langton... es sólo una indisposición momentánea. ¿Querría usted decirme cómo ha llegado a esa conclusión...? Quiero decir... ¿cómo ha llegado... a considerar esa posibilidad?

Y así, una vez más, me embarqué en la narración de la historia de la muerte de Alma, y del hundimiento de mi madre, mis paseos con Annie hasta el Foundling Hospital y la implacable indiferencia de mi padre, pero no mencioné las sesiones de espiritismo, al tiempo que me preguntaba constantemente qué le habría llamado tanto la atención al señor Montague. Aunque el fuego apenas se mantenía vivo, advertí un tenue brillo de sudor en su frente, que se fue haciendo cada vez más evidente, y, aunque hizo todo lo posible por ocultarlo, se estremecía como si sintiera un profundo dolor. Me hizo varias preguntas, la mayoría de las cuales yo no estaba en disposición de contestar, sobre la vida de mis padres antes de que se casaran —yo ni siquiera sabía dónde ni cómo se conocieron—, sobre la procedencia de los ingresos de mi padre, y si yo recordaba algo de lo ocurrido

antes de que nos trasladáramos a Londres.

—No recuerdo nada, señor... nada de lo que pueda estar segura.

—Comprendo... Permítame decirle antes de nada, señorita Langton, que incluso aunque sus sospechas se verificaran, el legado se mantendría. Usted es la hija legítima de su señora madre de acuerdo con la ley, y eso es todo lo que la ley precisa. Además...

—Señor Montague —me atreví a decir, cuando vi que no proseguía inmediatamente—, usted ha hablado de ciertos parecidos, y ha sugerido (o eso he intuido) que sabe algo que está relacionado con mis sospechas respecto a mi nacimiento. ¿No querría usted decirme de qué se trata?

Él se mantuvo en silencio, como si estuviera atrapado en un debate interior, lanzando miradas a mis ojos y al fuego, y volviendo a mirarme. Una pálida luz grisácea entraba oblicuamente por la ventana y algunas gotas de agua veteaban el cristal empañado.

—Señorita Langton —dijo finalmente—, le aseguro que yo no sé nada de su historia, nada que no me haya contado usted misma. Lo que usted ha intuido... sólo es una ridícula fantasía por mi parte. No... el mejor consejo que puedo darle es que venda la propiedad, con los ojos cerrados, que coja lo que le den por ella y deje que el nombre de Wraxford se borre de su memoria.

—Pero... ¿cómo puedo estar segura de lo que me dice? —insistí, animada por las dudas que mostraba—. ¿Cómo puedo estar segura si no me dice lo que sospecha... o si no me dice a quién piensa usted que me parezco?

Sus ademanes mostraron que aquellas preguntas le habían conmocionado más de lo que yo esperaba, y volvió a abismarse en el fulgor de las llamas.

—Le confieso, señorita Langton —dijo finalmente—, que no sé cómo responderle. Permitame algún tiempo para pensar... Le escribiré en el curso de la semana.

E inmediatamente después se marchó.

Mi tío, naturalmente, se quedó asombrado ante aquellas noticias, pero el nombre de Wraxford no significaba nada para él, más allá de vagas asociaciones con algún antiguo crimen o escándalo del que había oído hablar.

El tiempo continuó siendo muy desagradable y las calles permanecían constantemente enlodadas, con aguanieve medio helada.

Mientras, para mí las horas transcurrían lentamente, en un interminable carrusel de especulaciones, hasta que una mañana, cuatro días después de la visita del señor Montague, me llegó un grueso paquete muy bien envuelto por correo certificado. Contenía otro paquete, también sellado; una breve carta y un árbol genealógico de los Wraxford, dibujado con la misma letra, pequeña y meticulosa.

20 de enero de 1899

Estimada señorita Langton:

Me confió usted su secreto, y yo he decidido confiarle el mío. He conservado este paquete desde hace casi veinte años, y no se ha abierto desde entonces. Como usted comprenderá, estoy poniendo mi reputación en sus manos, pero creo que eso ya no debe preocuparme en exceso. Mi salud está muy quebrantada, pronto me retiraré, y si alguien tiene derecho a tener estos papeles, ese alguien es usted. Cuando los haya leído, comprenderá por qué le dije que vendiera la mansión con los ojos cerrados; incéndiela y ábrásela hasta los cimientos, y siembre con sal sus tierras si lo desea... ¡pero nunca viva allí!

Sinceramente suyo,

Segunda parte

Narración de John Montague

30 de diciembre de 1870

Finalmente he decidido poner por escrito todo lo que sé de los extraños y terribles acontecimientos acaecidos en Wraxford Hall, con la esperanza de apaciguar mi conciencia, la cual no ha cesado jamás de desazonarme. Es una noche muy apropiada para una decisión semejante, porque hace un frío horrible y el viento ulula por los resquicios de la casa como si no fuera a cesar jamás. Me avergüenza un tanto lo que debo revelar de mi propia historia, pero si deseo que cualquiera pueda comprender por qué actué como lo hice —¿por qué otra cosa iba a embarcarme en esto?—, no debo ocultar nada que tenga alguna relevancia, por muy doloroso que pueda resultar. Confío que mi alma se tranquilizará sabiendo que si el caso se reabre algún día, después de que yo haya muerto, este informe podrá contribuir a desvelar la verdad sobre el misterio de Wraxford Hall.

Me encontré con Magnus Wraxford por vez primera en la primavera de 1866 —yo tenía treinta años—, en calidad de abogado de su tío Cornelius, una responsabilidad que yo había heredado de mi padre. Nuestra oficina era un pequeño negocio familiar establecido en la ciudad de Aldeburgh, y yo había seguido la carrera de mi padre como él había seguido la del suyo. Como todos los chicos de esta parte de Suffolk, yo había oído las leyendas que se contaban de Wraxford Hall, la mansión que se encuentra en el corazón del bosque llamado Monks Wood, a unas siete millas al sur de Aldeburgh en línea recta, pero a bastante más distancia por el camino. El viejo Cornelius Wraxford había vivido allí, en absoluta reclusión, durante tanto tiempo que nadie podía recordar desde cuándo, atendido por un grupo de criados al parecer seleccionados en virtud de sus taciturnas cualidades, al tiempo que la mansión se derrumbaba lentamente a su alrededor y las tierras de la propiedad se echaban a perder. Hasta los cazadores furtivos evitaban aquel lugar, sobre todo porque se decía que en los bosques de Monks Wood —como era de suponer— rondaba el fantasma de un monje... De acuerdo con las leyendas locales, aquel que viera la aparición, moriría antes de un mes. Además, se rumoreaba que Cornelius tenía una jauría de perros tan salvajes que podrían despedazar a un hombre. Algunos decían que aquel viejo avaro guardaba un inmenso tesoro de oro y piedras preciosas; otros sostenían que había vendido su alma al diablo a cambio del don de volar, o por una capa para hacerse invisible, o por algún beneficio diabólico semejante. Además estaba el caso de William Brent, el cazador furtivo, que solía jactarse de que podía cazar tan cerca de la mansión como quisiera sin que los perros del viejo se enteraran, hasta que una noche vio un rostro maligno observándolo desde una ventana del piso superior, y murió al cabo de un mes. De pleuresía, admitámoslo, pero aun así... Mi padre se burlaba de todos esos rumores, pero no podía arrojar luz sobre uno que le afectaba personalmente a él: se había encontrado con Cornelius una sola vez, en la oficina, muchos años antes de que yo naciera. Ya por entonces, decía, Cornelius parecía un anciano: pequeño, encogido y receloso. Desde aquel momento en adelante, todos sus negocios se ventilaron mediante cartas.

Cuando me hice mayor supe algo más de la historia de la mansión por boca de mi padre. Había sido construida en tiempos de Enrique VIII, en el antiguo emplazamiento de un monasterio que había dado al bosque el nombre de Monks Wood. Los Wraxford, como muchas otras familias católicas, habían renegado de su religión durante el reinado de la reina Isabel; Wraxford Hall, de hecho, había servido como fortaleza realista durante buena parte de la guerra civil. Se decía que Carlos II se había ocultado en el escondrijo de los curas^[15] que había en la mansión mientras Henry Wraxford se enfrentaba a las huestes de Cromwell. Cuando tuvo lugar la restauración, Henry fue recompensado con un título de caballero, pero aquella distinción murió con él, y durante los siguientes cien años aproximadamente la mansión sirvió como retiro estival de varias generaciones de los Wraxford, la mayoría profesores y clérigos que aparentemente no habían hecho nada reseñable.

En la década de 1780, la propiedad pasó a manos de Thomas Wraxford, un hombre de ambiciones desmedidas que se había casado poco antes con una rica heredera. Este hombre comenzó inmediatamente a hacer reformas, a ampliar la casa y los cimientos, con la idea de convertir aquel lugar en un centro de esplendor social, sordo a todos aquellos que le advertían de la lejanía del lugar y de las dificultades que cualquier persona tendría para llegar hasta allí. Gastó en aquel plan una buena parte de la fortuna de su esposa, así como de la suya propia, pero las grandes fiestas que proyectaba jamás se llegaron a celebrar; las invitaciones fueron rechazadas muy cortésmente y las habitaciones exquisitamente amuebladas permanecieron vacías. Y entonces, alrededor de 1795, murió su único hijo, Félix, a la edad de diez años, cuando se cayó desde la galería superior del gran salón.

La esposa de Thomas Wraxford le abandonó poco después del trágico suceso y regresó con su familia. Él vivió en la mansión durante otros treinta años, hasta que una mañana, en la primavera de 1821, su ayuda de cámara le subió el agua caliente a la hora acostumbrada y descubrió que su señor se había ido. Nadie había dormido en la cama y no había signo alguno de pelea o altercado; las puertas que daban al exterior y las ventanas estaban cerradas con pestillo, como siempre; y lo único que se echaba de menos en aquel escenario era el camisón que llevaba el señor cuando el criado lo había visto por última vez la noche anterior. La casa y las tierras fueron batidas a conciencia, pero todo fue en vano: Thomas Wraxford se había esfumado de la faz de la tierra, y jamás se encontró el menor rastro de él.

En términos generales se admitía que el pobre anciano finalmente había perdido la cabeza y que de algún modo había salido fuera de la casa, en camisón, que habría vagado por el bosque de Monks Wood y habría caído en un hoyo: la zona había sido minada durante siglos en busca de estaño, y algunas de aquellas antiguas obras y galerías aún permanecían abiertas, ocultas por ramas y hojas secas, y constituían verdaderas trampas para los imprudentes. Un año y un día después de la desaparición de Thomas, Cornelius Wraxford, su sobrino y único heredero, solicitó al Tribunal del condado un dictamen que certificara el fallecimiento de Thomas Wraxford, y se le concedió casi inmediatamente. Y así fue como Cornelius, un profesor soltero y solitario, renunció a su cátedra en Cambridge y tomó posesión de la mansión. Y eso era todo lo que podía contarme mi padre, además de que con el correr de los años Cornelius había ido vendiendo gradualmente las tierras que antiguamente constituyeron la propiedad que heredó, excepto los bosques de Monks Wood y la mansión.

Como joven muchacho que era, yo empleé una buena parte de mi tiempo fantaseando con mis amigos sobre la posibilidad de adentrarnos en aquellos bosques, evitando a los perros, e internarnos en la mansión a través de un pasadizo secreto que, según se decía, iba directamente desde la casa hasta una capilla abandonada que había en los bosques cercanos. Ninguno de nosotros había estado realmente en aquellos bosques de Monks Wood y sólo los habíamos visto de lejos, así que nuestras imaginaciones tenían toda la libertad del mundo para pergeñar lo que quisieran. Los terrores que invocamos en aquel tiempo poblaron mis sueños durante años. Nuestros planes, por supuesto, acabaron en nada. A mí me enviaron a la escuela, donde hube de soportar las crueidades habituales, hasta que el golpe de la muerte de mi querida madre me dejó durante un tiempo indiferente a aquellos tormentos menores.

Creo que fue entonces cuando comencé a refugiarme en el dibujo y la pintura, para lo cual poseía una habilidad natural, aunque nunca me lo había tomado muy en serio ni me había ocupado de estudiarlo en exceso. Mi forté eran los paisajes naturales —sobre todo los bosques—, las casas, los castillos y, especialmente, las ruinas. Algo en mí luchaba contra la luz, pero no parecía que aquello tuviera nada que ver con mi destino, el cual consistía en estudiar leyes en el Corpus Christi, el viejo colegio universitario de Cambridge donde estudió mi padre. Hice lo que se suponía que tenía que hacer, y allí, en Cambridge, en mi segundo año, conocí a un joven llamado Arthur Wilmot. Estaba estudiando lenguas clásicas, pero su verdadera pasión era la pintura y, a través de él, descubrí un mundo nuevo que ignoraba por completo. Y fue con este compañero, en Londres, con quien vi por vez primera la obra de Turner, y entonces pude finalmente entender aquellos versos de Keats sobre el gran Cortés mirando el océano con indecible asombro^[16]. Durante aquellas largas vacaciones, pasamos tres semanas pintando y dibujando en Escocia, y, con el apoyo y el ánimo de Arthur, yo comencé a creer que mi futuro podría estar en un estudio de arte más que en un despacho de abogados.

Arthur tenía aproximadamente mi altura, pero era ligeramente menos robusto, con una piel blanca que se quemaba fácilmente con el sol y rasgos delicados. Pero la impresión de fragilidad era engañosas, como pude comprobar durante nuestro primer día en Escocia, cuando subió corriendo una cuesta muy empinada con la agilidad de una cabra mientras yo, jadeante, le seguía la estela a duras penas. Siempre me hablaba de un lugar cercano a Aylesbury llamado Orchard House —una perfecta Arcadia, tal y como sonaba en sus labios—, donde tenía la residencia su padre, un pastor anglicano. Y especialmente me hablaba de su hermana Phoebe, a quien simplemente adoraba: se ponía muy nervioso si pasaban más de un día o dos sin tener carta suya. Al final de nuestro viaje acordamos que en vez de regresar a Aldeburgh, le acompañaría a su casa y me quedaría allí al menos durante quince días. Yo no tenía hermanos ni hermanas —mi madre había estado muy enferma tras mi nacimiento— y sabía que mi padre había estado esperando ansiosamente mi regreso. Pero yo no quería decepcionar a Arthur, o eso fue lo que me dije para justificar mi comportamiento.

Orchard House era todo lo que mi amigo me había dicho, y más: era una casa de campo, con techo de paja y deslumbrante encalado, asentada, como su nombre advertía, entre arboledas de manzanos y perales. El padre de Arthur, canoso, cordial y rubicundo, podría haber salido directamente de un lienzo de Birket Foster^[17] (aunque yo no lo advertí en aquel momento), como su madre: una mujer tranquila, delgada y delicada —cualquiera podía comprobar que Arthur había heredado su aspecto—,

a la que siempre se podía encontrar en el jardín cuando no había otra cosa a la que atender. Y, después... Phoebe. Era preciosa, sí, con el perfil clásico de su madre y su esbelta figura; tenía una melena abundante y brillante del color de la miel oscura, y sus ojos eran avellanados, siempre ligeramente entrecerrados, aunque no había coquetería en ese delicioso gesto. Pero, sobre todo, fue su voz lo que me cautivó: era grave y vibrante, con unos cantarines tonos bajos que conseguían que el asunto más vulgar pareciera cargado de emoción.

Mi amor por Phoebe fue correspondido. Conseguí su palabra de matrimonio casi inmediatamente, aunque el consentimiento para nuestro compromiso tardó mucho más en llegar. Aparte de mi mente cualquier idea de morirme de hambre en frías buhardillas y me apliqué a estudiar leyes, sabiendo que cuanto antes comenzara a ejercer, antes me casaría. Aparte de los sufrimientos de la añoranza que tuve que soportar estando lejos de ella, oscilando entre violentos ataques de euforia y terror de que mi Phoebe pudiera cambiar de opinión, la única nube que se cernía en nuestro horizonte era la cuestión referida al lugar donde íbamos a vivir. Yo pensaba ejercer la abogacía con mi padre, en Aldeburgh; si rechazaba hacerme cargo de la oficina, le rompería el corazón, y ello conduciría tal vez a abrir un abismo eterno entre ambos. Pero quedarme con él en Aldeburgh significaría separar a Phoebe de todo lo que ella más amaba en el mundo. Ella y mi padre intentaron congeniar sólo por mí, pero no sabían exactamente cómo conseguirlo. También supe que nuestro hogar, una casa sencillamente amueblada que miraba a la playa, le parecía a Phoebe un lugar inhóspito y lugubre.

Al final alcanzamos un acuerdo precario: viviríamos en Aldeburgh, pero en otra casa de nuestra propiedad, en otro lugar, lejos del ruido de las olas, el cual, tal y como Phoebe describió con un gesto de mal humor, le parecía melancólico y agobiante: en más de una ocasión la había sorprendido murmurando inconscientemente: «Rompe, rompe, rompe, en las frías piedras grises, oh, mar...»^[18]. Así que íbamos a pasar en Orchard House tanto tiempo como las obligaciones de la oficina me permitieran.

Después de tres largos años nos casamos en la primavera de 1859. Yo sólo tenía veintitrés años, y Phoebe era un año menor. Pasamos parte de nuestra luna de miel en Devon; a mí me hubiera gustado ir a Roma, pero su familia se mostró preocupada por el largo viaje y por los peligros del cólera. Aquellos días y aquellas noches, a solas con ella, me parecieron en aquel momento los más felices de mi vida... Pero a los quince días, Phoebe comenzó a echar de menos Orchard House y, consecuentemente, tuvimos que regresar, para gran regocijo de su familia, hasta que llegó la hora de comenzar nuestra vida en Aldeburgh.

Yo había alquilado un *cottage* en un lugar muy pintoresco, junto al camino de Aldringham, aproximadamente a una milla de la casa de mi padre y bien lejos del sonido de las olas que rompián sobre los guijarros, pero también bastante aislada: Phoebe se quedaba sola durante todo el día, con la única compañía de nuestra ama de llaves, una mujer muy amable, pero escasamente dada a la conversación. Pocas semanas después de nuestra llegada supimos que mi esposa estaba embarazada, una alegría amortiguada por su creciente nostalgia de Orchard House, que en vano trataba de ocultar. Arthur vino a vernos; por una parte, fue un alivio, pero su visita también proyectó una sombra de amargura sobre nuestras vidas, porque pensaba que yo me estaba comportando de un modo muy cruel al mantener a Phoebe lejos de su familia. Así que decidimos que ella pasaría los últimos meses de su embarazo en Orchard House: poco podíamos imaginar que aquellos serían los últimos meses de su vida. Yo abandoné el *cottage* y regresé a casa de mi padre, absolutamente decidido a dejar el

despacho y a buscar un empleo en Aylesbury tan pronto como naciera el niño. Pero mi padre estaba tan feliz de verme de nuevo en casa que no me atrevía a decírselo, y así continuaron las cosas hasta que una noche de aquel invierno recibí un telegrama de Orchard House, apremiándome para que acudiera allí inmediatamente. El parto de Phoebe había comenzado prematuramente y duró toda la noche... Mi esposa se había ido debilitando más y más, hasta que decidieron ir a buscar a un médico... Phoebe murió, y nuestro hijo con ella, una hora antes de que llegara el doctor.

Es inútil insistir en aquel dolor infinito, o hablar de sus terribles consecuencias, que se resumen en poco: yo permanecí en Orchard House una semana tras su funeral, hasta que se me hizo insopportable el pensamiento no declarado que toda la familia parecía asumir: que ojalá yo nunca hubiera cruzado el umbral de aquella casa.

Cinco meses después, en agosto de aquel mismo año, Arthur se fue a escalar a las montañas de Welsh, se cayó y se mató.

Volver a Aylesbury para el funeral fue la cosa más dura que he tenido que hacer jamás. Era inútil decirle a sus padres —tan arrasados por el dolor que apenas podían reconocerse sus rostros— que habría preferido que me cortaran la mano derecha antes que verlos morir; pero esas palabras no nos devolverían ni a Phoebe ni a Arthur, ni contestarían a las preguntas que pendían como espadas sobre nuestras cabezas. ¿Por qué Arthur, en lo más intenso del luto por la muerte de su hermana, había abandonado a sus padres para ir a escalar insensatamente? Sus compañeros juraron que había resbalado mientras intentaba subir una pared de roca, pero yo vi en ellos la sombra de una sospecha íntima: puede que Arthur no hubiera decidido deliberadamente poner fin a su vida, pero era absolutamente seguro que se había embarcado en aquella mortal escalada sin que le preocupara mucho vivir o morir.

Durante la larga oscuridad que se abatió sobre mí, el pensamiento de acabar con mi propia vida estuvo constantemente presente. Ni siquiera podía afeitarme sin que se apoderara de mí el impulso de segar mi garganta con la navaja. Las pistolas me llamaban desde los armarios, los venenos desde las estanterías, y siempre estaba allí el ruido del mar, y la imagen de mí mismo adentrándose en las heladas profundidades y nadando hasta que me fallaran las fuerzas y me hundiera bajo las olas. Pero el pensamiento del sufrimiento que mi muerte causaría en mi padre —angustiado como yo por el recuerdo de los estragados rostros de los Wilmot— siempre me contuvo; eso, y como dice Hamlet, el temor de algo después de la muerte: esos versos a menudo acudían a mi memoria^[19]. Poco a poco me fui percatando de cuán pesadamente el espectáculo de mi dolor estaba abatiéndose sobre mi padre, y así conseguí salir de una negra noche a un gris amanecer del espíritu. Volví a mi puesto en la oficina y comencé, casi insensiblemente, a tomar conciencia del mundo que me rodeaba, y entonces volví a pintar; al principio eran simples bosquejos, hasta que me encontré vagando por lugares lejanos en busca de nuevos temas para mis dibujos. Pero mi vida, o eso creía yo, ya había terminado efectivamente, y pasarian otros cuatro años antes de que nada pudiera hacer tambalear esta melancólica convicción.

Quizá sea sólo la indeleble impresión que causa la historia de Peter Grimes en The Borough^[20], pero yo he notado que muchos visitantes encuentran algo opresivo, e incluso siniestro, en estas tierras del sur de Aldeburgh, las cuales me atraen, creo, por esa precisa razón. El castillo de Orford,

especialmente cuando se dibuja contra un cielo nublado y amenazante, es una de mis imágenes favoritas, y desde Orford hay sólo otras tres millas, a través de una zona de pantanos, hasta los límites de los bosques de Monks Wood. Uno puede andar ese camino mil veces sin encontrarse con otro ser humano, y viéndose sólo acompañado por los graznidos solitarios de las gaviotas y los avistamientos ocasionales de un mar picado y gris. Debido al modo en que se extiende el paisaje, el bosque permanece oculto hasta que uno asciende un pequeño collado y se encuentra con el camino encajonado entre oscuras masas de árboles. Yo me encontraba admirando este paisaje una fría tarde de primavera de 1864, y preguntándome si los perros de Wraxford Hall serían realmente tan salvajes como había creído antaño, cuando se me ocurrió pensar que ahora tenía una razón legítima para visitar la mansión.

Convencí a mi padre para que escribiera a Cornelius Wraxford —de quien no habíamos sabido nada durante varios años—, presentándome como su nuevo abogado y solicitando una entrevista. Una semana más tarde llegó la contestación: el señor Wraxford continuaría contando con nuestra oficina, pero no veía ninguna necesidad de mantener un encuentro. Por lo que concernía a mi padre, ahí concluía el asunto. Pero mi antigua curiosidad había renacido y comencé a hacer preguntas. Yo tenía por aquel entonces un amigo entre los furtivos —un hombre a quien yo había sorprendido con las manos en la masa cuando salí a dibujar una mañana muy temprano, y a quien no había delatado— y en un rincón tranquilo de la taberna The White Lion supé que una buena parte del muro exterior de la propiedad se había derrumbado y que los pocos perros que quedaban permanecían encadenados en las viejas caballerizas, en la parte trasera de la casa. El guardia, que ejercía también como mozo de cuadra y cochero, se había dado a la bebida, y rara vez salía de noche, o eso había oído mi informante. De todos modos, la cofradía de los furtivos, me dijo, todavía procuraba evitar acercarse a la mansión, especialmente después del anochecer.

Aquella noche la luna casi estaba llena y, después de salir de The White Lion, me quedé durante mucho tiempo en la orilla del mar, observando el juego de las luces sobre las aguas. Había creído que jamás volvería a escuchar el sonido de las olas sobre los guijarros sin sentirme abatido por el dolor y el remordimiento, pero el tiempo había mitigado el sufrimiento y los versos que el mar me cantaba no eran «Rompe, rompe, rompe...», sino «la espada desgasta la vaina, y el alma desgasta el pecho que la alberga...»^[21]. La noche era apacible y clara, y mientras estaba allí se me ocurrió pensar que dibujar la mansión a la luz de la luna podría ser un interesante ejercicio pictórico. Los asuntos del despacho no apremiaban y mi padre siempre estaba dispuesto a concederme permiso para ir a dibujar, así que decidí hacerlo al día siguiente.

Era poco después de mediodía cuando alcancé el collado desde el que se divisaba Monks Wood. Desde allí caminé hacia el norte por el lindero del bosque hasta que llegué a un sendero descuidado, y por él me interné bajo el dosel del arbolado. Pocos minutos después pasé entre los pilares semiderruidos que marcaban los límites de la propiedad. Los viejos robles de antaño habían sido sustituidos por abetos, los cuales crecían muy cerca del camino, ocultando la luz. A medida que me internaba en el bosque, llegué al convencimiento de que el habitual canturreo de los pájaros parecía extrañamente enmudecido, y si había algún animal de caza cerca, desde luego se mantenía lejos y oculto a cualquier mirada. La convicción de que había cogido un camino equivocado se apoderó de mí, hasta que sin previo aviso, el sendero giró bruscamente junto al tronco de un roble gigantesco y apareció ante mí una descuidada extensión de hierbas altas y cardos que debió de ser antaño una

explanada de césped. En la parte más alejada de la explanada, quizá cincuenta yardas más allá, se levantaba una gran casa señorial, de estilo isabelino, con deslustrados muros verdosos cruzados por maderos ennegrecidos y coronados por numerosos gabletes. El sol ya estaba ocultándose tras las altas copas de los árboles que tenía a mi izquierda.

El sendero avanzaba a través de la maleza, hacia la entrada principal, con un ramal que se alejaba a mi izquierda, hacia un *cottage* ruinoso, quizá la casa del guarda. Tras esa casa se veía una hilera de cobertizos y dependencias anejas, todas en ruinas y medio ocultas por los árboles y arbustos que lo habían invadido todo; y más allá todavía, había trazas de un edificio de piedra, con el tejado casi hundido: presumiblemente era la capilla. Wraxford Hall, me lo había dicho mi padre, había tenido en tiempos un parque de varios acres de terreno, pero el bosque finalmente se lo había tragado todo, excepto la casa y los alrededores inmediatos. No había ninguna señal de vida: todo estaba callado y silencioso.

Volví mi atención a la mansión. Los indicios de la desidia de muchos años eran evidentes incluso desde la distancia: maderas combadas, desconchones en el mortero, y una asombrosa profusión de ortigas y arbustos creciendo en los muros, por todas partes. Todas las ventanas estaban cerradas, excepto una hilera del primer piso, que parecía estar al menos a unos treinta pies del suelo. Se me ocurrió pensar que aquellas podían ser las ventanas de la galería desde la cual el niño Félix Wraxford se había caído setenta años atrás. Las contraventanas de todo el segundo piso eran mucho más pequeñas; y asomándose sobre estas, estaban las buhardillas, cada cual en su alero y todas en diferentes niveles. Recortado contra el cielo luminoso había aproximadamente doce chimeneas semiderruidas, y sobresaliendo por encima de ellas vi lo que parecían ser unas lanzas ennegrecidas que apuntaban al cielo. Eran pararrayos. Esta fue mi primera visión de la extraña obsesión de la familia Wraxford.

Es difícil en la actualidad distinguir mis primeras impresiones de todo lo que sucedió a continuación. En aquel momento sentí terror y alegría a un tiempo: mi impenitente melancolía se había desvanecido como humo en el viento. La casa parecía increíblemente viva a la luz de la tarde, como si yo hubiera pasado del mundo real a un sueño en el cual me encontraba, al parecer. Apoyé la espalda contra el tronco de un gran roble, saqué mi cuaderno y mi caja de pinturas y aproveché en lo que pude las últimas luces del día.

Transcurrió una hora, y no vi ningún signo de vida; comenzaba a preguntarme si los perros serían sólo un sueño de la imaginación de mi amigo el cazador. Quizá el propio Cornelius había muerto... pero... no, porque habíamos recibido su carta la semana anterior... aunque, ¿qué sabíamos realmente de él? Podría haber cerrado la casa y haberse ido de allí inmediatamente después de escribirnos. O tal vez vivía en otra casa, más pequeña, en una parte diferente del bosque... Lentamente, el atardecer fue oscureciendo los objetos hasta que no pude distinguir los colores. Dejé mis cosas a un lado y comí lo que había llevado conmigo mientras los perfiles de los tejados y las chimeneas, y los brazos espirituales de los pararrayos, se desvanecieron con las últimas luces del atardecer, hasta que la mansión no fue más que una gran masa oscura encorvada y amenazante ante la negritud del bosque.

Un pálido resplandor a través de la enramada del árbol que tenía detrás me anunció que ya había salido la luna, y comprendí que para que su luz iluminara mi cuaderno, tendría que trabajar fuera del

abrijo de los árboles. Convencido entonces de que la propiedad estaba desierta, recogí mis cosas y avancé cautelosamente hacia un lugar despejado bajo las estrellas. A unas treinta yardas de la casa, tropecé con los restos de un murete de piedra, y allí me senté con mi cuaderno y mis lápices. El aire estaba en calma y empezaba a hacer frío; en algún lugar, lejos, un zorro aulló, pero no hubo respuesta desde ningún otro lugar en la oscuridad.

Poco a poco aumentó la pálida claridad; la mansión parecía avanzar lentamente, como si saliera de la oscuridad. Cuando la luna se elevó más, me pareció que las proporciones de la casa cambiaban hasta elevarse amenazadoramente sobre mí, como un precipicio. Me agaché para coger mi cuaderno y, cuando me enderecé, vi encenderse de repente una luz en la ventana inmediatamente superior a la entrada principal: era un resplandor amarillo y tembloroso que comenzaba a moverse hacia la izquierda, pasando de una ventana a la siguiente, hasta que llegó a la más alejada; entonces lentamente regresó e hizo de nuevo la mitad del camino, antes de detenerse y titubear en aquel punto.

Todos los terrores de mi infancia renacieron con fuerza ante aquella visión, pero en aquel siniestro caminar de la luz yo vi la perfección de mi dibujo; vi que si podía dominar mi miedo durante el tiempo suficiente como para fijar aquella escena en mi memoria, podría finalmente plasmar en el lienzo una imagen que sería verdaderamente mía. Comencé a trabajar febrilmente, incluso cuando mi piel se erizaba pensando en un rostro maligno que pudiera aparecer tras los cristales, o en el grito —o el disparo— que advertiría que me habían descubierto. La luz de la casa seguía brillando, iluminándose y apagándose constantemente, como si alguien estuviera pasando frente a ella, pues no se percibía ni un soplo de viento. «Es el viejo Cornelius», me dije a mí mismo, «yendo de acá para allá en su casa... Mientras su lámpara esté encendida, no me verá». Parecía que me había convertido en dos personas distintas: una se horrorizaba ante mi locura e imploraba huir de allí; la otra era indiferente a todo excepto a lo que se traía entre manos.

Cerca de medianoche, cuando la luna se encontraba en su cenit, yo ya había hecho todo lo que podía hacer. La luz aún se veía en la ventana; recogí mis cosas y me adentré de nuevo en las sombras del bosque. Había llevado un farol conmigo, pero utilizarlo significaría delatar mi presencia... a lo que quiera que anduviera por los bosques de Monks Wood, y tras cien yardas dando tropezones en medio de una oscuridad casi absoluta, me aparté un poco del camino, me embocé en mi gabán y me acurruqué a los pies de otro gigantesco roble. Allí permanecí, escuchando los crujidos y los susurros en los matorrales que me rodeaban y las ocasionales carcajadas siniestras de algún búho, dormitando y desvelado entre inquietos sueños, hasta que me desperté con el gris amanecer.

Durante los siguientes cinco días apenas salí de mi estudio. Ignoré a mi padre vergonzosamente, pero no podía abandonar el cuadro. Si en algún momento me tumbaba con el fin de descansar y buscar algunas horas de sueño, la imagen de Wraxford Hall flotaba en mi mente, llamándome, exigiéndome volver a él. Trabajé en el cuadro con una seguridad que nunca había tenido —y que no he vuelto a tener desde entonces—, poniendo a prueba constantemente los límites de mi técnica y, sin embargo, guiado por una visión tan irresistible que prácticamente hacia virtud de mis limitaciones, hasta la mañana en que dejé la paleta por última vez y di un paso atrás para admirar lo que parecía la obra de alguien bastante más dotado artísticamente que yo. La escena era a un tiempo melancólica, siniestra y hermosa, y en aquellos largos momentos de contemplación me sentí como Dios ante la

Creación: contemplé lo que había hecho y vi que era bueno.

Mi padre, aunque admiró el cuadro, estaba más preocupado por la perspectiva de que yo pudiera ser detenido por entrar en una propiedad privada y me arrancó la promesa de que no volvería a aventurarme en las propiedades de los Wraxford sin una invitación previa. Desde luego, estuve dispuesto a prometérselo, creyendo que sería capaz de aplicar mi talento recién descubierto a cualquier otro asunto que eligiera. Pero mi siguiente estudio de la fortaleza de Orford parecía notablemente inferior a su predecesor, y otro tanto ocurrió cuando me volqué en algunos otros paisajes que me gustaban especialmente. Algo se había perdido: era una carencia de todo punto evidente y, sin embargo, me resultaba imposible de definir... Había perdido aquella especie de colaboración misteriosa entre el pulso y la mirada, una capacidad de la que ni siquiera yo mismo era consciente. Mientras que en aquel cuadro de la mansión simplemente me había dedicado a pintar, ahora todo era trabajoso, forzado, artificioso... Y cuanto más luchaba contra aquella misteriosa inhibición, peor era el resultado. Pensé volver a la mansión, pero además de la promesa que le había hecho a mi padre, me retenía el temor supersticioso de que si intentaba repetir mi éxito... no es que *Wraxford Hall a la luz de la luna* se fuera a desvanecer ante mis ojos exactamente, pero se revelaría como una pintura vulgar y mediocre. Tal vez estaba engañándome y el cuadro no valía mucho en realidad: esta idea acudía a mi mente con mucha frecuencia, porque en realidad no había sometido el cuadro al juicio de ningún experto... De todos modos, no podía exponerlo, por temor a alarma a mi padre y a excitar sus miedos sobre el allanamiento de una propiedad privada. Sin embargo, mi corazón insistía en que había pintado algo verdaderamente notable, aunque a un precio que preferiría no haber tenido que pagar.

Entonces, en octubre del año siguiente, todo cambió con la muerte de mi padre, víctima de una apoplejía. Ahora ya era libre para poder dedicarme por completo a la pintura. Salvo por un detalle: el talento me había abandonado y, además, vender el bufete era tanto como traicionar la memoria de mi padre, e incluso la confianza que puso en mí. Nuestros empleados esperaban que yo continuara con la oficina: entre ellos, Josiah, nuestro pasante más antiguo; así que continué en el negocio «por el momento», o eso me decía a mí mismo, dudando si sería la conciencia o la cobardía lo que me mantenía amarrado al bufete. Mi único acto de rebeldía fue colgar *Wraxford Hall a la luz de la luna* en la pared de mi oficina. (Le dije a todo aquel que me preguntó que lo había sacado de un antiguo grabado). Y allí estaba colgado la tarde en que me encontré por vez primera con Magnus Wraxford.

Yo había recibido una nota suya en la que me decía que le encantaría encontrarse conmigo; pero no decía por qué. Supe, por las notas que mi padre había escrito en los papeles de Wraxford, que Magnus era hijo del hermano más joven de Cornelius, Silas, que había muerto en 1857. Cornelius había redactado un nuevo testamento en 1858, dejando toda la propiedad a «mi sobrino Magnus Wraxford de Munster Square, en Regent's Park, Londres». Por curiosidad, escribí a un conocido en Londres para preguntarle si aquel nombre significaba algo para él. «Pues bien, da la casualidad de que sí lo conozco», me escribió. «Es médico: estudió en París, creo; practica el mesmerismo, lo cual, como usted sabe, está actualmente bajo sospecha entre la mayoría de los doctores reputados. Dice ser capaz de curar afecciones del corazón, entre otras enfermedades, a través de tratamientos mesméricos. Al parecer, sus pacientes (especialmente las mujeres) dicen maravillas de él. Se asegura

que personalmente es encantador, aunque no muy rico, lo cual, desde luego, excita todas las sospechas contra él.^[22] No sé muy bien qué esperaba de aquel encuentro, pero cuando Magnus Wraxford entró en la sala supe que me encontraba en presencia de una inteligencia superior. Sin embargo, no había condescendencia en sus gestos. Tenía aproximadamente mi altura (quizá un poco menos de seis pies), pero era más ancho de hombros que yo, y lucía un espeso pelo negro y una pequeña barba afilada, perfectamente cuidada. Sus manos eran casi cuadradas, con largos y poderosos dedos, con las uñas muy cortadas, y sin adornos, salvo en su mano derecha, en la que lucía un bonito sello de oro que ostentaba la imagen del Fénix. Pero eran sus ojos, bajo aquella frente ancha y prominente, lo que cautivaba la atención de cualquiera: eran profundos, de un castaño muy oscuro, y extraordinariamente luminosos. Tras la amabilidad de su saludo, tuve la desconcertante sensación de que mis más íntimos pensamientos quedaban al descubierto ante él. Lo cual tal vez se debía al hecho de que, cuando su mirada se volvió hacia mi cuadro de Wraxford Hall a la luz de la luna, yo admití claramente que había allanado la propiedad sin permiso. Lejos de mostrar su desaprobación, admiró el cuadro con tanta amabilidad que me desarmó, y tanto más cuanto que si alguien debía disculparse, ese era yo.

—Lamento enormemente —dijo— que mi tío quisiera apartarles de la casa de un modo tan desconsiderado. Como usted habrá comprobado, es el hombre más insociable del mundo. En realidad, sólo me soporta a mí porque cree que puedo ayudarle en sus... investigaciones. Pero... ¿usted y yo no nos hemos visto antes? En la ciudad... en la Academia, el año pasado... ¿En la exposición de Turner? Estoy seguro de que le vi a usted allí...

Su voz, como su mirada, era maravillosamente persuasiva; efectivamente, yo había visitado aquella exposición, y aunque no podía recordar haberlo visto, casi estuve medio convencido de que realmente nos debímos de encontrar allí. En cualquier caso, ambos habíamos admirado *Rain, Steam and Speed*^[23], y lamentamos la reacción hostil que aquella obra había inspirado entre los tradicionalistas; y así fue como nos sentamos junto al fuego y hablamos de Turner y de Ruskin como viejos amigos, hasta que Josiah llegó con el té. Eran las cuatro de la tarde de un día frío y nublado, y la luz diurna ya se estaba desvaneciendo.

—Veo que mi tío estaba trabajando aquella noche... a menos que ese siniestro resplandor en la ventana de la galería proceda de su propia inspiración... —dijo Magnus, mirando de nuevo mi cuadro.

—No... Realmente había una luz; bastante desconcertante, lo confieso. Por aquí la gente cree que la mansión está embrujada y que su tío es un nigromante.

—Me temo que puede haber alguna verdad en esas leyendas —contestó—, al menos por lo que toca al segundo punto... Ya veo que se dio cuenta de los pararrayos.

Yo había hablado muy a la ligera, lo cual había convertido su contestación tanto más sorprendente. Por un momento pensé que debería haber precisado que lo de la nigromancia *no era verdad*.

—Sí... Nunca he visto un edificio con tantos pararrayos. ¿Teme su tío especialmente las tormentas?

—Al contrario... Pero antes debería decirle que esos pararrayos fueron instalados originalmente hace unos ochenta años por mi tío abuelo Thomas.

—¿Es el Thomas Wraxford que perdió a su hijo cuando se cayó por la galería y después...

desapareció? —pregunté, como si le hubiera escuchado mal de nuevo.

—Así es; esa galería ahora es el laboratorio de mi tío. Pero los pararrayos, que eran una gran novedad antaño, fueron instalados al menos una década antes de la tragedia. Y no: sus oídos no le han engañado hace un instante...

Mi sorpresa ante aquella aparente clarividencia debió de mostrarse en mi rostro.

—El hecho es, señor Montague, que temo que mi tío se haya embarcado en un experimento que puede representar, para él y posiblemente para otros, un peligro mortal si no se hace nada para prevenirla. Por eso creo que debería ponerle al corriente de la situación y, si tiene usted la amabilidad, recabar su consejo.

Le aseguré que sería para mí un placer hacer todo lo que estuviera en mi mano, y le rogué que continuara.

—Mi tío y yo nunca hemos tenido mucha relación, ya me entiende... Yo le visito dos o tres veces al año y nos escribimos de tanto en tanto. Pero desde mis años de estudiante yo le he proporcionado algunos libros... poco comunes. La mayoría, de alquimia y de ciencias ocultas. Debo decirle que mi tío sufre un morboso temor a la muerte, y en ocasiones creo que eso explica que se haya apartado del mundo. Esa obsesión le ha empujado, es cierto, por extraños caminos de estudio y, en particular, se ha embarcado en la investigación de los alquimistas, en pos del elixir de la eterna juventud... la poción que supuestamente conferiría la inmortalidad a aquel que descubriera su secreto.

»El invierno pasado comenzó a dejar caer indirectas sobre cierto manuscrito alquimista muy raro que había conseguido: era en realidad un trabajo relativamente reciente, de finales del siglo XVII. No dijo quién era el autor ni contó dónde lo había conseguido. Mi tío, como usted habrá comprobado, es profundamente receloso y reservado, pero es evidente que él creía haber encontrado algo verdaderamente notable.

»Y este último otoño me dijo que pretendía cambiar todos los cables de los pararrayos y me pidió que le consiguiera un ejemplar del tratado de sir William Snow sobre las tormentas^[24]. No me sorprendió en absoluto: durante años había estado refunfuñando a propósito del peligro de los incendios causados por los rayos. Desde luego, usted se preguntará por qué no ha hecho nada para asegurar la casa contra incendios más terrenales, y la respuesta es que su horror al gasto de dinero es tan poderoso como su temor a la muerte. Así que le envié el libro y no pensé más en ello hasta que vine a visitarlo hace quince días.

»Los pararrayos, le diré, siempre han estado conectados a tierra por medio de un grueso cable negro fijado al muro. Pero ahora comprobé que se ha quitado una sección de cable de unos seis pies de longitud al nivel de la galería. Al principio pensé que estaba siendo reemplazado por partes; un asunto delicado, porque si cae un rayo cuando la sección aún no se ha instalado, toda la potencia del relámpago estallaría en la galería. Pero como averigüé enseguida, la apariencia de un espacio vacío en la línea del cable era engañosa: el muro había sido perforado por dos lugares, de modo que el cable se metía por el agujero de la parte de arriba y volvía a salir por el otro agujero, seis pies más abajo.

»En su carta, mi tío sólo me había dicho que quería "llevar a cabo algunas reformas". Yo no tenía la menor idea de lo que podría significar aquello, pero cuando me encontré frente a esa extraña instalación, confieso que un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

»Me recibió, como siempre, su mayordomo Drayton (un individuo melancólico de sesenta años, o más), que me informó de que mi tío estaba muy ocupado en la biblioteca y que había dado órdenes de que no se le molestara antes de la cena. Esto no era muy habitual; sus invitaciones nunca son para más de dos días, y él sólo me ve cuando quiere algo. De hecho, para ser sincero, si él no me hubiera hecho su heredero, dudo que hubiera mantenido esta relación.

»Mi tío, añadiré, ha mantenido los mismos y escasos criados desde que yo le conozco. Ahí está Grimes, el cochero, que también sirve como mozo de cuadra y recadero; su mujer, que es la cocinera (espartana en extremo), una criada muy anciana, y Drayton. Mi tío viste el mismo traje raído un día sí y otro también; no creo que se haya vestido para cenar desde el día que salió de Cambridge, lo cual debió de ocurrir hace cuarenta y cinco años. La mayor parte de la casa, como habrá usted observado, está cerrada: Grimes y su mujer ocupan el *cottage* del guarda, y las otras habitaciones de los criados se encuentran en el segundo piso, en la parte trasera de la casa.

»Las estancias de mi tío consisten en la gran galería —y de nuevo señaló las ventanas iluminadas que se veían en mi cuadro—, y la biblioteca y el estudio contiguos. La galería quizás tiene cuarenta pies por quince; la biblioteca es de igual tamaño, pero con el estudio en una esquina, junto al rellano.

»Cuando uno entra en la galería por las puertas principales, se ve, en el extremo opuesto de la sala, una inmensa chimenea. Pero ningún fuego ha ardido allí durante siglos: ese espacio está ocupado por lo que a primera vista parece ser un gigantesco arcón. En realidad, es un sarcófago hecho de cobre, tan corroido y deslustrado por los años que sólo quedan restos del cincelado ornamental. Lo ordenó construir sir Henry Wraxford, en torno al año 1640, como una especie de *memento mori*: sus restos están en el interior.

»En un nicho que hay entre la chimenea y la pared de la biblioteca hay una gran armadura, curiosamente ennegrecida... como si se hubiera quemado. Uno podría imaginar que se trata del trabajo de un artesano medieval, pero al aproximarse a ella se comprueba que, desde la cintura para abajo, recuerda más bien a uno de esos ataúdes egipcios que tienen forma de figura humana. Fue fabricada en Augsburg, hace menos de cien años, aproximadamente por las fechas en que Von Kempelen construyó su famoso autómata que jugaba al ajedrez^[25]; Thomas Wraxford la trajo de Alemania como parte del nuevo mobiliario de la mansión.

»Por lo demás, la galería está bastante desnuda de mobiliario, excepto por una pareja de sillones de respaldo alto y una gran mesa bajo las ventanas, que le sirve a mi tío como mesa de trabajo y que está justamente donde aparece la luz en su cuadro. Los retratos de los Wraxford del pasado cuelgan sobre la mesa; la pared de enfrente está adornada con la habitual colección de armas antiguas, trofeos y tapices descoloridos, confiriendo al lugar un aire de verdadera desolación. Es un lugar frío, sombrío y solitario, que huele a humedad y decadencia.

»La biblioteca inmediata alberga la típica miscelánea de un caballero rural, atiborrada con obras que uno jamás desearía leer. Siempre que me ha permitido entrar allí, la mesa estaba limpia de libros y papeles: guarda sus obras de alquimia en un armario cerrado. El estudio es también su dormitorio; hay un lecho portátil en una esquina, y en esta sala también hace todas las comidas, por lo que yo sé, excepto cuando yo lo visito. Aparte de esto, no hay más que polvo y pasadizos vacíos. Supongo que nadie habrá puesto un pie en los pisos superiores desde el pasado siglo.

»Contaba con un par de horas libres antes de que mi tío saliera de la biblioteca a las siete, así que salí de la casa de nuevo para observar más detenidamente los cables de los pararrayos.

»En esta ocasión comprobé que la ventana de la galería que se encuentra más cerca del cable principal, y justamente sobre el punto en el que el cable desaparece en el muro, estaba ligeramente entreabierta; los fallos de la carpintería en la ventana, probablemente, están demasiado altos para que mi tío pueda advertirlos. Y aunque no podía estar completamente seguro, me pareció bastante probable que la armadura estuviera colocada exactamente allí, bajo la ventana. Estas sospechas a medio elaborar bullían en mi mente, y, sin embargo, no podría definir exactamente qué significaba todo aquello. Hice una ronda completa por la mansión, pero no se había modificado nada más».

Estaba tan ensimismado con su historia que me sobresaltó la llamada de alguien a la puerta; era Josiah, que venía a encender las lámparas y a avivar un poco el fuego, y entonces comprobé que ya casi era de noche en el exterior.

—Lo siento —dijo Magnus—, creo que le estoy robando demasiado tiempo, y quizás usted tenga otros asuntos de los que...

Le aseguré que no tenía ningún asunto del que ocuparme. Este hombre poseía un extraordinario talento natural para ajustar su discurso a la lengua y el ritmo de su oyente, tan sutilmente que uno apenas era consciente de ello, y sin embargo ya sentí, apenas tras una hora de charla, que me encontraba en compañía de un viejo amigo en quien podía depositar toda mi confianza. Y así, habiéndome comunicado que se había hospedado en The White Lion, le rogué que se quedara a cenar en mi casa, lo cual, después de las habituales excusas, aceptó muy agradecido, y mientras se cumplía la hora, tomamos un refrigerio y continuó con su relato.

—En general —dijo—, las comidas con mi tío se celebran en una pequeña sala de desayunos que se encuentra en la parte trasera de la casa. Pero en esta ocasión Drayton había dispuesto dos cubiertos en el cavernoso comedor, un mausoleo polvoriento y revestido con paneles de madera oscura, situado justamente debajo de la biblioteca. Allí no hay chimenea. Mi tío se presentó con una bufanda y gruesos guantes de lana; por mi parte, hubiera agradecido tener a mano mi gabán. Comimos a la luz de unas pocas velas, en una mesa en la que podrían comer cuarenta, con Drayton rondando detrás de mí en algún lugar indeterminado, en la oscuridad. Mi tío continuaba lanzándome miradas furtivas y después apartaba sus ojos de mí... Una docena de veces pensé que estaba a punto de dirigirme la palabra, hasta que al final carraspeó, le hizo una señal con la mano a Drayton para que abandonara la sala y sacó un manojo de papeles del interior de su abrigo.

»“Ya sabes”, me dijo mi tío, dando golpecitos sobre el documento, “que te he hecho mi heredero. Ahora quiero que tú me hagas un favor. Si yo muriera de forma natural...” (me hubiera gustado preguntarle qué otra forma de morir tenía en mente, pero me contuve), “tengo algunas instrucciones para el mantenimiento de la propiedad que me gustaría que tuvieras en cuenta”. Y comenzó a leer una lista de piezas y objetos que bajo ningún concepto deberían venderse o sacarse de la casa, comenzando por la mesa en la que estábamos comiendo. Continuó con los objetos que había en otros salones, marcándolos en la lista con el dedo, pero mecánicamente, al acaso, como si su pensamiento estuviera en otro lugar.

»Pero cuando llegó a lo que él llamaba “mis aposentos”, es decir, la galería, la biblioteca y el

estudio de la planta superior, su comportamiento cambió por completo. La armadura de la galería debía dejarse exactamente tal y como se encontraba, durante el tiempo en que la mansión perteneciera a la familia. Esto me lo dijo con vehemencia terminante, y en un tono que impedía cualquier contradicción: me dijo que pretendía que esa orden fuera una condición para la recepción de la herencia. Aunque yo no sé si... y tal vez sería poco adecuado preguntar si...

—No he sabido nada de su tío desde hace años —dijo—. Y puede que haya consultado a otras personas, desde luego.

—No: estoy seguro de que les habría pedido consejo a ustedes. Y ha añadido la misma cláusula por lo que respecta a la biblioteca, pero la pasión ya le había abandonado, y después de señalar los contenidos de algunas salas más, dijo que lo redactaría todo como un codicilo anejo a su testamento.

»Después se quedó en silencio, tamborileando con sus dedos enguantados sobre la mesa.

»“Si yo desapareciera”, dijo repentinamente, “es decir, en caso de que pareciera que yo hubiera desaparecido... si Drayton, por ejemplo, te informara de que no me pueden encontrar, en ese caso, nadie debe entrar en mis aposentos. *Nadie*, ¿comprendes? No es preciso que se lleve a cabo ninguna búsqueda; y no debe informarse a ninguna autoridad; no debe hacerse nada, hasta que hayan transcurrido tres días y tres noches. Y después, si yo no diera señales de vida, puedes entrar en mi taller y... hacer lo que consideres necesario. Pero no debes mover nada, te lo repito: nada, o perderás cualquier derecho a la herencia. ¿Aceptas estas condiciones? Responde: ¿sí o no?”.

»Cogió el documento, que evidentemente era su testamento, y lo agarró con las dos manos, como si se dispusiera a romperlo en mil pedazos si yo no le complacía.

»“Muy bien: de acuerdo”, contesté, “pero seguramente sería más conveniente consultarla con el señor Montague”.

»Cuando dije esto, él dejó escapar un gruñido, con perdón: “No me fio de los abogados y, además, tú tienes más que perder que él. ¿Me das tu palabra de honor? Muy bien. Y ahora debo continuar con mi trabajo. Drayton se ocupará de ti y te servirá el desayuno por la mañana. Estoy seguro de que querrás ponerte en camino tan pronto como te sea posible...”.

»Se levantó, recogió sus papeles y abandonó la sala sin mirar atrás.

—Discúlpeme, pero... —le interrumpí, y no pude evitar preguntarle—: ¿Su tío es siempre así de... brusco?

—Así de insultante, más bien, aunque usted sea demasiado educado para decirlo. Bueno... no. Incluso para sus modos habituales, esto fue excepcionalmente descortés, pero en realidad apenas lo noté. Me quedé solo durante algún tiempo más, sentado a la mesa, absorto y meditando su extraña petición, mientras las velas se consumían y la estancia se quedaba aún más fría. ¿Había pasado mi tío de la excentricidad a la locura más absoluta? Tal era la conclusión obvia, y, sin embargo, no me parecía que hubiera estado en presencia de un lunático. ¿O le había estado dando vueltas a la desaparición de su predecesor hasta que...? ¿Hasta dónde? La respuesta debía de estar en la galería, si es que estaba en algún lugar. Pero... ¿cómo entrar? Cuando mi tío se retira por la noche, cierra y echa los cerrojos de todas las puertas de la casa. Hubiera dejado por imposible averiguación, pero entonces, cuando me retiraba a mi habitación, pensé en el cable.

»La luna estaba en su cuarto creciente; y puesto que el cielo estaba claro, había suficiente luz como para salir fuera y poder ver. Le dije a Drayton que necesitaba tomar el aire, y que no me esperara levantado; ya cerraría yo las puertas cuando volviera a entrar. Desde las sombras de las

viejas cocheras estuve observando la casa mientras transcurrían las horas. La medianoche llegó y pasó; era más de la una y media cuando se apagó la luz en el estudio de mi tío. Esperé otra media hora, volví a la fachada de la casa y comencé a escalar la pared.

»Aunque la noche era perfectamente serena, y sólo unos jirones de nubes cruzaban al acaso frente a la luna, lancé más de una mirada aprensiva al cielo cuando saqué un par de guantes y comencé a escalar. El muro estaba lo suficientemente descascarillado como para proporcionar algunos apoyos a mis pies, y a pesar del frío, ya estaba empapado en sudor antes de alcanzar el estrecho parapeto que recorría toscamente el nivel del piso de la galería. Un poco por encima de la cornisa, el cable desaparecía en la pared. El antepecho de la ventana al menos estaba a siete pies por encima del parapeto; para alcanzar la siguiente sección del cable, tendría que elevar todo mi peso mientras mantenía el equilibrio en la cornisa, agarrar el cable con la mano izquierda y balancearme hasta alcanzar la ventana entreabierta con la mano derecha.

»En cuclillas sobre el parapeto, apenas me atrevía a mirar hacia abajo. Aquellos versos sobre el hombre que recogía hinojo marino en los terribles acantilados acudieron a mi memoria y estuvieron a punto de paralizarme^[26]. Hice la última parte de la escalada con un último esfuerzo desesperado y alcancé jadeante el alféizar de la ventana.

»La luz de la luna iluminaba el bulo oscuro de la armadura, que se encontraba prácticamente debajo de mí. Las puertas de la biblioteca estaban cerradas, para mi alivio, y no se veía ninguna luz por las rendijas. Descendí junto a aquella figura con yelmo y esperé hasta que mi respiración se calmó y recobró su ritmo normal.

»Debería decir que mi tío siempre se había mostrado reacio a dejarme entrar en la galería. Desde luego, no podía negarme el derecho a ver los retratos de mis ancestros, pero nunca me dejó allí solo con ellos; así pues, yo había visto aquella armadura sólo en la distancia. Está colocada sobre una especie de pedestal metálico; su mano derecha, embutida en cota de malla, descansa sobre el pomo de una espada desenvainada que apunta hacia abajo, hacia el suelo, tal y como se encuentra ahora. Pero a mí sólo me importaban las dos partes del cable que se metían en la galería desde el exterior: una estaba conectada con la parte trasera del yelmo, y la otra, al pedestal metálico; así pues, si un rayo cayera en la mansión, toda la fuerza de la corriente pasaría directamente a través de la armadura.

»Necesitaba más luz y decidí arriesgarme a encender una vela que había llevado conmigo. Con aquel dubitativo resplandor, la armadura parecía inquietantemente vigilante. La espada brillaba bajo su mano derecha envuelta en la cota de malla, y la punta de la hoja, pude verlo, encajaba en una ranura que había en el pedestal metálico. Impulsivamente, quise coger la espada por la empuñadura.

»La espada se movió como una palanca cuando la cogí, y la mano metálica se desplazaba también con ella. Cuando tiré suavemente hacia mí, un temblor recorrió toda la armadura. Yo retrocedí aterrado, pero mi manga se prendió en la empuñadura y la espada se arqueó todo lo que daba de sí. Pareció que la armadura repentinamente cobraba vida: las láminas ennegrecidas del pecho se abrieron de pronto, como si un monstruoso ocupante estuviera forzándolas para salir.

»Pero estaba completamente vacía. Acerqué un poco más la luz y vi que las láminas de metal habían sido engarzadas con bisagras por ambos extremos, de modo que toda la parte de la mitad delantera (exceptuando los brazos) se podía abrir hacia fuera. Cuando volví a empujar la espada hacia su posición inicial, las láminas del pecho se volvieron a cerrar casi sin hacer ruido. Las junturas y articulaciones eran apenas visibles: seguramente hubo un experto armador que empleó meses de

laborioso trabajo.

»Había descubierto el secreto de mi tío, pero... ¿qué significaba? ¿Qué creía él que podía ocurrir cuando, tarde o temprano, un rayo cayera sobre la mansión? ¿Tendría la intención de comprar o engañar a alguna persona inocente para que ocupara la armadura (o ataúd) durante una tormenta? ¿Pretendería observar el resultado de semejante experimento? "Si pareciera que yo hubiera desaparecido", había dicho, "nadie deberá entrar en mis aposentos hasta que hayan transcurrido tres días y tres noches". ¿Era ese el tiempo que precisaba para huir si su víctima moría?

»¿O esperaba que algo... apareciera? Confieso que se me pusieron los pelos de punta cuando pensé en ello... y esa perspectiva plantea dudas sobre el estado mental de mi tío. Pero ahora ya estaba decidido a descubrir sus intenciones, y comencé a mirar por allí para buscar pistas. Había pensado que no había nada interesante en la gran mesa, pero entre las sombras, en un extremo, descubrí un delgado volumen en folio, encuadrado en piel.

»No era un libro impreso, sino un manuscrito, redactado con una retorcida caligrafía gótica. En la página del título sólo decía: "Trithemius. *El poder de los rayos*. 1697". Algunas tiras de papel se habían insertado entre las páginas, en varios lugares. Este era, seguramente, el misterioso trabajo alquímico que tanto había excitado a mi tío. El verdadero Tritemio, como usted sabrá (yo lo tuve que buscar en el British Museum cuando volví a Londres), fue abad de Sponheim a finales del siglo XV, un supuesto mago acusado de haber compuesto "obras diabólicas"; se dice de él que inventó el "fuego eterno". Pero nuestro Tritemio, el autor del manuscrito, no aparece en ningún catálogo, lo cual sugiere que mi tío posee la única copia... o una de las pocas que haya^[27].

»Intenté leerlo desde el principio, pero aunque la obra está en inglés, me resultó del todo impenetrable, así que volví una de las páginas que había marcado mi tío. La ilustración que encontré allí me puso la piel de gallina de nuevo. Consistía en cuatro recuadros alargados, el primero aparecía una armadura (no podría decir si estaba ocupada o vacía) con un palo largo o una vara proyectándose verticalmente desde el yelmo. En el segundo se veía un rayo luminoso y dentado golpeando el extremo de la vara; en el tercero, la armadura aparecía rodeada de un halo de luz. Y en el último se podía ver (aunque la habilidad del artista era bastante deficiente) una figura deslumbrante que comenzaba a separarse de la armadura, o quizás los dos estaban fundidos, no podría asegurarlo.

»Regresé a los primeros pasajes marcados, pensando que haría mejor leyéndolo por orden, y supe de pronto que debía anotarlo. Esta es una copia ajustada de lo que encontré».

Y diciéndome estas palabras, me tendió una hoja de papel.

Como la piedra imán debe buscar el Septentrión, así hube yo de hallar por experimental probatura que un fulgoroso rayo puede ser atrapado por una vara de hierro asentada en la cima de una colina. Y así, a la pregunta que el Señor Todopoderoso hizo a Job, me atrevo a contestar en modo afirmativo:

«*Parten los rayos a tus órdenes
diciéndote: "Aquí estamos"?*»^[28]

Por eso se halla escrito en el Libro del Juicio:

«Y el Ángel cogió el incensario y lo llenó con fuego del altar, y lo arrojó sobre la tierra. Y hubo truenos y voces y relámpagos y...»^[29]

Y así, el hombre que poder tuviera para domeñar la fuerza de los rayos sería el Ángel vengador del Día del Juicio... —la oscuridad como la luz, y en esto reconocemos a los gnósticos— y tendría dominio y poder sobre las almas de los vivos y los muertos: poder para atar y desatar, alzarse y abajarse, si fuera un adepto verdadero, podrá llevar a buen fin el rito del cual he escrito en otro lugar. Porque así un árbol joven puede inertarse en uno viejo, así...

—Me temo que eso es todo —dijo Magnus cuando le miré expectante—. Ya había girado la página cuando oí un ruido proveniente de la parte de la biblioteca: era el ruido de una llave girando en una cerradura. Apagué con un soprido la vela, cerré el libro y me dirigí tan rápidamente como fui capaz a la entrada principal. Pero los pasos se estaban ya acercando a la puerta de la biblioteca y sabía que las puertas de la casa no se podían abrir y cerrar a toda prisa sin hacer mucho ruido. Y tampoco tenía tiempo para salir por la ventana, encaramarme en el alféizar y cerrar la hoja de la ventana tras de mí. Podría haberme agazapado bajo la mesa grande, pero la idea de ser descubierto y tener que arrastrarme ignominiosamente delante de mi tío... No: sólo había un lugar donde esconderme. Cogí el pomo de la espada, tiré hacia mí y me metí en la armadura, deslizando mi brazo derecho en el lugar metálico que le correspondía y tirando de la espada. La armadura se cerró en torno a mí, y me sumí en la más absoluta oscuridad.

»Tenía muy poco aire, incluso al principio, y pronto me resultó un lugar ardiente y asfixiante. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude observar un débil resplandor, y descubrí que si me elevaba sobre mis punteras podía ver, a través de las ranuras de la celada, la luz de la vela de mi tío —finalmente, supuse que era mi tío— andando por la sala. Cuando la luz se detuvo frente a mí —incluso de puntillas sólo podía ver el techo—, esperé durante un tiempo que me pareció eterno que las láminas metálicas frontales se abrieran de repente. Al final, la luz se apartó y se desvaneció en un amortiguado tableteo de cerraduras y cerrojos. Pero no me atreví a moverme enseguida. Cuando todo volvió a quedar en silencio, me vi atrapado por un terror mortal que fue invadiéndome y enredándome en las palabras que acababa de copiar: “Porque así un árbol joven puede inertarse en uno viejo...”. E imaginé negras nubes cerniéndose sobre la mansión...

»Pero... ya es suficiente. Lo menciono sólo para explicar por qué, cuando al final salí de aquel sofocante ataúd, sólo pensé en huir de allí. Baste decir que el descenso resultó ser aún más peligroso que la subida, y que alcancé el suelo firme con un buen número de arañazos y heridas. Para mi alivio, mi tío no vino a buscarme a la mañana siguiente. Pensé decírle a Drayton lo que sabía, pero dudé de su capacidad para ocultarle nada a su señor, así que me limité a comentar que estaba preocupado por la salud de mi tío. Drayton me ha prometido enviarme un telegrama a Londres si sucede algo raro.

»Y esto, finalmente, me conduce directamente al propósito de mi visita. Como usted sabrá, tengo un interés particular en las afecciones del corazón y a menudo me veo obligado a abandonar la ciudad cuando se requiere mi opinión en otros lugares. Así que no siempre se me puede encontrar con la premura necesaria, en cuyo caso Drayton vendría directamente aquí. Pero más allá de ponerle al corriente de la situación, me gustaría preguntarle si usted podría sugerir algún medio legal por el cual pudiéramos prevenir un desastre, en vez de esperar a que estalle la tormenta... y nunca mejor dicho. Aunque, como representante legal de mi tío, tal vez considere usted que es impropio ofrecerme algún consejo.

El fuego prácticamente se había consumido; recordaba vagamente haber oído que Josiah se había

ido ya hacia algún tiempo.

—Dadas las extraordinarias circunstancias del caso, no creo que sea impropio aconsejarle, en absoluto —le dije mientras llenaba nuestras copas—. Pero el único camino que se sigue de todo lo que me ha dicho es uno muy drástico: el confinamiento en un manicomio. Y, por supuesto, por lo que le atañe a usted, el riesgo es que si no prospera ese intento, su tío podría muy bien vengarse y desheredarle. ¿Cree usted que dos colegas suyos podrían firmar un certificado...? Como presumible heredero, usted no podría firmarlo, desde luego.

—No estoy seguro de que pudiera conseguir dos firmas —contestó—. No podemos probar que pretenda usar la armadura para algún propósito siniestro; probablemente argumentaría que está embarcado en una investigación científica sobre los efectos de los rayos. Y respecto a su exigencia de que nadie entre en sus dominios durante los tres días posteriores a que (presumiblemente) no conteste tras la puerta, y suponiendo que él pusiera por escrito todo esto, ¿estoy legalmente obligado a acatar sus exigencias? ¿Perdería la propiedad si no lo hiciera?

—Si me trajera una provisión semejante a mí —dijo, después de pensar en ello durante unos momentos—, me negaría a escribirlo en el testamento, porque semejante disposición resulta contradictoria. Un testamento no obliga hasta que no se sustancia, y no puede sustanciarse hasta que el testador ha muerto. Usted no puede saber si él ha muerto o no hasta que no entre en la galería, lo cual él le ha prohibido hacer; pero si usted cree que él está enfermo o moribundo, tiene el deber moral de prestarle asistencia, y esto se lo reconocería sin duda la ley. El riesgo que afronta usted, desde luego, es que si entra y no está muerto, bien podría llevar a cabo la amenaza de desheredarle. De hecho... suponiendo que Drayton viniera a verme, y dijera que está preocupado por su tío, sería mejor que fuera yo el que entrara en la galería. Lo peor que podría hacerme sería prescindir de mis servicios, suponiendo que estuviera vivo; y si estuviera muerto, bueno... ello evitaría ciertas complicaciones...

Cuando planteé esta idea, se me ocurrió que tal vez estaba siendo imprudente, pero Magnus me dio las gracias tan afectuosamente que retractarse hubiera sido un poco grosero. Así quedó el asunto por el momento, y salimos a la gélida noche para caminar unos centenares de yardas hasta mi casa.

Durante mucho tiempo me había acostumbrado a no tener compañía, pero Magnus consiguió que hablara aquella noche... De pronto me vi hablando de Phoebe y de Arthur como no lo había hecho a lo largo de muchos años y de la gran oscuridad de espíritu que había sucedido a sus fallecimientos. Hablé también de la extraña pérdida de habilidad artística que sucedió tras haber pintado *Wraxford Hall a la luz de la luna*, y de cómo, en mis esfuerzos por superar esa incapacidad —o esa maldición, pues llegué a creer que eso era realmente—, había abandonado primero los óleos, luego las acuarelas y finalmente me había conformado con el lápiz y el carboncillo, como si renunciar a todo excepto a las técnicas más sencillas pudiera de algún modo romper el embrujo.

—Estoy seguro de que está usted en el buen camino —dijo Magnus—. Y, créame, yo he tenido pensamientos semejantes respecto a mi propia profesión. A pesar de todos los avances, yo no veo que la medicina haya avanzado mucho desde los tiempos de Galeno. Podemos inocular vacunas contra la viruela o amputar un miembro gangrenoso en treinta segundos, pero cuando se trata otras enfermedades, no estamos mejor equipados que una anciana de una aldea con una alacena llena de

plantas medicinales. Y nosotros, es decir, la mayoría de mis colegas, parecemos decididos a despreciar cualquier tratamiento, aunque sea efectivo, para el cual aún no tengamos una explicación en términos físicos.

»Fíjese, por ejemplo, en el mesmerismo: ha sido el último grito desde hace veinte años; y ahora lo desprecia la mayoría de la profesión como una disciplina no más científica que el espiritismo; sin embargo, el mesmerismo ofrece incalculables beneficios a la hora de aliviar el dolor, y es bastante posible que aporte beneficios en la cura de algunas enfermedades crónicas, incluidas las enfermedades coronarias. Yo mismo he obtenido notables resultados con algunos de mis pacientes, aunque no me atrevería a describirlos en prensa. Ya se me considera un perfecto charlatán sin necesidad de hacerlo.

Ya habíamos tomado el café y el brandy en el estudio —Magnus, como yo, no fuma— y nos habíamos acomodado en dos butacas junto al fuego. Dos velas ardían sobre la repisa de la chimenea; el resto de la sala estaba a oscuras.

Le pregunté cómo podía ayudar el mesmerismo a curar enfermedades.

—Piense —dijo— que su mente influye en la acción de su corazón, sea usted consciente o no de los efectos. Cuando usted tiene pensamientos terroríficos, por ejemplo, su pulso se acelera, su respiración se torna superficial y mucho más rápida. Estamos acostumbrados a pensar que este tipo de reacciones son involuntarias, pero causa y efecto son aquí intercambiables: usted podría evocar una escena terrorífica *con el propósito* de acelerar su pulso. Los faquires de la India han ampliado este control, podríamos llamarlo así, hasta sus extremos, de modo que todos los procesos corporales que nosotros consideramos autónomos pueden ser controlados por órdenes mentales conscientes: no sólo las acciones del corazón y los pulmones, sino la digestión, el tacto, la temperatura del cuerpo, etcétera. De este modo, un monje hindú puede caminar desprotegido sobre un lecho de ascuas ardientes, o alcanzar una situación similar a la hibernación, y permanecer enterrado vivo durante horas, e incluso días, y salir sano y salvo de una experiencia en la que usted o yo nos habríamos asfixiado en pocos minutos.

»Consideré también que a un sujeto mesmerizado se le puede ordenar que no sienta dolor, y no lo sentirá: esto se hace a menudo en los espectáculos y en los teatros, y puede hacerse igualmente en los quirófanos. Y entonces, ¿resulta tan extravagante suponer que si yo sugestione a una persona para que su sangre circule más libremente después de que se despierte del trance, no se seguirá una mejoría real? En realidad, no veo ninguna razón por la que, basándonos en el mismo principio, a un tumor maligno no se le pueda ordenar disminuir o desaparecer, como ocurre espontáneamente de vez en cuando.

—Pero si eso es verdad —exclamé— y usted dice que ha obtenido notables resultados con sus pacientes, eso significa que ha hecho un gran descubrimiento. ¿Por qué no lo acepta todo el mundo?

—Bien... en primer lugar, no es un descubrimiento mío. Elliotson^[30] lo dijo hace más de treinta años, pero hizo de sus demostraciones un circo y fue obligado a abandonar su profesión. En segundo lugar, y principalmente, porque no sabemos cómo influye la mente sobre el cuerpo; podemos hablar de influencias electrobiológicas, o fuerzas ideomotoras, pero son meras etiquetas que aplicamos a un misterio. Yo puedo ver la mejoría, y mis pacientes notan el beneficio del tratamiento, pero para un escéptico es sólo una cura espontánea, y yo no puedo demostrar lo contrario. Hasta que se descubra el mecanismo físico, y se anatomic y se diseccione, este método no será aceptado por la profesión.

—Pero todos los pacientes de los médicos escépticos los abandonarán y vendrán a usted...

—Permitame que le haga una pregunta: si usted se hubiera encontrado mal esta mañana, y un mesmerista le hubiera ofrecido sus servicios, ¿habría aceptado?

—Bueno... no...

—Precisamente. Le habría considerado un charlatán.

—Pero ahora que sé...

—Usted lo sabe sólo porque se ha encontrado conmigo; si hubiera ido a preguntarle a su médico, muy probablemente le habría asegurado que toda esta disciplina está desacreditada desde hace años. Además, hay numerosos casos en los que deben aplicarse los métodos de la medicina ortodoxa; sería muy poco prudente ordenar que un apéndice inflamado no estallara, en vez de extirarlo inmediatamente.

Yo le pregunté la que sin duda es la pregunta más habitual sobre el mesmerismo. Me contestó que no: una persona no puede ser mesmerizada contra su voluntad, ni puede ser impelida a hacer algo que no quiera hacer en su vida de vigilia. En el estado más profundo del trance, en todo caso, un sujeto podría recibir instrucciones para que viera escenas y personas que no están presentes en ese momento.

—Así que si usted me mesmerizara —le dije, un poco desasosegado—, podría sugestionarme para que yo creyera que Arthur Wilmot —habría querido decir «Phoebe», pero temí que pudiera derrumbarme— iba a entrar en esta habitación, y él aparecería... tal y como dicen que los médiums son capaces de invocar los espíritus de los muertos.

No podía dejar de mirar las sombras que había más allá del fuego mientras hablaba.

—Sí —dijo Magnus—, pero la persona que usted vería en el trance no sería un espíritu. Sería una imagen compuesta a partir de los recuerdos que usted tiene de esa persona.

—Pero... ¿podría hablar con esa persona? ¿Podría tocarla? ¿Me parecería estar ante una persona realmente viva?

—Como en un sueño, sí. Pero como en un sueño, esa persona se desvanecería en cuanto usted despertara.

—Pero suponga —insistí— que usted me ordena que despierte del trance, pero que conserve la capacidad para ver...

—Eso no puede hacerse. La «capacidad», como usted la llama, es tan característica del estado de trance como el acto de soñar lo es para el dormir. Suponiendo que en este momento usted estuviera en trance, podría sugestionarle para que, tras despertarse, se levantara, fuese a la estantería y me trajera cierto libro; y muy probablemente usted lo haría, y después se sentiría confundido y se preguntaría por qué ha hecho eso; por el contrario, yo podría ordenar que apareciera esa persona y, finalmente, no apareciera... Oh, me temo que este asunto ya le está enojando.

Le aseguré que no, al tiempo que intentaba dominar la emoción que amenazaba con desbordarme.

—Dígame —me preguntó tras una pausa—, ¿ha participado alguna vez en una sesión de espiritismo?

Una resplandor del fuego se reflejó en su sello cuando levantó la copa.

—No —contesté—, aunque he tenido la tentación... Perdí la poca fe que tenía cuando Phoebe y Arthur murieron, y, sin embargo, no puedo renunciar del todo al sentimiento de que algo de nosotros sobrevive más allá de la tumba. Todo depende de las circunstancias. Aquella noche que pasé dibujando junto a la mansión, por ejemplo... Allí sería muy fácil creer que existen los fantasmas.

—Desde luego —dijo Magnus—. Como debe de haber oido, la galería en la que trabaja mi tío está supuestamente habitada por el fantasma del pequeño Félix, el hijo de Thomas Wraxford. Es muy curioso... —se interrumpió, como si repentinamente se le hubiera ocurrido algo.

—¿Qué es muy curioso? —le pregunté.

—Oh, nada... sólo que el niño murió durante una tormenta. O eso me contó mi tío en cierta ocasión.

La sala donde nos encontrábamos pareció oscurecerse de repente; noté que una de las velas se había reducido a una débil llama azul.

—¿Cuántos años tenía su tío cuando Félix murió? —pregunté.

—Alrededor de once. Era un año mayor que Félix. Dice que Thomas Wraxford dejó una narración sobre la muerte de su hijo, pero yo nunca la he visto.

—¿Y cómo murió exactamente, según su tío? —pregunté.

—Ocurrió que una de las criadas estaba encerando la balaustrada de la escalera principal cuando se desató la tormenta. La mujer vio al niño salir corriendo de la galería y huir por el rellano como si el mismísimo demonio fuera tras él. Corrió directamente hacia la balaustrada con tanta fuerza que la destrozó y se rompió el cuello en la caída.

—¿Y qué pudo aterrorizarle tanto?

—Mi tío no me lo ha dicho... Cuenta esos pequeños detalles en rarísimas ocasiones, pero nunca contesta preguntas directas. Probablemente al niño le asustó la misma tormenta. Thomas Wraxford, recordará usted, fue el que primero instaló los pararrayos, y quizá comunicó su propio temor a su hijo.

—Y... ¿el fantasma?

—Sara, la criada, asegura que oyó pasos en el suelo de la galería dos veces, mientras se encontraba en el salón que está debajo; en ambas ocasiones, esos pasos fueron seguidos por el rugido de un trueno. Pero la historia de los pasos proviene de la anterior generación de criados.

—¿Cree usted...? ¿Es posible que su tío estuviera presente... quiero decir, en la mansión, cuando murió Félix Wraxford?

—Él no lo ha dicho así, pero sí: es posible. Creo que el distanciamiento entre Thomas y su hermano Nathaniel (el padre de Cornelius) no se produjo hasta después de la tragedia. ¿Está usted sugiriendo que mi tío pudo ser responsable de la muerte de su primo?

No había querido decir tanto, pero evidentemente me había adivinado el pensamiento.

—Bueno, yo difícilmente podría...

—Por favor, no se disculpe. Se me podría haber ocurrido lo mismo a mí, pero mi pensamiento va por otros caminos. Puedo imaginarme perfectamente a mi tío, de niño, urdiendo un plan para aterrorizar a su primo...

Se quedó callado, contemplando el fuego mortecino. Yo me descubrí a mí mismo imaginando a Cornelius como un niño vestido con ropas viejas y negras, con una máscara de viejo decrepito, agazapado tras la armadura, los cielos oscuros en el exterior, y otro niño, pálido y temeroso, avanzando por la galería... y entonces, un susto, un estrépito de pasos corriendo, un alarido ahogado en el retumbar del trueno. Pensaba en Cornelius, incluso cuando era niño, codiciando la mansión y comprendiendo que sólo Félix se interponía entre sí mismo y la posible posesión de la heredad...

Magnus se inclinó hacia delante para remover las ascuas, rompiendo así mi ensoñación.

—Me decía usted que sus pensamientos van por otros caminos... —sugirió.

—Me preguntaba, y es algo que tendría que haberseme ocurrido antes, si mi tío adquirió realmente el manuscrito cuando nos lo dijo, o lo descubrió en algún lugar de la casa... Me preguntaba, en otras palabras, si Thomas Wraxford ya estaba familiarizado con Tritemio...

Un horrible presentimiento cruzó mi mente.

—¿Cómo eran las palabras que usted copió? —pregunté—. ¿Cómo era lo del árbol nuevo en el árbol viejo...? Magnus volvió a sacar el papel de su chaqueta.

—«... si fuera un adepto verdadero, podrá llevar a buen fin el rito del cual he escrito en otro lugar. Porque así un árbol joven puede injertarse en uno viejo, así...».

Me pareció leer mi propia aprensión en su mirada.

—Seguramente —dijo— ningún hombre puede tener la intención de sacrificar a su propio hijo...

—Pero mientras decía esas palabras me di cuenta de que Abraham había pretendido exactamente eso.

—Seguramente —dijo Magnus—. Con toda probabilidad el chico murió por un trágico accidente... —Sin embargo, sus palabras no sonaban del todo convincentes.

—¿Y la desaparición de Thomas Wraxford? —insistí—. ¿Qué piensa usted de eso, a la luz de las palabras de su tío a propósito de... «desaparecer»?

—Ya veo dónde quiere llegar... —dijo Magnus—, pero sin pruebas sólo podemos especular. Y respecto a mi tío... en cualquier caso, no hay niños en la mansión en este momento. Pero aparte de eso, me temo que tiene usted razón: todo lo que podemos hacer es observar y esperar. Y ahora, mi querido amigo, se está haciendo tarde, y no debo entretenerle más tiempo.

No podía recordar haberle sugerido que se estuviera haciendo demasiado tarde, de ningún modo, pero no pude imaginar otra excusa, y aunque le rogué que se quedara, insistió en que debía irse. Acordamos que le acompañaría hasta The White Lion: el cielo se había despejado, y el aire de la noche era muy frío y estaba en calma, y no había ningún ruido, salvo el débil tableteo de los guijarros en la playa iluminada por las estrellas, a lo lejos, a nuestra izquierda. Magnus regresó a la conversación sobre la pintura mientras caminábamos, diciendo que esperaba que yo pudiera hacer otro estudio de la mansión en circunstancias más felices. Los horrores de los que habíamos hablado no se disiparon fácilmente, y aquella noche mis sueños se poblaron con el sonido de pasos que corren y un maniquí con rostro decrépito.

Aproximadamente durante los siguientes quince días estuve atenazado por los malos presagios cada vez que se nublaba el cielo o el barómetro descendía más de lo habitual. Había recibido una nota de Magnus, tras su regreso a Londres, diciéndome cuán encantado estaba de haberme conocido, y agradeciéndome de nuevo la oferta de ir a la mansión si ello se hiciera necesario, pero nada más. Nos habíamos despedido como amigos íntimos; sin embargo, cuando miré atrás, recordé que yo no había averiguado nada de su vida, ni de sus intereses o aspiraciones, aparte de su trabajo, mientras que yo le había revelado muchas cosas de mí. Nuestro encuentro me había dejado desasosegado e inquieto, sin ninguna idea precisa sobre qué hacer al respecto.

Abrió vino frío y borrascoso, y mayo ya estaba bien adelantado antes de que una larga temporada de buen tiempo nos trajera lo que quedaba de primavera. Día tras día acudí a la oficina bajo un deslumbrante cielo azul, deseando que mi ánimo pudiera brillar del mismo modo. Pensé durante

mucho tiempo y muy a menudo abandonar la abogacía y probar fortuna como pintor, pero adolecía de fe en mí mismo. *Wraxford Hall a la luz de la luna* aún colgaba en la pared de mi despacho, recordándome el poder que no pude recuperar y a Cornelius en su fantasmal galería. Varias veces me puse en camino hacia Monks Wood, pero siempre hubo algo que me echó para atrás. El tiempo se tornó más caluroso aún, hasta que una mañana abrasadora y asfixiante salí a la calle para encontrarme con el cielo encapotado, el mar liso e inmóvil, con un amenazador color plomizo. Mi ansiedad fue en aumento, hasta que a primera hora de la tarde telegrafíe a Magnus para decirle que se avecinaba una enorme tormenta. No hubo contestación, y pasé el resto del día reprochándome haber enviado aquel mensaje.

El calor fue agobiante durante toda la tarde y el barómetro continuó descendiendo, hasta que cayó la oscuridad sin un soplo de viento. Demasiado inquieto como para leer, me senté fuera, en el jardín, observando la noche. Entonces, a lo lejos, en el horizonte marino, pude ver el primer parpadeo luminoso de un relámpago, ramificándose y multiplicándose en un mudo espectáculo, hasta que el aire comenzó a estremecerse y el distante murmullo de un trueno se elevó sobre el zumbido estridente de los insectos. La aproximación de la tormenta, gradual al principio, pareció aumentar su velocidad a medida que se acercaba, hasta que el cielo del sur se convirtió en un ardiente tapiz de luz. Las palabras de Tritemio volvieron a mi memoria en medio de la conmoción de los elementos: «Y así, el hombre que poder tuviera para domeñar la fuerza de los rayos sería el Ángel vengador del Día del Juicio...». Pensé en la armadura ennegrecida de la galería: si Cornelius estaba lo suficientemente loco como para meterse dentro, ya debería estar convertido en cenizas. Nadie sino un lunático accedería a hacer algo semejante, pero si estaba lo suficientemente loco para hacerlo, lo haría, y poco importaría lo que se le dijera o se le... ¿Y si la persona que se iba a meter allí no hubiera accedido a hacerlo por voluntad propia? Si alguien moría, pensé, aquella muerte recaería sobre mi conciencia... Deberíamos haberle detenido, independientemente de los riesgos que pudiera correr Magnus respecto a su herencia. Pero aquel pensamiento fue interrumpido por una ráfaga de aire, acompañada de un destello, un ensordecedor estallido y un torrente de lluvia. Antes de que pudiera levantarme de la silla, ya estaba empapado.

Me quedé despierto hasta que la tormenta de rayos hubo cesado y el vendaval se alejó, observando el constante parloteo de la lluvia en las plantas y las hojas del jardín. Ya no importaba lo que hubiera podido hacer: ya era demasiado tarde... A menos que la mansión no se hubiera visto afectada, en cuyo caso... ¿me quedaría quieto, simplemente esperando a que la próxima tormenta descargara sobre Wraxford Hall? ¿O debería persuadir a Magnus para que consiguiera el certificado de la locura de su tío? Y si eso fallaba, ¿no debería al menos advertir a Cornelius de que sabíamos lo que estaba tramando? Salvo que... no lo sabíamos. La única certeza aquí era que cualquier intervención sólo conseguiría que Magnus perdiera la propiedad, y yo perdiera a mi cliente, si no mi reputación profesional. Le di vueltas y más vueltas al asunto hasta altas horas de la madrugada, sin que pudiera llegar a ninguna conclusión.

A pesar de todo, a primera hora del día siguiente ya estaba en la oficina y pasé la mayor parte de la mañana dando vueltas, arriba y abajo, en mi despacho, mirando absorto la calle mojada e incomodando constantemente a Josiah con preguntas sobre telegramas y mensajeros. Mi conciencia desasosegada me impedía mencionar el nombre de Wraxford y, cuando finalmente salí para comer apresuradamente en la Cross Keys Inn, el pobre Josiah estaba sinceramente preocupado por mi salud

mental. Pero ningún mensaje me esperaba cuando regresé. Y después, a las tres y media, precisamente cuando ya me había convencido de que nada ocurriría, Josiah anunció que un tal señor Drayton deseaba verme por un asunto urgente.

Me había imaginado a Drayton como un hombre alto, pero resultó ser bastante más bajo que yo, enclenque y encorvado en su ajada indumentaria negra, con su cara alargada y pálida, y con los ojos de un spaniel angustiado. Le temblaban visiblemente las manos.

—Señor Montague, señor... Perdone que le moleste, pero el doctor Wraxford... el señor Magnus, es decir... me dijo que podía acudir a usted si... bueno, si el señor... señor Montague. El señor no ha salido a recoger la bandeja del desayuno esta mañana, ni el almuerzo, y no responde cuando he llamado a la puerta, así que pensé que...

—Muy bien —dijo—. ¿Ha informado usted al doctor Wraxford?

—Le he enviado un telegrama cuando venía hacia aquí, señor, pero la contestación tiene que venir desde Woodbridge, así que no llegará a la mansión hasta las seis, como muy pronto, aunque el doctor conteste inmediatamente, apenas reciba mi telegrama...

—Ya, ya entiendo... Supongo que quieras que vaya a la mansión y vea si... si todo está bien.

Intenté que mis palabras sonaran tranquilas y seguras, pero un nudo helado se me estaba formando en la boca del estómago.

—Gracias, señor, si pudiera usted venir, le estaría muy agradecido. Grimes está ahí fuera con el carroaje, señor, pero desgraciadamente es un tilburi descubierto, así que tendrá que abrigarse...

Diez minutos después ya estábamos en camino. La lluvia casi había cesado, pero las nubes grises se arremolinaban y pendían sobre el paisaje empapado. Grimes, un individuo austero aquejado de prognatismo, y con un nombre apropiadísimo^[31], iba embozado en su capote, tambaleándose como un saco de harina; parecía que hubiera caído en un profundo sueño antes de que hubiéramos llegado al primer miliario. Drayton iba sentado junto a mí, en el interior del viejo vehículo; al principio intenté sonsacarle, pero fue en vano: él no había visto nada, no había oído nada y no había notado nada raro hasta aquella misma mañana. El señor le había dado permiso para retirarse a las siete de la tarde del día anterior, bastante antes de que se desatara la tormenta, diciéndole que no necesitaría nada hasta la hora del desayuno. La tormenta había sido muy fuerte, pero el señor había permanecido en su habitación toda la noche. Y no podía decir si algún rayo había caído en la mansión; Drayton no mostró el menor interés en ese asunto. Le pregunté si consideraba que los pararrayos resultaban tranquilizadores en días de tormenta; pero me pareció que ni siquiera sabía qué eran los pararrayos. Llevaba cuarenta años en la mansión, y todo permanecía exactamente igual desde el día que llegó hasta el día de hoy, o eso le parecía. Cuando me dijo eso, lo dejé estar, y me embocé y me hundi en mi capote.

Durante dos horas y media interminables chapoteamos y dimos tumbos a lo largo de campos desiertos y cenagales y terrenos arbolados. Los caballos avanzaban trabajosa y constantemente, sin alterar nunca su paso; parecían conocer cada revuelta del camino, porque Grimes no se movió a lo largo de todo el trayecto, y Drayton también estuvo dormitando, con la cabeza bamboleándose sobre su pecho, una vez que yo terminé de hacerle preguntas. A pesar de mi grueso capote y el embozo, el frío me caló hasta los huesos, reduciendo mis pensamientos a un apagado estado de aprensión, hasta que me hundi en un sueño en el cual parecía que era consciente de cada crujido y cada chirrido del carroaje, y, al mismo tiempo, estaba seguro y abrigado junto a la chimenea, hasta que finalmente me

desperté, helado, en medio de los lúgubres bosques de Monks Wood. Me palpé el chaleco buscando el reloj y vi que ya eran las seis pasadas. Aún tuvieron que transcurrir otros quince minutos antes de que el gigantesco roble se levantara amenazador sobre nosotros y Grimes emergiera de las profundidades de su capote para anunciar, con el tono de alguien que se alegra de las desgracias ajenas:

—¡Ya estamos en Wraxford!

Envueltos en vapor, los pararrayos casi aparecían ocultos en la neblina que se arremolinaba sobre las ramas más altas de los árboles, la mansión parecía incluso más siniestra y más ruinosa de lo que yo recordaba, y los terrenos circundantes más agrestes y descuidados. El único signo de vida era un hilillo de humo que salía de la chimenea del *cottage* de Grimes, y que apenas se elevaba en el aire húmedo.

Nos detuvimos entre las hierbas, junto a la puerta principal. Estiré mis miembros entumecidos y descendí del carro tan agarrotado que mis pies apenas pudieron sentir la tierra que tenían debajo. Drayton aún estaba peor; le ayudé a bajar, a pesar de sus protestas, preguntándome cómo demonios se las arreglaría en lo más crudo del invierno. Grimes permaneció hundido en su asiento, aparentemente abstraído, y sólo se fue cuando nosotros nos hubimos apeado.

La incertidumbre de mi situación se me hizo patente con toda su fuerza cuando Drayton comenzó a luchar con la llave (evidentemente, abrir la puerta no formaba parte de las obligaciones de la criada) y me invitó a pasar a un vestíbulo inmenso y retumbante dominado por una escalinata que ascendía hacia la penumbra. Bastante arriba, sobre mi cabeza, pude adivinar el rellano desde el cual Félix Wraxford debió de precipitarse hacia la muerte. El suelo estaba desnudo, con losas irregulares; las paredes estaban paneladas con roble oscuro, moteadas con agujeros de carcoma. Todo olía a viejo, a humedad y a decadencia. Y un frío mortal flotaba en el aire.

—Tal vez —le dije a Drayton, intentando dominar el temblor de mi voz— deberías subir antes que yo; después de todo, es posible que tu señor simplemente se haya quedado dormido...

Él me respondió con una mirada tan suplicante y temerosa que me sentí obligado a acompañarle, deseando no haber hecho jamás aquel ofrecimiento temerario mientras subía lentamente las escaleras, junto a lienzos tan oscurecidos por el tiempo y la mugre que sus asuntos eran ya indescifrables. Cuando llegué al rellano, supe (por la descripción de Magnus) que me encontraba ante el estudio, y que los dos juegos de puertas dobles en el muro de paneles oscuros, a nuestra izquierda, conducían a la biblioteca y a la galería. La neblina gris formaba remolinos contra las altas ventanas que teníamos sobre nuestras cabezas; aún había bastante luz, pero se estaba desvaneciendo rápidamente.

—Creo que deberías llamar una vez más... —le dije a Drayton.

Él levantó una mano temblorosa y golpeó débilmente; no hubo respuesta. Me acerqué a él y llamé también, más y más fuerte, hasta que los ecos sonaron como cañonazos de arriba abajo en el hueco de la escalera. Intenté accionar el pomo, pero la puerta no se abrió.

—Es esta, señor —dijo Drayton.

Su rostro tenía una palidez cenicienta; las llaves bailaban y repiqueteaban cuando me las entregó. La llave no podía entrar en la cerradura; era evidente que había otra por el otro lado, girada de tal modo que no pudiera desplazarse.

—Lo siento mucho, señor —dijo Drayton débilmente—. Me temo que tendrá que... —y señaló una silla que había junto a la pared, a nuestra derecha.

—¿Dónde está la criada? —le pregunté mientras le ayudaba a sentarse.

Murmuró algo ininteligible.

—¿Y la señora Grimes...? No importa... —dijo—. Digame cuáles son las llaves de las otras puertas.

Me las señaló con un dedo tembloroso y se hundió en la silla, con una mano apretada sobre el corazón.

El martilleo de mi propio corazón me resultó incomprensiblemente violento cuando me aproximé a la entrada de la biblioteca. De nuevo, las puertas no se movieron y la llave no entraba en la cerradura. Sólo quedaba la galería. La alfombra raída había desaparecido por completo en algunos sitios y me desagradaba cómo rebocaban los ecos, pues sonaban de un modo inquietante, como pasos que corrieran. Mientras me acercaba a las puertas de la galería, miré la balaustrada: evidentemente, la habían reparado a la perfección y no habían dejado ni rastro del accidente... si es que lo fue.

Una vez más, las puertas estaban cerradas desde el interior. Golpeé los paneles, y una vez más con ningún resultado, excepto una descarga de ecos. Podía ir en busca de Grimes, pero ¿cuánto tiempo tardaría? ¿Y me obedecería si le encontraba? No quería entrar en los dominios de Cornelius a la luz de una vela.

De las tres entradas, la puerta del estudio había parecido menos sólida que las otras. Volví sobre mis pasos hacia Drayton, que se había desplomado en la silla y apenas parecía consciente, empujé con el hombro el panel superior y pareció ceder. Me aparté un poco y lancé todo mi peso contra la puerta, esperando que el panel se rompiera; en lugar de eso, la puerta se abrió de pronto con un estallido y se hizo pedazos... Me precipité a través del umbral cuando los cerrojos y las cerraduras se desprendieron de los armazones de madera: las jambas estaban podridas por la carcoma.

No había nadie en el estudio, el cual media quizás veinte pies por diez, con una chimenea al fondo. Contra la pared, a mi izquierda, había una cama portátil, aseadamente arreglada, debajo de varias estanterías de obras teológicas. Más allá, en esa misma pared, otra puerta permanecía abierta. A mi derecha, bajo las ventanas, una mesa, una cajita de hojalata e, incongruentemente, un lavamanos. A pesar del frío, el aire olía a sucio y a rancio. Y había algo más: un leve olor a cenizas, que se fue haciendo más evidente cuando me dirigí intranquilo hacia la otra puerta. El olor procedía de una masa de papel ennegrecido y calcinado que había en la chimenea.

La sala siguiente era, como me había dicho Magnus, una típica biblioteca de caballero rural, con altas estanterías cerradas en tres paredes, una escalera para los estantes más altos, más paneles oscuros de roble, alfombras raídas, sillones de piel y una gran chimenea en la pared del fondo. Y ni rastro de Cornelius, incluso cuando reuni todas mis fuerzas para mirar al otro lado de la esquina, en la alcoba que se encontraba tras la pared del estudio: no había nada, salvo una gran mesa vacía; ni libros ni papeles sobre ella, ni sobre ninguna de las mesas o las sillas. Ambas puertas en el muro contiguo a la galería estaban cerradas.

«Si yo desapareciera...». Tragué saliva y caminé a zancadas hacia la puerta más cercana de las dos y moví el pomo, deseando que estuviera cerrada. Pero la puerta giró hacia dentro con un chirrido y con un gemido de bisagras, abriéndose a un salón desnudo de suelo entarimado y una larga mesa bajo las ventanas, que comenzaban a oscurecerse. Allí estaba la enorme chimenea acogiendo el sarcófago y flanqueada por la oscura mole de la armadura, exactamente tal y como Magnus lo había descrito... pero no había ningún maniquí decrepito tirado en el suelo, y ningún lugar para esconderse,

como había dicho Magnus: ningún lugar salvo la ennegrecida figura que se elevaba amenazadora, cada vez más alta, a medida que yo me aproximaba a ella, hasta que me pareció que alcanzaba los siete pies de altura.

Temblando como si estuviera a punto de ser mordido por una serpiente, me acerqué a la empuñadura de la espada. Cuando mis dedos tocaron el frío metal, oí un sonido ahogado, seguido de un golpe seco, a mi espalda. Ese ruido acabó de romperme los nervios y me retiré directamente hacia la biblioteca. Cuando por fin llegué al rellano, con el sonido de mis propios pasos reverberando a mi alrededor, oí otro grito proveniente de la oscuridad de abajo. Por un instante creí que era Drayton, hasta que lo vi tumbado en el suelo, en las sombras, junto a la silla, y me di cuenta de que el Altísimo le había llamado a su presencia.

Recuerdo que encontré a la anciana criada Sarah temblando a los pies de la escalera, pensando que había regresado el fantasma. (Recibió la noticia de la desaparición de su señor con indiferencia, pero estalló en lágrimas cuando le conté lo de Drayton). Recuerdo que salí dando traspies hacia el *cottage* y llamando en vano a Grimes, que ya estaba borracho, cogí un farol de su mujer y salí en camino hacia Melton en plena oscuridad. Pero el frío no abandonó mis huesos y los temblores aumentaron a medida que caminaba, hasta que los dientes me tabletearon en la cabeza. Creo que debí de permanecer varias horas agazapado junto al fuego en la posada Coach and Horses, incapaz de conseguir que mis dientes dejaran de castañetear, y con la extraña sensación de estar viendo a mí mismo desde lo alto, desde algún lugar cerca del techo; y después ya estaba temblando en una cama extraña, con el rostro muerto de Drayton dando vueltas en mis pesadillas, mientras ardía de fiebre y me congelaba sucesivamente. Otros rostros vinieron y se fueron en mi delirio, el de Magnus entre ellos, pero no puedo decir cuáles eran reales y cuáles meras alucinaciones.

La fiebre hizo crisis al cuarto día, dejándome muy débil pero, aparte de eso, perfectamente. El doctor que me atendió —George Barton, de Woodbridge, un individuo afable y sensato de cuarenta y cinco años, aproximadamente— me dijo que la mansión y el bosque habían sido batidos a conciencia sin resultado. No me atreví a preguntar si habían abierto la armadura; sus modales fracos y cordiales no invitaban a hablar de alquimia y ritos sobrenaturales.

Magnus vino a verme a la mañana siguiente, pidiéndome todas las disculpas posibles por mi horrorosa experiencia; estaba en Devon cuando se dio la alarma y no había llegado hasta última hora del día siguiente. Aún no había noticias de Cornelius.

—¿Ha ido usted a la mansión? —pregunté.

—Sí, ayer estuve todo el día allí. El inspector Roper, de Woodbridge... ¿lo conoce usted?, el inspector Roper pensaba que yo debía mirar en los papeles de mi tío para ver si nos aportaban alguna pista...

—¿Y...?

—Me temo que no tenemos nada. Parece que quemó gran cantidad de papeles... ¿vio usted las cenizas en la rejilla de la chimenea? Creo que quemó incluso el manuscrito de Tritemio. Aún quedaban algunos fragmentos, y creo que reconocí la escritura, pero todos ellos se desmenuzaban en cuanto se tocaban.

—«Quemaré mis libros...»^[32]

Las palabras de Fausto vinieron involuntariamente a mis labios.

—Confieso —dijo Magnus— que ese mismo pensamiento se me ocurrió a mí...

—¿Y... la armadura?

—Vacia. Le mostré al inspector Roper el mecanismo y le conté algo acerca de la obsesión alquímica de mi tío, pero rechazó todo el asunto diciendo que eran supersticiones medievales. Tiene la idea de que Drayton se equivocó al pensar que había visto retirarse a mi tío... y... sí, ya sé que usted encontró todas las puertas cerradas por dentro, pero Roper insiste en que la puerta que usted forzó debía de estar sólo atascada, y no cerrada con llave.

Cuando despegué los labios para protestar ante esa afirmación me di cuenta de que no podía jurar positivamente que la cosa fuera tal y como yo la había contado. La fiebre había enturbiado mi memoria.

—Como ve, no es fácil discutir contra el pétreo sentido común. Roper, sólo para completar su teoría, piensa que mi tío abandonó la casa en algún momento a lo largo de la tarde anterior, en todo caso, no más tarde del anochecer, y que la tormenta lo sorprendió en el bosque. Como él dice, uno puede pasar a tres pies de un cuerpo en los bosques de Monks Wood y no darse cuenta de que está allí.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Qué *cree* usted?

—Estoy casi inclinado a estar de acuerdo con Roper, aunque sólo sea porque la alternativa parece completamente monstruosa... Y ahora, mi querido amigo, no debo abusar más de sus fuerzas. No sé qué habrá sido de mi tío, pero tendré que solicitar un certificado de fallecimiento, y si usted no encuentra ningún conflicto en ello, me encantaría que se ocupara de mis asuntos. A propósito, me gustaría saber, puesto que el inspector Roper parece decidido a ignorar las posibilidades más oscurantistas, si el asunto de Tritemio y de la armadura podría quedar entre nosotros... la reputación de la mansión ya es lo suficientemente siniestra.

Le aseguré que todo eso quedaría como un secreto entre nosotros. Y con esa conversación tan poco concluyente, nos despedimos.

Se deducía que Cornelius no había puesto por escrito ninguna de aquellas extrañas provisiones que había proyectado durante su última conversación con Magnus, y que los términos del testamento de 1858 permanecían inalterados, aunque podrían pasar otros dos años, tal y como estaban las cosas, antes de que se concediera el certificado de fallecimiento. El señor Cornelius Wraxford les había dejado cien libras a Grimes y a Eliza, y otras cien a Drayton y a Sarah (que evidentemente había sido la mujer conviviente de Drayton; supe después que su mujer legal le había abandonado muchos años antes). Mi padre no había mencionado estas disposiciones, y me sorprendió su generosidad. Todo lo demás era para Magnus: una pesada carga en lugar de una cuantiosa herencia, porque la propiedad estaba cargada con innumerables deudas.

Hubo una extraña coda a la desaparición de Cornelius. Un par de meses después del suceso, estaba yo conversando con el doctor Dawson, que se había hecho cargo del dispensario local, y me contó la historia de un paciente suyo que había muerto recientemente. Este hombre, un obrero itinerante, había estado en los bosques de Monks Wood la noche de la gran tormenta (posiblemente para revisar algunas trampas que hubiera puesto allí, pero esto sólo era una suposición). En cualquier caso, se

había perdido y vagó por el monte hasta que llegó a la vieja capilla de Wraxford. Agobiado por el calor asfixiante, se tumbó a descansar un poco junto a la entrada, se quedó dormido y se despertó cuando ya era de noche. La tormenta aún no se había desatado, pero con las estrellas oscurecidas por completo, no se atrevió a moverse: no podía ver absolutamente nada.

Entonces, un relampagueo de luz se adivinó en la negrura, titilando entre los árboles a medida que se acercaba a él. Pensó en gritar para pedir ayuda, pero algo en aquel silencio y aquel decidido aproximarse lo pusieron nerviosos. (En todo caso, aquel hombre no era de por aquí, y no sabía nada acerca de la fama de la mansión). A medida que la luz se acercaba más y más, pudo descubrir la figura de un ser humano, aunque no podía distinguir si era hombre o mujer, con un farol en la mano. De nuevo estuvo a punto de gritar cuando vio que la figura iba envuelta... no en un capote de lluvia, sino en hábitos de monje, con el capuz echado sobre la cabeza. Entonces comenzó a temer por su alma, y habría corrido desesperado hacia el bosque, pero sus miembros estaban paralizados por el miedo. Las ramas crujieron bajo sus pies cuando la figura pasó a su lado; era alto, dijo, demasiado alto para ser un hombre mortal, y cuando pasó junto a él pudo adivinar bajo el capuz algo como la palidez mortal de la carne... ¿o era el hueso?

La figura no se detuvo, sino que se adelantó directamente hacia la puerta de la capilla. El obrero oyó que estaba utilizando una llave, y el crujido y el chasquido de una cerradura, y después, el chirriar de las bisagras cuando la puerta se batió hacia el interior y la figura entró en la capilla, cerrando la puerta tras él. El resplandor del farol refulgía a través de una ventana enrejada.

Ahora tenía la posibilidad de huir... Sabía que si la figura volvía a salir, le vería. Pero sólo podía ir tan lejos como la luz de la ventana pudiera guiarle, por temor a caer y permitir así que aquella criatura embozada se abalanzara sobre él. Comenzó a avanzar a gatas alrededor de la capilla, manteniéndose en el límite del difuso semicírculo de luz. Entonces vio que la ventana no tenía cristal, y que sólo cuatro oxidadas barras de hierro le separaban de lo que estaba ocurriendo en el interior.

La figura encapuchada permanecía con la espalda vuelta hacia él, de cara a un sepulcro de piedra que se encontraba en la pared de enfrente; el farol colgaba de un gancho en lo alto. Mientras observaba, la figura se adelantó y empujó la losa del sarcófago y allí se oyó el rechinar de la piedra sobre la piedra. De nuevo le fallaron los miembros; sólo pudo observar cómo la criatura cogió el farol, se apoyó en el borde, y con un movimiento rápido se tumbó en el interior del sepulcro, recolocando la losa cuando lo hizo, hasta que sólo quedó un hilillo de luz amarilla en la rendija. Un momento después, también esa luz se extinguía, y el obrero se quedó de nuevo en la más absoluta oscuridad.

Entonces recuperó todas sus fuerzas y se lanzó ciegamente al interior del bosque, cayendo y tropezando de un obstáculo en otro, hasta que se derrumbó de cabeza en el tronco de un árbol. Más tarde, después de un tiempo que no pudo fijar, el violentísimo estallido de un trueno le despertó. Incluso bajo los árboles, iba calado hasta los huesos, y cuando finalmente pudo abandonar arrastrándose los bosques de Monks Wood, a la mañana siguiente, se encontraba peor que nunca en su vida. Lo llevaron al dispensario, donde sobrevivió al primer absceso de fiebre y pudo contar su extraño relato al doctor Dawson, pero sus pulmones nunca se recuperaron, y otra infección acabó con él antes de que concluyera el mes.

Dawson, aunque pensaba que era una historia pintoresca y que valía la pena contarla, naturalmente, consideraba la desafortunada historia de aquel hombre como un sueño provocado por el delirio y la fiebre. Por supuesto, yo estuve de acuerdo con él, pero me recordó de un modo

desasosegante la vieja superstición sobre la mansión, y la imagen de una figura encapuchada con un farol inquietó mi imaginación durante muchos meses después...

Tercera parte

Narración de Eleanor Unwin

1866

Todo comenzó con una caída, poco después de mi vigésimo primer cumpleaños, aunque yo no recuerdo nada entre el momento de haberme ido a la cama, como siempre, y el momento de despertarme tras un larguísimo descanso sin sueños. Me encontraron a primera hora de la mañana aquel día de invierno, tendida a los pies de la escalera, en camisón, y me llevaron de nuevo a mi habitación, donde permanecí inconsciente, y respirando con dificultad, durante el resto del día y la noche siguiente, hasta que me desperté y me encontré al doctor Stevenson inclinado sobre mí. Su cabeza estaba rodeada por un halo de luz verdaderamente extraordinario, que se difuminaba en todos los colores del arco iris... una luminiscencia tan sutil y al tiempo tan viva que me hizo pensar que antes de aquello no había visto en realidad ningún color. Permanecí extasiada por la belleza de aquel halo, demasiado absorta como para entender lo que el doctor me decía. Y durante mucho tiempo — minutos, horas... no sé — todos aquellos que se acercaron a la cabecera de mi cama aparecían bañados en aquella luz sobrenatural, como si mi madre y mi hermana Sophie hubieran salido de las páginas de un viejo libro manuscrito que yo había visto en cierta ocasión... En cada uno de ellos la luz era sutilmente distinta, los colores brillaban y cambiaban a medida que ellos se movían o hablaban. Un versículo me rondaba la cabeza constantemente: «Ni siquiera Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos...»^[33]. Entonces, me comenzó a doler la cabeza, cada vez más y más, hasta que me vi forzada a cerrar los ojos y a esperar a que el somnífero hiciera efecto. Cuando desperté, aquella luminiscencia ya había desaparecido.

Todo el mundo suponía que me había caído mientras caminaba sonámbula, una costumbre tan frecuente en mí que cuando era niña mi madre amenazó con encerrarme en una habitación. Pero nunca me había hecho daño hasta entonces. En realidad, mamá nunca se había mostrado muy compasiva con aquella debilidad. Decía que aquello era una prueba más de mi naturaleza egoista y obstinada, y que me había inventado aquella caída por las escaleras justamente una semana después de que mi hermana hubiera aceptado una propuesta matrimonial. El hecho de que Sophie fuera más joven que yo sólo contribuía a aumentar la ofensa. Porque si yo me hubiera esforzado en hacerme agradable a la vista de los demás, en vez de estar siempre escondida con un libro, también podría haber conseguido un compromiso matrimonial. Yo pensaba que su prometido era un vacío estúpido, pero no podía negar que yo siempre había resultado una verdadera incomodidad para mi madre.

Aunque en mi vida despierta yo era bastante más valiente que Sophie, siempre había sido más propensa a sufrir pesadillas, así como al sonambulismo. Cuando me hice mayor, los paseos nocturnos se hicieron menos habituales, pero las pesadillas aumentaron en mí la sensación de opresión y angustia. Había una en particular, muy recurrente, que se desarrollaba en una casa enorme que yo no había visto jamás, de eso estaba segura. No era en absoluto como la villa de ladrillos rojos

de Highgate donde siempre habíamos vivido, y la casa que aparecía en un sueño nunca era exactamente como la del sueño siguiente, y, sin embargo, siempre que ocurría, yo sabía que estaba en aquel preciso lugar. Siempre estaba sola, perfectamente consciente del silencio, sintiendo que la casa estaba viva, que me observaba, sabedora de mi presencia allí. Los techos eran altísimos, y tenía las paredes paneladas en maderas oscuras, y aunque había ventanas, nunca pude ver nada más allá de los cristales.

En ocasiones sólo permanecía allí durante un breve periodo de tiempo y me despertaba pensando: «He estado en esa casa... otra vez»; pero cuando el sueño llegaba hasta el final, me veía obligada a ir de una sala vacía a otra, aterrada y, sin embargo, incapaz de detenerme, sabiendo que debería correr y huir escaleras abajo —en ocasiones, unas escaleras magníficas y lujosas; en otras, estrechas y viejas—; después, desde una de aquellas habitaciones iba hasta el final de una galería: era una sala muy grande amueblada con arcones tallados y biombos de madera barnizada recubiertos con retorcidos dibujos dorados. En uno de aquellos sueños me veía arrastrada hasta el interior de esa galería, donde había un estrado bajo, sobre el cual se encontraba una estatua de una fiera parecida a una pantera a punto de saltar; era una estatua de metal fundido y muy brillante. Una gélida luz azul comenzaba a resplandecer alrededor de la estatua; y una vibración, como el zumbido de un insecto gigante, se adueñaba de mi cuerpo. Entonces me despertaba gritando y aterrorizada.

En otras pesadillas, más tranquilas pero a su modo incluso más horrorosas, soñaba que me despertaba en mi propia habitación —siempre parecía que estaba en penumbras, con la luz que hay justo antes del amanecer—; todo estaba en su lugar habitual y todo era normal, salvo que mi capacidad para oír era extraordinariamente aguda: la sangre que latía en mis oídos sonaba con tanta fuerza como las olas que rompen en la playa. Entonces sentía que se aproximaba un ser maligno, y se acercaba desde el pasillo o acechaba junto a la ventana; mi corazón comenzaba a latir de tal modo que yo temía que se me fuera a salir del pecho, y me despertaba con el corazón aún latiendo violentamente.

Pocos meses antes de la caída, me desperté una mañana muy temprano porque oí que decían mi nombre muy bajito... o eso creí. Me levanté y, en camisón, me acerqué a la puerta, pero no había nadie en el pasillo. La voz había sonado como la de Sophie, pero cuando me acerqué a su puerta, estaba cerrada. Todo estaba en silencio. La puerta del baño permanecía ligeramente abierta; más allá estaba la habitación de mi madre, y después, el rellano y la escalera, exactamente como en mi mundo de vigilia. Oí que alguien decía mi nombre otra vez, pero en esta ocasión la voz retumbó como un gong en el interior de mi cabeza; la luz se apagó como si hubieran soplado una vela, y algo se precipitó sobre mí desde la oscuridad. Grité y luché hasta que vino de nuevo la luz, junto al ruido de pies que corren acercándose, y me di cuenta de que el demonio que me había atrapado era, en realidad, mi madre.

Mamá estaba justificadamente enfurecida, y yo sólo podía reconocer que merecía estar en un manicomio y que me deberían enviar sin duda a uno si persistía aquel sinsentido histérico. No bastaba con decir que no podía evitarlo: Sophie nunca se había levantado en sueños, ni había despertado a toda la casa con sus gritos, de modo que... ¿por qué yo no podía dominarme? Porque lo hacía premeditada e intencionadamente, porque era una muchacha obstinada, egoísta y contradictoria,

y otras muchas cosas parecidas. Yo ya estaba acostumbrada a los reproches de mamá, pero en aquella ocasión fue tan violento y, en mi sentir, tan absolutamente merecido que decidí encerrarme en mi habitación y esconder la llave en un lugar diferente cada noche, con la esperanza de que mi yo soñador no pudiera recordar dónde la había puesto. Cuando vi que los meses transcurrían sin reincidencias, comencé a pensar que estaba curada de las pesadillas y del sonambulismo, y dejé de cerrar con llave mi habitación, hasta la mañana en que Elspeth, nuestra doncella, me encontró derrumbada a los pies de la escalera.

Alrededor de quince días después —ciertamente, después de que el doctor dictaminara que mi recuperación seguía su curso con normalidad— estaba incorporada en la cama, leyendo, cuando mi abuela entró en la habitación y se sentó en una silla junto a mí, mirándome exactamente como lo hacía cuando yo era una niña: llevaba el mismo vestido de seda negra profusamente adornado, el pelo blanco apretadamente ceñido y prendido, y el mismo perfume de lavanda y agua de violetas, tan familiar. La silla crujió cuando se sentó en ella; me sonrió y cogió su labor, como si se hubiera ido sólo quince minutos antes, en vez de haber estado descansando en el cementerio de Kensal Green durante los últimos quince años. Me pareció que la abuela sabía que estaba muerta, pero, en cierto modo, esto no importaba mucho: su presencia junto a mi cama me resultó completamente natural y reconfortante. Y aunque mi propia tranquilidad y la aceptación de la visita me resultarían más tarde tan extrañas como la propia visita, lo cierto es que estuvimos sentadas en silencio, haciéndonos compañía, durante un periodo indefinido de tiempo, hasta que mi abuela recogió su labor, me sonrió otra vez y se fue lentamente de la habitación.

Mamá entró inmediatamente después y yo pensé que se deberían de haber cruzado en el pasillo.

—¿Has visto a la abuela? —pregunté.

Vi en su rostro una mirada de consternación que me indicaba que no debía insistir... y reconocí que debía de haber estado soñando. Como ocurrió tras la extraña luminescencia, la aparición de la abuela fue seguida de uno de los peores dolores de cabeza que he tenido que soportar en mi vida. Pero estaba segura de que había estado completamente despierta.

Incluso después de que se me hubiera hecho evidente que aquello era sólo una extraña experiencia, me pareció que no podía pensar que mi visitante fuera un fantasma. Mis lecturas de literatura sensacionalista^[34] habían intensificado una imaginación ya muy viva de por sí, y me habían descrito perfectamente cómo deberían conducirse los fantasmas: unas leves transparencias y uno o dos quejidos horripilantes eran, desde luego, lo menos que una podía esperar de los espectros. En cambio, la abuela había sido... bueno, había sido sólo la abuela. Y aunque no me había ocurrido nada semejante con anterioridad, no sentía el más mínimo temor.

El doctor Stevenson había dictaminado que ya me encontraba perfectamente bien y que podía levantarme, y el recuerdo de la visita de mi abuela se había desvanecido hasta el punto de creer prácticamente que aquello había sido un sueño. Y entonces, una noche, después de cenar, vi a mi padre cruzar el vestíbulo delante de mí. No estaba a más de diez pasos. Oí el crujido de las maderas del suelo bajo sus pisadas y pude oler el humo de su cigarro. Sin mirar ni a un lado ni a otro, entró en el estudio y cerró la puerta tras él, exactamente como hacía cuando estaba vivo. Una vez más, no sentí miedo: sólo el incontrolable impulso de levantarme, ir hacia la puerta del estudio y llamar.

Como no hubo respuesta, intenté accionar el picaporte. La puerta se abrió fácilmente, pero no había nadie dentro, sólo los familiares y vetustos sillones de piel marrón sobre una desgastada alfombra persa, la mesa labrada con las patas talladas en forma de ferores caras de tigres que me habían fascinado cuando era niña, las estanterías atestadas con libros azules^[35], registros militares, historia de los regimientos e informes de antiguas operaciones militares, los persistentes y suaves aromas del tabaco, del cuero y de los viejos libros. Permanecí durante mucho tiempo en la puerta, abismada en los recuerdos.

Mi padre había pasado gran parte de su vida, o al menos de la última parte de su vida, en esa sala; conoció a mamá cuando volvió a Inglaterra de permiso, después de muchos años de servicio con el ejército en Bengala. Tenía unos abundantes bigotes blancos veteados en gris, y una barba que sobresalía hacia delante cuando caminaba, de modo que su mirada parecía feroz. Su piel tenía una pátina amarillenta, porque estuvo muy enfermo cuando padeció de fiebres, y su cabeza calva resplandecía con tanto brillo que yo solía preguntarme si se la puliría en secreto. De tanto en tanto nos llevaba a dar un largo paseo, y si encontrábamos una ladera tranquila en la que no hubiera nadie mirando, nos obligaba a hacer instrucción como si fuéramos soldados, y nos hacía desfilar arriba y abajo durante un buen rato, y a mantenernos firmes y a saludar. A mí me encantaba jugar a eso y solía hacer que Sophie marcara el paso alrededor del jardín trasero hasta que mamá ponía fin a la diversión. A ella no le gustaba que las niñas jugaran a los soldados.

Como era la hija más joven de su familia, mamá se había visto obligada a quedarse en casa cuidando a su propio padre, enfermo crónico, hasta que murió; para entonces, mi madre ya tenía treinta años. Era muy pálida y muy delgada, y fue adelgazando cada vez más con la edad, de modo que sus ojos, de un azul claro, parecían haberse hecho más grandes a medida que los huesos del rostro se hacían más prominentes. La casa de Highgate, por lo que pude averiguar, había sido el resultado de un acuerdo entre papá, que hubiera querido vivir en el campo, y mamá, que deseaba tener algún contacto con la sociedad. Cuando yo era niña, no tenía una idea muy clara de lo que podía ser «la sociedad», pero parecía que Highgate se encontraba en los confines más alejados de la misma. No necesitábamos compañía: el capitán James Paget, un viejo amigo y camarada de papá, había alquilado una casa a pocos minutos de la nuestra, y yo me había hecho amiga inmediatamente de su hija Ada desde que tenía siete años. Pero, por alguna razón, los Paget no contaban como «sociedad».

A Ada y a mí a menudo nos tomaban por hermanas, porque ambas éramos bastante altas y muy llamativas, mucho más morenas que Sophie, que era rubia, de piel blanca y respondía al patrón convencional de la belleza familiar. Sophie fue siempre la favorita de mi madre, porque le encantaban los bailes, las fiestas y el cotilleo, y se podía pasar medio día delante del espejo, un tiempo que yo evidentemente prefería emplear enterrando la nariz en un libro, tal y como decía mamá despectivamente. Cuando me hice mayor, me di cuenta de que mis padres estaban profundamente enemistados, y que vivían vidas separadas y, si podían, se evitaban mutuamente. Mientras los Paget permanecieron cerca de nosotros —eran una pareja fiel y enamorada hasta el final—, la ausencia de «sociedad» no pareció importar mucho. Pero poco después de que yo cumpliera los dieciocho años, James Paget murió repentinamente, y pocos meses después falleció mi padre.

Entonces, la madre de Ada se fue a vivir con unos parientes a la Isla de Wight, y Ada se casó con un pastor y se fue a vivir a cien millas de distancia, a una aldea remota de Suffolk... Mientras, yo me quedé en casa, descontenta, infeliz, y riñendo constantemente con mi madre. Había intentado dibujar

y tocar el piano, y tenía cierta habilidad para ambas cosas, pero nada más; intenté escribir una novela, y llegué hasta el capítulo tres, antes de que la desconfianza en mi propia creación me obligara a detenerme. Imploré que me permitieran buscar un empleo como institutriz, pero mi madre no quiso ni oír hablar de aquello. El éxito de Sophie a la hora de echarle el lazo a Arthur Carstairs solamente había conseguido incrementar el disgusto que yo le causaba a mamá: solía presentarme como una joven insensible, ingrata, insolente, obstinada, resentida y contradictoria. A pesar de la injusticia de sus recriminaciones, no podía estar en completo desacuerdo, agobiada como estaba por el sentimiento de mi propia inutilidad y por la conciencia de que la vida se me estaba escurriendo entre los dedos.

Al igual que ocurrió con la aparición de mi abuela junto a mi cama, la visión de mi padre fue seguida, tras un singular periodo de calma, por un violentísimo dolor de cabeza. Yo no había establecido ninguna conexión entre la primera «visita» —semejante palabra me resultaba, cuando menos, insatisfactoria— y mi caída. Pero después comencé a preguntarme qué habría ocurrido realmente. Había oído hablar de esa gente denominada «abierta» y quizás el significado de la palabra era más literal de lo que yo suponía. ¿Pudo ocurrir que la caída hubiera abierto alguna fisura en mi conciencia, admitiendo percepciones que debería rechazar? Eso implicaría que las apariciones eran en algún sentido reales, aunque nadie más pudiera darse cuenta... Por supuesto que nadie podía: sólo yo gozaba de aquel poder especial para verlas.

Yo sabía que era mejor no decir nada a mi madre y a mi hermana, y no me atreví a escribirle a Ada para contárselo; le había dicho todo lo de la caída y la extraña luminiscencia que vi después, pero nada más, ya fuera porque no quería inquietar su felicidad o por temor a que pensara que estaba loca, no estaba segura. Dado que los días transcurrieron sin más «visitas», intenté convencerme de que no ocurriría nada más. Pero, sin lugar a dudas, algo en los resortes de mi vida interior se había alterado sutilmente. Era como caminar por una habitación y sentir que el color de las paredes o el dibujo de la alfombra habían cambiado, sin que me fuera posible decir con precisión en qué sentido y cómo. Los olores y los gustos conocidos me resultaban de pronto muy fuertes... Era primavera, de acuerdo, pero era algo más que eso... Era un sentimiento... no era exactamente ansiedad, sino el sentimiento de algo amenazante. En varias ocasiones tuve la sensación, muy poderosa, de saber lo que otra persona presente en la sala diría pocos segundos después. Y en una ocasión, cuando mamá se lamentó entre sollozos de haber perdido una piedra de sus pendientes favoritos, yo la encontré: fui directamente hasta el extremo opuesto de la casa, me dirigí al salón, busqué bajo un armario que había en el rincón más oscuro, y encontré la piedra perdida, que era de azabache. Yo estaba completamente perpleja y sorprendida, y no sabía cómo podía haber hecho aquello, y me alegré de que mi madre no hubiera presenciado tan sorprendente proeza.

Hadían transcurrido varias semanas en este desasosegante estado cuando mamá anunció que la madre de Arthur Carstairs y sus hermanas vendrían pronto a tomar el té. Aquella tarde en cuestión, bajé para reunirme con el resto y para esperar la llegada de nuestras visitas. Cuando entré en el salón, vi a un hombre joven sentado en el sofá, frente a mamá y a Sophie. No lo había visto antes jamás. Sólo era un joven alto, moreno, ataviado melancólicamente con lo que parecía un traje de luto; estaba absorto observando el dibujo de la alfombra que estaba pisando. Parecía como si evitara levantar la mirada por modestia, como si no quisiera que se notara su presencia, pero, aparte de eso, parecía

bastante cómodo. Yo me quedé junto a la puerta, indecisa, esperando que me presentaran, pero ninguno de los reunidos parecía estar prestándole la menor atención.

—Síntate, Eleanor —dijo mi madre, señalándome el sofá. Parecía que me estaba indicando el lugar inmediato al joven.

—Pero... ¿no me presentas...? —balbuceé.

—¿A quién? —replicó mi madre, mirándome asombrada.

—A... —e inevitablemente tuve que hacer un gesto hacia el joven.

—No sé qué estás diciendo —dijo mamá bruscamente—, y no estoy de humor para tonterías y frivolidades. Siéntate, y no nos molestes con tus despropósitos.

Durante toda esta conversación, aquel joven continuó observando tranquilamente el suelo, con aquel mismo gesto de modestia. Yo me quedé paralizada, percatándome de que mi madre y Sophie me estaban hablando, pero incapaz de apartar mis ojos de aquel hombre, el cual, como si repentinamente se diera cuenta de mi apuro, se levantó del sofá y comenzó a caminar hacia mí. Pude oír el susurro de su traje y el sonido de sus pisadas sobre el suelo. Se detuvo a un par de pasos de mí, aún con la cabeza inclinada hacia el suelo; automáticamente, me aparté de su camino para dejarle salir. Pero, entonces, al verlo por detrás, fue como ver una figura pintada que hubiera salido de un lienzo, y se reveló como una simple capa de pigmentos flotando en el aire; pareció replegarse sobre sí mismo al observarlo de lado, hasta que no fue más que una delgada lámina de oscuridad, rodeada de una luz verdosa. Después, todo aquello también se desvaneció y me quedé atónita y muda, con el sonido de la campanilla de la puerta sonando en mis oídos.

«No debo desfallecer», me dije a mí misma, y haciendo acopio de toda mi resolución, pude dominar aquella commoción y retirarme torpemente por el corredor hasta alcanzar la seguridad del salón posterior de la casa. Allí, me derrumbé sobre un diván, al tiempo que me comenzaba a palpitarme la cabeza. El dolor pronto fue tan atroz que perdí la noción del tiempo, hasta que alguien, no podría decir quién, me trajo un somnífero y pude caer en una bendita inconsciencia.

A la mañana siguiente, al principio me quedé desconcertada y confusa al verme vestida y tumbada sobre el sofá del salón. Elspeth me trajo una taza de té y la terminante orden de mamá de que me quedara donde estaba hasta que viniera el doctor, pero ni Sophie ni ella vinieron a verme. Cuando apareció finalmente el doctor Stevenson, mirándome de un modo extrañamente severo, me pareció evidente, por sus preguntas, que todos los demás no habían visto nada raro. Lo único que pude imaginar y lo único que pude decirle fue que me había dejado engañar por una ilusión óptica y por el repentino ataque de jaqueca, y que por eso había pensado que había visto a alguien sentado en el sofá, pero no era nada realmente... sólo un momento de confusión. El doctor no pareció muy interesado en mi dolor de cabeza, y después de que se fuera, aún transcurrió mucho tiempo hasta que pude escuchar que la puerta principal se cerraba tras él.

Yo estaba preparada para otra andanada de improperios de mi madre, pero no para aquel gélido desprecio con el que ignoró mis tristes excusas.

—Ya veo que estás haciendo todo lo posible para destruir la felicidad de tu hermana —sentenció—. Y respecto a esos dolores de cabeza, deberías pensar en los que tú nos causas con tu maldad y tu resentimiento. Es una enajenación mental: eso es lo que ha dicho el doctor, y todo se debe a los celos que tienes de tu hermana. Hay médicos que saben cómo curar a las jóvenes que son premeditadamente histéricas, como tú; pero si eso tampoco diera resultado, tendremos que encerrarte

en un manicomio.

—Lo siento, mamá, lo siento muchísimo —dijo—, pero no lo hago a propósito, de verdad... Nadie desearía soportar este horrible dolor...

—Ese dolor no es nada comparado con el que le has causado a tu hermana. ¿Cómo te atreves a contradecirme, después del espectáculo que hemos dado ante la señora Carstairs y sus hijos?

—¿Estaban muy enfadados? —pregunté humildemente.

—Dado que estabas dispuesta a arruinar su visita, no creo que eso sea de tu incumbencia. Ahora, escúchame: si no fuera por Sophie, ahora mismo te enviaría a un cirujano. Pero si los Carstairs sospecharan que hay una mota de locura en nuestra familia, Arthur podría anular el compromiso. Y si lo hace, te encerrará en un lugar remoto para siempre, aunque eso no fuera ningún consuelo para la pobre Sophie. Te concederé una última oportunidad. Corrige tu comportamiento, o haré que te extirpen esa maldad a la fuerza.

Cuando estaba furiosa, mi madre era capaz de esgrimir las amenazas más extravagantes, pero aquellas últimas palabras las pronunció con un comedimiento acerado y gélido. Y aunque yo no sabía qué podía hacerle un cirujano a una joven histérica, la última frase había recorrido mi piel como un escalofrío de terror. Yo ya era mayor de edad, pero había leído demasiadas novelas en las cuales inocentes heroínas acababan confinadas en manicomios como para dudar del poder de mi madre al respecto, y quizás ese mismo poder podría conseguir que acabara a merced del bisturí de un cirujano. Yo no tenía dinero, ni posibilidad de ganarme la vida. Ni siquiera conocía las disposiciones del testamento de mi padre, salvo que la renta de sus propiedades apenas daba para mantenernos, según los repetidos lamentos de mamá.

Por lo demás, en cualquier momento podría aparecer otra «visita», incluso más a destiempo que la última. Si aquel joven hubiera aparecido diez minutos más tarde, yo podría haber ido directamente a la consulta de un cirujano... o al manicomio. Aquel hombre me había parecido completamente inocente e inofensivo hasta el momento en que desapareció. Pero... ¿era una simple coincidencia que hubiera aparecido precisamente cuando los Carstairs estaban a punto de llegar? Las perspectivas de mi vida eran demasiado terribles como para afrontarlas yo sola. Me recluí en mi habitación y comencé a escribir una larga carta a Ada, y no me detuve hasta que no la acabé, la sellé y la deposité en la oficina de correos.

A la hora de cenar, aquella misma noche, Sophie me dijo, muy fríamente, que mamá y ella habían conseguido ocultar la agitación que sentían ante los Carstairs y que habían dicho que yo había sufrido una recaída tras la conmoción cerebral que había padecido por el accidente en las escaleras. Pero eso fue todo. Durante el resto de la cena, Sophie y mamá intercambiaron puntualmente observaciones triviales, y yo abandoné la mesa tan pronto como la cortesía me lo permitió, con la sensación de que ya estaba condenada. Así que cuando recibí la contestación de Ada, invitándome a visitarla tan pronto como fuera posible, resultó para mí un inmenso alivio.

Necesité reunir todo mi valor para pedirle a mi madre que me dejara ir. Gracias a Dios, no puso ninguna objeción.

—Quizás sea lo mejor —sentenció con una increíble frialdad—. Sí, quizás sea mejor que te mantengas alejada hasta que Sophie se haya casado sin percances. Ya te escribiré cuando llegue el

momento para saber si podemos confiar en que asistas a la ceremonia sin causarnos ningún disgusto.

Mientras hacia los preparativos para el viaje, me sentí aterrorizada ante la perspectiva de que pudieran arrebatarme mi libertad por culpa de otra «visita». En la medida de lo posible me mantuve encerrada en mi habitación hasta que mi equipaje estuvo asegurado en el cabriolé. La sombra del terror me acompañó durante todo el camino a través de los sórdidos barrios de Spitalfields y Bethnal Green, hasta la Shoreditch Station, y solamente me sentí realmente tranquila cuando vi a George Woodward en el andén de la estación de Chalford. Aunque estaba en medio de la multitud, habría sido imposible no verlo, dado lo llamativo de su pelo naranja (ninguna otra palabra haría justicia a semejante color), tan alborotado que siempre daba la impresión de que acababa de salir de un vendaval. Ada y él se conocieron en Londres, y se casaron tras un noviazgo mínimo, cuando inesperadamente a él le ofrecieron ir a vivir a Chalford.

La rectoría de Chalford —una casa grande y antigua de piedra gris, con un jardín cercado con una tapia (un «patio», en la lengua de los habitantes del lugar)— me pareció el lugar más encantador que hubiera visto jamás.

—No pensarías eso si vinieras en enero —dijo Ada—, cuando el viento del este aúlla alrededor de la casa y la nieve se amontona contra las paredes. Yo pensaba que los inviernos de Londres eran muy fríos... hasta que vine aquí.

Pero con el agradable tiempo de junio, en el esplendor del follaje y las flores, Chalford se acercaba al paraíso. La rectoría estaba junto al cementerio de la iglesia, rodeada de campos y zonas de arbolado, y alejada del núcleo del pueblo. Old Chalford había sufrido el embate de la peste negra en el pasado: todas las casas se quemaron para combatir la plaga y se levantó un nuevo asentamiento a un cuarto de milla de distancia. La población de la aldea se había reducido a poco más de cien almas; la mayoría eran granjeros cuyos abuelos y bisabuelos habían labrado prácticamente del mismo modo los mismos acres de tierra. Al norte y al oeste de la parroquia había tierras de labranza; al este, pastos, con brezales y pantanales que se hacían visibles a medida que uno se acercaba al mar.

En una semana ya había recuperado el color en las mejillas, y dormía tan profundamente que apenas era consciente de mis sueños. Ada y yo caminábamos varias millas todos los días, y comencé a ver el campo con otros ojos. Cada ondulación del terreno, cada sendero, incluso cada seto y cada valla en aquella aldea tenían su propio nombre y su propia historia, desde el Camino de la Gravilla, en los linderos occidentales, hasta el Campo del Horno Romano, junto al río, en el extremo oriental. En nuestra primera excursión encontré una piedra de las brujas —un pedernal blanco con un agujero en el centro, muy apreciado por los campesinos como augurio de buena suerte—, y lo coloqué bajo mi almohada, en calidad de amuleto contra posibles visitantes^[36]...

Aunque no había duda de que Ada no se arrepentía en absoluto de su decisión, como había profetizado mi madre de un modo muy desagradable, pude comprobar que llevaba una existencia completamente aislada. Desde hacía tiempo ansiaba tener un niño, pero tras un año de matrimonio, aún no se había quedado embarazada, y había comenzado a temer que pudiera ser estéril. Y respecto a George, Ada me confesó que cada vez estaba más angustiado porque dudaba de su vocación.

—Puedo escuchar, y preguntar, y entender todo lo que me dice, creo, pero George echa de menos el trato con otros intelectuales como él. Ha leído a Lyell, y a Renan, y los *Vestigios*, y también a Darwin, y ha comenzado a preguntarse, después de todo, qué queda para la fe^[37]. Él prefiere no hablar de ello, pero le remuerde la conciencia, porque está viviendo del dinero de gentes que esperan

y suponen (sobre todo en una parroquia rural como esta) que el pastor acepta la verdad literal de las Escrituras. Él cree en la bondad, en la humanidad y en la tolerancia, y practica lo que predica, lo cual es más de lo que puede decirse de la mayoría de los pastores que se llaman a sí mismos devotos.

Ya llevaba en Chalford quince días cuando George propuso una excursión para ir a ver el antiguo castillo normando de Orford: un pequeño asentamiento costero que estaba aproximadamente a unas seis millas de distancia. George había estado allí sólo una vez, pero parecía perfectamente seguro del camino que debíamos seguir cuando nos pusimos en marcha aquella mañana tranquila y nublada. Quizá habíamos avanzado ya una milla antes de que admitiera que aquel no era el camino que había tomado la vez anterior.

—Bueno —exclamó confiadamente—, estamos caminando más o menos hacia el sureste, así que no nos hemos desviado demasiado.

Incluso yo tuve que admitir que había algo desolador en el paisaje una vez que dejamos atrás las tierras de labranza. En aquel lugar no había nadie y no había indicios de que hubiera casas; sólo había ovejas vagando por las retamas y los brezales, y ocasionales avistamientos de un mar gris plomizo. Después de otra media hora de camino, el sendero comenzó a empinarse, al tiempo que el terreno formaba laderas a ambos lados. Densos matorrales verdes cercaban las laderas, pero la cima de la colina, cuando nos aproximamos, estaba casi pelada, prácticamente segada por las ovejas, y apiñada como una colcha —esa fue la imagen que me vino a la cabeza— en curiosos pliegues y montículos que no parecían en absoluto naturales, como si alguna gigantesca criatura hubiera estado haciendo túneles o madrigueras bajo la superficie. Yo estaba a punto de preguntar cómo se habían formado esos pliegues cuando alcanzamos lo alto de la pendiente, y una oscura extensión de bosques surgió ante nosotros.

—Esto sólo puede ser Monks Wood —dijo George—. Estamos más al sur de lo que suponía. Este es, con mucho, el bosque más antiguo... y más grande... de esta parte del país.

—¿Hay un monasterio... ahí?

Desde donde nos encontrábamos, el densísimo dosel vegetal parecía infinito, y se extendía hacia el sur tan lejos como podía alcanzar la vista.

—Sí, hubo un monasterio antaño —dijo George—, pero fue saqueado por los hombres de Enrique VIII.

—¿Y después?

—Las tierras pasaron a manos de la familia Wraxford, como pago por sus servicios a la Corona, y han pertenecido a esa familia desde entonces. La mansión de Wraxford Hall se construyó sobre los cimientos del monasterio; ahora prácticamente está en ruinas, creo. No la he visto.

—¿Y vive alguien allí ahora?

—No. No vive nadie desde que... Bueno, ha estado vacía durante algún tiempo.

—¿Y está muy lejos la mansión de aquí? —insistí.

—No sé —contestó George de un modo cortante—. El bosque es privado; pertenece a la familia.

—Pero si no hay nadie viviendo allí... Me encantaría verla.

—Sería allanamiento de una propiedad privada. Además, el bosque tiene mala reputación por los alrededores; ni siquiera los cazadores furtivos entran en él de noche...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es un bosque encantado?

—Supuestamente. Hay cuentos que...

Se detuvo ante una inquisitiva mirada de Ada.

—No me importa hablar de fantasmas, de verdad —dijo—. Nunca pienso en mis... en «mis visitantes» como... como fantasmas. Además, ya estoy muy recuperada. Me gustaría saberlo todo de esa mansión: parece un lugar extraordinariamente romántico. ¡Ah, mirad! ¡Hay un camino que baja al bosque...!

—No —dijo George con firmeza—. Debemos continuar hasta Orford.

—Entonces, si no quieres llevarnos allí —dijo—, insisto en que me cuentes todo acerca de ese lugar.

—Hay muy poco que contar —dijo George al tiempo que comenzábamos a andar de nuevo—. De acuerdo con la superstición local, el bosque está habitado por el fantasma de un monje, que aparece siempre que un Wraxford está a punto de morir; se dice que si alguien ve esa aparición, morirá en el plazo de un mes. No me sorprendería que los propios Wraxford hubieran difundido ese rumor para mantener a la gente alejada de su propiedad. La familia no ha participado en los asuntos de la zona nunca; al menos, nadie recuerda que semejante cosa haya ocurrido jamás... Pero no hay nada extraño en eso. No: lo único verdaderamente extraño es que los dos últimos propietarios han desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que «han desaparecido»?

—Exactamente eso: ni más ni menos. Fíjalo: los dos incidentes ocurrieron con una diferencia de unos cincuenta años. El primero fue un tal Thomas Wraxford, un caballero... Tenía grandes planes para la mansión cuando la heredó, en la década de 1780, creo, pero entonces su único hijo murió en un accidente y su esposa regresó con su familia. Él vivió solo en la mansión durante muchos años, hasta que envejeció; entonces, una noche se fue a la cama, como siempre, y cuando su ayuda de cámara fue a la mañana siguiente a despertarlo... ya no estaba allí. Aquella noche, poco después de que él se retirara, se desató una gran tormenta, con rayos y truenos, pero después la noche se quedó muy clara. Nadie había dormido en su cama y no había indicios de altercado o lucha, de modo que todo el mundo dio por sentado que el anciano se había internado en el bosque (desorientado por la tormenta quizás), y que se había caído en una sima o algo por el estilo. El bosque está lleno de maleza, ya lo ves, y aún quedan algunas construcciones antiguas (se hicieron minas en busca de estaño hace siglos): en fin, un lugar perfecto para morir.

—¿Y... el otro? —pregunté con un leve temblor.

El camino había descendido otra vez, y ahora discurría en paralelo a las lindes del bosque, que efectivamente parecía muy denso, y tan estrangulado por enredaderas y ramas caídas que la mirada apenas alcanzaba a ver unas yardas.

—Cornelius Wraxford: el sobrino de Thomas, y su familiar varón vivo más cercano. Cornelius solicitó al tribunal de la Cancillería un certificado de la muerte legal de Thomas. Este Cornelius era profesor en algún oscuro colegio universitario de Cambridge, pero renunció a su plaza en cuanto se le entregó el certificado y tomó posesión de la mansión. Allí permaneció durante otros cuarenta y cinco años, viviendo la vida de un perfecto solitario, hasta que la pasada primavera, ocurrió lo mismo que en la ocasión anterior: se retiró a sus aposentos, como siempre, y de nuevo, por una extraña coincidencia, fue una noche de una violenta tormenta eléctrica, y no se le volvió a ver.

—¿Y... qué crees tú que le ocurrió?

—¡Quién sabe! Desde luego, la historia dio para muchas habladurías; la opinión general en la taberna The Ship es que a ambos se los ha llevado el demonio. Yo sólo me pregunto si el destino de Thomas Wraxford pudo haber ejercido alguna influencia en la mente de su sobrino hasta el punto de que se trastornara y, con la tensión de la tormenta, se sintiera impelido a seguir el ejemplo de su tío.

—Como el rey Lear en el monte^[38] —dijo Ada—. Recuerdo perfectamente esa tormenta: si salió durante la tempestad, efectivamente debía de estar loco.

—¿Y quién será el nuevo propietario de la mansión? —pregunté.

—Creo que el heredero se llama... Magnus Wraxford. No sé nada de él... también ha pedido un certificado de defunción de Cornelius. Puede que alguien se haya extrañado ante esta circunstancia en el tribunal, pero no creo que tenga muchos problemas para conseguirlo: Cornelius debía de tener ochenta años, por lo menos.

—Muy bien —dijo Ada—, ya es hora de que hablemos de algo más amable.

No quise insistir en el tema, pero la imagen de un anciano vagando por un bosque oscuro permaneció viva en mi mente, incluso mucho después de que hubiéramos perdido de vista Monks Wood.

Aproximadamente una hora más tarde alcanzamos a ver el castillo de Orford, un gigantesco edificio almenado, levantado en piedra irregular de color marrón y mortero grisáceo le yergue en un elevado montículo de tierra, y más allá se ven algunas casas dispersas, aunque el asentamiento parece completamente desierto. Cuando nos acercamos, vi un caballete a cierta distancia de la fortaleza. Había un lienzo con un esbozo en él, pero no había ni rastro del artista, el cual presumiblemente se había ido a alguna de las casas de campo circundantes. No pude resistir el deseo de ver el cuadro...

Era, tal y como supuse, un estudio del castillo, en óleos, no en acuarelas, y me recordó un lugar que conocía, pero que no pude identificar en el momento. El artista había captado la voluminosidad y la grandeza de la torre, de modo que parecía empequeñecer al observador, pero había en la pintura algo más: algo siniestro, un sentimiento de amenaza latente. Las ventanas pareadas que tenía la fortaleza bajo las almenas le hacían creer a una que eran ojos... ¡Sí, eso era...! ¡Era como la casa de mis sueños: vigilante, viva, atenta...!

—Es... hum... estremecedor —dijo George, acercándose a mí.

—Muy siniestro —replicó Ada.

—Yo creo que es precioso —dije.

—Me alegra que lo crea —dijo una voz que parecía surgir de la tierra, a mis espaldas.

Me giré al tiempo que una figura se levantaba entre la hierba crecida que había un poco más allá. Era un hombre —un hombre joven—, delgado, no especialmente alto, con pantalones de tweed Y camisa sin cuello, bastante inapropiados para un pintor.

—Siento haberles asustado —dijo, sacudiéndose las briznas de hierba de su traje—. Estaba dormido, y sus voces se colaron en mis sueños. Me llamo Edward Ravenscroft: a su disposición.

Como me ocurría con la pintura, me pareció que me recordaba a alguien a quien había visto antes, pero no pude recordar quién era o dónde lo había visto, y estaba completamente segura de que no había escuchado ese nombre jamás. Realmente era un caballero muy apuesto, con el pelo castaño

cruzando de lado a lado su frente, con la piel clara, un poco curtida y enrojecida por el sol; tenía ojos oscuros, que mantenía entrecerrados, y una nariz larga y prominente, afilada como una cuchilla, y una cautivadora sonrisa.

—Somos nosotros quienes deben disculparse —dije, después de que George hubiera hecho las presentaciones— por entrometernos en su cuadro... y en su sueño.

—No, no, en absoluto: ha sido un delicioso despertar —contestó, mientras me sonreía—. Entonces, ¿le parece a usted que debería considerarlo terminado?

—Oh, sí. Es perfecto: me recuerda un sueño que solía tener... bueno, debo confesar que era más bien una pesadilla.

—Muy gratificante... aunque no querría perturbar sus sueños. Lo más difícil es saber cuándo hay que dejarlo; limpié mi paleta hace una hora, porque temí que pudiera estropearlo.

Estuvimos conversando durante algún tiempo, y nos contó que estaba haciendo un recorrido turístico a pie por el condado, realizando esbozos y pintando cuando se terciaba; nos dijo que era artista profesional, y que subsistía de momento con lo que le pagaban por pequeños encargos: la mayoría, cuadros de casas de campo; también nos contó que era soltero y que su padre viudo vivía en Cumbria. Durante los últimos días se había alojado en una posada cerca de Aldeburgh, y había hecho excursiones por toda la costa.

Ya entonces supe que quería volver a ver a Edward Ravenscroft y comencé a alabar las bellezas de Chalford, con la esperanza de que nos hiciera una visita. Y, en efecto, le gustó tanto lo que yo le dije de Chalford que preguntó si podía acompañarnos de regreso, y alojarse en The Ship para visitar aquella parte del condado. Para entonces George ya había descubierto cuál era el camino que deberíamos haber cogido para visitar el castillo, así que el sendero de regreso a casa nos condujo por un lugar alejado de los bosques de Monks Wood. Sólo fue necesario un intercambio de miradas reveladoras con Ada para que Edward fuera invitado a quedarse algunos días como huésped en la rectoría. Y esto ocurrió mucho antes de que llegáramos al Campo del Horno Romano.

Aquellos «días» de Edward como huésped en la rectoría se convirtieron en una semana, que empleamos completamente en la deliciosa ocupación de estar juntos (o así ha quedado en mi memoria), caminando durante horas todos los días o charlando en el patio. Más allá de su talento para la pintura, Edward no era especialmente culto, ni había leído mucho; no tenía gran interés en la religión ni en la filosofía... Pero era guapísimo —esta palabra me vino a los labios desde el principio, y conviene más que «apuesto»— y tenía un don para la alegría que consiguió mostrarme el mundo con otros colores, y lo amé. El cuarto día me besó y me declaró su amor —o quizás fue al revés, no lo recuerdo—, y desde aquel momento en adelante —lo escribiré, aunque suene a inmodestia o a algo aún peor— deseé que me hiciera el amor, sin saber siquiera qué significaban esas palabras exactamente, y que fuera más allá de besarme y abrazarme con fuerza, hasta que sintiera que me derretía de felicidad.

Me habría casado felizmente con Edward aquella misma semana, pero él me dijo desde el principio que no podía permitirse el lujo de casarse hasta que no se hiciera un nombre. (Subsistía con una pequeña asignación que le proporcionaba su padre, que era maestro retirado).

—Hasta que te vi —me dijo—, sólo vivía para la pintura...

(Yo no estaba completamente convencida de esto... La seguridad con la que me abrazaba me sugería que yo no era la primera mujer a la que había enamorado, pero yo era demasiado feliz como para que eso pudiera importarme).

—Ahora —añadió— sólo pienso en el día en que podamos estar juntos para siempre, y cuanto antes pinte una obra maestra, antes llegará ese día.

Ada y George, naturalmente, estaban preocupados por la rapidez con la que se había desarrollado nuestro noviazgo, y también por la necesidad de ocultar a mi madre nuestro compromiso matrimonial —porque eso era lo que yo creía que había entre nosotros—. Ada había dejado de ejercer de acompañante tras los primeros días, no sin temores y sospechas, que sólo me comunicó en secreto, sobre lo que mamá diría si lo descubriera...

—Mamá nunca lo aprobará —repliqueé—. Ya sabes lo que piensa de los artistas; esto significará una completa ruptura entre las dos. Y no hay ninguna razón para decírselo por ahora... no, hasta que no podamos casarnos.

—Quizá no debamos decírselo —dijo Ada—, pero debes pensar en el escándalo que se formaría si... si se conociera que Edward te ha seducido bajo nuestro techo. Si tu madre lo descubriera, con toda seguridad escribiría al obispo y George perdería su trabajo...

—¡Pero Edward no me ha seducido! Soy mayor de edad, y lo adoro, y no necesito el consentimiento de mamá para casarme con él...

—Eso no impide que tu madre pueda formar un escándalo. Y, además, un hombre... incluso un hombre bueno, como estoy segura de que es Edward... un hombre puede aprovecharse del amor que una mujer siente por él, especialmente cuando ambos son un poco alocados, como vosotros, y no tienen ninguna perspectiva inmediata de matrimonio. No pienses que soy insensible, querida: sé muy bien qué significa desear estar con la persona que te ama, pero sólo lo conoces desde hace una semana, y simplemente es muy poco tiempo para que puedas confiar en él... e incluso en ti misma. Sobre todo porque aún estás convaleciente.

—Sí, pero yo ya sé más de él de lo que Sophie sabrá nunca de su Arthur Carstairs. Nunca he estado más segura que en este momento. Y respecto a los «visitantes»... estoy segura de que sólo los produjeron las terribles cosas que ocurrían en casa... ¿Me estás diciendo que Edward no se puede quedar aquí?

—Me temo que no se puede quedar... al menos hasta que no le hayas dicho a tu madre que estás comprometida.

—Entonces... se lo diré —repliqueé—, aunque estoy segura de que no nos dará su bendición. Pero... por favor, deja que Edward se quede... sólo unas semanas más...

Y así, a pesar de los recelos y sospechas de Ada, se acordó que Edward podía quedarse... de momento. Él insistió en contribuir, tanto como pudiera, en el sostenimiento de los gastos de la casa, tal y como hice yo, aportando una libra a la semana que mi madre me había entregado para cumplir con la visita. Aunque era muy pobre, Edward estaba comenzando a labrarse un nombre como pintor. Algunos de sus cuadros se habían vendido en una galería privada «situada en el peor lugar de Bond Street», como dijo alegremente, pero no obstante era en Bond Street^[39]. Aparte de su estudio de la fortaleza de Orford, yo sólo había visto unos pocos lienzos recientes que enviaron desde una posada

de Aldeburgh; todos ellos eran estudios de ruinas o lugares terribles, y todos mostraban las mismas cualidades y rasgos de verosimilitud y ensoñación a un tiempo. Ada le había ofrecido que se quedara en la habitación que quisiera (la rectoría, evidentemente, se había construido con la idea de que albergara una familia muy numerosa), y él había escogido un salón en desuso que se encontraba en la primera planta, con amplios ventanales y una buena luz del norte, y que le serviría tanto de habitación como de estudio. En los días de nuestro compromiso, Edward volvió al trabajo con entusiasmo. Aunque hablaba frívolamente de pintar una obra maestra, yo sabía cuán profundamente ansiaba el reconocimiento: estaba seguro de su talento, y sólo necesitaba la aceptación del mundo para confirmarlo.

Medité mucho acerca de cómo podría yo contribuir a que llegara ese día y pensé que podría intentar ganar algún dinero... Pero todo fue en vano. Aceptar un empleo como institutriz o dama de compañía —incluso aunque me lo hubieran ofrecido— significaría separarme de Edward, y de mis amigos. Pero sabía que no podía vivir indefinidamente de la caridad de George, por mucho que temiera regresar a Highgate, lo cual a su vez planteaba la temida perspectiva de escribir para contárselo a mi madre, porque retrasarlo mucho más no sería justo con Ada y George, ahora que toda la aldea sabía que Edward y yo estábamos comprometidos. Sin embargo, lo retrasé, porque cada vez que me sentaba con la intención de escribir, el pensamiento de la furia de mi madre se cernía sobre mí como una tormenta, anulando todo lo demás. Yo le había hablado a Edward de mis problemas con mamá, e incluso le había hablado de las amenazas de confinamiento en un manicomio, pero atribuí los «problemas» a mi sonambulismo, en vez de a mis «visitas»: esa fue la única cosa de la que no me atreví a hablarle... Ni siquiera entonces supe por qué. ¿Dudaba de su amor?, me pregunté. No, por supuesto que no. Entonces, ¿por qué no decírselo? Mi conciencia parecía sugerirme que yo debería hablarle de aquello, pero entonces... sólo conseguiría que se preocupara por mí, y no había ninguna necesidad de ello, ahora que ya volvía a estar bien...

Mi único motivo de inquietud, aparte de ese, era el sentimiento recurrente de que yo había visto a Edward antes, en algún lugar, y que era importante —no sabía por qué— que recordara dónde. A veces me descubría a mí misma observando a mi amado, pensando «¿Dónde te he visto?», sintiendo que la respuesta me rondaba la cabeza como cuando una palabra olvidada parece estar en la punta de la lengua, pero resulta imposible pronunciarla finalmente. Ni podía comprender por qué esta preocupación estaba ligada a un sentimiento de inquietud de que todo —salvo la amenazante confrontación con mi madre— era *demasiado* perfecto y mi felicidad *demasiado* completa... Era un temor vago y supersticioso que sólo me inquietaba cuando estaba sola. Quise convencerme de que esas preocupaciones eran meramente el recuerdo de mi antigua enfermedad... la cual, en esos momentos, estaba ya perfectamente curada, por supuesto.

Pocas semanas después, Edward decidió ir a visitar a su padre a Cumbria. A mí me habría encantado ir con él, pero viajar juntos sin compañía y sin el permiso de mi madre... era de todo punto imposible. Edward quería decírselo a su padre en persona, de modo que yo me apliqué a la tarea de escribirle a mi madre a la mañana siguiente de su partida. Había comenzado a escribir media docena de cartas («Ya sé que no aprobarás...» o «Me temo que te disgustará saber...») y las había descartado todas. Hasta que finalmente escribí: «Te sorprenderá, y espero que no te disguste, saber que estoy

prometida en matrimonio con el señor Edward Ravenscroft, el artista». Parecía más adecuado no mencionar que Edward había estado en la rectoría... En fin, lo difícil era pensar en algo, cualquier cosa, que no aumentara el disgusto de mi madre.

Aún estaba luchando con la carta cuando George regresó de una visita que había hecho a Aldeburgh. Dijo que se había encontrado con John Montague, un conocido suyo del que ya me había hablado, en compañía de un caballero muy agradable que resultó ser Magnus Wraxford, el probable y futuro propietario de Wraxford Hall. Era tan agradable, de hecho, que George había invitado a ambos a cenar al día siguiente. Lamenté mucho que Edward se perdiera esta cena, porque el señor Montague era un pintor aficionado muy perspicaz; también era el abogado de la familia Wraxford. Al parecer, el doctor Wraxford iba a quedarse sólo unos días en la ciudad, para asistir a una vista judicial sobre la desaparición de su tío.

Ada, a pesar de que no se le había avisado, se alegró mucho por George.

—Tiene tan pocas oportunidades de hablar con intelectuales... —dijo—. Aunque Edward siempre resulta una compañía deliciosa, desde luego...

No podía estar en desacuerdo con Ada, porque la teología de Edward no iba más allá de exclamar: «Si cuando muera descubro que hay otra vida, me sentiré gratamente sorprendido. (Al menos, confío en que sea una sorpresa agradable). Y si no hay otra vida, todo será olvido. Soy partidario del *carpe diem*, me temo». Pero, más que aprovechar el día, yo utilicé el revuelo de la preparación de la cena como una excusa para dejar a un lado la carta que debía escribir a mi madre, de modo que no pude terminarla hasta la mañana siguiente. Y sólo la concluí porque Ada insistió en que si íbamos a hablar de mi compromiso matrimonial delante del doctor Wraxford —un médico de Londres con muchísimos conocidos, presumiblemente—, la carta debería estar en el buzón de mi madre, indefectiblemente, antes de que el caballero llegara a la ciudad. Ada y yo estábamos de pie, junto a la ventana del salón, cuando se presentaron nuestros invitados. Yo llevaba un sencillo vestido de noche, blanco, que mi madre deploaba profundamente (con el argumento de que estaba tan pasado de moda que podría haberse llevado el siglo pasado). Ada iba de azul oscuro, y yo imaginé que bajo el sol del atardecer, con los últimos rayos de luz prendidos en nuestro pelo, compondríamos una hermosa estampa. Pero no estaba preparada para el efecto que causaríamos —que causaría yo, concretamente, como pronto pude comprobar— sobre el señor Montague.

No obstante, a primera vista, Magnus Wraxford fue quien captó mi atención. Era muy poco más alto que John Montague, aunque más ancho de espaldas, pero a su lado, el señor Montague parecía moverse entre profundas sombras a medida que avanzaban por la alfombra. Magnus Wraxford no tendría más de treinta y cinco años, lucía un hermoso pelo negro y una barba negra muy recortada que le daban cierto aire mefistofélico, y ojos oscuros de notable luminosidad.

Aunque George había dicho que era apuesto, su simple presencia me resultó estremecedora. El dicho de que los ojos son las ventanas del alma revoloteó en mi pensamiento cuando le tendí la mano, pero cuando se tocaron nuestros dedos tuve la desconcertante sensación de que por un momento mi propia alma se había vuelto transparente a su mirada.

—Encantado de conocerla, señorita Unwin.

Su voz era grave y sonora, y me recordaba a alguien, no estaba segura de a quién.

—Y este es el señor Montague —dijo George.

Me volví para saludarle —era un hombre muy reservado, vestido de negro, con el pelo castaño ya

menguante— y comprobé que estaba muy nervioso. John Montague me observaba atónito... y cuando nuestras miradas se encontraron, se esforzó en ocultar su conmoción, como si hubiera visto un fantasma. Algo en su expresión de espanto me recordó fugazmente mi última «visita»; su gesto me pareció una sombra siniestra de la cual huí rápidamente. La mano que había cogido la mía era fría, y temblaba perceptiblemente.

—Y yo también, señorita... Unwin... estoy... estoy encantado, muy encantado... —dijo, tropezando en cada palabra.

—Gracias, señor. Siento mucho que mi... mi prometido, el señor Ravenscroft, no pueda estar aquí para conocerle.

No quería declarar mi compromiso con tanta precipitación, pero su nerviosismo me impelió a ello. Él se sobresaltó visiblemente cuando pronuncié la palabra «prometido», y me pareció que hacía un gran esfuerzo para dominar sus emociones.

—El señor Ravenscroft es un artista... profesional —dijo Ada— y viaja mucho en busca de nuevos motivos para sus cuadros.

—Muy interesante —dijo el señor Montague, con la mirada aún clavada en mí—. Es decir... quiero decir que...

Se hizo un embarazosísimo silencio mientras esperábamos a que continuara.

—Señorita Unwin —dijo finalmente—, debe usted perdonarme. El hecho es que... usted guarda un extraordinario parecido con mi difunta esposa Phoebe, y ello me ha perturbado lamentablemente...

—Oh, cuánto lo siento... —contesté—. Ya sé que su esposa falleció... ¿Ocurrió recientemente?

—No. Murió hace ya seis años.

—Lo lamento mucho... —repetí, y no pude imaginar nada más que decir.

Estando tan cerca, su conmoción por el parecido que yo guardaba con su difunta esposa resultaba absolutamente inquietante. Para mi alivio, Ada lo apartó un poco de nosotros y el doctor Wraxford comenzó a conversar conmigo.

—¿Y el señor Ravenscroft vive cerca... de aquí?

—No siempre... —dijo con cierta incomodidad—. Como ha dicho Ada, viaja mucho. Ahora ha ido a Cumbria a visitar a su padre.

—Edward Ravenscroft... No recuerdo haber oído ese nombre, pero tal vez haya visto algún trabajo suyo.

—Seguramente no... aún —dijo—. Edward todavía se está abriendo camino en este mundo... sólo tiene veintiséis años, ya sabe... aunque estoy segura de que tendrá éxito.

—Entonces, esperaremos con expectación para contemplar los frutos de ese éxito. Soy un verdadero entusiasta de la pintura, señorita Unwin, especialmente de los artistas contemporáneos.

—Oh, da la casualidad —dijo un tanto dubitativa— de que tenemos aquí uno de sus cuadros. Estoy segura de que a él no le importaría que la vea usted... y el señor Montague también, si quiere.

El estudio de la torre de Orford ya estaba enmarcado, y estaba colgado en la pared de enfrente del salón. Ambos caballeros —John Montague había recobrado la compostura, aunque yo sentí que su mirada se desviaba hacia mí cada vez que pensaba que yo no me daba cuenta— examinaron el cuadro en silencio durante algún tiempo, mientras George y yo esperábamos el veredicto. Ada había salido para comprobar cómo iba la cena.

—Es muy bueno... realmente muy bueno —dijo el doctor Wraxford finalmente—. Y de lo más original... ¿Ha estado el señor Ravenscroft en París?

—No —contesté—, aunque espero ir pronto.

Edward estaba decidido a ir a París en nuestra luna de miel, y noté que me ruborizaba cuando pensé en ello.

—En ese caso... es aún más impresionante, ¿no cree, señor Montague?

—Eh... sí, sí... muy interesante, como dice usted. Yo debo de haber intentado pintar esa torre al menos una docena de veces... y no he conseguido que mis cuadros sean ni la mitad de buenos que este.

—¡Vamos, vamos...! Mi querido amigo —dijo Magnus—, usted sabe que su cuadro de la mansión puede competir con cualquiera... de hecho, hay algo en esta pintura que me recuerda la suya. El señor Montague —nos explicó— ha pintado un soberbio estudio de Wraxford Hall a la luz de la luna.

—Y me temo que ese será mi canto del cisne. Tal vez haya oído usted, señor Woodward, una superstición que corre entre los cazadores furtivos: dicen que aquel que vea el fantasma del monje morirá en el plazo de un mes. En mi caso y dadas las circunstancias, aunque no he visto ningún fantasma, parece que ha sido mi talento el que ha muerto.

Lo dijo con cierta despreocupación, pero la amargura en su tono de su voz resultó evidente.

—Estoy seguro —dijo George— de que su talento sólo necesita un descanso durante algún tiempo. Además, usted es abogado y muchos asuntos reclaman su atención: no puede esperar que su trabajo supere el de hombres que no tienen nada que hacer a lo largo de todo el día más que pintar.

La expresión del señor Montague sugirió que no estaba en absoluto de acuerdo con esa teoría, pero cualquier respuesta que hubiera considerado fue reprimida, porque en ese momento sonó la campanilla que nos invitaba a cenar. Cuando retiraron los platos del pescado ya era completamente de noche. George estaba sentado en la cabecera de la mesa, dando la espalda a la chimenea apagada, con Ada y Magnus Wraxford a su derecha, y John Montague y yo a su izquierda, frente a las ventanas: una disposición que yo agradecí mucho, porque así no tendría que cruzar la mirada con él a menos que se dirigiera a mí directamente, lo cual apenas hizo. Aún estaba intentando sacudirme la premonición que él había inspirado.

Hasta ese punto, la conversación había girado en torno a la elección del señor Millais para la Academia^[40], sobre las nuevas investigaciones bíblicas, sobre la eficacia del mesmerismo a la hora de mitigar el dolor e incluso como remedio para curar, una práctica que, según el doctor Wraxford, había sido prematuramente rechazada por la profesión médica. Habló durante algunos minutos sobre la naturaleza de la sugestión mesmérica y cómo podía influir incluso sobre el corazón y sus movimientos.

—A pesar de nuestro supuesto progreso —dijo a modo de conclusión—, nosotros, es decir, la mayoría de mis colegas, parecemos positivamente decididos a despreciar cualquier tratamiento que no podamos explicar en términos físicos, aunque sea efectivo. Esta es la gran dificultad del mesmerismo; esta, y su uso indebido en manos de charlatanes y curanderos. Oh, debe usted perdonarme, Montague... Ya le he hablado en alguna otra ocasión sobre este asunto...

John Montague murmuró algo que no pude entender.

—¿Es posible mesmerizar a alguien contra su voluntad? —preguntó George.

—Es posible, sí... si se trata de un sujeto muy impresionable; pero sólo un charlatán lo haría.

—Y una vez hipnotizado, ¿el sujeto se sentiría impelido a hacer cualquier cosa que le ordenara el mesmerista?

—Yo dudo mucho que un individuo maduro y racional pueda ser impelido a actuar contra sus más profundos instintos. En todo caso, no tengo mucho interés en llegar hasta ese punto.

—Creo que usted ha señalado que, en estado de trance, se puede capacitar a un sujeto para que vea personas que no se encuentran presentes —dijo Ada.

Yo adiviné, por el modo como evitaba mi mirada, que hacía esa pregunta pensando en mí.

—Sí, absolutamente cierto.

—¿Y eso podría explicar, en su opinión, que los espiritistas y los médiums crean que pueden mantener relaciones con los muertos?

—Efectivamente, podría explicarlo, señora Woodward: al menos podría explicarlo en aquellos médiums que no están simplemente perpetrando fraudes, lo cual es desgraciadamente muy común en los círculos espiritistas.

—¿Y es posible —pregunté, esforzándome en mantener la voz firme— que una persona pueda caer en trance sin darse cuenta de ello y, de ese modo... ver... personas que no se encuentran presentes?

El doctor Wraxford me observó durante un instante antes de responderme. Sentí que estaba intentando adivinar qué estaba escondiendo tras la pregunta. Era bastante perturbador... el modo en que sus ojos oscuros reflejaban la luz de las velas.

—Sí. Es posible. Pero que un sujeto caiga en un trance profundo sin darse cuenta de ello... bueno, eso sería muy raro, señorita Unwin, a menos que usted se esté refiriendo a ese estado particular y característico que se da entre el sueño y la vigilia...

—No... —repliqué, reuniendo todo mi valor—. Supongo que... quiero decir que... una amiga me contó en cierta ocasión una extraña experiencia: una tarde entró en una habitación donde estaban sentadas su madre y sus hermanas, y vio a un hombre joven en el sofá... un joven al que no había visto nunca. Entonces, ella se dio cuenta de que ese hombre era invisible para los demás. El joven se levantó y se dirigió hacia donde estaba ella... ella no tuvo miedo, y después, la figura pareció desvanecerse en el aire. Por eso me gustaría saber... si es que mi amiga pudo caer en un trance.

—No creo que un estado de trance pueda explicarlo... ¿Está usted segura de que su amiga no se estaba engañando o...?

—Estoy completamente segura de que la experiencia fue tal y como ella la describió.

—Y su amiga no tuvo miedo... Es verdaderamente extraño...

—No. No tuvo miedo del joven: ella me dijo que no creía que fuera un fantasma, porque parecía muy normal... podía oír el ruido de sus pisadas sobre el suelo. Pero todo aquello la impresionó muy vivamente, porque sabía que el resto de los presentes no lo había visto.

El salón permaneció de repente en silencio. Me percaté de que las miradas de John Montague se dirigían sucesivamente al doctor Wraxford y a mí en varias ocasiones.

—¿Y esa ha sido la única experiencia de su amiga?

—Creo que sí... Ocurrió unas semanas después de una mala caída que la dejó inconsciente durante muchas horas.

De nuevo volví a sentir la presión del penetrante examen del doctor Wraxford, como si supiera lo

que yo estaba omitiendo.

—Desde luego... tendría que examinar a esa joven señorita para estar seguro, pero podría muy bien ser que su amiga hubiera sufrido una lesión en el cerebro, la cual probablemente se curará con el tiempo.

—Estoy segura de que se sentirá muy aliviada de oír eso, señor.

—Aliviada, señorita Unwin?

—Porque se va a curar, quise decir.

—Ah, comprendo.

El doctor Wraxford continuó observándome con inquisitivo interés. Senti que estaba deseando decirme algo más, pero Ada rompió el silencio preguntando si había noticias respecto a la investigación judicial sobre la desaparición de su tío.

—Creo, señora Woodward, que el certificado de su fallecimiento se librará con bastante celeridad. Pero el señor Montague está en mejores condiciones de contestarle a usted.

—Debería ser sencillo y rápido —dijo John Montague—. En un caso como este, donde no hay conflicto de intereses... quiero decir, que nadie pierde nada por una certificación de deceso, la tarea del tribunal consiste sencillamente en decidir si, dadas las pruebas disponibles, es altamente probable que la persona desaparecida esté muerta. Y dado que Cornelius Wraxford era un hombre mayor y débil, el hecho de que no haya sido visto desde la noche de la tormenta, hace ya tres meses, es suficiente: si salió de la casa, no podría haber sobrevivido una noche en el bosque.

»La única dificultad real es explicar cómo pudo salir de sus dependencias. Drayton, su ayuda de cámara, me dijo que él le vio retirarse a las siete de la tarde, antes de que rompiera la tormenta. Cuando yo llegué allí, unas veinticuatro horas después, todas las puertas estaban cerradas y acerujadas por dentro, de tal modo que me vi obligado a romper la puerta que daba al estudio. Con seguridad, todas las ventanas estaban cerradas y los pestillos estaban echados también... y, en todo caso, están demasiado altas para que el anciano pudiera alcanzarlas. Así pues, o bien salió por un pasadizo secreto, aunque una indagación cuidadosa no reveló ningún indicio de nada semejante, o Drayton y yo nos equivocamos. A Drayton no se le puede preguntar nada: sufrió un ataque y murió, como ustedes sabrán, mientras yo estaba buscando al anciano. Desde entonces me he preguntado si las puertas de la galería, las cuales abrí desde el interior, en un estado de considerable nerviosismo, podrían haber estado sólo trabadas, y no cerradas con pestillo, como pensó el inspector de la policía; es más fácil dudar de mis propios recuerdos que creer que un hombre simplemente se ha desvanecido en el aire; y eso, espero, será lo que piense también el tribunal.

—Me he preguntado a veces —dijo George— si la desaparición de su propio tío... en... digamos... en similares circunstancias pudo haber tenido alguna influencia en su mente.

—Es muy posible —admitió el doctor Wraxford—. La condición mental de mi tío era muy frágil y la conmoción de la tormenta...

El doctor y John Montague intercambiaron algunas miradas, y yo creí que iba a continuar, pero entonces entró Hetty, la camarera, con la carne asada. George se ocupó de trincharla y Ada desvió la conversación hacia asuntos más ligeros.

disfrutar del resto de la velada. Habría sido perfecta, pensé, simplemente con que Edward hubiera estado a mi lado en vez del señor Montague... Pero entonces, reflexioné, no me habría atrevido a preguntarle nada al doctor Wraxford a propósito de «los visitantes».

Las cortinas no estaban echadas y el reflejo dorado de las llamas de las velas ondulaba entre los perfiles de los setos y los árboles; la imagen borrosa de mí misma parecía suspendida en el aire tras el hombro de Ada, reflejada en el oscuro cristal. Absorta en este juego de sombras, dejé de prestar atención a lo que sucedía en la mesa hasta que me di cuenta de que el doctor Wraxford llevaba hablando algún tiempo.

—... si algo sobrevive a la muerte o no —estaba diciendo—, y si la respuesta es afirmativa, en qué forma: esta es, con toda seguridad, la gran cuestión de nuestros días. Yo creo que no se puede responder negativamente, porque siempre debemos estar abiertos a la suposición de que los muertos sobreviven, pero no pueden comunicarse con nosotros. Desde luego, un ejemplo innegable de comunicación desde el más allá establecería la verdad de una vez por todas. ¡Imaginen ustedes qué descubrimiento sería! El hombre que lo descubriera se encontraría junto a Newton y Galileo. Para todos aquellos que han recibido el don de la fe, por supuesto, esto queda fuera de toda duda —George pareció un poco incómodo en ese momento—, pero para aquellos que quieren ver antes de creer... Confío, señor Woodward, en que no encuentre ofensivas estas especulaciones...

—No, en absoluto —dijo George—. Me parece un asunto fascinante. Pero, desde su punto de vista, ¿qué constituiría una verdadera prueba? ¿Acaso una comunicación del más allá que no pudiera provenir de ninguna otra fuente? Los espiritistas, creo, aseguran que reciben mensajes de ese tipo a menudo.

—En ese punto reside la dificultad. Ninguna manifestación de los espiritistas convencerá jamás a un escéptico. Y si ustedes han asistido en alguna ocasión a una sesión de ese tipo, como he hecho yo, para mi desgracia, sólo para revelar un fraude, sabrán que la mayoría de las comunicaciones que se reciben a través de un médium son de una banalidad tan asombrosa que cualquiera pensaría que la vida del más allá es insopportable.

—Entonces, ¿diría usted que todas esas manifestaciones pueden explicarse como fraudes o engaños?

—La gran mayoría lo son, sí. Debería detenerme un instante antes de decir «todas», siquiera porque me gusta mantener la mente abierta. Desde un punto de vista científico, no hay ninguna conexión necesaria entre la doctrina cristiana, o la de cualquier otra religión, y la naturaleza de la vida después de la muerte, si es que la hay. Todas las religiones, por lo que yo sé, sostienen la promesa de alguna suerte de inmortalidad, bien sea el paraíso de los cristianos o los mahometanos, el ciclo del eterno retorno en varias religiones de la India y del Lejano Oriente, o el limbo de los chamanes. Todos los pueblos han tenido sus dioses, y se han derramado ríos de sangre por defender al verdadero Dios. Sin embargo, es posible que todos estén equivocados... o que todas esas creencias tengan un origen común. Hablando lógicamente, una prueba de cierta supervivencia no demostraría, en sí misma, la existencia de un dios, ni de ello se seguiría que la vida ultraterrena sea eterna. De hecho, para ser perfectamente lógicos, de ello no se seguiría que todos los seres humanos necesariamente sobrevivirían a la muerte.

—En ese punto, se separa usted de un modo radical de la doctrina cristiana —dijo George—. Yo diría que la sentencia que asegura que todos somos iguales a los ojos de Dios es una de las piedras

angulares del cristianismo.

—Muy cierto, pero desde mi posición del científico escéptico, desgraciadamente, yo no puedo dar nada por seguro. Hablando desde mi experiencia como mesmerista, no hay ninguna dificultad en creer que el cielo y el infierno, y los dioses, los demonios, los fantasmas y los espíritus están todos en el cerebro humano... con la salvedad de que esto no los hace menos reales o menos poderosos que en el antiguo orden del mundo. Pensamos en la mente como un objeto enclaustrado en los estrechos límites del cráneo, pero podríamos igualmente imaginar una caverna llena de aguas oscuras y conectada por algún pasaje subterráneo con las infinitas profundidades del océano, y pensar en cada individuo como una diminuta gota de agua en una mente oceánica que lo contiene todo: todos los dioses y demonios, los paraísos y los inframundos de todas las religiones de la Tierra, toda la historia, todos los conocimientos, todo lo que ha ocurrido desde siempre. Sería una mente sobre la cual podría decirse verdaderamente que nada se ha perdido, ni siquiera el nacimiento de un gorrión...

Se detuvo, girando el pie de su copa de vino entre el pulgar y los otros dedos, y buscando reflejos de oscura luz carmesí en el cristal.

—Pero todo eso no son más que meras especulaciones, y estábamos hablando de la búsqueda de una prueba. Supongamos, para seguir con el argumento, que la comunicación desde el otro lado sea posible, y que exista una cosa semejante a la clarividencia (por la cual entiendo, específicamente y a falta de una palabra mejor, el poder de percibir a los espíritus y comunicarse con ellos): sabemos, puesto que no tenemos ni un solo ejemplo probado, que la auténtica clarividencia debe de ser extraordinariamente rara. Pero no importa, supongamos que nos hemos topado con alguien que parece poseer esa facultad...

»Tomemos, por ejemplo, si usted nos lo permite, señorita Unwin, el caso de la experiencia de su amiga. Si un joven exactamente igual hubiera muerto recientemente, o poco después, y su amiga, sin conocerlo en absoluto, lo hubiera reconocido en un retrato... bueno, eso merecería la pena investigarse. Y si ella no hubiera tenido una, sino varias experiencias semejantes, entonces tendríamos un caso de clarividencia... en principio.

Me retorci las manos en el regazo y me esforcé en dominar la respiración. ¿Es que George había hablado con el doctor Wraxford acerca de mis «visitantes»? Seguramente no; se acababan de conocer.

—Respecto a las pruebas, la dificultad obvia es que nadie más puede ver los espíritus. Pero esta noche, bajo el estímulo de nuestra conversación, he comenzado a vislumbrar cómo podría conseguirse... Sabemos que en el trance mesmérico un sujeto puede adquirir inusuales poderes mentales: el francés Didier, que podía leer la mente, jugaba a las cartas con los ojos cerrados e identificaba el contenido de sobres cerrados con gran exactitud, es sólo el ejemplo más conocido^[41]. Luego si el poder de la clarividencia existe, es posible inducirlo mediante la sugerión mesmérica.

»Así pues, tomemos a un grupo de individuos y sometámoslos a un trance mesmérico, digámosles que han adquirido el poder para ver espíritus, pero, en cualquier caso, sin darles ninguna orden de lo que tienen que ver. Pongámoslos en un lugar propicio junto a nuestro presunto clarividente, el cual no ha sido mesmerizado, obviamente, y junto a otros dos observadores de confianza que tampoco hayan sido mesmerizados. Entonces, si el clarividente y los sujetos mesmerizados, todos ellos, relatan una idéntica experiencia y el resto de observadores no ven nada, pero se percatan de que los otros miran en la misma dirección y reaccionan a los mismos estímulos... en ese caso, confieso que estaríamos más cerca que nunca de obtener una prueba objetiva, y a muy

poco de poder atrapar a un espíritu e interrogarlo delante de la Royal Society^[42].

—¿Qué entiende usted como un «lugar propicio»? —preguntó George, que, como el señor Montague, había estado escuchando con asombrada fascinación.

—Confieso que no puedo pensar en otro lugar mejor que la mansión... Las casas antiguas siempre me han parecido que acumulan calladamente, como las botellas de Leyden, los influjos del pasado^[43]... Desde luego, muy probablemente todo acabaría en nada, pero sería interesante llevar a cabo el experimento... si contáramos con un clarividente, por supuesto.

Una vez más sentí su inquisitiva mirada sobre mí.

—¿Cree usted, señorita Unwin, que *su amiga* querría participar en nuestro experimento? Es decir... suponiendo que las experiencias de su amiga se hayan desarrollado en los términos que hemos expuesto...

—Me temo que no querría, señor —dijo casi sin aliento, sintiendo perceptiblemente que mi rubor desmentía todos mis esfuerzos—. La conozco lo suficientemente bien como para poder decir que si fuera tan desdichada que... y volviera a ver algo... sólo querría que la curaran de esa dolencia.

—Exactamente —dijo el doctor Wraxford con tristeza, y no pude menos que mirarlo con cierta sorpresa—. Yo siempre he pensado que la marca irrefutable de un verdadero clarividente tendría que ser el deseo de librarse de esa capacidad a toda costa. Eso no significa, por supuesto, que su amiga esté tan angustiada como usted dice...

—Qué interesante —dijo Ada con firmeza—. Ahora, caballeros, es hora de que la señorita y yo nos retiremos y les dejemos a ustedes beber un poco de vino tranquilamente.

—Lo siento, lo siento muchísimo, querida... —dijo Ada tan pronto como estuvimos a salvo en el piso de arriba—. No tendría que haber sacado a colación ese tema jamás...

—Hiciste bien —dijo—. Fui yo quien quiso preguntarle, y si no hubiera sido por la última parte de... Dime: ¿George te contó algo ayer sobre mis visiones?

—No —contestó—, estoy segura de que no. Pero el doctor Wraxford parece un observador muy perspicaz, y supongo que habrá imaginado que tú y tu amiga sois la misma persona.

—Espero no haberme traicionado delante del señor Montague. Era tan inquietante... ¡me tomaba por su esposa! Pero no quiero que Edward sepa nada de mis visiones por ahora. ¿Crees que el doctor Wraxford estaba bromeando cuando dijo lo del experimento en su mansión...?

—No lo sé —dijo Ada—. Parece que utiliza y descarta ideas como quien se quita y se pone una chaqueta. Parecía que lo estaba diciendo completamente en serio... hasta que hizo esa observación sobre la Royal Society. Es un hombre muy inteligente. Estoy segura de una cosa: George está completamente fascinado. Y ahora, querida, debes irte a la cama y no pensar más en todo eso... Pareces completamente agotada.

A pesar de todo, permanecí levantada hasta altas horas, reprochándome sucesivamente haber engañado a Edward —¿qué podría decir yo si al señor Montague o al doctor Wraxford se les ocurriera hablar de «mi amiga» en su presencia?— y temiendo la respuesta de la carta que había enviado a mi madre. Estas preocupaciones se tornaron cada vez más angustiosas... hasta que caí rendida en un sueño inquieto, del cual desperté, o eso me pareció, en un sueño muy vívido... Me encontraba deambulando por una mansión enorme y desierta, que identifiqué como Wraxford Hall, buscando una

joya preciosa que Edward me había regalado. La joya había desaparecido. No supe cómo, pero comprendí que toda la culpa residía en mi propio descuido. Para empeorar las cosas, no podía recordar de qué clase de piedra se trataba, porque a medida que pasaba de una habitación a otra, una voz en mi cabeza canturreaba: «¡Esmeralda! ¡Zafiro! ¡Rubí! ¡Diamante...!». Una y otra vez, una y otra vez, y ninguna de esas joyas parecía la mía, porque la piedra desaparecida era diferente: era una gema de un color más hermoso que cualquiera de aquellas, y sabía que debería ser capaz de verla, e incluso de recordar su nombre, pero no podía...

En el sueño, la mansión estaba absolutamente en silencio. La luz que todo lo envolvía, incluso en los pasadizos donde no había ventanas, era pálida y grisácea, como la que hay en los días nublados. Las salas, en su mayoría, estaban casi vacías; cada una parecía contar con su propio tramo de escaleras a la entrada, dos o tres peldaños de subida o de bajada, y los pasadizos, construidos en el mismo estilo, también tenían diferentes niveles. Aunque la casa, en sí misma, no era especialmente siniestra, mi ansiedad y preocupación por el destino que hubiera podido correr la joya se agudizaban gradual y constantemente hasta que se convertían en un insoportable zumbido...

Entonces se me ocurrió que aún no había buscado en el comedor. Aquel pensamiento propició un vertiginoso cambio de escena: la luz disminuyó hasta convertirse en una pálida tiniebla marrón, y yo me encontraba en el umbral de la sala en la que había cenado aquella misma noche. Las cortinas estaban echadas y las velas, apagadas; el salón parecía estar vacío, pero cuando avancé hacia la mesa, vi, por encima del respaldo de la silla en la que se había sentado George, la oscura silueta de una cabeza. De algún modo supe que la cabeza era la del doctor Wraxford. Aún tenía tiempo para volverme y salir calladamente de aquel lugar, pero quizás la joya había caído en el tapizado de mi silla, y si caminaba de puntillas hacia delante, muy cuidadosamente, podría verla. Ya me encontraba a pocos pies de la figura inmóvil cuando pude oír una voz que hablaba a mi espalda, desde la puerta; su voz sonó como una campana, cada vez más y más fuerte, hasta que me hizo gritar... «¡No...!». Y entonces me desperté en medio de una luz gris apagada y me encontré de pie, junto al primer escalón, en lo alto de las escaleras.

Nuestros invitados se quedaron a dormir aquella noche, pero yo no volví a verlos, y permanecí en la habitación hasta que se marcharon al día siguiente. Yo tenía la intención de contarle mi sueño a Ada, aunque no el episodio de sonambulismo, pero cualquier pensamiento al respecto quedó apartado de mi cabeza cuando llegó un telegrama de mi madre. Sólo eran dos palabras: «Regresa inmediatamente». Supe al instante que tendría que desobedecerla y le supliqué a Ada que me permitiera dejar todas mis cosas en la rectoría y volver aquella misma tarde, si había trenes de regreso.

—Pero, entonces, nos estaremos enfrentando abiertamente a ella —dijo Ada—, y puede escribir al obispo. Sus acusaciones no necesitan ser ciertas para que George pierda su puesto...

—Entonces... debo encontrar un modo de detenerla —dije—. Lo que más teme del mundo es perder a Arthur Carstairs. Y no importa lo que ocurra, jamás volveré a vivir con ella; si no puedo quedarme contigo, buscaré un trabajo. Preferiría ser camarera a volver a vivir con mamá...

—No sabes lo que estás diciendo —dijo Ada—. Pero... por supuesto, puedes volver aquí, con nosotros. Quizás no sea todo tan malo como temes...

En el camino hacia Londres intenté imaginar cada posible amenaza que mamá podría emplear, y pensé algunas respuestas adecuadas. Pero cuando el coche de punto subió por Highgate Hill, aún me sentía absolutamente incapaz de afrontar aquella terrible situación. También me di cuenta de que, aunque Highgate era un lugar precioso, ya no era mi hogar. Pensé en mi padre, tendido en su tumba unos cientos de yardas más allá... aunque, por supuesto, él no estaba allí: sólo sus restos mortales... pero si papá no había dejado de ser, simplemente... ¿dónde estaba su espíritu? Todo aquello me recordó mis visiones y el hecho de que la última noche había caminado en sueños: era la primera vez después de muchos meses. También me recordó la amenaza de mi madre, que prometió encerrarme... Hasta que finalmente me bajé frente a aquella puerta pintada de negro que me resultaba tan familiar. Temblaba tanto que a duras penas podía mantenerme en pie.

Una doncella que yo no había visto jamás me hizo pasar, y avanzamos hasta el salón que hay al final del pasillo, donde estaba sentada mi madre. No me habló, pero me señaló una silla que estaba delante de ella, como si yo fuera una niña mala que debe recibir un castigo. Mi madre llevaba un vestido de crepé, así que durante un instante me pregunté si algún familiar se habría muerto, y su pelo gris estaba estirado incluso más hacia atrás de lo que era habitual, consiguiendo que los huesos de su rostro sobresalieran aún más bajo su piel estirada. Cuando la doncella se fue y cerró la puerta tras ella, vi que mi madre sujetaba mi carta entre el índice y el pulgar de su mano izquierda.

—¿Debo entender que estás absolutamente decidida a ser nuestra ruina? —dijo, ondeando débilmente la carta con los dos dedos, como si el mero hecho de tocarla le resultara repugnante.

—No, mamá...

—Entonces, ¿es que te has vuelto loca de repente?

—No, mamá...

—Entonces, definitivamente *has decidido* arruinarnos la vida. Ese... ese Ravenscroft... ¿dónde lo has encontrado?

—En Orford, mamá. Estaba pintando...

—No me interesa nada la pintura. Sólo me interesa saber cómo es posible que el señor Woodward haya podido permitir que esta desgraciada relación se haya producido. Ha incumplido vergonzosamente con su deber, y escribiré al señor obispo para decirle que...

—Mamá, es lo más...

—¡No me interrumpas! Quiero saber dónde y cómo te has encontrado con ese libertino y quién le permitió seducirte.

—Edward no es un libertino, mamá, y no me ha seducido... Es un caballero respetable.

—Creía que me habías dicho que era un artista.

—Sí, mamá, es muy bueno...

—Muy bueno, ¡naturalmente! ¡Por supuesto que es un libertino! ¡Un libertino que se ha aprovechado de los caprichos de una niña egoísta y testaruda! Esto es una enajenación mental, como dijo el doctor Stevenson. Debería haberte encerrado antes de que nos deshonraras. Ahora, escúchame: por supuesto, no habrá boda. Te prohíbo mantener en el futuro cualquier comunicación con ese Ravenscroft, y desde luego, no puedes volver a casa del señor Woodward. El doctor Stevenson te examinará mañana, y entonces veremos... qué podemos hacer contigo. ¿Me he expresado con claridad?

Hasta ese momento permanecí sentada, incapaz de moverme, crucificada por su furiosa mirada.

Parecía que tenía la lengua pegada en el paladar, y las palabras que me esforzaba en pronunciar salían de mi boca como sonidos inarticulados.

—Sophie no está en casa —dijo mi madre, respondiendo a algo que ella pensaba que yo estaba diciendo—. No quiere verte hasta que te hayas arrepentido de esta maldad. Cuando leyó tu carta, me dijo: «No pensaba que mi hermana pudiera ser tan cruel...».

—¡Eso no es justo! —grité—. Me importa mucho la felicidad de Sophie. Mamá: ¿es que temes que los Carstairs rompan el compromiso si saben que estoy comprometida con Edward?

—¿Temer? ¡Ah, temer! ¿Es que estás completamente loca, Eleanor? Si tienen el más mínimo indicio de que mi hija mayor tiene la intención de arrojarse en brazos de un libertino muerto de hambre, por supuesto, nos dejarán plantadas.

—¿Y cuando Sophie esté casada, mamá?

—La boda está planeada para noviembre.

—Muy bien —dije, haciendo acopio de todo mi valor—, entonces Edward y yo no anunciaríamos... no haremos público nuestro compromiso hasta que Sophie se haya casado.

Recordé, mientras hablaba, que ya se lo había dicho al señor Montague y al doctor Wraxford.

—¿Te atreves a discutir conmigo? ¿Es que no me has oído? ¡No te casarás con ese Ravenscroft de ningún modo!

—Mamá... olvidas que ya soy mayor de edad, y que puedo casarme con quien yo elija.

Mi madre pareció aumentar de tamaño en aquella pálida luz.

—Si no me obedeces —susurró entre dientes—, te retiraré tu asignación. Y dudo que el señor Woodward quiera recibirte de nuevo... si quiere conservar su puesto.

—Si haces eso, mamá —dije sin aliento—, Edward y yo nos casaremos inmediatamente... y entonces, ¿qué será del compromiso de Sophie?

Se puso de pie, con los ojos desorbitados. Pensé que se iba a abalanzar sobre mí como una bestia salvaje, que saltaría sobre mí, y que rodaríamos con la silla por el suelo. Si mi madre hubiera tenido una daga en la mano en aquel momento, estoy segura de que me habría dejado muerta sobre la alfombra. Sin embargo, allí permanecimos, de pie, cara a cara, y entonces me di cuenta, por primera vez, de que yo era más alta que mi madre.

—Entendámonos —dije, con una voz que a duras penas reconocí como mía—: Edward y yo no anunciaríamos nuestro compromiso hasta que Sophie se haya casado y, a cambio, tú seguirás entregándome mi asignación hasta que yo me haya casado. Y me tienes que prometer que no escribirás al obispo. ¿Estamos de acuerdo?

Clavó su mirada en mí, sin pronunciar ni una sola palabra, mientras yo me preparaba para otra arremetida. Pero en vez de ponerse furiosa, me habló con gélido desdén, deteniéndose cada pocas palabras, para hacer hincapié en ellas, y con cada pausa rasgaba mi carta en trocitos más pequeños, y finalmente los arrojó esparciéndolos a mis pies.

—Ya veo, Eleanor, que no tienes remedio. Muy bien: les diremos a los Carstairs que estás enferma y que te hemos enviado al campo para una larga convalecencia. Desde luego, estarás demasiado enferma para poder acudir a la boda de tu hermana Sophie. Tu asignación se interrumpirá ese día. Te enviaré todas tus cosas a casa del señor Woodward. De ahora en adelante... sólo tengo una hija. No, no... una cosa más: puedes irte de esta casa ahora. Y no vuelvas nunca más.

Arrojó al suelo los últimos pedacitos de papel y se volvió hacia la puerta, la abrió e hizo sonar la

campanilla para llamar a la doncella.

—Esta visita ya se va —oí que le decía—. Puedes enseñarle el camino.

Sus pasos se fueron alejando por el pasillo y oí que subía las escaleras.

—¿Sería tan amable de pedir un coche? —le dije a la doncella cuando vino—. Me siento un poco débil, y creo que necesito un momento...

La doncella cogió la moneda que le ofrecí, mirando temerosamente al techo, y se fue. «Tengo que irme de aquí», me dije, y avancé tambaleante hacia la puerta y por el recibidor, hasta la entrada del salón. Allí me vi obligada a detenerme, aferrándome al marco de la puerta para sujetarme. La puerta estaba abierta, como había estado la aciaga tarde que nos visitaron los Carstairs. Allí estaba el sofá donde mamá y Sophie estaban sentadas, allí estaba el lugar donde mi madre me pidió que me sentara. Y vi, como si fuera hoy, al joven delgado con su oscuro traje de luto, y entonces me di cuenta con horror dónde había visto antes a Edward Ravenscroft.

No puedo recordar cómo abandoné la casa. Supongo que la doncella me debió de ayudar a subir a un coche de punto, pero en mi cabeza sólo existe un espacio en blanco entre ese momento y el instante en que sentí el traqueteo del coche dando tumbos por las nauseabundas calles de Shoreditch. El viaje en tren discurrió en medio de un adormecimiento nebuloso, durante el cual, gracias a Dios, fui incapaz de pensar, y sólo cuando vi a Ada esperándome junto a la puerta de la rectoría, las emociones del día se deshicieron en lágrimas. La conversación con mi madre fue más que suficiente para justificar mi angustia, y contárselo todo a Ada al menos sirvió para reducir el recuerdo de lo que había visto a un nudo pequeño y helado en la boca del estómago. Pero aquella noche, ya sola en mi habitación, con la cama moviéndose como el coche de punto, y el traqueteo y el rechinar del tren aún resonando con aquellos sonidos metálicos en mis oídos, me vi obligada a enfrentarme a la imagen del joven que había visto en el sofá...

Al menos en apariencia, ambos eran bastante distintos: Edward tenía el pelo largo y revuelto, mientras que el joven del sofá lo tenía corto y escrupulosamente peinado; su piel era lisa y pálida, mientras que Edward la tenía curtida por el viento y el sol; el joven del sofá permanecía sentado, muy derecho y quieto, con las manos aferradas a las rodillas, mientras que Edward siempre se tumbaba desgarbadamente. Pero sus rostros eran idénticos: tenían la misma altura y la misma complexión. Cualquiera podía pensar que uno se había dedicado a la abogacía y el otro a las artes, o sospechar que el joven podría ser el hermano gemelo, e idéntico, de Edward. ¿Cómo pudo haberseme pasado por alto aquel parecido? No puedo ni imaginarlo. Quizá algún instinto protector me empañó la memoria.

«Si un joven exactamente igual hubiera muerto...». Por supuesto, Edward no iba a morir, me dije desesperadamente. Todo es una simple coincidencia. Estaba sobreexcitada tras la escena con mamá. Había exagerado el parecido. Pero el miedo no aflojó sus garras. ¿Me sería posible volver a mirar a Edward sin ver el rostro de la aparición en él? ¿O temía ver... lo que Edward podría ser... en vez de ver lo que era? No sabíamos nada de él, después de todo; aparentemente, había surgido de la tierra... No podía estar segura de que la dirección de Cumbria que me había dado fuera realmente la de su padre... y ni siquiera sabía a ciencia cierta si tenía padre. «¡Absurdo, absurdo!», me decía la voz de la razón: «Esto no es clarividencia», me dije, «sólo es... ¿qué fue lo que dijo el doctor Wraxford...? Si, sólo es una lesión del cerebro, y se curará sola con el tiempo». Pero aquella frase fue saltando de un

pensamiento terrible a otro —una lesión del cerebro, una lesión del cerebro—, hasta que se convirtió en el ruido de las ruedas del tren traqueteando a través de un sueño en el que me veía impelida a volver una y otra vez a Londres.

Si Ada me hubiera preguntado directamente si había algo más que me preocupara, creo que se lo habría dicho, pero ella, naturalmente, atribuyó mi ansiedad y mi abatimiento al enfrentamiento con mi madre. No dije nada sobre la aparición en la larga carta que le escribí a Edward, y sobrelevé varios días de malos presentimientos —me había advertido que escribía muy pocas cartas— antes de que una alegre nota desde Cumbria desvaneciera mis temores más disparatados. Todo iba bien, me dijo en su carta; estaba seguro de que su padre nos daría su bendición y de que mi madre «cambiaría de opinión con el tiempo». «He comenzado un nuevo óleo», escribía, «en el cual he depositado grandes esperanzas... Puede que transcurran aún otros quince días antes de que podamos vernos de nuevo, mi querida niña, pero escríbeme todos los días... y perdóname si yo no lo hago. Te lo compensaré cuando regrese junto a ti».

Para Ada, que siempre había mantenido maravillosas relaciones con su madre y sus hermanas, la idea de una ruptura definitiva entre mi familia y yo era casi inimaginable.

—Debes intentar reconciliarte con ella, Nell —me dijo un día, mientras regresábamos caminando a la aldea—. Sería terrible no volver a ver jamás a tu madre, no importa lo que haya ocurrido entre vosotras.

—Pero me ha forzado a elegir entre ella y Edward —le dije—. La sangre no siempre se aprecia más que el agua^[44]. Resulta extraño que me pidas que evite esa ruptura: Sophie y yo nunca hemos estado unidas desde que éramos niñas, y respecto a mamá, no he tenido con ella más que desencuentros. Lo que verdaderamente temo es que comience a crear problemas con el obispo una vez que Sophie se haya casado; nunca me perdonaría que George perdiera su puesto por mi culpa.

—No creo que tu madre lo haga... —dijo Ada—. Formar un escándalo después de la boda sería muy embarazoso para Sophie. Nell, debes entender que resulta muy razonable, desde el punto de vista social, que tu madre intente conseguir buenos maridos... No frunzas el ceño, querida, sabes perfectamente a qué me refiero. Y sé cuán difícil puede resultar tu madre, pero de todos modos rezo para que os reconciliéis. Si algo nos ocurriera a George y a mí...

—Pero acabas de decir que no crees que mi madre dé problemas —repliqué con inquietud—. ¡Oh, antes viviría a pan y agua en un cobertizo que regresar con mamá, incluso aunque me admitiera de nuevo en casa!

—No hablarías tan a la ligera de cobertizos si tuvieras un niño —dijo Ada tranquilamente—. Lo que quiero decir es esto: imagina que te quedas sola en el mundo... Te arrepentirías amargamente de este distanciamiento.

Pensé en su propia pena, y cambié de asunto, pero no pude evitar preguntarme si Ada pensaba que yo había tratado a mi madre con excesiva severidad, cuando real mente yo no veía qué otra cosa podía haber hecho, por ella y por mí, y así, la cuestión quedó en suspenso entre nosotras, como un silencioso reproche. Quizá fue por esa razón por la que, a la tarde siguiente, rompí nuestra habitual costumbre de ir a dar un paseo juntas después del almuerzo, y salí sola de la casa por mi cuenta.

Aunque se suponía que estábamos en pleno verano, la brisa era fresca y húmeda, y el cielo tenía un

color gris acerado. Dejé que mis pies me llevaran donde quisieran, y resultó que quisieron ir hacia el sur, por el camino que George nos había llevado aquel día, cuando nos encontramos con Edward por vez primera. Absorta en mis pensamientos, no me di cuenta de lo lejos que había llegado hasta que el sendero comenzó a empinarse, y entonces me percaté de que los bosques de Monks Wood se extendían hasta el horizonte. Las aulagas y la retama se mostraban dispersas a uno y a otro lado de mi camino; no había ningún signo de vida, ni sonido alguno, excepto los balidos de las ovejas y los desolados graznidos de algunos pájaros. En compañía de George y Ada aquella soledad me había resultado simplemente pintoresca; ahora, me sentí repentinamente pequeña e insignificante.

Mientras permanecía allí quieta, pensando si seguir adelante o regresar, una figura a caballo apareció en el collado que tenía ante mí, dirigiéndose hacia la izquierda... pero entonces se detuvo, como si el jinete estuviera estudiando el terreno. Comencé a preocuparme cuando se volvió y empezó a descender directamente hacia donde yo me encontraba. No sabiendo qué hacer, me quedé inmóvil, con el corazón latiéndome muy rápido a medida que el caballo se acercaba más y más, hasta que la figura que montaba la cabalgadura se mostró primero como un hombre alto con la barba negra muy recortada, y después, como Magnus Wraxford.

—Creí reconocerla, señorita Unwin. Este es un lugar muy solitario para pasear... —dijo mientras se detenía a unos pasos de mí.

Iba vestido como un caballero que tiene previsto ir de caza, con una chaquetilla negra de montar, con los pantalones de equitación rojos, y con las botas embetunadas.

—Quería estar sola —dijo, e inmediatamente me arrepentí de haber pronunciado aquellas palabras demasiado personales.

—Entonces... disculpe que haya perturbado su soledad —dijo, sonriéndome, pero sin hacer ningún movimiento para hacer girar al caballo.

De nuevo tuve la incómoda sensación de que mis pensamientos estaban a la vista.

—No quería decir eso, señor, sólo... —y no supe qué añadir.

—Entonces, si no me estoy entrometiendo... ¿puedo acompañarla?

—Gracias, señor, pero ya me he alejado mucho de casa. Debo volver a Chalford, y eso seguramente le apartará de su camino...

—No, en absoluto, señorita Unwin; estaré encantado de acompañarla, si usted me lo permite, y mi caballo se alegrará del descanso.

«Quiere preguntarme por *mi amiga*», pensé. Tenía en la punta de la lengua una excusa para negarme a que me acompañara cuando de pronto me di cuenta de que le debía pedir que no hablara de mi compromiso, y decidí hacerlo. Entretanto, él desmontó y comenzó a caminar a mi lado, llevando al caballo por lasbridas. Me sentí aliviada de que no insistiera en que me cogiera de su brazo.

Al principio, apenas hablamos —o, más bien, apenas habló—. Mientras tanto, yo intentaba reunir el valor suficiente para decir lo que debía decir, por el bien de Ada y de George. Él me dijo que acababa de ir a ver la mansión para ver qué podría hacerse con ella; la resolución en el caso del deceso de su tío Cornelius era inminente, aunque aún pasarían varios meses antes de que se fijara la validación del testamento. Recordé entonces cuando dijo que la mansión sería un emplazamiento ideal para su experimento de clarividencia, lo cual me irritó sobremanera. Sin embargo, a pesar de mi disgusto, se me ocurrió que aquella era una oportunidad que jamás se me volvería a presentar. Él había hablado del poder del mesmerismo para curar enfermedades nerviosas; había adivinado, estoy

segura, que yo estaba hablando de mí misma. Así pues, ¿por qué no preguntarle si conocía algún tratamiento que pudiera prevenir más apariciones en el futuro? Mis contestaciones a sus preguntas eran cada vez más y más vagas a medida que esa idea se apuntalaba en mí, hasta que se hizo absolutamente natural que me preguntara si había algo que me preocupaba.

Con titubeos y con muchas dudas, le conté todo acerca de mis «visitas», desde mi sonambulismo y la caída hasta el momento en que creí reconocer a una persona en el salón de mi casa, una semana antes. Me escuchó atentamente, e incluso me pareció que con admiración, preguntándome muy pocas cosas hasta que hubo terminado.

—Espero que comprenda, señor, que esta... esta dolencia... me resulta profundamente angustiosa —dijo a modo de conclusión—. Usted mencionó, cuando estuvo cenando con nosotros, la posibilidad de una lesión en el cerebro, que se curaría sola con el tiempo, pero si hay un remedio eficaz y más inmediato para evitar esas apariciones, le estaría sumamente agradecida de que me lo dijera. Tengo muy poco dinero, y con toda seguridad no puedo reunir el suficiente para recibir un tratamiento, pero al menos sería un alivio saber que...

—Mi querida señorita Unwin —me interrumpió, con un gesto casi ofendido—, permítame asegurarle que todos mis conocimientos profesionales están completamente a su disposición. Dejando aparte otras consideraciones, su caso es único, al menos por lo que yo sé, y sería un honor y un privilegio ayudarla en lo que pueda.

»Permitame confesarle, ante todo, que si usted no hubiera decidido librarse de esas «visitas», como usted las llama, me fascinaría ver en qué acaba todo... Aquella noche yo hablé de una lesión en el cerebro, y después hablé de clarividencia: escuchando su historia completa hoy, estoy más convencido que nunca de que ambas cosas no son necesariamente incompatibles. Por supuesto, no sabemos siquiera, a ciencia cierta, que exista clarividencia en su caso (ese es un territorio desconocido); pero no tema, señorita Unwin: haré todo lo posible para asegurarnos de que esas apariciones no vuelvan a ocurrir. La sugerión mesmérica es, creo, la vía más prometedora, aunque tendré que pensar exactamente con qué sugerirle... Me quedaré con el señor Montague algunos días más; si a usted le viene bien, podría visitarla en la rectoría... Y no, no... Insisto: la única cuestión es si usted me permite que intente llevar a cabo un tratamiento, sabiendo que no puedo garantizar absolutamente el éxito.

Con un gesto de amable desprecio desestimó todas mis objeciones respecto a las molestias que podía causarle o el tiempo que podía robarle, y me aseguró que todo quedaría en el más estricto secreto entre nosotros; además, sugirió que si yo no quería que Ada y George se preocuparan en exceso por mí, siempre podría decirles que el tratamiento era por los dolores de cabeza. La conversación concluyó con mi asentimiento: el doctor Wraxford visitaría la rectoría dos días después, a las tres en punto.

—Aún hay otro favor que querría pedirle, señor —dijo—. Por... por varias razones, creo que sería mejor si el señor Ravenscroft y yo no anunciaríamos formalmente nuestro compromiso hasta que mi hermana se haya casado, en noviembre, de modo que le estaría sumamente agradecida si esa noticia no saliera de aquí, de nuestro pequeño círculo...

—Pero... por supuesto —contestó—, y, si usted lo desea, se lo comunicaré al señor Montague. Y ahora que la iglesia de St Mary ya está a la vista, entiendo que no debo inmiscuirme más en su soledad. Hasta el viernes, señorita Unwin: saludé de mi parte al señor y a la señora Woodward.

Una vez más rechazó con un gesto mis agradecimientos, se acomodó en la silla de montar y espolié a su caballo en dirección al camino de Aldeburgh. Suponía que me acabaría acompañando durante todo el camino, hasta la rectoría, y me sentí aliviada por no tener que explicar su presencia apresuradamente; y, sin embargo, su repentina partida me dejó con el sentimiento de que aquello había sido un encuentro clandestino. Sólo cuando se perdió de vista me di cuenta de que posiblemente no pudo haberme reconocido a aquella distancia, desde lo alto de la colina, y entendí que no había sido un encuentro premeditado.

El viernes por la tarde, a las tres en punto, el doctor Wraxford se presentó en la rectoría, vestido en esta ocasión con un traje negro, un corbatín alto y un sombrero de copa. Desde nuestro último encuentro, yo había malgastado mucho tiempo en arrepentirme de haber confiado en él. Ada me había preguntado en varias ocasiones si estaba segura de que mi problema no había reaparecido y me regañó por la imprudencia de haberme aventurado tan lejos, y sola, por el monte. A mí no me gustaba tener secretos con ella; y aún me gustaba menos aquel sentimiento de haber traicionado a Edward revelando más de mí misma al doctor Wraxford de lo que había deseado revelarle a mi prometido. Además, la insistencia del doctor Wraxford en tratarme como una amiga más que como una paciente me lo había puesto todo aún más difícil. Pero ya estaba hecho, y todo lo que podía esperar era que su tratamiento resultara efectivo.

Hetty le hizo pasar al pequeño salón donde yo había decidido esperarle. Ada, prudentemente, se había quedado en las escaleras, diciendo que se reuniría conmigo cuando concluyera la consulta. Pero cuando Hetty salió y cerró la puerta, me sentí tan incómoda que estuve a punto de correr hacia las escaleras, confesarlo todo, y pedirle a Ada que estuviera conmigo durante el tratamiento.

—Ahora, señorita Unwin —dijo, como si respondiera a mis pensamientos—, le aseguro que no tiene nada que temer. Lo peor que puede ocurrir es que mi sugerencia no surta efecto; en ese caso, usted no empeorará. Es necesario que esté tranquila para que pueda mesmerizarla. Y entonces, en esencia, le daré ciertas órdenes a su cerebro para que rechace cualquier dato extrasensorial que pueda presentársele (en estado de vigilia, por supuesto), y sin importar la fuente de la que provenga. No será consciente de esas órdenes en el momento, ni recordará nada de ello cuando se despierte del trance. Puede que sea necesario repetir el tratamiento en varias ocasiones antes de que resulte completamente efectivo, pero el principio es muy sencillo.

»Hay un obstáculo potencial —añadió—. Para que el tratamiento tenga éxito, debe usted depositar toda su confianza en mí; de otro modo, su mente no será receptiva a la sugerión mesmérica. Por tanto, si usted tiene alguna reserva que le impida ponerse en mis manos, le ruego que lo diga ahora.

—No, señor. Tengo plena confianza en usted —dije entre titubeos—. Sólo... el mesmerismo me preocupa un poco... ¿Podría Ada estar aquí mientras usted...?

—Me temo que en este punto necesitamos aclarar ciertas cosas: la conciencia que usted tendría de la presencia de su amiga aquí impediría que atendiera única y exclusivamente a mi sugerión, y el método podría resultar ineficaz. Los mesmeristas de los teatros, por supuesto, actúan delante de un auditorio, pero cuando se hace con un propósito serio...

—Comprendo —dije—. Entonces intentaré hacer todo lo posible por tranquilizarme.

—Más bien, intente relajar su voluntad, exactamente como si estuviera cansada y deseara irse a dormir. Todo lo que tiene que hacer es mirar y escuchar.

Tras esta orden, me senté en un sillón, con los brazos descansando a los lados y con la cabeza apoyada en un cojín. Él puso una mesa auxiliar pequeña justo delante, y colocó una silla al otro lado, exactamente frente a mí. Entonces cogió una vela de la repisa de la chimenea, la encendió, y la puso en el centro de la mesa que había entre nosotros, antes de correr las cortinas y sentarse en la silla. Deslumbrada por la llama de la vela, no podía ver nada más allá del círculo de luz en el cual nos encontrábamos sentados. El rostro del doctor Wraxford parecía colgar suspendido en la oscuridad que había al otro lado. La luz acentuaba los contornos de sus huesudas mejillas y las bolsas de los ojos; sus pupilas eran tan negras como azabache pulido acogiendo dos reflejos gemelos de la llama de la vela.

Algo centelleó y brilló y comenzó a girar en torno a la llama que había entre nosotros. Parecía una moneda de oro, quizás del tamaño de un chelín, pero estaba grabada por ambos lados con un extraño dibujo geométrico que no pude identificar. ¿Lo llevaba siempre con él? Oí su voz ordenándome seguir el movimiento de la moneda. Vueltas y más vueltas, vueltas y más vueltas... «Tienes mucho sueño, mucho sueño...», canturreaba su voz... Vueltas y más vueltas... «Sientes que los párpados te pesan mucho...», pero una parte de mi mente se mantenía alerta, y no se rendía. Intenté cerrar los ojos, pero se abrieron de nuevo por sí mismos. Seguía manteniendo la tensión: era como si pudiera oír una campana de advertencia sonando al tiempo de las oscilaciones de la moneda.

—Lo siento —musité finalmente—. No puedo hacerlo.

—Ya lo veo —dijo el rostro sin cuerpo que había al otro lado de la vela—. No puedo ordenarle que tenga confianza en mí, señorita Unwin, pero sin ella, no puedo ayudarla.

—Lo siento —repetí desesperada—. No sé qué hacer...

Él se levantó, descorrió las cortinas y la habitación volvió a recuperar su orden natural.

—Puede que hayamos actuado un tanto precipitadamente. Si desea intentarlo de nuevo, volveré mañana a la misma hora...

—Gracias señor —dije—, pero no debo abusar de su generosidad. No, señor, le ruego... Me avergonzaría que usted perdiera otro día por mi culpa. Ahora... ¿tomará el té con nosotros? Ada le ha invitado particularmente...

—Muchas gracias a usted, señorita Unwin, pero debo marcharme. He recordado de camino aquí que tengo que pasar por la mansión. Así pues, quedo a la espera de volverla a ver pronto a usted... y al señor Ravenscroft, por supuesto, cuando regrese de Cumbria.

Y con esas palabras, se fue, dejándome arrepentida de todo corazón de haberle dicho una sola palabra acerca de mis «visitas».

Edward regresó una semana más tarde, y mi temor de que aquella visión pudiera interponerse entre ambos desapareció con la alegría de nuestro primer abrazo y la noticia de que uno de sus cuadros se había vendido por treinta guineas, el precio más alto que había propuesto. Otro éxito como aquel, me aseguró, y podríamos casarnos tan pronto como Sophie estuviera definitivamente desposada.

Yo esperaba que el doctor Wraxford hubiera regresado a Londres, pero el día inmediatamente posterior recibimos una carta de John Montague invitándonos a todos a almorzar en su casa, dentro

de una semana. Magnus Wraxford estaba deseando conocer a Edward y vendría especialmente desde Londres para verlo. Para empeorar aún más las cosas, George y Ada tenían un compromiso ese mismo día. Edward, por supuesto, estaba impaciente por acudir a aquella comida y me vi forzada a decirle que el doctor Wraxford había intentado curar mis dolores de cabeza, y a responder a todas las preguntas que me hizo sobre el mesmerismo, y a insistir en que aquello no había funcionado simplemente porque yo era una mala paciente. El día del almuerzo fingí que me encontraba mal en el último momento. Pasé un día largo y triste en la rectoría, esperando a que Edward regresara; vino por fin al anochecer, en un estado de increíble excitación.

—Entonces... ¿el almuerzo ha sido un éxito? —pregunté.

Estábamos sentados en el jardín, bajo la rama de un árbol que estaba empezando a dejar caer sus hojas, en lo que debería haber sido un perfecto atardecer.

—No, el almuerzo exactamente... no. Ha habido un poco de todo. Wraxford y yo ya nos hemos hecho amigos: es un hombre notable, como dijiste, pero creo que no le gusto mucho a John Montague. No lo entiendo: fui muy educado y elogioso respecto a su pintura de la mansión, pero creo que él, simplemente, no quiso romper el hielo. Lamentaron mucho que no hubieras podido ir, especialmente el doctor Wraxford... Creo que lo has conquistado, ya sabes... Despues del almuerzo, el doctor y yo dimos una larga caminata por el paseo de la playa, pero Montague no quiso unirse a nosotros, y estoy seguro de que fue por mi causa.

»Pero no, no estoy contento por nada de eso. Lo maravilloso es que observando la pintura de Montague, he tenido la idea de realizar una serie de estudios de la mansión, entre el día y la noche... Es un motivo maravillosamente siniestro. La escena principal será la mansión bajo una tormenta, iluminada por el gran resplandor de un rayo. El doctor me contó todo sobre la desaparición de su tío, ¿sabes?, y la historia resulta ciertamente impresionante... Tengo entendido que la mansión se encuentra actualmente en una especie de limbo legal, pero finalmente acabará perteneciendo a Wraxford. En todo caso, se lo he consultado y dice que no le importa en absoluto que acceda a la propiedad, y que se lo comunicará a Montague. Le pregunté si sabía por qué Montague la había tomado contra mí, pero no me contestó... Sólo dijo que no se lo tuviera muy en cuenta... Pareces preocupada, querida mía, ¿qué ocurre?

—Nada, sólo que... la mansión es un lugar funesto y está tan lejos...

—Oh, no andaré yendo de acá para allá continuamente: dibujaré todos los bocetos de una sola vez... Podré dormir en los viejos establos o en algún lugar así. Wraxford me ha dado un plano del terreno. Espero que tengamos una tormenta antes de que las noches se pongan demasiado frías. No tienes que inquietarte por nada, querida niña: he dormido muchas veces al raso, y sé, puedo sentirlo, que esto va a proporcionarme la fama y, para colmo, nos llevará hasta el altar.

Edward empleó toda una semana —la más larga de mi vida, eso pensé entonces— haciendo bocetos en la mansión. Ada estaba preocupada por mi nerviosismo, y en varias ocasiones sugirió que fuéramos a dar un paseo hasta Monks Wood. Pero yo sabía que Edward odiaba que lo observasen mientras trabajaba; creía que le daba mala suerte. A mí me preocupaba que pudiera considerarme una niña tonta e histérica. Y, aunque no me gustaba admitirlo, temía que pudieramos encontrarnos de repente con Magnus Wraxford. Me molestaba enormemente que aquel hombre supiera más de mí que

el propio Edward; aquello me carcomía la conciencia como si hubiéramos mantenido un romance culpable, y, sin embargo, no podía decidirme a contarle a Edward (ni siquiera a Ada) lo que me había ocurrido con la última aparición.

¿Pero cuál sería la diferencia si lo contaba todo? Él me volvería a llamar su querida niña y me diría que todo era culpa de mi imaginación hiperactiva, y me embaucaría con sus besos, y se marcharía tan alegre a la mansión... de la cual regresaría maravillosamente animado, con un buen número de esbozos bajo el brazo, y se encerraría en su estudio para trabajar.

El tiempo continuó siendo agradable; si acaso, se tornó más cálido a medida que avanzaba septiembre y las hojas caídas comenzaban a reunirse bajo los árboles, y mis malos presagios fueron desapareciendo lentamente, hasta que una tranquila y húmeda noche Edward anunció que había terminado el primer cuadro.

Yo ya había oído algunas cosas de la mansión: las suficientes como para imaginar murciélagos revoloteando en torno a una torre en el crepúsculo... Pero el cuadro era bien distinto: el cielo sobre las copas de los árboles tenía una tonalidad azul pálida, casi sin nubes, en el que se difuminaban sutiles vetas y espirales de esponjoso vapor. Todo en el cielo sugería una idílica escena vespertina, pero esa no era en absoluto la impresión que causaba la mansión. Las luces del sol sólo parecían acentuar la oscuridad en el bosque circundante y hacer más profundas las sombras en el interior de las ventanas. Y, de algún modo, incluso aunque yo no hubiera visto el modelo original, las proporciones del edificio parecían sutilmente erróneas, como si se estuviera observando a través del agua.

—Estoy muy contento con este lienzo —dijo Edward después de que todos lo felicitáramos—, y espero que Magnus Wraxford también lo esté. Ha vuelto a Aldeburgh. ¿No os lo dije? Recibí una nota suya ayer; se quedará al menos una semana.

—Excelente —dijo George—. Deberíamos pedirle que viniera a cenar de nuevo con nosotros... y a John Montague, por supuesto.

—Sí, estupendo —dijo Edward mientras Ada y yo intercambiábamos inútiles miradas—. Estoy seguro, querida, de que conseguirás que el señor Montague se muestre más afable conmigo.

Les había hablado a todos acerca de la extrema frialdad de Montague para con él. George apuntó que probablemente envidiaba el talento de Edward y la libertad de que disponía para pintar, pero yo me temí que todo pudiera deberse a mi extraño parecido con la esposa muerta del señor Montague.

—Preferiría que no viniera —dije—. ¿Por qué deberíamos invitarlo cuando se ha mostrado tan desagradable contigo?

—Bueno, no fue tan desagradable... —dijo Edward—. Además, preferiría resolver esos problemas en vez de aumentarlos; y además, no querría dejar de ver a Magnus.

Así pues, se despachó hacia Aldeburgh una invitación para cenar al cabo de cinco días, dejándome aún más amargamente arrepentida de haber mencionado jamás la cuestión de las apariciones. Pero a la mañana siguiente, mientras me encontraba sentada a la sombra de un olmo, intentando concentrarme en mi libro, oí el ruido de cascos en la gravilla y vi a Magnus Wraxford, vestido como si hubiera ido de caza, desmontando a la puerta de la rectoría. Ada y George salieron, y yo supe que debería levantarme e ir a saludarlo, pero no me moví, y un instante después lo perdí de vista mientras se dirigían a la puerta principal. Como pasaron los minutos sin que Hetty viniera a buscarme, me di cuenta de que Magnus debía de haber preguntado por Edward, así que esperé allí con inquietud, esperando que se me llamara en cualquier momento, hasta que al final volvió a aparecer, cruzando el

sendero de la entrada sin dirigir una mirada hacia donde yo me encontraba, montó en su caballo y lo espoleó colina arriba.

El sonido de los cascos del animal apenas se había dejado de oír cuando Edward apareció en el jardín y vino corriendo hacia mí.

—¡Qué suerte hemos tenido! —gritó—. ¿No lo has visto?

—¿Ver? ¿A quién? Creo que debo de haberme quedado dormida.

—¡A Magnus! —dijo, cogiéndome en brazos—. Va a comprarme el cuadro... ¡por cincuenta guineas!, y quiere los otros tres, a cincuenta guineas cada uno... ¡sin haberlos visto! ¿No es maravilloso? Yo quería que viniera él mismo y te lo contara, pero dijo que no podía quedarse. Podemos casarnos inmediatamente, en cuanto tu hermana se halle felizmente desposada... ¿y quién sabe? Quizá tu madre quiera ceder un poco y darme la bienvenida a la familia, ahora que soy un hombre de recursos...

Por un instante, me sentí avergonzada de haberme escondido de Magnus, pero aquel pensamiento quedó inmediatamente apartado ante la emoción de lo que Edward me estaba diciendo. Comprendí que hasta ese momento no había confiado en absoluto en que aquel día llegaría; ahora incluso me permití tener la esperanza de que Edward pudiera mantener una agradable relación con mi madre. Aquella noche la celebración se regó con varias botellas de champán, que nos acompañaron en la conversación, la cual se alargó hasta muy tarde, y cuando me fui a la cama, me quedé tumbada despierta durante mucho tiempo, completamente feliz, pero demasiado excitada como para dormir, hasta que, cuando estaba rompiendo el alba, el cansancio finalmente me rindió.

Debió de ser culpa del champán, o quizás fue por aquel calor opresivo e impropio de la estación... En todo caso, me levanté muy tarde, con los indicios de un dolor de cabeza que, a pesar de todos mis esfuerzos por mitigarlo, empeoró notablemente. La humedad era absolutamente insólita. George volvió del pueblo diciendo que nadie podía recordar una cosa semejante; Edward estaba seguro de que estaríamos más frescos en un baño turco. No se adivinaba ni el más mínimo soplo de aire en el patio o en el jardín. Grandes nubes grises colgaban bajas e inmóviles sobre nuestras cabezas, oscureciéndose lentamente a medida que transcurrían las horas. Alrededor de las tres tenía la cabeza como si unas tenazas de acero me estuvieran retorciendo las sienes. Entonces supe que debía retirarme a mi habitación.

Tras un periodo de tiempo indefinido, el dolor comenzó a remitir. Estaba en mitad de un sueño que se desvaneció antes de que pudiera recordarlo cuando me despertó un fagonazo luminoso que iluminó toda la habitación incluso a través de las cortinas que estaban echadas, seguido pocos segundos después por el ensordecedor estallido de un trueno que envolvió la casa y rugió y retumbó y sacudió la rectoría hasta sus cimientos. Casi inmediatamente oí una fuerte ráfaga de viento, el tintineo de las gotas de agua en el cristal de la ventana y, después, el rugido de un diluvio cayendo sobre la grava de la entrada a la casa...

Mi dolor de cabeza casi había desaparecido; fui hasta la puerta. Había lámparas encendidas en el pasillo y comprobé que casi eran las ocho y media. Bajé las escaleras para reunirme con los demás y vi que Ada y George se encontraban de pie junto a la ventana del salón. Por el gesto de Ada supe, antes de que dijera nada, que Edward había salido...

—Se fue poco después de que tú subieras a la habitación. Le dije que te ibas a preocupar muchísimo, pero no quiso escucharme; dijo que esperaba que estuvieras durmiendo hasta la noche y que regresaría antes de que te despertaras.

—Al menos —dijo George—, habrá llegado a la mansión mucho antes de que haya roto la tormenta. A su paso, debería haber llegado allí a las cinco y media... Así que habrá podido refugiarse. Deberíais intentar no...

El resto de su comentario se perdió en un fagonazo cegador y en un estallido atronador que sonó justo sobre la casa, después de lo cual los fagonazos luminosos continuaron, rayo tras rayo, acompañados por un estruendo tan ensordecedor que parecía que el techo fuera a derrumbarse a cada momento. Nos resultó imposible hablar durante muchos minutos, hasta que los rayos y los relámpagos fueron cesando gradualmente y el viento fue remitiendo hasta que no se oyó ningún ruido, salvo el que producía aquel torrente de lluvia constante.

La noche transcurrió inimaginablemente lenta. Volví a bajar con las primeras luces del alba. La lluvia había cesado, el viento era frío y húmedo y venía cargado con los perfumes de la naturaleza agitada y golpeada. Había despojos de la tormenta dispersos por el jardín, desde pequeños tallos y hojas empapadas a grandes ramas, y el agua se había concentrado en grandes charcos sobre la hierba.

George apareció poco después, ataviado con el capote de lluvia y el sueste.

—Bajaré a la mansión —dijo— para acompañarlo en el camino de regreso...

—Yo también iré... —dijo.

—No. Debes quedarte... por si acaso no nos encontramos en el camino.

Quince minutos más tarde, ya se había ido. Ada bajó, e hizo todo lo posible por parecer alegre y despreocupada, pero yo podía asegurar, a tenor de su palidez, que tampoco ella había podido dormir. Dieron las seis, y luego las siete, y luego las ocho... A las nueve ya no pude resistirlo más y dije que iría hasta la aldea... Pero apenas había alcanzado la iglesia cuando oí el retumbar de cascós acercándose, y el tilburi de George apareció en la loma y comenzó a descender la colina hacia mí. No venía nadie con él, y entonces supe, en el preciso instante en que pude ver su rostro, que ya no había esperanza.

Tres días más tarde, Edward yacía para siempre en el cementerio de St Mary. George le había encontrado a los pies del muro, exactamente debajo del cable que conectaba los pararrayos con la tierra. Su mochila con los útiles de pintar estaba colgando alrededor de su cuello; al parecer había intentado subir por el cable, presumiblemente antes de que estallara la tormenta, y allí había encontrado la muerte. Pero... ¿por qué había hecho aquello? Nadie lo sabía. Edward no había hecho testamento, de modo que sus pocas pertenencias, incluidos sus cuadros, tenían que ir a manos de su padre, que quedó tan abatido con la noticia que ni siquiera pudo asistir al funeral.

Recuerdo las semanas siguientes como un abismo oscuro y árido. No pude llorar, ni siquiera ante su tumba, y sólo deseé morirme. Magnus Wraxford vino a la rectoría varias veces, y también lo hizo John Montague, pero yo no quise verlos. Ada me dijo que George le había escrito a mi madre, pero que no había recibido respuesta alguna. El anuncio de la boda de Sophie llegó en una tarjeta impresa.

La peor angustia de todas fue reconocer que Edward había encontrado la muerte en el momento en que me conoció. Ada insistía en que cualquiera que pierde a un amado o a un marido podría decir lo mismo. Por supuesto, Edward no habría venido a Chalford si no hubiera estado conmigo, pero yo no me culpaba por eso.

—No es lo mismo —le dije finalmente, una tarde invernal—. Tuve una premonición... una visión de su muerte... antes incluso de que nos conociéramos.

Le conté la historia de aquella «visita», pensando que finalmente comprendería hasta qué punto yo era culpable, pero no lo comprendió en absoluto.

—Ni siquiera te diste cuenta de su parecido —dijo— hasta que se produjo aquella horrible escena con tu madre; estabas conmocionada y alterada: y desde luego, interpretarías del modo más terrible lo que era... un simple sueño en la vigilia, querida. Nada de eso tiene que ver con Edward, en absoluto. Edward murió porque era demasiado osado... osado hasta la temeridad... Él se habría reido de tu visión, tú sabes que él se habría...

—Sí —le dije con aire sombrío—. Pero yo vi la aparición, y él murió. Y nada de lo que cualquiera pueda decirme podrá cambiar eso.

Por aquel entonces había comenzado a darme cuenta realmente de lo que sucedía a mi alrededor, aunque todo me parecía, excepto por Ada y George, absolutamente carente de luz y esperanza, y cuando John Montague vino a visitarnos unos días más tarde, decidí que nada pasaría por verlo. Cuando Ada lo trajo al salón, vi que estaba vestido de luto y pregunté, sin mucho interés, si había perdido a alguien cercano. Su mandíbula parecía aún más alargada y estrecha de lo que yo recordaba, y las arrugas en torno a su boca, más profundas y marcadas, y sus ojos más sombríos y oscuros.

—No —dijo con cierta incomodidad—. Visto así por... por respeto hacia usted.

—Es muy amable por su parte, señor. Especialmente porque sé cuánto le desagradaba mi prometido —le contesté con alguna aspereza.

—¿Le dijó él eso? —Ni siquiera parecía capaz de pronunciar el nombre de Edward.

—Sí, me lo dijó.

—Lamento mucho haberle dado esa impresión... Señorita Unwin: vengo a decirle que si hay algo en este mundo, cualquier cosa, que yo pueda hacer, o si puedo servirla a usted de cualquier modo, le ruego que no dude jamás en pedírmelo.

Su voz repentinamente comenzó a temblar por la emoción.

—Gracias, señor. Pero no, no necesito nada.

—Y... ¿se quedará usted en Chalford, señorita Unwin?

—No lo sé.

Se hizo entonces un silencio grave y pesado, y, después de unos instantes, se levantó y se despidió. Algunas semanas más tarde, George nos dijo que el señor Montague se había ido al extranjero.

Pero aún quedaba por resolver la cuestión aplazada: ¿qué iba a hacer yo? Mi asignación se había interrumpido tras la boda de Sophie; no tenía dinero y no podía vivir para siempre de la caridad de George: poco importaba cuán cariñosamente insistieran ambos en que debía quedarme con ellos. Yo ya había decidido más o menos buscar un empleo como institutriz en Aldeburgh, donde al menos no

estaría excesivamente separada de ellos, cuando George consiguió, a través de un primo del norte de Inglaterra, un nombramiento para ocuparse de una pequeña parroquia en Yorkshire, en la cual debería comenzar a trabajar pocos meses después. Ada me aseguró que aquello no guardaba ninguna relación con mi madre —aunque admitió que el estipendio sería más pequeño—: Sólo había sucedido que el beneficiado de la rectoría de St Mary se había recuperado de su enfermedad y regresaría a la aldea la próxima primavera. Y, por supuesto, yo debía ir con ellos; no había discusión posible al respecto y no cabía pensar otra cosa, especialmente temiendo tan reciente la muerte de Edward.

Creo que me podrían haber convencido, de no haber sido por un oscuro temor: me aterrorizaba, sobre todas las cosas, enfrentarme a una aparición que tuviera el rostro de George o de Ada. Era muy fácil para George decir prudentemente que ese tipo de temores eran comunes tras una gran pérdida: él no había visto a aquel «visitante» en el sofá. Racionalmente, yo sabía que vivir con George y Ada no podía resultar un peligro para ellos, pero no había nada racional en mis «visitas». Y si me convertía en institutriz y conseguía que los niños a mi cargo me quisieran... ¿no tenía la responsabilidad de advertir a mis patronos acerca de esa maldición? ¿Y quién querría contratarme si lo contaba?

Una húmeda mañana de enero me dirigi sola al cementerio de St Mary. La brisa venía cargada con los aromas de las hojas caídas; delgadas gasas de niebla serpenteaban entre las lápidas. La tumba de Edward había perdido su aspecto reciente y nuevo, pero el dolor por su muerte era tan agudo como siempre. Me había quedado allí de pie durante algún tiempo, perdida en melancólicas reflexiones, cuando oí unas pisadas en el sendero de gravilla que había detrás de mí, y me volví: era Magnus Wraxford, que se acercaba.

—Señorita Unwin... discúlpeme por molestarla.

—No... Me alegro de verle —dije. No vestía con ropa de montar esta vez, sino que venía ataviado formalmente con un traje negro y un pañuelo blanco—. Siento no haberme encontrado lo suficientemente bien... cuando usted fue a visitarnos.

—No debe disculparse; sólo he venido a ofrecerle mis más profundas condolencias. La muerte del señor Ravenscroft ha sido una verdadera tortura para mi conciencia...

—Fue usted muy amable con él, señor; fue su generosidad la que habría permitido que nos casáramos... si no hubiera sido por...

—No fue generosidad, señorita Unwin, sino reconocimiento de un talento muy notable que el mundo... Oh, discúlpeme... Lo último que querría sería incomodarla aún más. Me temo que yo fui en parte responsable. He deseado mil veces no haberle animado a pintar la mansión...

—No debe culparse, señor —dije, pensando cuánto brillo desprendía el espíritu de este caballero en comparación con el del señor Montague—. Aunque usted se lo hubiera prohibido, Edward habría encontrado el modo de llegar allí y pintarla. En absoluto es culpa suya.

—Es usted muy amable, señorita Unwin.

Permanecimos allí en silencio durante unos instantes, mirando la lápida de Edward, sobre la cual se había grabado:

—Lo peor —dije, sin mirar al doctor Wraxford— es saber que encontró la muerte cuando me conoció... Me refiero a la aparición. Nunca se lo dije.

—¿Cree que habría habido alguna diferencia si lo hubiera hecho? —me preguntó, como si fuera un eco de Ada.

—Quizá no... pero podría ser. Usted dijo que si un joven de su idéntica descripción muriera, ello probaría que soy clarividente...

—«Daría a entender», más que «probaría», señorita Unwin. Pero... sí: creo que usted es lo suficientemente valiente como para afrontar el hecho de que probablemente lo es.

—No —dije con vehemencia—. No lo soy... quiero decir que no soy valiente. Después de esto, ¿cómo puedo vivir con una persona por la que sienta cariño o a la que ame? Es una cosa diabólica, una enfermedad abominable y maligna. Dejaría que me cortaran una mano por librarme de eso... —y rompí a llorar.

Si hubiera intentado consolarme, creo que me habría apartado de él, pero no lo hizo; permaneció a mi lado, en silencio, sin moverse ni mirarme, hasta que me hube recobrado.

—Señorita Unwin —dijo finalmente—, si usted me permitiera intentarlo una vez más... si me permitiera mesmorizarla, y así, espero, prevenir que pueda volver a ocurrir, me sentiría profundamente honrado. Por el momento, me hospedo en The Ship, por el asunto de la propiedad, ya sabe, y no tengo compromisos urgentes en Londres. Estoy enteramente a su disposición.

Pensé de nuevo en su generosidad para con Edward, y en mi propia ingratitud al ocularme de él aquel otro día, y después de un breve titubeo, acepté. Dijo que me visitaría al día siguiente, hizo una reverencia y se alejó apresuradamente... Y allí me quedé, preguntándome si él también había venido a visitar la tumba de Edward y por qué se encontraba en Chalford cuando su abogado —en ese momento, presumiblemente, el socio del señor Montague— estaba a diez millas de allí, en Aldeburgh.

La tarde siguiente, a las dos, Magnus Wraxford entró de nuevo en el pequeño salón que daba a la parte delantera de la rectoría. En el exterior hacía un día desagradable y sombrío. Yo había dormido muy mal y pasé la mañana yendo de un lado a otro por toda la casa, intentando prepararme para su llegada. Ada sabía ahora exactamente por qué había venido el doctor y yo me sentí más tranquila sabiendo que mi amiga se encontraba en la habitación contigua, leyendo en el comedor; así, le dije al doctor que estaba dispuesta a comenzar cuanto antes. Pero el temor regresó a mi pecho cuando él corrió las cortinas. Intenté concentrarme en la moneda que oscilaba frente a mí, intenté sentir que el sueño me dominaba, pero nuevamente fui víctima de la ilusión óptica y de nuevo advertí que Magnus Wraxford se había transformado en un rostro sin cuerpo, con llamas de vela en vez de ojos, y con una mano cortada oscilando sobre la mesa. Intenté imaginar la mano de Ada sobre la mía, pero sabiendo que ella se encontraba al otro lado de la pared, eso me resultó de todo punto imposible. Mis ojos se negaban a cerrarse; de pronto me encontré escuchando un extraño tono muy bajo en su voz, muy vibrante, en vez de las palabras que estaba canturreando. Una brisa helada rozó mi mejilla. La vela tembló y casi se apagó, de modo que los miembros sin cuerpo que había frente a mí se retorcieron y se estremecieron, y los ojos resplandecieron momentáneamente.

«No puedo continuar», pensé. Y entonces oí a Edward, que decía: «Ese hombre tiene unos ojos extraordinarios... Si yo fuera pintor de retratos, con seguridad desearía tenerlo como modelo». A

menudo, cuando intentaba evocar el rostro de Edward, sus rasgos sólo aparecían en mi memoria como una figura de contornos borrosos; y en otras ocasiones aparecía espontáneamente, tan claro y nítido en mi mente como si lo tuviera sentado a mi lado. Esta fue una de esas ocasiones. Podía oír perfectamente la melodía de su voz: su cara se me presentó, iluminada con la alegría y la esperanza, y, sin embargo, no sentí temor; podía notar su presencia allí, en aquel momento, junto a mí, en aquella habitación oscura. Permanecí vagamente consciente mirando la brillante moneda y los rasgos de Magnus Wraxford flotando tras ella, pero Edward me llamaba desde la clara luz del día, diciendo palabras que yo sabía que eran palabras de consuelo, palabras que me esforzaba en escuchar pero que no podía distinguir, y su presencia permaneció conmigo hasta que, sin ninguna transición perceptible, me encontré en medio de una luz grisácea, con el punzante olor de una vela apagada en mi nariz, y Magnus Wraxford mirándome desde arriba. A través de las cortinas abiertas pude ver la niebla retorciéndose en volutas junto a los cristales de la ventana.

—Lo siento —dijo—. Lo intenté...

—Desde luego, señorita Unwin, pero... francamente, nunca he visto nada semejante. Parece como si fuera a caer en un trance profundo, pero entonces... no responde a ninguna de mis sugerencias. Me parece que ni siquiera las escucha...

—Me temo que no —dijo—. He tenido un sueño... al menos creo que ha sido un sueño... con Edward. Me estaba hablando, pero no podía entender lo que decía.

—Comprendo. —Había un tono de frustración en su voz, pero no podía culparle por ello: decididamente, no estaba acostumbrado a fracasar—. Entonces... quizás realmente se haya quedado dormida, aunque no lo parecía...

—Lo siento mucho, de verdad, señor —repitió—. Siento mucho haberle hecho perder tanto tiempo...

—No, en absoluto —dijo, recuperando su buen humor con una triste sonrisa—. Sólo estoy avergonzado por mi propia incompetencia. ¿Podríamos intentarlo de nuevo mañana?

—Señor, no creo que... —comencé a decir, pero él rechazó mis protestas, declinó la oferta de tomar el té con nosotros y se fue antes de que yo pudiera recordarle que estaba invitado a cenar.

Aquella noche hablé de aquel problema con Ada y George.

—Estoy segura —dijo— de que si el doctor le permitiera a Ada sentarse conmigo, yo caería rápidamente en trance, pero él dice que podría interferir en mi concentración.

—Comprendo —dijo George—. No hubiera pensado jamás que una tercera persona pudiera constituir un obstáculo, pero yo no sé nada de la ciencia del mesmerismo... Para hablar francamente: ¿temes que esté abusando de tu confianza?

—Tal vez... aunque no siento exactamente eso. No sé qué es exactamente lo que me desconcierta.

—A mí me parece —dijo Ada un tanto titubeante— que si sus intenciones no fueran honorables, insistiría en verte en otro lugar. Estaría corriendo un gran riesgo aquí...

—Sí, tienes razón... —dijo.

—Me pregunto si serán sus ojos —dijo George— o el modo en que su mirada refleja la luz... Estoy seguro de que eso es lo que hace de él un buen mesmerista, pero resulta un tanto inquietante.

—Debe de ser eso —dijo, y decidí que no permitiría que mi inquietud resultara un obstáculo en adelante.

Sin embargo, mi desasosiego volvió a hacerse patente en la siguiente sesión, cuando la habitación

se oscureció y Magnus Wraxford adoptó de nuevo la apariencia de una cabeza cortada y una mano oscilando sobre la llama de una vela. «No debo temerle», me dije muy seriamente, y me percaté de que si entrecerraba levemente los ojos, podía enfocar con más precisión la reluciente moneda, y me di cuenta de que si me concentraba en respirar profunda y regularmente, poco a poco conseguía apartar mi atención de los perturbadores tonos graves de su voz, de modo que parecía como si yo me estuviera ordenando a mí misma que me relajara, que tuviera sueño, que me durmiera, cada vez más y más profundamente... hasta que desperté a la luz del día y pude ver cómo se deshacía la espiral de humo de la vela apagada, y no pude recordar nada tras mi «No debo temerle».

Por un momento pensé que había vuelto a fracasar, pero entonces vi que me estaba sonriendo; todos sus gestos, e incluso su apariencia, parecían sutilmente distintos.

—Muy bien, señorita Unwin: ha permanecido usted en trance durante más de veinte minutos.

—Y... ¿cree usted que ya estoy curada?

—No puedo garantizarlo, me temo. Pero... sí: soy muy optimista y, por supuesto, usted sabe que puede requerirme siempre que lo desee.

Era muy extraño cómo se había transformado... Parecía más cortés, menos intimidatorio. Se inclinó hacia mí; estábamos sentados uno enfrente del otro, sólo separados por un palmo, y por un momento pensé que quería besarme, hasta que comprendí que sólo deseaba recoger su moneda dorada. Al principio me asombré y después me asusté: ¿es que quería que me besara? ¿Cómo podía desearlo cuando Edward acababa de morir cuatro meses antes?

Magnus —así lo llamaba ahora en mis pensamientos— se quedó a cenar aquella noche, invitado por George, y se mostró absolutamente encantador. No hubo conversaciones relativas a la caza o a las sesiones de espiritismo: sólo hablamos de libros y pinturas, y recordamos constantemente a Edward, y por vez primera desde su muerte me sentí casi en paz... aunque un tanto incómoda conmigo misma, precisamente por sentir eso. Magnus no parecía tener ninguna prisa por regresar a Londres, y me sentí aliviada —por razones que preferiría no tener que examinar demasiado detenidamente— de que George no le invitara a pasar el resto de su estancia en Chalford con nosotros.

A la mañana siguiente me levanté y descubrí que brillaba el sol, que apenas se había dejado ver durante semanas enteras, y entraba por la ventana de mi habitación. Fue uno de esos tranquilos y extraños días de enero en los que, durante unas breves horas, el mundo aparece bañado por una deslumbrante luminosidad y una está casi dispuesta a creer que los días nunca volverán a ser grises y lluviosos. La acostumbrada pena que me asaltaba al despertarme aún estaba presente, pero la tristeza había perdido su cara más amarga y dolorosa. O, más bien, me percaté de que aquella pena había ido menguando imperceptiblemente con el tiempo.

Estaba sentada en el jardín, con un libro en mi regazo, sin leer y sin pensar en nada, sino absorta simplemente en disfrutar de la calidez del sol, cuando una sombra se interpuso ante mi silla, y al mirar hacia arriba vi a Magnus de pie, a pocos pasos de mí.

—Discúlpeme —dijo—, no quise sobresaltrarla.

—Oh, no... —dijo—. Pero creo que George y Ada han salido...

—Sí, me lo ha dicho la criada. He venido a verla a usted.

El sol me daba en los ojos, de modo que no podía ver su cara, pero mi corazón comenzó a latir cada vez más rápido.

—¿No quiere sentarse?

—Gracias —dijo, acercando la silla en la que Ada había estado sentada y colocándola frente a mí. Venía ataviado como aquel día que hablamos en el cementerio, y su pañuelo y la pechera de su camisa resplandecían con la luz del sol.

—Señorita Unwin... Eleanor, si me permite... —su voz parecía extrañamente dubitativa—, me pregunta si tiene usted alguna idea de lo que he venido a decirle...

Negué moviendo la cabeza sin pronunciar ni una sola palabra.

—Ya sé que dirá que es demasiado pronto... pero, Eleanor, no sólo he llegado a admirarla... sino a amarla. Es usted una mujer de un valor, una inteligencia y una belleza poco comunes, Y... en pocas palabras... he venido a pedirle que sea mi esposa.

Lo miré durante unos minutos sin decir absolutamente nada.

—Señor —tartamudeé finalmente—, doctor Wraxford... me siento muy honrada por... usted me honra más de lo que merezco... y estoy profundamente agradecida por toda su amabilidad hacia... hacia Edward... y hacia mí también... Pero debo declinar su... Es demasiado pronto, como usted dice, pero, sobre todo, porque no creo que pueda amarle a usted, o a cualquier otro hombre, como amé a Edward, y no sería ni justo ni correcto aceptar... aunque... es decir... no sería justo —concluí, apenas sin convicción.

—No le pido tanto —replicó—. No deseo ni espero ocupar el lugar de Edward en su corazón; sólo tengo esperanza en que pueda amarme de un modo distinto.

Incluso cuando estaba intentando encontrar las palabras adecuadas para rechazar su oferta, no pude evitar contemplar todas las ventajas de aceptar su proposición. Era inteligente, culto, apuesto, y quizás rico, y si no me había curado de mis «visitas», al menos estaría cerca de mí si volvían a presentarse...

—Lo siento —dije finalmente—, pero no puedo... Debería usted buscar una mujer que le ame con todo su corazón, como yo amé a Edward. Y, además, suponiendo que mi enfermedad vuelva a afectarme, si viera alguna aparición con su rostro...

Pero mientras hablaba supe que él constituía exactamente una protección contra aquellas apariciones.

—Sólo puedo decir, Eleanor, que me casaré con usted o con nadie. Yo era feliz siendo soltero, no tenía intención de casarme, pero usted se ha adueñado de mis pensamientos como jamás creí que pudiera hacerlo mujer alguna. Y respecto a su enfermedad, como usted la llama, se encuentra usted perfectamente, aunque no podemos estar seguros de que esté completamente curada. Queramos o no, tiene usted un poder que quizás sólo puede contenerse parcialmente. No me da miedo, pero a mucha gente le aterrorizaría —se inclinó hacia mí y me cogió la mano (la suya estaba sorprendentemente fría) y clavó sus ojos en los míos con aquella luminosa mirada—, pero temo que caiga usted en manos de aquellos que, si lo supieran, simplemente la encerrarían en un manicomio... ¿No fue eso lo que me dijo? ¿No fue su propia madre quien la amenazó a usted con internarla en un manicomio?

—Pero no puedo casarme simplemente porque... Debe usted darme tiempo —y me interrumpí de pronto, percatándome de lo que había dicho.

—Desde luego —dijo, sonriendo—. Todo el tiempo del mundo. Al menos, así puedo conservar la esperanza.

Ada y George se mostraron sorprendidos, aunque no extrañados, al oír que Magnus Wraxford me había propuesto matrimonio, y estuvimos hablando de ello hasta altas horas aquella noche.

—Si no estás segura de tus sentimientos —me decía Ada—, no debes aceptar. Siempre tendrás un hogar donde estemos nosotros.

Me fui a la cama decidida a rechazar su oferta. Pero también sabía que no podía ser una carga para ellos durante mucho tiempo más. Ada aún esperaba y ansiaba tener un niño, y un sueldo que apenas podría mantener a tres... ciertamente no sería suficiente para cuatro. Di vueltas y más vueltas en la cama, durante horas, o eso me pareció, antes de caer rendida en sueños inquietos, de los cuales sólo recuerdo el último.

Me desperté —o soñé que me despertaba— al amanecer, pensando que había oído que mi madre me llamaba. No me resultaba nada extraña su presencia en la rectoría; permanecí tumbada allí, escuchando, durante algún tiempo, pero la llamada no se repitió. Al final, me levanté de la cama y fui hasta la puerta vestida sólo con el camisón, y miré fuera. No había nadie en el pasillo, en el cual todo parecía que estaba exactamente igual que cuando estaba despierta, pero repentinamente me atenazó una aprensión aterradora. Mi corazón comenzó a latir con mucha fuerza, más y más ruidosamente, hasta que me percaté de que estaba soñando... y me encontré de pie en la más completa oscuridad, sin saber en absoluto dónde me encontraba. Sentí que había una alfombra bajo mis pies desnudos, y tropecé con un pliegue. Mi corazón aún latía violentamente, y adelanté una mano hasta que topé con algo de madera —un palo o algo parecido—; entonces deslicé un pie hacia delante hasta que sentí el borde sobre un espacio vacío... Había estado a punto de caer por las escaleras abajo.

A la mañana siguiente, Magnus Wraxford volvió a la rectoría y renovó su proposición de matrimonio. Y esta vez, acepté.

Una mañana gris de primavera, pocas horas antes de casarme con Magnus Wraxford, estuve una vez más junto a la tumba de Edward. Mis dudas habían comenzado aquella misma tarde: al contárselo a Ada y a George, había podido oír un tono de forzada felicidad en mi propia voz, y había podido ver mi propia inquietud reflejada en sus rostros. ¿Por qué no le dije, inmediatamente, al día siguiente, que había cambiado de opinión y que ya no quería casarme con él? En fin... cambiar de opinión con frecuencia es una de las prerrogativas femeninas, después de todo. No lo hice porque había dado mi palabra, porque ya le había rechazado la primera vez, porque él había depositado toda su confianza en mí... Las razones se multiplicaban como las cabezas de la Hidra. Había roto en mil pedazos los numerosos intentos de decirle por carta que no podía casarme con él porque no lo amaba como una esposa debe amar a su marido... Y cada vez que llegaba al «porque», podía oír su contestación: «No espero tanto; sólo espero que me ames cada día más...».

No podía comprender cómo había dado mi consentimiento a una proposición semejante, sólo en el curso de una hora en el jardín de la rectoría, y cómo pude pasar en tan breve tiempo de aceptar a un hombre al que apenas conocía a fijar el día de la boda en el plazo de menos de tres meses. Magnus había dicho que aunque podría casarse perfectamente por la iglesia, sería una hipocresía por su parte no declarar su carencia de fe cristiana, y, de algún modo, al admitir esta circunstancia, me encontré

aceptando una ceremonia civil, que se celebraría con licencia especial el último sábado de marzo^[45]. Y antes de que pudiera darme cuenta, ya se había ido, dejándome con un ligero roce de sus labios en mi frente. Y cuando volvió al día siguiente fue para ofrecerme un viaje de bodas a cualquier lugar del mundo, y durante tanto tiempo como yo deseara. Le dije que no, que prefería embarcarme en la vida de casados sin más, pensando que al menos así no me vería obligada a quedarme sola con él tan pronto; pero después esa idea me pareció tan desconsiderada que me sentí incapaz de exponer mis dudas, tal y como había decidido: al fin y al cabo, él estaba dispuesto a apartar su trabajo sólo por darme gusto.

En todo caso, parecía que no quería nada más de mí: sólo que fuera su esposa, y compartiera con él su fortuna, y que viviera más o menos como me complaciera mientras él continuaba con su trabajo... No quería nada más de mí, excepto que le diera un hijo. Apenas me atrevía a considerar lo que aquello implicaba, pero también me culpé por aquellas dudas. Edward había muerto y yo jamás amaría a otro hombre del mismo modo; lo que pudiera sentir por Magnus sería completamente diferente, y quizás lo mejor sería no hacer comparaciones. No todas las mujeres que se casan satisfactoriamente aman a su maridos como yo había amado a Edward, esto era evidente, pero de todos modos adoran a sus hijos. Y, además, si rompía mi compromiso, ¿qué sería de mí? No podía quedarme con George y Ada, y al final, me quedaría completamente sola en el mundo.

Todo lo que recibí de mi madre, en respuesta a mi carta dolorosamente escrita, fue una fría nota de felicitación, lamentando que hubiera escogido para mi boda un día en el que resultaba de todo punto imposible que ella o Sophie pudieran asistir, puesto que Sophie se encontraba en aquel momento «en una condición delicada» —el eufemismo sólo podía entenderse como un insulto calculado— y le resultaría imposible abandonar Londres en ese estado; y, por supuesto, mi madre no podía ni pensar en dejar sola a Sophie para asistir a una ceremonia civil en tales fechas.

La generosidad de Magnus resplandeció con tanto más brillo cuanto más ruin fue la conducta de mi madre. Y, aun así, mi aprensión aumentó, hasta que Ada, que como siempre había adivinado mi inquietud, se ofreció para hablarle a Magnus en mi nombre.

—Pero... ¿qué voy a hacer si rompo mi compromiso? —dijo llorando.

Apenas hacía quince días que me había comprometido con él.

—Quédate con nosotros —dijo Ada.

—No, no puedo. Si rompo mi compromiso de boda tendré que irme lejos de aquí. Quedarme sería una vergüenza para mí Y...

—Temes que si no te casas con él y no está junto a ti para ayudarte, tus problemas se repetirán?

—preguntó Ada amablemente.

—Quizás...

—Eso no es suficiente para casarte, Nell. Permíteme que hable con él... o que hable George, si lo prefieres.

—No... no debéis...

—Entonces, ¿no puedes decirle que tu corazón aún le pertenece a Edward?

—Ya lo hice... ya se lo dije... la primera vez que me pidió matrimonio. Dice que no le importa.

—Pero Nell, me dijiste que él quería tener niños... ¿Entiendes lo que eso significa?

—Sí... pero no hablemos de eso... ahora.

—Bueno, entonces... pídele que te dé más tiempo —dijo Ada.

- Lo intentaré —contesté.
- No: prométeme que lo harás.
- De acuerdo... lo prometo.

Pero, fuera como fuera, lo cierto es que el momento adecuado para hablar con Magnus nunca llegó. Él estuvo muy ocupado con sus pacientes durante los dos meses siguientes y apenas pudo encontrar días para visitar brevemente Chalford. Yo me esforcé en disfrutar mis últimas semanas de libertad, pero la sombra de mi inminente matrimonio pendía sobre todos mis actos. George y Ada intentaron repetidamente persuadirme para que rompiera el compromiso, pero en todas aquellas conversaciones me sentí impelida a asumir el papel de abogado de Magnus, contradiciendo todos los argumentos de mis amigos con retahilas de sus virtudes y de mis propios defectos. Y cuando él apareció tres semanas antes de la fecha de la boda, ya en posesión de la licencia de matrimonio, tuve que asumir la inevitabilidad de comenzar con los últimos preparativos.

No es que hubiera mucho que preparar, porque yo ya había advertido que deseaba una boda pequeña y sencilla, y en esto, como en todo lo demás, él hizo lo que le pedí al pie de la letra. La inminente ceremonia era, desde cualquier punto de vista, una parodia de lo que se suponía que debía ser el día más feliz de mi vida, pero cualquier rastro de normalidad se había desvanecido con la negativa de mi madre a acudir, y desde que la ceremonia se planteó sólo como un paso previo para celebrar un banquete para cuatro personas. (No se me ocurrió nadie a quien deseara invitar, aparte de George y Ada, y todos los amigos de Magnus parecían estar dispersos por los rincones más inaccesibles del mundo). Ada y George, por supuesto, ofrecieron la rectoría, pero yo no quise, ni eso ni nada que pudiera haber disfrutado si me hubiera casado con Edward. La felicidad yacía enterrada en el cementerio de St Mary, y además, ya no importaba lo más mínimo que las costumbres de una boda se rompieran.

En cierta ocasión, como último recurso, Ada me había puesto a prueba diciéndome que traicionaba la memoria de Edward.

—Si le he traicionado, ya está hecho —contesté—, y romper mi compromiso no lo reparará.

Esas mismas palabras regresaron a mi mente cuando me encontraba junto a la tumba de Edward, la misma mañana de mi boda. En realidad, no podía sentir que hubiera sido desleal con él, ya que aquel matrimonio tenía muy poco de lo que yo quería para mí misma, y muy mucho de... una especie de compulsión moral. Le había dado mi palabra a Magnus en un momento de abandono personal, y me había persuadido de que podría llevar calor y felicidad a su vida a cambio de todo lo que había hecho por mí. Y si desde entonces me había sentido como una persona que sueña que está ante un notario y que está cediendo una preciosa posesión, y de repente se despierta y se encuentra en la oficina de su abogado, pluma en mano, con la tinta de su firma secándose... bueno, mi palabra no era menos palabra por eso. «Él nunca ocupará tu lugar, nunca», le dije calladamente a Edward. Y después, casi con furia, pensé: «Si me hubieras hecho caso y te hubieras mantenido apartado de esa

mansión...». Pero de nuevo el sentimiento de su presencia se desvaneció.

—Perdóname —dije en voz alta mientras colocaba sobre su tumba las flores que había recogido para él... nomeolvides, campanillas, lirios y jacintos; y después, con los ojos anegados en lágrimas, me aparté de allí.

Cuarta parte

Diario de Nell Wraxford

Wraxford Hall. Martes, 26 de septiembre de 1868

Ya todo es oscuridad... No sé qué hora es. Clara duerme profundamente en su cuna; tan profundamente que he estado a punto de ir a verla para asegurarme de que respira. Me encuentro horriblemente cansada, pero ya sé que no me dormiré. Mi cabeza zumba como un enjambre de avispas; no puedo pensar y sin embargo debo hacerlo... por ella. Dispongo de tres días antes de que llegue Magnus: tres días en los cuales debo poner por escrito todo lo que ha ocurrido, y prepararme para lo que me temo que ocurrirá.

Al menos he encontrado el escondite perfecto para ocultar este diario. No me atreví a comenzarlo en Londres, por temor a que Magnus pudiera encontrarlo. Si lo llegara a saber... pero eso no ocurrirá. No debo asumir que va a ocurrir lo peor... o perderé toda esperanza.

Comenzaré por describir esta habitación, o más bien estas dos habitaciones, ya que Clara duerme en una pequeña alcoba a la que se accede desde este cuarto... supongo que antaño fue un trastero o un vestidor. Estamos en la primera planta, aproximadamente a medio camino de un pasillo que se quiebra y gira tantas veces que una apenas puede estar segura de dónde se encuentra. Tuve que volver atrás y contar tres veces para convencerme de que hay catorce habitaciones en este corredor. Las escaleras para los criados se encuentran en la parte trasera de la casa, con una puerta que da a la parte principal de la mansión, en la fachada.

En mi habitación, los paños de madera de las paredes se han fregado y hay alfombras nuevas, lo cual resultaría tranquilizador si no sospechara que se ha hecho más por la señora Bryant que por mí. Dado que voy a presidir su sesión de espiritismo, deben guardarse las apariencias... no es que ella vaya a poner un pie aquí. El suelo cruje allá por dondequiera que vaya, y poco importa cuán suavemente camine. La cama es antigua, con dosel de cuatro columnas, pero la tela se ha retirado... sin duda estaba tan vieja que serían prácticamente jirones; al menos la ropa de cama está limpia y seca. Hay un arcón, un aguamanil, un tocador, todo tallado en una madera vieja y oscura. El escritorio que estoy utilizando... De nuevo, no sé si la presencia de este escritorio debo considerarla tranquilizadora o siniestra. ¿Estaba aquí o Magnus ordenó que trajeran un escritorio a esta habitación? Es como si dijera: «Querida... sé exactamente lo que pretendes escribir, así que no imagines que puedes evitar que lo lea».

El escritorio se encuentra bajo la ventana, la cual, durante el día, se abre casi como un precipicio a una descuidada explanada de hierba que se ha segado tan recientemente (lo vi esta mañana) que los tallos tienen un pálido color amarillento o blancuzco. Los árboles que rodean la explanada son tan altos que apenas dejan ver la mitad del cielo. Pero ahora no se ve nada en la ventana, salvo la llama de

una vela reflejada bajo la imagen borrosa de mi rostro: tras eso, la oscuridad es absoluta.

Me he preguntado hasta la saciedad si Magnus sometió mi voluntad cuando tuvo éxito en aquella sesión de mesmerismo, o si nubló mi percepción lo suficiente como para conseguir mi consentimiento. Pero si lo hizo, el recuerdo se ha perdido más allá de lo que puedo recordar, y sólo me queda el sentimiento de culpa por haberme casado con él. Sabía que no lo amaba, y debería haberle dicho que había cambiado de opinión, como Ada me rogó que hiciera. Recuerdo su rostro pálido y apesadumbrado el día de la boda; no la he vuelto a ver desde entonces. En mis cartas le digo que soy maravillosamente feliz, y ella hace como que me cree; y por eso nuestras cartas se han ido haciendo cada vez menos frecuentes. Pero no se lo contaré a ella: ya tiene suficientes penas.

¿Cómo pude imaginar que acabaría amándolo como él evidentemente me amaba a mí? Ahora me parece que incluso antes de casarnos ya huía de su roce, pero seguramente no era así... Puede que el deseo convierta a los hombres en seres completamente ciegos... incluso a un hombre tan sutil e inteligente como Magnus. Respecto a la noche de bodas —*debo* escribirlo—, el acto me resultó inmensamente doloroso, pero mi disgusto pareció excitarle aún más... (¿Habría sido así también con Edward? No lo creo). La violación se repitió la noche siguiente, y la siguiente (apenas tengo recuerdos en absoluto de los días en que no me agredía), e intenté fingir... o convencerme de que me acostumbraría, pero aunque el dolor físico disminuyó con el tiempo, la sensación de violación sólo se incrementó. Como yo había rechazado el viaje de novios, fuimos directamente a su casa en Munster Square. Mi habitación estaba en el segundo piso; la suya se encontraba en el primero, pero durante aquellos primeros días —¿o fueron semanas?— él consideró mi habitación como la suya propia, hasta la mañana en que todo cambió para siempre...

Seguramente bajé a desayunar antes, aunque no recordaba haberme vestido ni haberme recogido el pelo. Sólo recuerdo haber visto a la doncella junto al aparador precisamente cuando Magnus apareció en el umbral de la puerta... Fue exactamente como si hubiera estado sonámbula, y me hubiera encontrado de repente, completamente despierta, ante la mesa del desayuno. La doncella se llamaba Sophie, como mi hermana; era una muchacha de unos dieciséis años, pequeña, tímida y amable. Magnus se acercó a mi lado y me puso la mano en la nuca. No pude evitarlo, y me estremecí violentamente cuando me tocó. Sophie lo vio, se ruborizó, y huyó de la sala.

Aquella mano sobre mi cuello pareció convertirse en piedra. Hubo un momento de absoluta quietud; entonces, apartó la mano y pude mirarlo... aterrizada. El rostro de Magnus era absolutamente inexpressivo. Durante otra pequeña eternidad permanecimos así. Hizo un leve gesto de afirmación con la cabeza, como si se estuviera confirmando algo a sí mismo, y después —como si se hubiera descorrido un telón rápida y silenciosamente—, volvió a sus gestos habituales, y dijo, como si nada en absoluto hubiera ocurrido:

—Confío en que hayas dormido bien, querida.

Poco después se fue, y no regresó hasta muy tarde. Luego, por la noche, fingió que no había ocurrido nada, y cuando llegó la hora de retirarse, ni siquiera me tocó: sólo inclinó levemente la cabeza y me dio las buenas noches; después, se encerró en su habitación. Estuve despierta, tumbada en la cama, casi toda la noche, temiendo oír el sonido de sus pasos subiendo las escaleras. A la mañana siguiente ocurrió lo mismo. Yo no habría sabido que algo iba mal, excepto porque mi esposo

no me volvió a tocar. Sophie se despidió poco después, pero si se vio forzada a hacerlo, desde luego no me lo dijo. Día tras día Magnus continuó actuando como si fuera un marido abnegado cuando estábamos con otras personas o delante del servicio, y me sentí impelida a seguirle el juego, porque no sabía qué otra cosa podía hacer. La mascarada no cesó jamás, ni siquiera cuando nos quedábamos solos, aunque esto nunca solía ocurrir durante mucho tiempo. Él estaba fuera la mayoría de los días, viendo pacientes —o eso me decía—, y por las noches, si habíamos cenado en casa, se excusaba con la mayor cortesía tan pronto como retiraban los platos, y no le volvía a ver hasta que aparecía en la mesa del desayuno.

Si hubiera mostrado alguna emoción —aunque fuera ira—, creo que lo habría comprendido. Quizá me habría humillado y le habría rogado que me perdonara, pero la simple perspectiva de ponerme a sus pies me hacia estremecer, porque ahora estaba aterrorizada por lo que quiera que hubiera tras aquella fachada sonriente. Y pocas semanas después descubrí que estaba embarazada.

Pensé que aquella noticia cambiaría nuestra situación, pero cuando al final reuní el suficiente valor para contárselo —fue una mañana, durante el desayuno, cuando la doncella estaba fuera de la sala—, todo lo que dijo fue:

—Así que voy a tener un hijo... Te felicito, querida. Necesitarás vigilar tu salud: has estado un poco delicada últimamente.

No me atreví a preguntarle por qué tenía tanta seguridad en que fuera a ser un varón.

Estuve enferma la mayor parte de mi embarazo, el cual pasé en una suerte de estado de estupor, en una nebulosa de días confusos y semanas turbias. Por aquel entonces Magnus estaba fuera la mayoría de los días; para mi alivio, no insistió en tratarme él mismo, sino que encomendó la tarea a un médico mayor, muy parecido al doctor Stevenson. Yo tenía pocas cosas que hacer, salvo descansar cuando estaba cansada, y leer e intentar, por el bien del niño, dominar el temor que me congelaba el corazón. Cuando me encontraba bien, salía a pasear por Regent's Park, a sólo unos cientos de yardas de nuestra casa de Munster Square, con mi doncella Lucy, la única criada que se me permitió contratar.

Lucy es —aunque no podré volver a verla— una muchacha tranquila y dulce; tenía su dormitorio en la habitación de la niñera, junto a la mía, al final del rellano. Se aplicó mucho para mejorar su lectura, y para cuando nació Clara ya leía con mucha soltura. Yo la veía más como una amiga que como una criada, aunque procuré ocultarlo ante el resto de la servidumbre. La casa estaba a cargo del mayordomo de Magnus, Bolton, y de la cocinera, la señora Ryecott; muy a menudo venían y simulaban que me preguntaban algo, y yo les decía que hicieran lo que creyeran más oportuno. Veía en Bolton a un amigo personal de Magnus: era un hombre moreno, enjuto y delgado, siempre vestido de negro. Nos detestamos en cuanto nos vimos, y siempre fui consciente de su desconfianza para conmigo. La señora Ryecott era una mujer adusta de mediana edad, ferviente servidora de Magnus también; y también me parecía una intrusa. Respecto a los demás, Alfred, un muchacho de unos diecisiete años, era el mozo de las cuadras y el recadero, y también estaban las dos criadas, Carrie y Bertha, que vivían atemorizadas por la furia de la señora Ryecott. Ahora todos ellos se encuentran aquí, en la mansión... excepto Lucy, que ha regresado a Hereford para cuidar a su madre, que está muy enferma. Se quedó conmigo hasta el último momento. Yo quería que se fuera directamente a

Paddington^[46] esta mañana, pero insistió en acompañarme hasta Shoreditch para ayudarme con Clara, y hacer sola el largo camino de regreso.

Creo que sin la compañía de Lucy la soledad de mi embarazo habría sido insoportable. Yo había esperado encontrar nuevos amigos en el círculo de Magnus, pero nuestro distanciamiento y las náuseas de los primeros meses lo hizo imposible. Yo no sabía dónde iba, ni a quién veía, ni qué decía de mí, si es que decía algo, ni nada... Sólo sabía lo que él decidía decirme y yo no tenía modo de saber si lo que me contaba era verdad. Así pues, tenía todo el tiempo del mundo para darle vueltas y más vueltas a sus intenciones. ¿Estaba sólo esperando el nacimiento de su hijo (así se refería siempre al bebé) para encerrarme en un manicomio? Desde luego, podría hacerlo fácilmente, conociendo mi historia. ¿Y si el bebé era una niña, me forzaría de nuevo? También había días en que dudaba de mis propias percepciones (aún dudo en ocasiones): quizás me dejaba sola por consideración hacia mí, y mi aprensión estaba completamente injustificada. Pero... ¿por qué se había casado conmigo? Me deseaba, cierto... pero había muchas mujeres jóvenes más hermosas que yo, mujeres de buena familia y mejor fortuna que habrían sido mucho más complacientes que yo. Entonces temí que mi don (así lo llamaba él) hubiera sido el factor determinante.

Sin embargo, había una certeza de la que no podía desprenderme: que el nacimiento de mi bebé precipitaría cualquier acción que él tuviera la intención de llevar a cabo. Aquella mañana gélida de enero, cuando por vez primera tuve a Clara en mis brazos, me juré protegerla, incluso a costa de nuevas violaciones de Magnus. El doctor y la comadrona se habían ido; yo le había dado el pecho a Clara por primera vez (había decidido no contratar a una ama de cría, por mucho que los conocidos de Magnus pudieran desaprobarlo), y dormí un poco, y pensé que haría bien ordenando a Lucy que fuera a preguntarle a Magnus si quería verla. Pero al parecer Magnus había salido de casa poco después que el doctor, y no supe nada hasta la mañana siguiente, cuando Lucy regresó con un mensaje de Bolton: «El señor envía sus saludos a la señora Wraxford, y lamenta verse obligado a viajar inmediatamente a París por razones urgentes».

Estuve fuera durante quince días, y entonces caí presa de malos presentimientos que fueron aún más espantosos precisamente por el gozo de tener a Clara junto a mí. Lo único que no me imaginaba era que él continuaría exactamente igual que antes. El día de su regreso estuve durante unos instantes junto a la cuna de Clara, observándola con una especie de tibio interés, casi como un hombre puede contemplar distraídamente al hijo de un familiar lejano sólo por cortesía. Más adelante se refirió a la niña como «tu hija», y preguntaría por ella durante el desayuno con su habitual cortesía indiferente.

Transcurrió un mes, y tres más; a menudo, por la noche, cuando yo estaba despierta con Clara, esperaba oír sus pasos aproximándose, pero nunca apareció. Muchas veces me dispuse a preguntarle: «¿Qué pretendes hacer conmigo?». Pero la pregunta siempre murió antes de abandonar mis labios: la perfección de sus modales obligaba al asentimiento. Y, sin embargo, el sentimiento de una crisis inminente era tan evidente como el tic tac de un reloj...

Me he visto obligada a interrumpir el diario porque Clara se ha movido en sueños. Parece tan maravillosamente tranquila... Sólo saber que debo ser valiente, por ella, impide que el terror me

paralice. Si ocurre lo peor, todo el mundo dirá que debería haberla dejado en Londres, pero con Lucy lejos, no pude consentirlo. Y desde la última «visita»... no me atrevo a separarme de ella.

Si alguien leyera esto —alguien que no sea Magnus, que seguramente lo destruiría en cuanto lo viera—, si alguien leyera esto... podría preguntarse por qué, simplemente, no cogí a Clara y huí de inmediato. No soy una prisionera... o no lo era, antes de venir aquí. Pero no tengo dinero... y no tengo adónde ir. Y estoy tan absolutamente distanciada de mi madre y de mi hermana que ni siquiera conozco su dirección. (Supongo que mamá se habrá ido a vivir con Sophie y su marido). E incluso aunque Ada y yo aún mantuviéramos una relación estrecha, ella y George no podrían acogernos: por ley, Clara y yo pertenecemos a Magnus, y podría reclamarnos inmediatamente. Incluso sin las «visitas», mi huida podría considerarse como una prueba de mi locura, porque yo no tengo absolutamente nada de lo que quejarme: Magnus nunca me ha pegado ni me ha maltratado de ningún modo; ni siquiera me ha levantado la voz jamás. Ciento, no se ocupa en absoluto de Clara, pero he oído que muchos hombres actúan así cuando sus esperanzas en un heredero se ven defraudadas. En este sentido, él es un marido modélico, excepto porque su mera presencia me aterroriza.

No debo *dar por hecho* que soy una prisionera en este lugar. Desde luego, aquí no hay ningún cochecito de niño y Clara ha crecido tanto que yo no puedo tenerla en brazos más de media hora sin que la espalda me duela horriblemente. Pero si Magnus no tomó precauciones contra mi posible huida en Londres, ¿por qué iba a preocuparse si llamo a Alfred y le pido que me lleve a Aldeburgh? La única persona que conozco por aquí es el señor Montague, que admira a Magnus por encima de todo; aunque me confiara a él, lo cual no pienso hacer, me diría que mis sospechas carecen de todo fundamento y me aconsejaría que regresara a la mansión inmediatamente.

Con todo, hay límites a mi libertad. La biblioteca y la vieja galería en la que Cornelius Wraxford desapareció están cerradas, por razones de seguridad, según Bolton: dice que Magnus guarda todas las llaves. Y todas las habitaciones del piso de arriba están cerradas, las escaleras permanecen acordonadas, y todas las puertas del rellano se mantienen cerradas con candado... o eso dice Bolton; por supuesto, no he intentado abrirlas. El suelo de algunas habitaciones está podrido, me explicó. Todo es perfectamente razonable... excepto por ese ligerísimo aire de insolencia de este hombre, por ese aire de carcelero a la espera de órdenes. Las dependencias que ocupará la señora Bryant se encuentran al otro lado de la biblioteca: se trata de un inmenso cámara, con su dormitorio, su vestidor y su salón. Ella dice que las ruinas le resultan románticas, pero... ¿qué puede querer hacer una mujer que viaja con su propio médico en un lugar tan desolado? Ni siquiera puedo imaginarlo.

Nada supe de su existencia hasta hace unas semanas, cuando una mañana, Magnus me dijo que «la señora Diana Bryant, una paciente mía», nos había invitado a tomar el té en su casa de Grosvenor Street tres días después. Salvo por mis paseos por Regent's Park con Lucy, apenas salía de casa desde el principio de mi embarazo, y Magnus había aceptado todas las invitaciones... él solo. «Estoy seguro de que en tu delicado estado de salud, querida, preferirás quedarte en casa».

Tal había sido su discurso habitual.

—¿Puedo preguntarte... por qué quieres que me conozca la señora Bryant? —le pregunté,

intentando ocultar que mi voz temblaba.

—Bueno, querida... —contestó, afectando sorpresa—, seguramente ya es hora de que comiences a frecuentar la sociedad. La señora Bryant (viuda desde hace años) es una mujer de una considerable riqueza. Sufre una afección coronaria; mi tratamiento ha tenido éxito donde otros han fracasado y se ha convertido en una gran abogada de mis métodos. Estoy seguro de que tendréis muchos asuntos de los que hablar...

Su tono era tan cortés como siempre, pero había un brillo en sus ojos que me desanimó a seguir preguntando.

Aquella semana hizo un calor agobiante —Lucy se vio obligada a encalar el alféizar de las ventanas y sellar con papel de estraza las del cuarto de la niña para evitar el hedor— y el tiempo continuó siendo así hasta el día en que teníamos que visitar a la señora Bryant; entonces, el calor se disipó bajo un espantoso retumbar de truenos y un verdadero diluvio. En cualesquiera otras circunstancias me habría complacido recorrer las calles limpias por la lluvia, pero cuando Magnus se sentó conmigo en el coche, sólo sentí un profundo temor y aprensión.

Me había imaginado a la señora Bryant como una viuda anciana, pero, bien al contrario, era una señora elegante que tal vez rondaría los cuarenta y cinco años; era alta y... escultural, así supuse que los hombres hablarían de ella, y vestía con ropas caras y muy adornadas; también lucía un gran peinado de pelo castaño rojizo, aunque no todo era suyo. Tenía el cutis muy pálido, con un matiz azulado. Yo había escogido deliberadamente un traje gris, de cuello alto, muy sencillo, que no habría avergonzado ni a un cuáquero, y ella me miró de arriba abajo con ostentosa compasión. Tenía una voz grave de contralto, coqueta cuando le hablaba a Magnus, y condescendiente cuando se dirigía a mí.

Sólo había un invitado más: su médico, el doctor Rhys, un galés pequeño y menudo, con ojos muy grandes y prominentes de color azul... casi turquesa, en realidad, que le conferían una expresión de asombro permanente. No parecía que tuviera más de veinticinco años, pero ya estaba casado y tenía un hijo y una niña muy pequeña. Me pareció que estaba un poco avergonzado por su papel... una especie de médico faldero, y estaba claramente esclavizado por Magnus. La señora Bryant se lanzó a un recuento exhaustivo de sus experiencias en manos de la profesión médica: al parecer, Magnus había estado mesmerizándola durante algún tiempo, con la absoluta aprobación del doctor Rhys. A pesar del estudiado desdén de la señora Bryant, no me sentí tan incómoda como había esperado, hasta que me percaté de que el doctor Rhys me estaba estudiando con curiosidad profesional, lanzándole miradas a Magnus, que estaba sentado a mi lado, pero un poco detrás. «Magnus le ha contado lo de mis visitas», pensé, y después me dije: «Los certificados de locura deben firmarlos dos doctores».

Mi taza tiritó sobre el plato que sostenía en la mano. La señora Bryant se interrumpió en mitad de una frase y me preguntó, con gesto de disgusto, si me encontraba indispuesta.

—No —contesté—, sólo un poco... es decir... no, no, en absoluto.

—Me agrada oírlo. Es usted muy afortunada —dijo intencionadamente—. Por ser la esposa de un médico tan eminente y por poder disponer de sus servicios a cualquier hora del día.

Me obligué a sonreír y a susurrar algo apropiado. Con la excusa de ir a dejar mi taza, moví la silla

un poco para poder ver a Magnus. Tras su afable máscara, pude detectar un brillo de diversión. «Debo conservar la calma», pensé. «No seré un juguete en tus manos...».

Pero la siguiente observación de la señora Bryant me preocupó sobremanera.

—Señora Wraxford, su esposo me ha dicho que se ha convertido en el propietario de Wraxford Hall. Después de tanto tiempo y de tanta demora innecesaria, debe de estar usted encantada.

Cuando acepté casarme con Magnus, le dije que no deseaba volver a ver u oír nada de la mansión, jamás; y desde que se produjo nuestro distanciamiento, en ocasiones me pregunté por qué guardaba silencio sobre aquel asunto cuando sabía que aquello le daba poder para herirme. Entonces se me ocurrió, con una repentina sensación de frío, que todos estaban actuando concertadamente, intentando provocar en mí un ataque histérico que justificara mi internamiento. Las recargadas paredes del salón de la señora Bryant, profusamente adornadas, parecieron cerrarse en torno a mí. Bajé la cabeza, porque no confiaba en poder hablar razonablemente.

—La mansión, desde luego, está en un estado muy precario —dijo Magnus suavemente—. Pero estoy seguro de que algunas habitaciones pueden resultar aún habitables para nuestro... experimento. La señora Wraxford no sabe nada de ello —añadió—. No he querido molestarla con ese asunto hasta que se arregle la propiedad.

Yo deseaba que continuara, pero no lo hizo. Todas las miradas se volvieron hacia mí, como si yo fuera una actriz que hubiera olvidado su papel.

—¿Un... experimento? —dije, lamentando y odiando aquel temblor en mi voz.

—Sí, querida —dijo Magnus—. Estoy seguro de que recordarás la noche en que nos encontramos por vez primera, cuando apunté que la mansión sería el escenario ideal para una sesión de espiritismo... dirigida bajo estrictos principios científicos. También dije que esa sesión podría confirmar o no, de una vez por todas, la cuestión de la inmortalidad. La señora Bryant tiene mucho interés en el espiritismo y está deseosa de poder participar, así como el doctor Rhys.

—Naturalmente —dijo Godwin Rhys. Lanzó una mirada a la señora Bryant, hizo como que consultaba su reloj y se levantó—. Y ahora, si me disculpan, me temo que debo dejarles... una cita importante... ya saben. Encantado de haberla conocido, señora Wraxford. Espero con impaciencia que podamos volver a encontrarnos de nuevo muy pronto.

Su despedida fue demasiado estudiada y artificiosa como para que yo pudiera encontrar algún consuelo en el hecho de que no hubiera dos médicos en aquel salón. Esperaba que Magnus dijera algo, pero fue la propia señora Bryant quien se dirigió a mí.

—Con tantos prejuicios irreflexivos al respecto, señora Wraxford, esta es una oportunidad que no podemos ignorar. ¿Sabe usted que mi propio hijo quiso encerrarme en un manicomio simplemente por asistir a las reuniones del señor Harper^[47]?

Negué con la cabeza mecánicamente.

—Así que... señora Wraxford —añadió—, estoy segura de que usted comprende nuestras dificultades. Estoy lamentablemente desilusionada con los médiums (incluido el señor Harper, aunque eso no excusa el monstruoso comportamiento de mi hijo), que casi había desesperado de volver a comunicarme de nuevo con mi querido padre, hasta que su esposo... Oh, es tan alentador encontrar a un hombre de ciencia con una mentalidad tan abierta... Pero vayamos al caso: entiendo, señora Wraxford, que usted es una médium con un don, aunque se niega a ejercitarlo...

Durante unos instantes me quedé sin palabras, mientras la señora Bryant me miraba con fingido

interés. Entonces la sangre me ruborizó las mejillas y me descubrí hablando...

—No, señora Bryant. Está usted equivocada. Es una enfermedad, no un don; no puedo controlarlo, y no querría ejercitármelo si pudiera evitarlo. Y ahora... le ruego que me perdone... Esperaré en el coche.

Me levanté y me volví sin mirar a Magnus, y caminé hacia la puerta aunque las piernas apenas me sostenían, rogando al cielo que me mantuviera en pie y no me derrumbara hasta que no hubiera abandonado la sala. La ira me condujo escaleras abajo hasta la calle, donde un atónito Alfred me ayudó a subir al coche. Sólo cuando estuve sentada, y temblando violentamente por la reacción, me percaté de que me había convertido en un juguete en manos de Magnus. Y también me percaté de que había agravado mi humillación diciendo que esperaría, pero antes de que pudiera recobrarme para ordenarle a Alfred que se pusiera en marcha, Magnus apareció en la escalinata de la puerta.

Para mi sorpresa, parecía realmente encantado y se acomodó junto a mí.

—Debo pedirte disculpas, querida —me dijo amablemente—, por la falta de tacto de la señora Bryant. Como has podido ver, está acostumbrada a hacer las cosas a su modo...

—¿Por qué has...? ¿Cómo has podido...?

Iba a decir «humillarme así», pero las palabras murieron con el recuerdo de la humillación que había sufrido en su presencia.

—Querida, dado que nuestras relaciones han sido últimamente un poco... tensas, pensé que la petición recibiría mejor acogida si provenía de la señora Bryant... en vez de mí.

—¿Cómo es posible que puedas pensar eso? —dije entre sollozos—. Habría preferido mil veces que me lo pidieras tú... aunque no habría aceptado... en vez de traicionarme con esa mujer vanidosa y vulgar...

Estuve a punto de añadir: «Esa mujer vanidosa y vulgar... que es tu amante... o desea serlo», pero me contuve a tiempo.

—Vanidosa y vulgar, puede ser, querida, pero también es nuestra mecenas. Ya ha contribuido generosamente a mi causa y si fuéramos lo suficientemente afortunados como para ser testigos de una verdadera manifestación en la mansión, su generosidad estaría asegurada... Por eso me gustaría que reconsideraras tu negativa.

—En otras palabras: me estás pidiendo que colabore en un fraude.

—Querida... deberías conocerme mejor. Se trata de un experimento científico que se efectuará ante testigos; sólo requiere tu presencia, te lo aseguro.

—Y entonces... esperas que te acompañe a un lugar maldito donde mi... donde Edward murió.

—Sí, querida.

Lo dijo con aquel mismo aire de buen humor, pero ahora había en su voz un tono de crispación que parecía el susurro que produce el acero al deslizarse contra el acero, como una espada que se introduce en su vaina.

—¿Y... si me niego?

—Estoy seguro de que no te negarás, querida. Tu salud aún es delicada. Creo que necesitas pasar algún tiempo... en el campo.

—Pero estoy con Clara... y no puedo separarme de ella. Y la mansión no es lugar para un bebé...

—Entonces quizás sea hora de que dejes de darle el pecho y te apartes un poco de ella. Ese es uno de tus síntomas, querida: tu innecesaria preocupación por esa niña. Nunca te he pedido nada hasta

ahora; estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que no he podido ser un marido más complaciente.

Esperaba que le contradijera, pero en esta ocasión no me atreví.

—Muy bien, entonces —añadió—. Dejaré que decidas lo que quieras hacer con la niña. Puedes llevarla contigo si quieres, y dile a Bolton lo que necesitas en tu habitación. Él y yo iremos mañana para preparar la visita de la señora Bryant, dentro de tres semanas.

—¿Y... después? ¿A cuántas sesiones más me pedirás que acuda?

—Con suerte, querida, a ninguna más. Y si todo transcurre tal y como espero, quizás podamos entonces discutir... cómo deseamos que sea nuestra vida en el futuro. Oh, ya estamos cerca de Cavendish Square... Aquí vive un caballero al que necesito consultar. Hasta la noche, querida.

Magnus no regresó a casa hasta muy tarde, y partió hacia la mansión antes de que yo bajara a desayunar a la mañana siguiente. Varias veces a lo largo del día cogí a Clara en brazos con la intención de huir, pero a cada momento se me representaba vivamente que no tenía ningún lugar a donde ir. Lucy se daba perfecta cuenta de mi angustia, pero yo nunca me había confiado a ella, y no me atreví a hacerlo entonces. Aunque Magnus había planteado su amenaza tan claramente como si me hubiera restregado el certificado de locura en la cara, podría habérmelo dicho en presencia de testigos y haber negado bajo juramento que pretendiera nada semejante... como podría haber negado fácilmente, si hubiera querido, que me había ofrecido la separación.

Pero si estaba planeando una estafa, ¿de qué modo podría ayudarle mi presencia allí? La señora Bryant se había comportado horriblemente conmigo, pero ¿cómo podía estar seguro Magnus de que yo no la avisaría en secreto? ¿O cómo podía estar seguro de que no lo traicionaría después de la sesión? Sólo había un modo de asegurarse mi lealtad... A menos que no fuera un fraude y Magnus creyera verdaderamente que podía aparecerse un espíritu: yo había previsto la muerte de Edward en una «visita», y él había muerto en la mansión... Intenté apartar aquel pensamiento, pero estuve agazapado durante todo el día en las esquinas más oscuras de mi mente, y en este estado de ansiedad me fui a la cama.

Me desperté —o eso pensé— al amanecer, con la angustia de un terrible presentimiento. La habitación era como mi viejo dormitorio en Highgate, pero de algún modo sabía que estaba en Wraxford Hall. Entonces recordé, con un terror que pareció que se me iba a salir el corazón del pecho, que había estado paseando con Clara por los bosques de Monks Wood la tarde anterior, y la había dejado dormida bajo un árbol. Salté de la cama, abrí la puerta y comencé a correr por el pasillo. Ya había pasado la puerta de Lucy antes de que me percatara de que estaba realmente despierta y me encontraba junto a las escaleras, envuelta en una media luz grisácea, con el corazón latiéndome violentamente.

La casa estaba completamente en silencio. Regresé sin hacer ruido por el pasillo hasta la habitación de la niña, que estaba entre la habitación de Lucy y la mía, y abrí suavemente la puerta.

Había una mujer inclinada sobre la cuna. Me estaba dando la espalda, pero pude distinguir que era joven, con el pelo muy parecido al mío, y llevaba un vestido azul pálido que me resultaba

extrañamente familiar. Mientras yo me quedaba petrificada en el umbral, ella cogió a Clara y se volvió para mirarme. ¡Era yo misma! Durante unos momentos, eternos y gélidos, permanecimos así, y entonces la mujer y Clara comenzaron a disolverse, exactamente como ocurrió con la aparición en el salón en Highgate, hasta que no quedó nada, salvo una voluta de lívida luz verde flotando entre la cuna y yo. Después, también aquello se desvaneció; el suelo se balanceó y me derrumbé, y oí, muy lejos, a Clara llorando, antes de que la oscuridad me engullera.

Miércoles por la noche

Hoy he estado en el lugar donde murió Edward. El cable que intentó escalar está comido por el óxido, que recorre la pared como una mancha oscura. Cuando ayer vi la mansión, por primera vez, pensé que estaba pintada de un verde oscuro y triste, pero lo cierto es que las paredes estaban cubiertas de líquenes, moteadas con mohos y rajadas por las grietas; abajo, en el suelo, había dispersos numerosos pedazos de mortero que se habían desprendido de los muros. Había decidido no llorar, porque sabía que Bolton estaría vigilándome, aunque no había nadie a la vista.

Si Edward nunca me hubiera conocido, hoy aún estaría vivo. Así me atormento, pero si se hubiera quedado conmigo aquel fatídico día, ahora estaríamos casados y Clara sería su hija. (He escrito esto irreflexivamente, pero a menudo me asalta un pensamiento: nunca he visto nada de Magnus en la niña, mientras que con frecuencia imagino que Clara tiene los ojos de Edward... el mismo tono avellanado, veteado con marrones oscuros...). No puedo creer —no *debo* creer— que estuviera condenado a morir... o que Clara y yo lo estemos porque ambas estábamos presentes en mi última visión. Tal vez he cometido una locura trayéndola aquí, pero... ¿qué otra cosa podría haber hecho? Si la hubiera dejado en Munster Square con una niñera desconocida y le ocurriera algo... No, no podía hacer eso.

¿Por qué quiso subir Edward por ahí? ¿Era simple curiosidad? ¿Quería ver qué había en la galería? ¿Había una luz donde no debería haberla? ¿O estaba huyendo de algo? El bosque es oscuro incluso a la luz del día; a la luz de la luna sería muy fácil imaginar cosas terroríficas... del mismo modo que ahora puedo oír débiles pisadas caminando por la planta superior... Pero cuando dejo la pluma para escuchar mejor, sólo oigo los latidos de mi corazón.

Jueves por la noche

El señor Montague nos visitó esta tarde. Al principio pensé que Magnus lo había enviado para que me espiera, pero me dijo que había venido por su cuenta. Yo acababa de dejar a Clara durmiendo y, en vez de hablar en la penumbra de las escaleras, con Bolton husmeando en las sombras, le sugerí dar un paseo y sentarnos bajo la ventana de mi habitación, donde podría escuchar a Clara si lloraba. El señor Montague estaba visiblemente más delgado que cuando lo vi por última vez, y su pelo se había veteado con canas.

Me dijo que Magnus le había invitado a asistir a la sesión de espiritismo, que tendría lugar el próximo sábado por la noche; se asombró al saber que yo desconocía este extremo. No creo que él y Magnus sean tan amigos como al principio: la invitación le llegó en forma de una breve nota que no

decía nada de la señora Bryant ni del doctor Rhys, ni de lo que iba a ocurrir. En cambio, habló muy amablemente de Edward, y confesó que su aparente desagrado para con él había sido propiciado por la envidia... de su juventud, de su talento y de su belleza. Por esta razón me sentí un poco más cercano a él. Estaba evidentemente nervioso —¿quién no lo estaría?— por la sesión de espiritismo. Creo que es un hombre honesto y honrado, y creo que tendré menos miedo sabiendo que estará presente.

Durante todo el tiempo que estuvimos hablando, no se escuchó ni un solo sonido en la casa, pero tuve la firme sensación de que desde cada ventana de la mansión había alguien observándonos. Cuando el señor Montague se alejó por la hierba segada, llamó mi atención un ligerísimo movimiento en las sombras del viejo cobertizo en que se guarda el coche. Era Bolton, espiando desde la entrada; cuando se dio cuenta de que yo lo había visto, se escondió tras la pared y desapareció.

Viernes... alrededor de las nueve de la noche

La señora Bryant llegó en su coche alrededor de las tres de la tarde, acompañada por Magnus, que venía a caballo. Desde el salón que ella misma iba a ocupar estuve observando durante el tiempo suficiente para ver quién la acompañaba. Aparte del doctor Rhys, venían sólo dos de sus criados: un mozo y el cochero. A los criados se les ha asignado un pequeño dormitorio en el externo opuesto de la amplísima cámara preparada para ella; el doctor Rhys tendrá una habitación al principio del pasillo, así que estará cerca de la señora si se le necesita.

Decidí quedarme en mi habitación hasta que Magnus me reclamara, y esperé durante tres largas horas, con el corazón latiéndome violentamente cada vez que oía pasos en el exterior, en el pasillo, pero nadie llamó a la puerta. Clara se despertó y estuvo inquieta durante unos minutos, lo cual me ayudó a distraerme. Alrededor de las seis llamaron suavemente a mi puerta, pero sólo era Carrie: venía a decirme que al «señor» le gustaría que me uniera a nuestros invitados en la vieja galería a las siete y media; la cena se serviría a las ocho y media. Y así tuve que afrontar otra penosa vigilia mientras la luz del sol desaparecía por encima de las copas de los árboles, al otro lado de la ventana. Pensé que Magnus seguramente desearía darme instrucciones sobre cómo debía comportarme, pero no apareció. A las siete Clara aún estaba despierta, y no tuve más remedio que darle una cucharada del cordial Godfrey^[48], porque no sabía cuánto tiempo me vería obligada a estar lejos de ella.

Carrie volvió a las siete menos cuarto para ayudarme a vestir, aunque no precisaba excesiva ayuda, porque había escogido deliberadamente el mismo vestido gris, sin aros ni polisón, que había llevado a casa de la señora Bryant un mes antes. Para cuando el reloj dio la media, las últimas luces del atardecer se habían desvanecido en mi ventana.

Hasta esta noche, el pasillo que hay tras la puerta de mi habitación siempre había estado a oscuras. Ahora se han encendido velas en los quinqué de las paredes, pero el cristal está tan renegrido que sólo pueden ofrecer una luz turbia y tenebrosa. Todo huele a cerrado y a rancio. Esperando encontrarme en cada esquina a Magnus aguardándome con una sonrisa, fui caminando por todo el pasillo en penumbra hasta el rellano. Las puertas dobles de la galería estaban abiertas.

A lo largo de ambas paredes había una hilera de ondulantes llamas. Las ventanas altas brillaban con una débil luz fría; y más arriba aún, el techo permanecía en la más completa oscuridad. En el

centro de la gran galería, a unos veinte pasos de mí, había más velas encendidas sobre una pequeña mesa redonda, iluminando los rostros de Magnus, de la señora Bryant y del doctor Rhys, de tal modo que sus cabezas parecían estar colgando sobre las llamas.

—¡Ah, estás aquí, querida...! —dijo Magnus, exactamente como si me hubiera visto cinco minutos antes, y no hubiéramos estado separados en realidad varios días.

Avancé reticente hacia ellos. La señora Bryant, resplandeciente en su vestido de seda carmesí y luciendo un generoso y pálido escote, me saludó con desgana; Godwin Rhys hizo una torpe reverencia.

Tras ellos, el muro del extremo más alejado de la galería estaba dominado por una inmensa chimenea. Pero lo que verdaderamente me sorprendió fue aquella mole erguida con aspecto de armadura que se elevaba en las sombras junto a la gran chimenea. La espada relucía entre aquellas manos enguantadas; en aquella luz cambiante, la figura parecía alerta, viva, vigilante. En el interior de la chimenea había un gigantesco cofre de metal oscuro: era la tumba de sir Henry Wraxford. «Ya he estado antes aquí», pensé, pero aquel destello de reconocimiento se desvaneció antes de que pudiera identificarlo.

—El doctor Wraxford nos estaba contando el descubrimiento que hizo entre los papeles de su difunto tío —dijo la señora Bryant con impaciencia.

Hablaban como si yo les hubiera hecho esperar, y me di cuenta de que Magnus lo había preparado todo para que ocurriera así.

—Sí, efectivamente —contestó Magnus. Su tono de voz era tan cordial como siempre, pero con un rasgo de inquietud expectante. Sus dientes reflejaron la luz cuando sonrió, y las pupilas de sus ojos brillaron como llamas gemelas—. Pero quizás deberíamos volver sobre el misterio de su desaparición... absolutamente incomprensible para cualquiera que haya conocido este lugar. Para recapitular: el criado de mi tío, Drayton, le vio retirarse a su estudio a las siete de la tarde el día de la tormenta. Cuando el señor Montague llegó aquí al día siguiente por la tarde, se vio obligado a romper las puertas, y descubrió que todas las que dan al rellano estaban cerradas y candadas desde dentro, y que las llaves aún permanecían en las cerraduras. Nosotros hemos intentado en vano cerrar todas estas puertas desde el exterior, y ni siquiera hemos conseguido que quedaran entornadas. Y, por lo que sabemos, no hay ningún pasadizo secreto, ninguna puerta falsa, ningún escondrijo del cura ni nada semejante. Los tiros de las chimeneas son demasiado estrechos para que pueda pasar un hombre adulto... incluso un hombre tan pequeño como mi tío. Así pues: ¿qué fue de él?

»La única explicación racional (la única que puedo atisbar) es que saliera de algún modo por esa ventana —y señaló una que había sobre la armadura—, que bajara por el cable del pararrayos y se adentrara en el bosque, y se cayera, como se supone de su predecesor Thomas Wraxford, en una de las viejas minas de estaño. No es imposible: encontramos esa ventana cerrada, pero no estaba echado el pestillo. No es imposible, sólo increíble, pensar que un frágil anciano pudiera haber hecho todo eso en la más completa oscuridad, en una noche de terrible tormenta. Yo mismo he escalado esa pared, en bastantes mejores condiciones, y puedo asegurarles que no es una experiencia agradable.

Su mirada centelleó cuando dijo esas últimas palabras mirándome. Apreté los dedos hasta que las uñas se me clavarón en las palmas de las manos, intentando ocultar mi dolor. Durante un año y medio le había temido: ahora supe que lo odiaba.

—Pero si prescindimos de esa ventana, nos veremos forzados a considerar... otras posibilidades

menos racionales. Como ustedes saben, el día de su desaparición mi tío quemó una gran cantidad de papeles, incluyendo el manuscrito de Tritemio.

Magnus me lanzó una mirada nuevamente, como si quisiera decirme: «Oh, querida, sé perfectamente que no has oído hablar de Tritemio en tu vida».

—Y saben también que mi tío tenía la extraña convicción (derivada de Tritemio y posiblemente de Thomas Wraxford) de que el poder de un rayo podría utilizarse para invocar un espíritu, empleando esa especie de armadura para recoger toda la fuerza de la descarga. El otro día, al pasar por su estudio, encontré una hoja de papel que había caído tras una hilera de libros: tenía anotaciones, garabateadas apresuradamente, y en algunas partes eran absolutamente incomprensibles.

Sacó de su chaqueta una hoja de papel arrugada.

—No les cansaré a ustedes con la narración de mis esfuerzos por descifrar esta nota. La primera frase legible es: «Por fin, averiguado el significado de T». No sé si «T» es Thomas o Tritemio. Después se refiere a la armadura como «un portal» (esta palabra está muy subrayada) que puede utilizarse para «invocar» o para «ir al otro lado sin necesidad de morir» y rezaba para tener «fuerzas para soportar la prueba». En otras palabras, él creía que si se encontraba en el interior de la armadura cuando cayera un rayo, pasaría al otro mundo sin daño ni dolor, como se dice que los resucitados ascenderán al Cielo el Día del Juicio, según narran las Escrituras.

—Pero seguramente —dijo el doctor Rhys— cualquiera lo suficientemente loco como para ocupar esa armadura durante una tormenta eléctrica acabaría muerto... de hecho... ¿no es posible que su señor tío hiciera exactamente lo que usted sugiere y acabara reducido a cenizas, o incluso a vapor de agua, por la fuerza del rayo?

—Es posible, sí. Pero yo no he encontrado ni rastro de cenizas ni pruebas de nada quemado en el interior de la armadura. Por otro lado, hay hombres que han sido golpeados por el rayo y han sobrevivido... —se detuvo, como si se le hubiera ocurrido algo nuevo—; y otros han muerto instantáneamente o han quedado completamente carbonizados... Pero no conozco ningún caso en el que la víctima simplemente haya desaparecido de la faz de la tierra.

»Y, estoy de acuerdo, todo esto parecería absolutamente increíble si no fuera por el hecho incontrastable de la desaparición de mi tío. Para un científico no hay más que un camino: poner a prueba la hipótesis.

—Pero mi querido doctor Wraxford —dijo la señora Bryant—, no podemos estar sentados aquí durante días o semanas... esperando un rayo.

—Afortunadamente no hay necesidad de eso. He conseguido hacerme con un generador eléctrico... un aparato para crear una poderosa corriente eléctrica que Bolton manejará desde la biblioteca, así no nos molestará. La corriente se dirigirá hacia la armadura por medio de cables que pasan bajo la puerta. Aunque no será tan fuerte como un rayo, al menos la carga es continua.

»Hay una teoría, ya lo saben ustedes, según la cual el fundamento de los espíritus puede ser eléctrico. Para que los espíritus se comuniquen con los vivos (la cuestión que intentaremos mañana por la noche), esos entes con seguridad deben estar compuestos de... algo. Un algo capaz de almacenar energía y, sin embargo, evidentemente inmaterial. Así pues, para un científico es natural pensar en términos de fuerzas eléctricas y magnéticas.

»Incluso he comenzado a plantearme que la obsesión de mi tío, quizás, no era tan alocada como yo había supuesto. A menudo se dice que los dioses manejan rayos, y aunque esta imagen representa el

primitivo temor ante las fuerzas de la naturaleza, puede también esconder una intuición certera. La misma idea se aplica a las prácticas espiritistas de unir las manos alrededor de una mesa. Los fantasmas y los espíritus se describen generalmente como emanaciones de luz... Uno piensa en el fuego de San Telmo o en los rarísimos fenómenos de los rayos en bola^[49]... Ustedes dirán que es una analogía descabellada, pero exactamente igual que un campo magnético puede hacer que un montón de limaduras de hierro se ordenen de acuerdo con un patrón complejo, así el alma, o el principio vital (llámenlo como prefieran), anima el cuerpo terrenal. ¿No podría ser que ese principio vital sea eléctrico, y que adopte alguna forma más sutil que la ciencia aún no ha podido comprender?

»Como les digo, estas son meras teorías, pero ciertamente nunca tendremos mejor oportunidad para comprobarlas. Mañana por la noche intentaremos invocar a un espíritu, pero si eso fallara, estoy deseando probar un experimento más audaz: he ordenado a Bolton que active el generador eléctrico a toda potencia, y yo mismo ocuparé la armadura.

—Pero... mi querido Magnus —dijo la señora Bryant, olvidando cualquier gesto de discreción—, eso es correr demasiados riesgos...

—Confieso que se precisaría una buena dosis de valor para intentarlo durante una tormenta —dijo Magnus—. Pero así es como avanza la ciencia. Y si tenemos éxito... si hay algo de verdad en ese asunto del «portal»... entonces sus sueños, señora Bryant, se habrán hecho realidad... Puede que no sepas, querida —dijo, volviéndose hacia mí con su sonrisa más encantadora, mientras la señora Bryant ostentaba su triunfo—, que la señora Bryant desea fundar un retiro para espiritistas: un lugar donde las condiciones de estudio sean peculiarmente favorables, apartado del ajetreo de la vida diaria...

Miré a uno y a otro con gesto de incredulidad.

—Esta es una casa magnífica, señora Wraxford —dijo Godwin Rhys—. Desgraciadamente necesita reformas, desde luego, pero podría ser el orgullo del condado. Y una historia tan pintoresca, la desaparición de dos de sus propietarios, sólo le añade cachet...

—Evidentemente, doctor Rhys —me oí decir—, mi marido no les ha contado que mi prometido, el señor Edward Ravenscroft, murió aquí hace dos años. De lo contrario usted no hablaría tan frívolamente de este maldito lugar. Asistiré a tu sesión de espiritismo, Magnus, porque así lo ordenas, pero no cenaré aquí. Y ahora, discúlpeme...

Había olvidado la amenaza del manicomio, y había olvidado incluso por un instante a Clara. El doctor Rhys se quedó con la boca abierta, pero no profirió sonido alguno; la señora Bryant me miró con temor. Yo lancé una mirada a Magnus cuando me volvía para marcharme, pero en vez de ira... sólo vi triunfo en él. La última imagen de su sonrisa me acompañó hasta la puerta.

Acaban de dar las diez; mi mano aún tiembla mientras escribo. Clara no se ha movido: apenas la siento respirar. Fue una locura darle láudano, pero... ¿qué otra cosa podía hacer? Una vez más, temo que mi ira me haya traicionado y finalmente haya acabado actuando exactamente como pretende Magnus. Casi esperaba que se me emplazara de inmediato a acudir al comedor, pero Carrie subió con una bandeja hacia las nueve menos cuarto, lo cual no hizo sino confirmar mis sospechas. Me había estado provocando, pero yo no lo había comprendido... del mismo modo que la señora Bryant y el doctor Rhys no comprenden que Magnus está jugando con ellos como si fueran marionetas. Pero...

¿qué pretende? ¿Por qué, después de halagar tanto mi «don», ni siquiera lo ha mencionado esta noche? Y si la sesión de espiritismo va a ser un perfecto engaño, ¿por qué quiere que yo esté aquí? Todos parecen someterse a su embrujo, y debe saber que si su plan fracasa, yo seré la primera en denunciarlo... No tiene sentido...

Pero si Magnus cree realmente en ese monstruoso asunto de la armadura, entonces... eso significa...

Son las diez y cuarto de la noche

Alguien ha deslizado un mensaje por debajo de mi puerta. Ha debido de ocurrir en los últimos minutos; estoy segura de que no estaba ahí cuando he ido a ver a Clara. Es una sencilla cuartilla de papel, doblada una sola vez, sin firma. La caligrafía es femenina... casi podría ser... la mía.

Venga a la galería esta medianoche. He descubierto el secreto y debo hablar con usted en privado. Destruya esta nota y no se lo cuente a nadie.

¿Quién puede ser? Con seguridad, no será la señora Bryant. Incluso aunque hubiera realizado un espantoso descubrimiento respecto a Magnus, yo sería la última persona a la que esa mujer acudiría. ¿Uno de los criados? No lo creo... Ninguno de ellos se atrevería... o querría... ofender a Magnus. Podría ser el doctor Rhys... pero él seguramente acudiría a la señora Bryant, no a mí.

¿Puede que haya alguien escondido en la casa? Los pasos que creí oír la otra noche... ¿pero quién... y por qué...? O quizás no es más que una trampa.

Pero si hay alguien que verdaderamente quiera ayudarme... Podría ir antes de la medianoche y esconderme tras un tapiz... aunque, entonces, no tendría modo de escapar. No... Iré a la biblioteca y abriré un poco una de las puertas de acceso a la galería: así podré ver lo que ocurre. La luna ya está muy alta en el cielo: no necesitaré luz. Si me descubren, siempre podré decir que he ido a la biblioteca a buscar algo para leer.

Debo arriesgarme.

Quinta parte

Narración de John Montague

Si Magnus y yo no nos hubiéramos encontrado con George Woodward aquella mañana en Aldeburgh, jamás habría conocido a Eleanor Unwin; ni Magnus tampoco, quizás, y ella podría estar en estos momentos felizmente casada con Edward Ravenscroft. Con seguridad, nunca la habría visto como la vi aquella primera noche en la rectoría: una joven ataviada con un sencillo vestido blanco, con la melena castaño oscuro recogida, recortada en las luces del sol del atardecer, que consiguió transportarme de nuevo a Orchard House y a mi primera visión de Phoebe, de pie junto a su madre en aquella tarde de verano...

Desde luego, es imposible, pero juraría que permanecí allí plantado inmóvil durante varios minutos, atrapado en una especie de doble visión en la cual apenas era capaz de distinguir dónde me encontraba, y, sin embargo, sólo tenía que avanzar unos pasos para comenzar mi vida con Phoebe de nuevo. La visión se diluyó cuando Magnus y yo avanzamos, y entonces vi que Eleanor Unwin era bastante más alta que Phoebe y que sus rasgos eran más sobrios, sus huesos más prominentes y su cabello tenía matices de castaño mucho más oscuros. Cuando sus frágiles dedos tocaron los míos sentí una pequeña y profunda conmoción... como cuando uno camina sobre una alfombra sin zapatos y da un salto hacia atrás cuando siente algo extraño en el pie. No pareció que ella notara nada; me di cuenta de que yo estaba mirándola fijamente como si de hecho hubiera visto un fantasma, y entonces la oí decir que estaba comprometida.

Es verdad que envidié a Edward Ravenscroft; en aquel momento me dije que aquel joven no era más que un petímetre, que su pintura era vulgar y superficial, que de ninguna manera podía merecer a aquella joven. Sólo vi a Nell —siempre pienso en ella con ese nombre, una vez que me di cuenta de que todos los que la querían la llamaban así—, sólo la vi una vez más antes de que se casara con Magnus; fue un breve instante, durante una dolorosa conversación en la cual ella se mostró clara y profundamente disgustada conmigo.

Decidí irme al extranjero, y me apliqué de nuevo, y una vez más, a la pintura. Le vendí a Magnus el cuadro de *Wraxford Hall a la luz de la luna*, porque así me lo había pedido en numerosas ocasiones. Si hubiera sabido que tenía la intención de casarse con Nell, jamás lo habría consentido. Pero cualquier intento de olvidarme de ella fue en vano, como pude comprobar muy pronto: mientras iba de un magnífico escenario a otro, comprendí que había perdido cualquier interés en los paisajes, y sólo podía decir, con Coleridge: «Los veo todos tan maravillosamente hermosos, / veo cuán preciosos son, ¡pero no los siento!»^[50].

El único asunto que verdaderamente me interesaba era Nell. En vez de olvidarla, tal y como yo esperaba, me encontré recordando cada pequeño matiz de su rostro, los rasgos sutiles de las comisuras de sus labios, la ligerísima asimetría de su rostro, el movimiento de sus manos, los aéreos mechones de pelo escapando de su recogido. Intenté sin descanso esbozar su rostro de memoria, y aunque ninguno de mis intentos me satisfizo, no pude quemar ni romper ninguna de sus imágenes, y las guardé todas hasta que mi portafolios estuvo completamente lleno.

Regresé a Aldeburgh un año más tarde, sabiendo, por supuesto, que ella se había casado con Magnus... y se suponía que felizmente. El caso de Cornelius Wraxford aún permanecía sin resolver; yo había dejado el negocio en manos de mi socio, pero no pude renunciar al último lazo que me unía a Nell... cualquiera que este fuese. Las cartas de Magnus eran siempre cordiales, pero no decía nada de Nell que fuera más allá de los cumplidos formales, y mis sentimientos de culpabilidad me prohibían preguntar por ella. En febrero de 1868 Magnus me escribió diciendo que «la señora Wraxford ha dado a luz a una niña...». Me sobreocogió incluso entonces la lejanía de aquellas palabras. Le envié mi más cálida enhorabuena y le pedí más detalles, pero no hubo contestación. La propiedad de los Wraxford pasó a manos de Magnus en agosto; a primeros de septiembre vino a la oficina para recoger las llaves, tan bienhumorado como siempre, pero parecía que le corría mucha prisa hacerse con la casa. Supe que él y su criado iban a quedarse por aquí y esperé una visita o una invitación, pero ninguna de las dos cosas ocurrió, hasta que recibí esta nota:

Mi querido Montague:

Lamento mucho haberle tenido tan abandonado últimamente. Puede que recuerde aquella noche en Chalford, cuando esbocé cierto experimento físico. Me complace mucho comunicarle que procederemos a ejecutarlo el próximo sábado por la noche y estaría encantado de que usted pudiera asistir al mismo en calidad de testigo imparcial. La señora Wraxford estará en la mansión esta semana; otros asuntos me reclaman en la ciudad, y no iré hasta el viernes.

Queda a su disposición, sinceramente suyo,

MAGNUS WRAXFORD

Yo sabía que sería lo más imprudente que podría hacer, pero me venció la idea de ver a Nell a solas... incluso aunque me rechazara al instante. Aunque había comprado un pony y un tilburi, no fui en él hasta la mansión, sino que amarré el caballo en los límites de Monks Wood e hice el resto del camino a pie. Era un maravilloso día de otoño, cálido y fresco sucesivamente, pero apenas lo noté mientras avanzaba a través del bosque, caminando deprisa, hasta que el sudor comenzó a gotear en mi frente.

Yo esperaba que, cuando menos, las maderas a la vista se hubieran repintado, pero el único cambio visible en la mansión era que se había segado la hierba alta y la maleza que había alrededor de la casona. Todo lo demás estaba asilvestrado y descuidado, erizado con tallos muertos de cardos y ortigas. Bañada por la luz del atardecer, Wraxford Hall aparecía, por una vez, más pintoresca que amenazante.

Inmediatamente me di cuenta de que Nell había cambiado. Había adelgazado, y se notaba especialmente en su rostro, y las sombras bajo sus ojos eran más oscuras; sin embargo, ninguno de mis cientos de esbozos le hacía justicia. Me detuve unos pasos delante de ella.

—Señora Wraxford —dije—. Yo... bueno... he sabido que se encontraba usted en la residencia y pensé que podía pasar a presentarle mis respetos.

—Es muy amable por su parte, señor. ¿Debo entender que mi esposo le ha pedido que viniera?

—Bueno... no, no... —respondí con cierta incomodidad—. Él me ha invitado, como usted sabe, para que sea testigo de... en fin... del experimento del sábado por la noche... pero... bueno, mencionó que usted se encontraba aquí y por eso...

Llevaba un sencillo vestido de tela gris clara, con el pelo recogido y trenzado tal y como yo lo

recordaba. Aunque en el exterior el día era suave y templado, el ambiente del gran recibidor era tan mortalmente gélido como siempre, y estaba cargado con olores a humedad, a esteras de crin viejas y a tapices apolillados. Miró hacia Bolton, que rondaba en las penumbras de los pasillos, y sugirió que saliéramos fuera.

—Lamento mucho... —dijo cuando la puerta principal se cerró tras nosotros—. He venido guiado por un impulso... pero quizás lo estoy molestando a usted...

—No —dijo—. Sólo estoy un poco sorprendida. En realidad, mi marido no mencionó que usted fuera a reunirse con nosotros... En fin, ni siquiera sé en qué consiste el experimento que ha planeado para el sábado.

—Ya entiendo... No sabía que...

—Hay un banco en ese otro lado de la casa —dijo—, debajo de mi ventana. Allí podré oír a Clara si llora... Clara es mi hija.

Cuando abandonamos el camino de hierbajos amarillentos me di cuenta de que pasariamos por el lugar donde se cayó Edward Ravenscroft. Mis pasos crujieron fuerte sobre la gravilla.

—Magnus me dijo que... que usted había tenido un bebé. Le habría escrito para felicitarla, pero yo no... no estaba yo... —mi voz se fue apagando de nuevo, al tiempo que observaba los árboles que nos circundaban—. Es un lugar desolador... Dice usted que necesita estar cerca de su bebé... ¿no tiene una niñera?

—No. Mi doncella tuvo que dejarme, justo cuando vinimos aquí. Yo misma me ocupé de Clara... lo he elegido yo, porque no quiero confiársela a una extraña —añadió al ver mi expresión de sorpresa—. Sí... es un lugar desolador... Se llevó la vida del hombre que más he amado en el mundo.

Habíamos girado la esquina de la mansión mientras ella estaba hablando. Vi el cable negro, con aquella mancha de óxido cayendo como sangre por la pared, de arriba abajo.

—Ya sé que usted cree que Edward Ravenscroft me disgustaba —dijo de repente—. La verdad, para mi vergüenza, es que le envidiaba... envidiaba su juventud, su entusiasmo, su talento y sobre todo... En fin, baste decir que si la pérdida de mi propia vida pudiera devolvérselo a usted, estaría encantado de hacer ese sacrificio.

Mi voz se quebró con la última frase y las lágrimas anegaron mis ojos. Ella cogió mi brazo y me llevó por el desastrado césped hasta el banco, una especie de poyo incrustado en la piedra del muro.

—Es un sentimiento muy generoso por su parte, señor Montague —dijo cuando hube recobrado la compostura—, y me agrada saber que usted no... despreciaba a Edward, como yo había creído.

—Todo lo contrario... La envidia nace de la admiración, no del desprecio... Discúlpeme, pero... me ha parecido que antes insinuaba usted que no está aquí por gusto...

—Este es el último lugar en el mundo donde desearía estar, señor Montague. Pero Magnus así lo ha querido, y debo obedecerle. ¿Puedo preguntarle, señor, qué le ha dicho a usted de ese... experimento, como él lo llama?

—Sólo tengo de él una nota diciendo que se alegrará de verme de nuevo el sábado, cuando intentará llevar a cabo el experimento que bosquejó aquella noche... cuando la vi a usted por vez primera, en la rectoría.

—¿Dijo algo sobre cuál sería mi cometido en ese experimento?

—Nada en absoluto... sólo que la señora Wraxford enviaba sus saludos. Ni siquiera decía si iba usted a estar presente.

—¿Y mencionaba a la señora Bryant?

—Tampoco... Sólo se entendía que participarían más personas. Pero... el criado me dijo que Magnus no llegaría hasta mañana por la tarde. ¿Puedo preguntarle por qué se encuentra usted aquí sola con su niña?

—Magnus quería que viniera antes... para que tuviera tiempo para instalarme, puesto que no quería separarme de Clara.

—Comprendo. Y... bueno... ¿quién es la señora Bryant?

—Una viuda rica. Una espiritista. Magnus dice que es... su «mecenas».

La observé inquisitivamente, y de inmediato volví a apartar la mirada.

—No sé nada de sus amigos, señor Montague. Dígame... ¿han conservado usted y Magnus aquella estrecha amistad?

—No, no somos tan amigos como antes... como yo creía que éramos. Desde que... desde que ustedes se casaron, sólo lo he visto un par de veces... ¿no se lo ha dicho? Siempre le pedía que le diera recuerdos de mi parte... cuando tratábamos los asuntos de esta propiedad. Sigue siendo tan cordial como siempre, pero hay un distanciamiento... Sobre todo, es muy renuente a la hora de hablar de usted.

Yo había estado observando las ruinas de la vieja capilla, semienterrada bajo una cubierta de ortigas, pero ahora volví la mirada hacia ella.

—¿Puedo preguntarle, aunque no tenga derecho a planteárselo, por qué decidió casarse con Magnus?

—Por temor, señor Montague... o eso me parece ahora. ¿Me da su palabra de honor de que nunca va a hablar de esto?

—Se lo juro por mi vida.

—La «amiga» de la que hablé... aquella noche en la rectoría... era yo misma. Tuve una visión... vi una aparición... que presagiaba la muerte de Edward, aunque nada supe de dónde o cuándo o cómo se produciría; ocurrió incluso antes de que lo conociera. Y después... Magnus dijo que podría librarme de esas «visitas», como yo las llamaba; intentó mesmerizarme, pero al principio no pudo. Me advirtió que si las «visitas» volvían a producirse, podrían encerrarme en un manicomio (incluso mi misma madre me había amenazado antes con ese castigo), a menos que yo me casara con alguien que lo comprendiera y que pudiera protegerme... es decir... con él. Nuestro matrimonio fue un error... por ambas partes, aunque Magnus nunca lo ha admitido, en absoluto. Él hace ver que todo es maravilloso, pero me temo que me odia... y yo debo obedecerle y someterme a sus deseos... por el bien de Clara.

Las palabras salieron de sus labios casi tropezando unas con otras, y las lágrimas con ellas. Me di cuenta entonces de que le había cogido la mano entre las mías... Con un gran esfuerzo, volvió a dominarse y se liberó gentilmente de mis dedos.

—Nell —dije su nombre sin querer—, si yo hubiera sabido... ¿Te ha maltratado?

—No —contestó—. Me deja que haga lo que quiera, absolutamente. Esto es lo primero que me pide desde que... la primera cosa que me pide. Ya ve: él cree que tengo algún poder de clarividencia...

—¿Y usted lo cree?

—No quiero creerlo; y me esfuerzo por no tenerlo. Esas «visitas» son una maldición, una enfermedad; todo mi deseo era poder librarme de ellas, y eso fue lo que me confundió y lo que me

obligó a casarme con él. Y por eso es por lo que estoy aquí. Él dice que la sesión de espiritismo requiere sólo mi presencia; no sé si creerle.

—Pero obligarla contra su voluntad... y obligarla a traer a la niña aquí... al peor lugar imaginable...

—No puedo culparlo por eso; él quería que dejara a Clara en Londres, y yo me negué. Puede que usted piense que fue una decisión egoísta y cruel por mi parte, pero a Magnus no le importa nada la niña (él quería un varón), y si le desobedezco, me encerrará. El médico de la señora Bryant parece embrujado por él y firmaría el certificado, estoy absolutamente segura de ello.

—Pero usted no se comporta como una loca... ¿Todavía sufre esa... dolencia?

Negó con la cabeza en silencio.

—Entonces, no tiene fundamentos para confinarla. Además, un médico no debería certificar nada sobre su propia esposa, y la ley no lo permite. ¿Le ha amenazado con encerrarla?

—No, con esas palabras... no; sólo ha sido una insinuación.

—Discúlpeme, pero... ¿está usted segura de que en ese caso...?

—No, señor Montague: no estoy segura. Esa es la maldición de mi situación. Magnus es absolutamente impenetrable para mí: no sé qué piensa realmente, ni qué siente, ni qué cree. Pero eso no importa mucho. No puedo arriesgarme a desobedecerle, por el bien de Clara. Y me ha dicho, o al menos eso he podido entender, que si la sesión de espiritismo resulta un éxito, estaría de acuerdo en una separación.

—¿Y si no resulta un éxito?

—No lo sé; él no me ha dicho nada y yo no me he atrevido a preguntárselo.

Me quedé en silencio durante unos instantes, con la mirada clavada en la gravilla que rodeaba mis pies.

—Si hay algo que pueda hacer... —dije.

—Hay una cosa... —dijo—. Tengo un diario, una relación de mi vida desde que me casé. Lo he traído conmigo, no sabiendo qué otra cosa hacer, pero preferiría que estuviera en un lugar seguro. ¿Querría usted guardarlo por mí? ¿Me promete guardarlo y no enseñárselo a nadie, a menos que yo se lo diga?

—Se lo prometo, por mi vida.

—Entonces, iré a buscarlo... No, usted quedese aquí. Serán sólo unos minutos.

Se fue rápidamente, lanzando miradas de desconfianza a la explanada vacía mientras caminaba, en tanto yo me quedé allí sentado, lamentando no haberle confesado mis celos de Edward aquella tarde de invierno en la rectoría. Pero si ella y Magnus se separaban, ¿sería posible...? De pronto me descubrí observando también muy detenidamente la explanada, y especialmente la ruinosa hilera de edificaciones anexas que había a mi derecha. Algo atrajo mi atención; algo oscuro, moviéndose en la sombra de los viejos establos. De pronto me sentí un extraño allí, como un intruso en los dominios de Magnus.

Una puerta crujió a mis espaldas, y Nell reapareció con un paquete en las manos. Cuando lo cogí, una corriente de comprensión fluyó entre nosotros. Levantó su rostro hacia mí y nuestros labios se rozaron antes de que ella susurrara: «Debe irse...». Miré atrás una vez más, mientras me alejaba por la hierba recién segada, a tiempo para ver que la puerta se cerraba tras ella.

Regresé a Aldeburgh con el pensamiento enfebrecido por las fantasías más alocadas, con todos mis sentidos inflamados por aquel embriagador momento... El día siguiente me trajo toda una agonía de deseo y temor. Pensé en la llegada de Magnus, y me atormenté preguntándome hasta dónde podía entenderse que Nell podía «hacer lo que quisiera». Casi había olvidado que yo mismo iba a acudir a la sesión de espiritismo, y sólo pensé en volver a ver a Nell. A mediodía del sábado, incapaz de mantenerme en los estrechos límites de mi hogar, bajé caminando hasta la posada de Cross Keys Inn y allí supe lo que ya constituía el comentario general del pueblo: la señora Bryant había muerto y Nell y su hija habían desaparecido durante la noche.

El testigo principal de todos aquellos acontecimientos era Godwin Rhys. De acuerdo con su testimonio en la investigación (el cual transcribo aquí aproximadamente con sus propias palabras), él se había unido a Magnus y a la señora Bryant en la vieja galería en torno a las siete y cuarto aquella noche. Discutieron sus planes de cara a la sesión de espiritismo de la noche siguiente; la señora Wraxford se reunió con ellos unos veinte minutos más tarde. Parecía nerviosa e in tranquila. Cuando el doctor Rhys, en sus propias palabras, le recordó sin querer «la muerte de su novio en la mansión, unos dos años antes», ella pareció angustiarse notablemente y abandonó la galería. Los demás continuaron su conversación tras la cena hasta las diez, cuando el doctor Rhys y la señora Bryant se retiraron a sus aposentos, dejando a Magnus en las escaleras.

El doctor Rhys (que duerme muy mal, según su propio testimonio) se fue a la cama alrededor de las once, pero aún estaba despierto cuando dio la media. Poco después oyó suaves pisadas en el pasillo, pasando junto a su puerta... Pensó que era una mujer, y dio por hecho que sería una de las criadas. Su habitación se encontraba al principio del pasillo, prácticamente en el rellano. Ya habían dado las doce menos cuarto, y él había comenzado a dormitar cuando le despertó el sonido de una llave que giraba en una cerradura. Aunque al otro lado del cristal de su ventana todo eran sombras, hacia una noche de luna clara. Abrió su puerta un poco y vio a la señora Bryant envuelta en lo que parecía un manto oscuro, cruzando el pasillo en dirección al rellano, protegiendo la llama de su vela con la mano. Por la expresión del rostro de la señora, el doctor se preguntó si estaría caminando en sueños.

Las luces del pasillo ya se habían apagado, así que sólo pudo seguirla hasta el rellano sin riesgo de ser visto. La brillante luz de la luna entraba por las altas ventanas del fondo. La señora Bryant apagó la vela y continuó por el rellano, pasó la biblioteca y avanzó hacia la galería: abrió allí las puertas y se perdió de vista. El doctor permaneció donde se encontraba, a unos cuarenta pasos de ella, mirando el abismo negro del hueco de la escalera.

Procedentes de la galería se oyeron débiles sonidos, como de alguien que caminara sin zapatos. Aquel arrastrar de pies cesó al fin; el doctor contuvo la respiración, es forzándose por distinguir otro sonido, incluso más débil: un apagado chirrido de bisagras, como si se estuviera abriendo una puerta, lenta y sigilosamente.

El grito que se oyó a continuación pareció explotar en el interior de su cerebro; un prolongado chillido de terror y repugnancia que se elevó hasta convertirse en un sonido insopportable, reverberando hacia

arriba y hacia abajo por el hueco de la escalera, en una cacofonía de ecos. Durante varios segundos, el doctor Rhys permaneció paralizado, hasta que llegó a sus oídos el ruido del abrir de puertas y de pasos apresurados.

El doctor Rhys fue el primero en llegar a la galería. Encontró a la señora Bryant derrumbada en el suelo, entre la mesa redonda y la armadura, petrificada y muerta, con los ojos abiertos y con las facciones contraídas en una expresión de indecible horror. Las dos doncellas de la señora Bryant llegaron corriendo cuando él ya estaba arrodillado junto al cuerpo, y breves instantes después vinieron Bolton y algunos de los otros criados. Magnus (como declaró más adelante Alfred, el mozo recadero) había salido a dar un paseo a la luz de la luna; oyó el grito desde una distancia de doscientas yardas, y regresó corriendo a la mansión.

Así pues, Magnus no llegó a la galería hasta varios minutos después de que lo hiciera el doctor Rhys. Su primera pregunta tras haber visto el cadáver fue: «¿Dónde está mi esposa?». Carrie, la doncella, fue enviada inmediatamente a la habitación de la señora Wraxford, y estuvo llamando a la puerta durante algunos instantes, hasta que su señora apareció ataviada con el camisón. Aislada del resto de la casa, se había quedado dormida y no había oído el grito de la señora Bryant. Cuando Carrie le dijo que la señora Bryant estaba muerta, contestó: «Entonces... ya no puedo hacer nada; dile a mi marido que lo veré mañana por la mañana». Y cerró la puerta. Carrie oyó cómo giraba la llave en la cerradura, por dentro.

El cuerpo de la señora Bryant se llevó después a su habitación, donde el doctor Rhys lo examinó. No encontró ni rastro de heridas; y todos los indicios apuntaban a que había muerto de un ataque cardíaco inducido por una fuerte conmoción. Pero... ¿qué había causado esa conmoción? Una rápida indagación por la galería y la biblioteca no reveló nada fuera de lo común. El sello que Magnus había colocado en la armadura en previsión de la anunciada sesión de espiritismo permanecía intacto; los movimientos de todo el mundo en la casa se explicaron y se justificaron plenamente. Magnus y el doctor Rhys decidieron esperar a que llegaran las primeras luces del día antes de enviar a un mensajero a la oficina de telégrafos de Woodbridge, y toda la casa se retiró para intentar dormir algunas horas un sueño desasosegado.

Alrededor de las ocho y media de la mañana siguiente, Bolton regresó de Woodbridge con la noticia de que no había podido encontrar a un doctor dispuesto a ir a la casa; todo lo que le habían dicho, después de saber que el médico de la señora Bryant ya se encontraba en la mansión, fue que él podría firmar perfectamente el certificado. Así pues, el doctor Rhys, a pesar de un considerable número de excusas, certificó que la causa inmediata del fallecimiento era un paro cardíaco producido por una fuerte impresión, junto a una larga enfermedad coronaria como causa añadida. Tal y como observó Magnus, era muy posible que la señora Bryant hubiera caminado sonámbula y que el ataque mortal se hubiera precipitado al despertarse y encontrarse de pronto en la galería.

Magnus y el doctor Rhys estaban todavía sentados a la mesa del desayuno (la señora Wraxford recibía todas las comidas en su habitación, así que no la esperaban) cuando un mozo llegó con las órdenes que había dictado el hijo de la señora Bryant. Un empleado de una funeraria y un criado suyo llegarían en el plazo de dos horas para hacerse cargo del cuerpo y llevarlo directamente a Londres para que un distinguido patólogo hiciera el examen pertinente. Después de saber esto, el doctor Rhys

quiso anular su certificado de fallecimiento, pero Magnus lo disuadió diciéndole que entonces daría la impresión de que tenía algo que ocultar.

Magnus ya había decidido cerrar la mansión y regresar a Londres aquel día, así que, consecuentemente, se envió a Carrie para que fuera empaquetando las cosas de la señora. Pero la doncella encontró la puerta cerrada y la bandeja del desayuno intacta en el pasillo, exactamente en el mismo lugar donde la habían dejado una hora y media antes. (Las órdenes eran llamar a la puerta y dejar la bandeja allí sin esperar a que la señora Wraxford saliera a cogerla).

A petición de Magnus, el doctor Rhys lo acompañó escaleras arriba hasta la habitación; forzaron la puerta: no estaba echado el pestillo, pero la llave se encontraba en una mesita que había junto a la cama. Descubrieron —o, más bien, Magnus descubrió, por indicación del doctor Rhys— un diario abierto sobre el escritorio, con una pluma sobre el cuaderno, como si la persona que lo estaba escribiendo hubiera sido interrumpida, y al lado, un cabo de vela que había ardido hasta el final. La cama estaba deshecha, la almohada desordenada. En la habitación de la niña, que no tenía una salida independiente, la manta de la cuna se hallaba apartada del mismo modo. Había una sábana sucia en el cesto y agua en el aguamanil; nada hacía pensar que hubiera habido forcejeos o una huida precipitada, o sobresaltos de ningún tipo. Según Carrie —aunque no podía estar segura, dadas las herméticas costumbres de la señora—, lo único que se echaba de menos era el camisón de la señora Wraxford y la toquilla de la niña.

Mientras esperaban a que se forzara la puerta, al doctor Rhys le había parecido que Magnus estaba procurando ocultar su furia, más que su preocupación. En varias ocasiones negó con un gesto de la cabeza, para sí mismo, como si estuviera diciendo: «Esto es precisamente lo que tendría que haber imaginado que haría mi esposa». Pero cuando comenzó a hojear el diario, su gesto cambió por completo. El color huyó de su rostro; sus manos temblaron; y un sudor frío perló su frente. Estuvo leyendo el diario durante uno o dos minutos, ajeno a todo cuanto sucedía a su alrededor; después cerró el cuaderno con un golpe seco y se lo guardó, sin más explicaciones, en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Buscadla por toda la casa! —le gritó enfurecido a Bolton, que estaba rondando junto a la puerta—. Y envía a una partida para que baten el bosque. No puede haber ido muy lejos con la niña... Rhys, tal vez quiera usted colaborar en la búsqueda mientras yo la intento encontrar por los alrededores...

Aquello fue una orden, no una invitación, así que el doctor Rhys empleó varias horas yendo de una habitación a otra sin obtener fruto alguno, y sin tener una idea clara de por qué estaba haciéndolo.

Un cuarto de hora después de saber, lo ocurrido, ya me encontraba yendo a buen paso en mi carroaje por el camino de Aldringham. El día era caluroso y el cielo estaba encapotado, y me vi obligado a dejar descansar a mi caballo en más de una ocasión, así que sólo después de un par de horas llegué a los límites de Monks Wood. A medida que me acercaba a la mansión comencé a oír voces y gritos de búsqueda en los bosques que se extendían a mi alrededor.

En la puerta principal de la casa había varios carroajes esperando, en la gravilla, con los caballos enjaezados para una partida inmediata. Los criados iban corriendo entre los vehículos, apilando maletas y bolsas y fardos. Un joven bajo y rubio ataviado con un traje de *tweed* estaba deambulando

junto al carro más grande, intentando ordenar la carga. Me miró tímidamente cuando me acerqué, y comenzó a explicarme que los empleados de la funeraria ya se habían ido... Durante un espantoso instante pensé que los enterradores se habían llevado a Nell. Tanto era su nerviosismo que sólo tras varios intentos pude averiguar que era el doctor Rhys y convencerle de que yo no era un médico cirujano, y aún precisé varios minutos más para sonsacarle un resumen de lo que había acaecido durante la noche. Estaba a punto de preguntarle por qué demonios estaban los criados empaquetando en la casa en vez de unirse a la búsqueda cuando vi a Magnus junto a los establos, hablando con un grupo de hombres. Dejé a Godwin Rhys retorciéndose las manos junto al carro y acudí con inquietud a reunirme con él.

Cuando me acerqué, Magnus se apartó del grupo: la mayoría eran trabajadores y pequeños granjeros, a algunos de los cuales pude reconocer. Bolton estaba distribuyendo algunas monedas entre ellos y durante un instante mis esperanzas volvieron a cobrar aliento.

—¿Qué se sabe? —grité, olvidándolo todo salvo mi preocupación por Nell—. ¿La han encontrado?

—No, Montague, no la hemos encontrado —dijo fríamente—. En realidad esperaba que usted pudiera darme alguna noticia al respecto...

Bolton me lanzó una mirada. Estaba alejado unos veinte pies... demasiado lejos, confié, para que pudiera oír, pero la expresión de su rostro fue suficiente para saber quién había estado espiándonos desde las sombras.

—No sé nada... —contesté, manteniéndole la mirada lo mejor que pude—. Si no ha aparecido... ¿por qué se va usted?

—Porque mi esposa no está aquí. Creo que se ha ido... premeditadamente... esta mañana temprano. Alguien debe de haber estado esperándola con un cabriolé, o algo parecido... —dijo, lanzando una mirada a mi vehículo—, y se la ha llevado lejos...

—¿Quiere decir que la han visto...?

—No, nadie la ha visto. Pero es la única explicación posible. No está en la mansión... No podría haber ido muy lejos ella sola por el bosque, con la niña... aunque, obviamente, continuaremos con la búsqueda de la niña.

—¿Qué...?

—Es posible, sobre todo si ha huido con un amante —añadió—, que haya abandonado a la niña o que se haya deshecho de ella.

—¡Eso es monstruoso...! —exclamé—. No puede usted creer eso... Ella nunca podría...

—Ya sé, Montague, que mantiene usted excelentes relaciones con mi esposa. Pero dudo que esa confianza alcance a comprender en qué estado se halla su condición mental, que en estos momentos es como mucho... precaria. Así pues, a menos que quiera usted decirme dónde y con quién se ha ido, aquí no hay nada que pueda hacer por mí.

—Magnus, le aseguro que no hay nada... —mis palabras se fueron debilitando ante su mirada—. La seguridad de su esposa es todo lo que importa en estos momentos. Imagine usted que su teoría es equivocada y que se ha perdido en algún lugar de los alrededores: ¿cómo puede usted arriesgarse a abandonarla?

—Creo que es bastante más probable que *ella* me haya abandonado a *mí*. Algunos de estos hombres, como le he dicho, continuarán la búsqueda por el bosque durante una hora más...

aproximadamente. Yo me quedaré aquí, ante la eventualidad de que pueda regresar; todos los demás partirán hacia Londres dentro de una hora... A propósito: estoy seguro de que estará usted de acuerdo conmigo en que sería del todo inapropiado que continuara siendo mi abogado aquí. Le agradecería que preparara las escrituras, las llaves y el resto de los papeles de Wraxford para que se ocupe de ellos el señor Veitch, de Gray's Inn, tan pronto como le sea posible. Tenga usted muy buenos días.

Se alejó a grandes zancadas hacia la casa con Bolton, que aún iba sonriendo maliciosamente, arrastrándose tras él.

Pasé aquella noche... o mejor sería decir que sufrió toda aquella noche acosado por visiones de Nell estrangulando a su hija, enterrando el cuerpo en Monks Wood y huyendo con su amante, a quien no pude evitar ponerle el rostro de Edward Ravenscroft. Logré apartar de mí aquellas espantosas imágenes, pero sólo para peor: de pronto tuve la convicción de que Magnus las había asesinado, a ella y a la niña, en un ataque de celos, con la intención de que las sospechas recayeran sobre mí. Estaba convencido de que en cualquier momento vendría la policía a detenerme con una orden de arresto. Pero... ¿y si ella le había abandonado realmente por mí? Aquella débil llamada a la puerta (que yo habría jurado haber oido una docena de veces a lo largo de la noche, aunque no había nadie fuera) podría ser Nell, con Clara en sus brazos... Y así pasé toda la noche, dando vueltas y vueltas en la cama, hasta que caí en un sueño cuyas pesadillas aún fueron peores que mis imaginaciones más siniestras.

El domingo por la mañana supe que la búsqueda se había abandonado alrededor de las tres y media, exactamente a la hora que Magnus me había dicho. Había persuadido a los hombres de la partida, junto al resto de los criados, de que estaba seguro de que la señora Wraxford, angustiada por la repentina muerte de la señora Bryant, había cogido a la niña y se había ido a visitar a unos amigos... olvidando informar de su viaje a los demás. La búsqueda, les aseguró, había sido meramente una medida de precaución. Él mismo se quedaría en la mansión durante un día o dos, por si acaso regresara; el resto de la servidumbre volvería inmediatamente a Londres. No pude encontrar a nadie que hubiera estado en la mansión cuando Magnus les dijo aquello, y, sin embargo, todos me aseguraron —jurando que se lo habían oido a alguien que sí había estado presente— que su comportamiento había sido el propio de un caballero educado que sólo pretende proteger a su esposa. Aldeburgh hervía con los rumores que afirmaban que Eleanor Wraxford había envenenado a la señora Bryant, que había ahogado a su pequeña hijita, que había enterrado el cadáver en Monks Wood y que se había fugado con un amante.

Ante todos los que me encontré, insistí en que todo aquello era una terrible calumnia que se arrojaba injustamente sobre una mujer inocente, y que era posible que esa misma mujer se encontrara en un gravísimo peligro en aquellos momentos, pero mis protestas sólo recibieron como respuesta cejas arqueadas y miradas de complicidad. Si Eleanor Wraxford era inocente, ¿por qué se había abandonado la búsqueda tan pronto? Y si la señora Bryant había muerto por causas naturales, ¿por qué se había trasladado el cuerpo a Londres para efectuarle una autopsia? Mucha gente se preguntaba en voz alta por qué yo no estaba con Magnus en la mansión. (Para él era la simpatía y la comprensión general). A esto, yo únicamente podía responder, aunque con poca convicción, que él

prefería estar solo. Ni siquiera me atrevía a preguntar qué rumores corrían sobre mí.

El tiempo continuó encapotado y mortecino, con el barómetro descendiendo lentamente, hasta el lunes por la tarde, cuando se oyó el retumbar de un trueno lejano y un espectáculo de relámpagos iluminó el horizonte del sur; y a continuación, una copiosa lluvia se derramó por el condado. Más adelante supe que las gentes de Chalford habían visto, la noche del domingo anterior, un único fagonazo de un rayo en la parte de Monks Wood, seguido medio minuto después por un débil sonido que podría haber sido un trueno.

El martes y el miércoles transcurrieron anodinamente. No podía afrontar la tarea de empaquetar todos los papeles de Wraxford ni me decidí a ordenar a Joseph que lo hiciera. Le dije a mi socio que creía que me encontraba un poco enfermo, pero aquello no pudo resultar de ningún modo convincente, ya que empleé la mayor parte de mi tiempo vagando de aquí para allá por los alrededores en busca de noticias. Me sentía objeto de la sospecha general, e imaginaba que la gente murmuraba a mis espaldas cuando me alejaba... Pero quedarme en casa era más de lo que yo podía soportar.

El jueves por la mañana me levanté muy tarde (la noche anterior bebí más whisky del que mi cuerpo admitía) y estaba fingiendo que desayunaba cuando mi mayordomo entró en la sala para decirme que el inspector Roper, de Woodbridge, estaba en el recibidor y quería verme.

—Hazle pasar —murmuré, enjugándome el sudor que comenzaba a humedecerme la frente.

Yo conocía un poco al inspector Roper, un hombre de pecho fornido y cincuentón, pero cuando oí sus pesadas zancadas, no pude por menos que levantarme, luchando contra el insensato deseo de huir. Su rostro lúgubre, con el color y la consistencia de un bizcocho, le conferían una inicial impresión de estupidez, hasta que uno se percataba de que sus ojos —pequeños, hundidos, perspicaces— le estaban observando inquisitivamente.

—Le ruego que me perdone, señor, pero su pasante me dijo que estaba usted en casa, así que me tomé la libertad de venir...

—No se preocupe... —dije débilmente—. ¿Desea tomar un poco de té? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Gracias, señor, pero ya he tomado el té en la oficina. Y... como usted supondrá, señor, vengo por lo de la mansión...

—Ah... ¿sí? ¿Ha encontrado usted...? ¿Ha sabido algo de la señora Wraxford?

—No, señor. Está visitando a unos amigos: eso es lo que nos han dicho. —El tono de escepticismo era absolutamente evidente—. Si me permite decírselo, señor, no tiene usted muy buen aspecto.

—Me temo que está usted en lo cierto —dije con voz ronca, acomodándome en la silla—. Ese asunto de... ¿no quiere usted sentarse? Ese asunto de la mansión me ha causado una enorme conmoción... La mansión ha tenido una estrecha relación con mi familia desde hace varias generaciones, ¿sabe? —y me interrumpí, consciente de haber dicho exactamente lo que no debía.

—Desde luego, desde luego, señor: y por eso estoy aquí —dijo, tomando asiento—. Verá... hemos recibido un telegrama procedente de la residencia del doctor Wraxford, en Londres. Tenía previsto volver a casa el lunes, pero no volvió; los criados pensaron que se habría quedado un día

más, por si la señora Wraxford... Pero como el miércoles por la tarde aún no había llegado, pensaron que sería mejor avisarnos a nosotros para que fuéramos a la mansión y echáramos un vistazo por allí... Lo hicimos, pero mi ayudante encontró la casa cerrada, sin rastro de nadie, y no había caballos tampoco. Así que fuimos a preguntar a Pettingshill, donde se alquilan caballos, para ver cuándo devolvió el doctor Wraxford la montura.

—¿Y lo hizo?

—Eso es lo extraño, señor. El caballo regresó perfectamente. El mozo de las cuadras lo encontró en la puerta el lunes por la mañana (fuera, ya me entiende), con la silla puesta todavía, con las riendas atadas al pomo, y con una guinea en la alforja. Así que Pettingshill imaginó que el doctor había cogido un tren muy de mañana y no pensó más en ello. Pero el doctor no cogió ningún tren. Al doctor Wraxford no se le ha visto desde el sábado, cuando se quedó en la mansión mientras todos los demás regresaban a Londres.

—Ya... bueno... lo entiendo. ¿Tiene usted alguna teoría, inspector? ¿Sabe usted qué ha podido ocurrirle?

—En ese punto, señor, es donde espero que usted pueda ayudarme —mi corazón dio una sacudida terrible—, puesto que es usted el abogado de la propiedad... y amigo de la familia... y en fin...

Sus pequeños ojos parpadearon como los de un lagarto. Aunque me encogí ante aquella insinuación (real o imaginaria, no podría asegurarlo), de repente mi mente comenzó a funcionar a toda velocidad.

—No sé nada. Me temo... que ha sido Bolton... el criado del doctor Wraxford... ¿Bolton le ha sugerido que me visite?

—Bueno... no, señor... He venido por propia iniciativa. Ya sabe, señor... yo creo que deberíamos echar un vistazo dentro de la mansión, sólo por si acaso... Pero es una propiedad privada y... en fin, suponiendo que el doctor Wraxford estuviera aún allí, no comprendería que la policía irrumpiera... ¿entiende lo que le quiero decir? De modo que quisiera saber si usted tiene un juego de llaves...

—Lo tengo, efectivamente, en la oficina... ¿Quiere que vaya a la mansión y... compruebe que todo está bien?

Mientras hablaba, oí el eco de mis propias palabras, las mismas que le había dicho a Drayton aquella noche lluviosa... hacia ya una eternidad. Pero el instinto me apremió para aferrarme a la posibilidad de investigar la mansión solo. Era una posibilidad remota, pero podría proporcionarme alguna pista que me condujera hasta Nell.

—Bueno, sí... Eso sería de gran ayuda, desde luego. ¿Necesita que le acompañe?

Comprendí entonces que Roper no albergaba ninguna sospecha sobre mí.

—No creo que sea necesario, inspector; estoy seguro de que tiene muchas otras cosas que hacer. A menos que crea usted que debería venir conmigo, naturalmente...

—Tengo muchísimo trabajo, señor, eso es verdad. Y debería coger el próximo tren de regreso a Woodbridge...

—Entonces, iré solo... El aire fresco me sentará bien. Si encontrara cualquier cosa... rara... iría directamente a Woodbridge y se lo diría. En cualquier caso, le enviaré un telegrama en cuanto regrese a Aldeburgh.

—Muy bien, señor. Muchas gracias. Le estoy muy agradecido.

Ya era después del mediodía cuando salí. Las nubes bajas que se arremolinaban sobre los campos, aún húmedos tras la lluvia nocturna, y un viento helado que soplaba desde el mar, todo me recordaba aquel viaje que hice con Drayton hasta la mansión. También era muy consciente de que mi situación, en el mejor de los casos, era bastante precaria. Si Magnus le hubiera dicho a Bolton, o en realidad al doctor Rhys, que había prescindido de mí... Yo no había recibido nada por escrito, pero de todos modos aquello habría resultado sorprendente.

El sábado, con la entrada de la mansión atestada de carrozas, yo había estado demasiado agitado por mi encuentro con Magnus para pensar en nada que no fuera Nell, y había pensado muy poco en la siniestra historia de la mansión. Pero ahora aquellos temores de la infancia regresaron teñidos de verdad. ¡De bien poco me servía intentar convencerme de que vivíamos en la era de la máquina de vapor y del telégrafo eléctrico, y que la ciencia había conseguido desterrar aquellos terrores! ¡En esos bosques, bien podía haber estado a mil millas de la civilización!

La puerta principal estaba candada por dentro, pero encontré una puerta más pequeña cerca del banco de piedra en el que estuve sentado con Nell, por la cual accedí a una parte desconocida de la casa. Cogí un cabo de vela de un quinqué ennegrecido y avancé en la penumbra hasta el gran vestíbulo y subí las escaleras hasta el rellano, donde permanecí escuchando el silencio.

El estudio estaba cerrado, pero no desde el interior. La cama portátil de Cornelius y el aguamanil habían desaparecido; había una silla de piel junto al escritorio. Había también un buen número de libros en las estanterías, pero no quedaba nada en la mesa de escritorio, sólo aquel olor a humedad y amoniaco de libros que no se han utilizado durante muchos inviernos. El único signo que indicaba que alguien había estado allí recientemente era un gabán que colgaba de una percha situada detrás de la puerta que yo había abierto; reconocí inmediatamente aquella prenda: era de Magnus.

En el bolsillo de la derecha había un paquete rectangular, lacrado con el sello del fénix de Magnus y dirigido, con su caligrafía, al señor Jabez Veitch, del despacho de Veitch, Oldcastle & Veitch, en Gray's Inn Square, Holborn. Mientras permanecía allí, intentando averiguar cuál era el contenido del paquete (me pareció pequeño, como un libro en octavo), se me ocurrió que aquello podía ser una nota de Magnus que advertiría al señor Veitch de que había prescindido de mí como abogado. Me guardé el paquete y volví el resto de los bolsillos del gabán de Magnus, en los cuales encontré un cortaplumas, un par de guantes de montar y un monedero con cuatro soberanos.

Por supuesto, puede que Magnus simplemente hubiera olvidado su gabán...

Seguí mi camino hasta la biblioteca, donde vi algo que parecía una gigantesca rueca de hilandera, con media docena de discos de vidrio, una manivela y cables que se dirigían, pasando bajo la puerta, hacia la galería. La puerta estaba cerrada, pero desde el exterior en esta ocasión. Giré la llave y entré.

En medio de la galería había una pequeña mesa redonda, volcada en el suelo, con varias sillas dispersas alrededor, dos de ellas tiradas. La tumba de sir Henry Wraxford parecía una piedra en la garganta de la gran chimenea. Los cables de la máquina que había en la biblioteca pasaban junto a mis pies y se unían a otros que conectaban la armadura con los pararrayos. Entonces fui consciente, por debajo de los olores a madera vieja y a tapices mohosos, de la presencia de un olor débil, frío y acre... a quemado.

La armadura estaba cerrada. Cuando me acerqué, con cada poro de mi piel incitándome a darme la vuelta y a huir, vi, en el lugar donde la hoja de la espada se introducía en la peana, una daga oxidada metida en la ranura, trabando e impidiendo que funcionara el mecanismo. Prendido entre las láminas de la armadura había un trozo de tela gris que podría haberse desgarrado del dobladillo de un vestido femenino... como el que Nell llevaba aquella tarde, una semana antes. El tejido estaba carbonizado en el borde en el que se introducía en la armadura.

Me quedé petrificado, recordando la historia que se contaba en Chalford, sobre aquel único fogonazo brillante, que iluminó los cielos sobre los bosques de Monks Wood el domingo por la noche, y observando la tela desgarrada hasta que me di cuenta de que el vestido se había enganchado desde el exterior. En las sombras, tras la armadura, había en el suelo una pistola pequeña adornada con piedras preciosas, como las que utilizan algunas mujeres.

La lluvia tintineaba sobre los cristales de las ventanas superiores. Metí la pistola en el bolso y quise arrancar la daga; y entonces, estremeciéndome, como si estuviera cogiendo con las manos una serpiente, accioné la empuñadura de la espada.

Una cosa gris y deforme se abalanzó hacia mí... Algo me golpeó en los pies y se elevó en torno a mí, envolviéndome en una nube áspera y gris, llenándome la boca y la nariz con un arenoso gusto de cenizas. Tenía cenizas en el pelo y en la ropa, y cuando la nube de ceniza se asentó, vi que mis pies estaban rodeados de fragmentos y astillas de huesos grisáceos. Lanzando débiles destellos, entre aquellos restos había varias diminutas láminas de oro... una de ellas aún estaba unida a los restos de un diente... y la masa deforme de un anillo con su sello, ennegrecido y retorcido, pero aún reconocible, fundido con la forma cilíndrica y quebrada de un hueso.

No recuerdo haber pensado: «Esto lo ha hecho Nell». Ya no sentí temor. No sentí nada en absoluto. Regresé aturdido hacia la biblioteca y el estudio, y luego bajé la gran escalinata hasta la puerta principal; la abrí y quité los pestillos, y abandoné la casa.

La lluvia prácticamente había cesado. Mi caballo esperaba pacientemente, con la cabeza inclinada, oliéndole la hierba. La perspectiva de enfrentarme a Roper me resultó insopportable; sólo quería ir a casa y acurrucarme junto a la chimenea hasta que llegara la hora de irme a dormir... para no despertarme jamás. Busqué en el interior de los bolsillos de mi gabán y saqué la pistola... Era una *derringer*^[51], que no tenía más de una cuarta de largo, con un tambor único... «Pero es suficiente. Esto serviría...». Retiré el percutor, levanté el arma, aún sin ser plenamente consciente de lo que hacía, y presioné el frío cañón contra mi sien, preguntándome con una especie de indiferente curiosidad qué sensación se tendría al... El movimiento me hizo darme cuenta de que algo me estaba presionando el pecho; era una esquina del paquete que había metido en el bolsillo interior de mi gabán.

Aquella inconsciencia volvió a inundarme; bajé la pistola, creyéndola desamartillada, pero mi mano era presa de espasmos y temblores. La pistola saltó como si tuviera vida propia, y un borbotón de agua y barro salpicó mis pies; mi caballo echó hacia atrás la cabeza asustado cuando el estallido retumbó en múltiples ecos por toda la explanada.

Temblando más que nunca, guardé el arma y saqué el envoltorio de papeles. Iban dirigidos al señor Jabez Veitch... pero ¿y si Magnus le había dicho por qué había decidido prescindir de mis

servicios? Di un paso atrás, para refugiarme en el pórtico de la mansión... y rompí el sello.

En el interior había un pequeño cuaderno azul y una carta manuscrita de Magnus. La última parte estaba manchada y emborrionada con tinta.

Wraxford Hall 30 de septiembre de 1868

Estimado Veitch:

Estoy solo en la mansión: los criados se han ido hace una hora. Sabrá usted de la desaparición de mi esposa antes incluso de que esta carta llegue a sus manos. Me temo que ha cometido un terrible crimen —quizá varios— y debo pensar bien qué debo hacer.

He encontrado este diario en la habitación de mi esposa tras haber forzado la puerta esta mañana. Creo que es la prueba de que había perdido completamente el juicio, como comprobará usted por su terrible animadversión contra mí, que con tanto empeño me he esforzado en que no acabara en un manicomio. Confieso que convertí el dinero de la señora Bryant en diamantes, con la esperanza de recuperar el amor de Eleanor... y acabo de descubrir que los diamantes no están en el cajón donde los dejé la pasada noche. Y como supe ayer mismo, mi esposa ha entablado una relación clandestina con John Montague, en quien yo confiaba sin reservas, como usted bien sabe. He prescindido de sus servicios al punto cuando ha tenido la desfachatez de presentarse aquí esta tarde; debería usted recibir todos los documentos, etc., esta semana, y él se los debería enviar, a menos que ya haya huido con ella.

Yo no sé si Montague ha sido partícipe en el robo o en la muerte de la señora Bryant —en la cual sospecho que mi mujer tuvo mucho que ver—, pero me temo que mi pobre hijita también esté muerta.

Creo que hay alguien en el piso de arriba...

Debo concluir deprisa... Acabo de ver a una mujer en el rellano superior. La luz no era buena pero estoy seguro de que era mi esposa... Tenía una pistola en la mano. Pensé que quería dispararme, pero ha desaparecido en la oscuridad.

Apenas queda luz. Esconderé este paquete y después intentaré encontrarla... Quizá pueda hacerla entrar en razón. Atentamente,

MW

La oscuridad iba cayendo a medida que me acercaba a Woodbridge, y era tal el estado de mi mente que ni siquiera pensé en esconder el paquete o quemarlo: aún lo llevaba en el bolsillo cuando subía los escalones de la oficina de la policía como el hombre que sube al patíbulo. Roper aún estaba en su despacho y me recibió con absoluta cordialidad; era evidente que ni siquiera se le había ocurrido dudar de mi historia. Le dejé allí las llaves y la pistola (que se había disparado cuando me caí al salir de la casa, le dije) y sólo veinte minutos más tarde me hallaba acomodado en una habitación del Woodbridge Arms. Allí leí y releí el diario de Nell, hasta que caí finalmente en un sueño tóxico y alucinatorio, en el que caminaba una y otra vez hacia la armadura, sabiendo qué era lo que iba a ocurrir pero incapaz de detenerme ante el mecanismo. Hasta la mañana siguiente, cuando me encontraba sentado y aturdido observando desde la ventana las aguas grises que corrían junto al molinos^[52], no se me ocurrió que las cenizas de la armadura pudieran ser de Nell. La carta de Magnus podría haber sido urdida para implicarnos a ambos; podría ser incluso completamente cierta, excepto en el detalle de que en la persecución que tuvo lugar inmediatamente después hubiera sido Nell, y no Magnus, quien hubiera muerto.

Mi deber era evidente: entregar la carta y el diario inmediatamente. No era demasiado tarde para intentar convencer al inspector de que estaba tan conmocionado que lo había olvidado; podía incluso intentar convencerlo de que había roto el lacre del paquete por mi nerviosismo... Pero nadie me

creería, y si intentaba persuadir a Roper de que las cenizas eran de Nell, sólo conseguiría tensar la soga alrededor de mi cuello.

De regreso a Aldeburgh, esperé a que se iniciara la investigación judicial —que se retrasó algunos días para permitir que vinieran algunos expertos de Londres y examinaran la escena del crimen— como si fuera mi propio juicio por asesinato. Era obligatorio que llamaran a Bolton, y sus palabras probablemente serían irrefutables. Yo sabía que debería haber quemado la carta y el diario, pero cada vez que cogía las cerillas me imaginaba a los policías abalanzándose sobre mí... Luego me animaba y me decía mil veces que iría a confesarle todo a Roper... Pero al final, como un hombre atrapado en una pesadilla, era incapaz de hacer nada, salvo caminar incansablemente arriba y abajo en el estudio de mi casa —sin atreverme a afrontar el trabajo de la oficina— mientras las fauces del cepo se cerraban inexorablemente sobre mí.

Y en esto estaba ocupado el día anterior a que comenzara la investigación en Woodbridge cuando mi mayordomo llamó para decirme que un tal señor Bolton preguntaba por mí y quería verme.

—Llévalo al salón —le dije, y durante los siguientes minutos luché en vano para presentarme ante él manteniendo la compostura.

Cuando entré, él estaba sentado en el sofá. Su indumentaria era una imitación de la que habitualmente llevaba Magnus: traje negro, pañuelo blanco, chistera y guantes; la expresión de su rostro, pálido y carnoso, era perfectamente educada y respetuosa, y aunque se levantó e hizo una reverencia en cuanto aparecí, era evidente quién era el dueño de la situación.

—Ha sido muy amable por su parte querer recibirmé, señor Montague. He venido... por la investigación.

—Ah... sí... —dije, tragando saliva—. Esta... la muerte de tu señor me causó un gran pesar... como supongo que os ha ocurrido a todos vosotros.

—Desde luego, señor. Usted comprenderá que en estos momentos nos estamos preguntando qué será de nosotros... De hecho, si me permite la libertad de comentarle una cosa... ¿no sabrá usted por casualidad si el señor dejó alguna providencia para mí?

—Me temo que no —contesté—. Su testamento está en poder del señor Veitch, en Londres. Además, como comprenderá, por supuesto, no se puede hacer nada hasta que el médico forense no presente sus hallazgos.

—Oh, lo comprendo perfectamente, señor.

Se hizo entonces un silencio en el que Bolton pareció calcular sus posibilidades. Aunque la habitación estaba helada, pude sentir el sudor resbalando por mi frente.

—Y... ¿hay algo más que pueda hacer por usted? —pregunté.

—Bueno, sí, señor... En realidad, creo que sí... Verá, señor... no es que no fuera feliz estando al servicio del doctor Wraxford, pero mi ambición reside en el mundo de la fotografía. Me gustaría comenzar a instalarme por mi cuenta... Pero, por supuesto, necesito un capital, y se me ha ocurrido, señor... que siendo usted tan allegado a la familia... que usted podría intentar que se me adelantara un préstamo...

—Ya. Comprendo. Y... ¿cuánto dinero cree usted que necesitaría? —añadí con demasiada precipitación.

—Doscientas cincuenta libras, señor. Con ese dinero podría establecerme maravillosamente.

—Ya. Y... ¿cuándo lo devolvería?

—Bueno, eso es difícil de decir... Tal vez usted y yo podríamos llegar a un acuerdo informal...

Le estaría enormemente agradecido...

—Muy bien —dije, limpiándome el sudor.

—Gracias, señor. Le quedo muy agradecido. Y, señor, ¿no sería posible que me pudiera hacer el favor de extenderme usted el cheque hoy...?

El tono amenazante era inconfundible.

—Muy bien —repetí, intentando evitar su malintencionada mirada—. Si vuelve por aquí a las tres... Yo estaré fuera, pero aquí tendrá usted el cheque y se lo entregarán.

—Muchas gracias de nuevo, señor. No se arrepentirá, se lo aseguro. No es necesario que llame al mayordomo, señor: ya sé dónde está la salida...

Mi estado de nervios durante la investigación judicial apenas puede imaginarse. Fui uno de los primeros en ser llamado para declarar ante el médico forense —un caballero rubicundo de Ipswich que respondía al nombre de Bright— y pensé que mis rodillas se doblarían antes de que me tomaran juramento. Pero, como ocurrió con Roper, mi apariencia demacrada y macilenta causó más compasión que sospecha, y sólo estuve unos minutos en el estrado.

Lo siguiente fue la cuestión de la identificación. El anillo carbonizado fue identificado por Bolton (quien hábilmente evitó mirarme). Él también confirmó que Magnus había tenido cinco dientes empastados en oro. El distinguido patólogo sir Douglas Keir testificó, basándose en los fragmentos más grandes, que los restos pertenecían a un hombre, probablemente más alto de lo normal, en la plenitud de la vida. Aparte de ulteriores consideraciones, en su opinión los restos mortales de aquel hombre eran el resultado del extremo calor al que fue sometido el cuerpo, suficiente para reducir los huesos, la carne y los tejidos blandos a un fino polvo de cenizas. Y por lo que se refiere a la cuestión de si un rayo podría haber infligido ese daño, el doctor Douglas Keir no se consideraba cualificado para certificar ese extremo.

El profesor Ernest Dingwall, el señor John Barrett (miembro de la Royal Society) y el doctor Francis Iremonger fueron llamados a testificar sobre este punto. Los efectos de un rayo sobre las personas variaban considerablemente (y parecía que no había precedentes en el modo de morir de Magnus). Algunos sujetos golpeados por un rayo habían sobrevivido, con quemaduras de distintos grados; en un caso, un hombre quedó inconsciente y cuando se recuperó, se alejó del lugar sin el menor recuerdo de que le hubiera caído un rayo. Otros habían muerto inmediatamente; el cráneo de una víctima había quedado reducido a mínimos fragmentos, sin aparentes daños en la piel. Nadie podía citar nada parecido a la aniquilación absoluta que había sufrido el doctor Wraxford, pero el señor Barrett ofreció su opinión particular, según la cual la fuerza de un rayo podría haberse concentrado por la armadura. El doctor Iremonger se mostró diametralmente opuesto a esa opinión, y afirmó que la armadura en realidad podría haber actuado como una «jaula de Faraday»^[53]; esto es, toda la fuerza del impacto del rayo recorrería el exterior de la armadura, dejando a la persona que estuviera en su interior absolutamente ilesa.

El doctor forense, con una buena dosis de sarcasmo, preguntó si al ilustre caballero le importaría probar el experimento en su propia persona. El ilustre caballero confesó que no tenía intención de probarlo.

Se hizo evidente desde aquel momento en adelante, que el forense había decidido que Nell Wraxford era culpable. En su informe elevado al jurado, observó que «el rayo sobre la mansión fue una mera casualidad, y que era mucho más probable que si Magnus Wraxford no estaba ya muerto cuando su asesina le obligó a entrar en la armadura a punta de pistola (el solo testimonio del señor Montague me parece decisivo en este punto, aunque, desde luego, ustedes pueden tener sus propias opiniones), si, como digo, Magnus Wraxford no estaba ya muerto, se le dejó allí para que se muriera. Consideren ustedes, señores del jurado, que tratar el mecanismo de la armadura fue un acto tan culpable de asesinato como si le hubiera disparado y lo hubiera matado, e incluso bastante más cruel».

—Además —continuó—, una niña pequeña ha desaparecido en circunstancias que sólo pueden apuntar a la culpabilidad de la madre. ¿Por qué quería la señora Wraxford que nadie se acercara a su hija? Ustedes, caballeros, pueden concluir naturalmente que su insistencia en ocuparse personalmente de su hija es ya una prueba de cierta incapacidad mental. También tienen ustedes el testimonio del doctor Rhys, según el cual la señora se encontraba extremadamente nerviosa la noche de la muerte de la señora Bryant, y el curioso hecho de que ella fuera la única persona, según la declaración del doctor, que no se levantó tras los gritos mortales de la dama, los cuales pudieron escucharse a doscientas yardas de distancia. Ustedes saben también que la policía encontró una nota arrugada en el suelo de la habitación de la señora Bryant: una nota que la invitaba a acudir a la galería a medianoche. Y fue allí donde murió, y en aquel preciso momento. La caligrafía parece la de la señora Wraxford. Por supuesto, no estoy sugiriendo que se investigue esta muerte, pero de todos modos, es un indicativo sugerente de la peligrosa predisposición hacia la violencia por parte de la señora Wraxford.

»Y resta aún la cuestión de la gargantilla de diamantes... Ustedes saben, por el doctor Rhys, que la señora Wraxford parecía estar profundamente distanciada del finado. Y saben, por los representantes legales de la empresa de Bond Street que confeccionó la gargantilla, que el finado compró este extravagante regalo para su esposa por una suma de diez mil libras... lo cual sugiere la imagen de un esposo enamorado, incluso un marido hechizado por su esposa que está dispuesto a cometer las más raras extravagancias con tal de recuperar el favor de su mujer. Saben ustedes que el estuche de la gargantilla, vacío, lo encontró la policía debajo del entarimado de la habitación de la señora Wraxford. La gargantilla no se ha encontrado en parte ninguna».

Añadió muchos más detalles en este mismo sentido. Después de una breve deliberación, el jurado pronunció un veredicto de asesinato premeditado por una o varias personas, y se ordenó una orden inmediata de arresto contra Eleanor Wraxford.

La autopsia del cadáver de la señora Bryant reveló que llevaba muchos años sufriendo un mal coronario, ya muy avanzado, y que había muerto a causa de un paro cardiaco, probablemente como resultado de un sobresalto severo. Pero la familia no se dio por satisfecha; el hijo, que se hallaba un tanto distanciado de la dama, se convirtió ahora en un defensor a ultranza de su madre. Después comenzaron a correr numerosos rumores por Londres: decían que el doctor Rhys y los Wraxford habían conspirado para asesinarla... y añadian que Eleanor Wraxford se había deshecho después de su esposo y de su hija, y había huido con los diamantes.

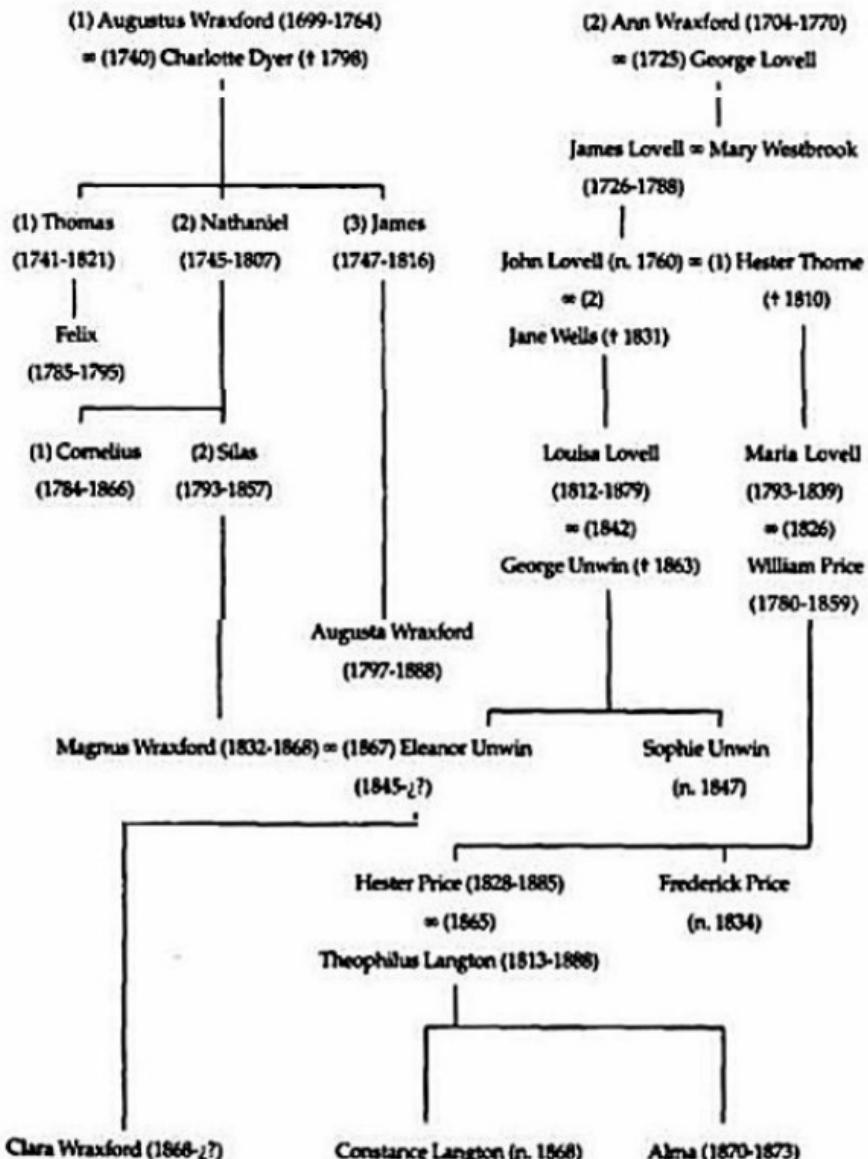
Magnus Wraxford, en un testamento datado algunos meses antes de su muerte, había dejado

todas sus propiedades a su prima Augusta Wraxford, una solterona cuarenta años mayor que él, y no dejó provisión alguna para Nell o para Clara, ni para ninguno de sus criados. El señor Veitch me escribió en los términos más cordiales para asegurarse de que Magnus no había firmado ningún testamento posterior en mi oficina. Las propiedades, en todo caso, no eran más que deudas: los objetos y muebles que había en la casa de Munster Square fueron vendidos para enjugarlas; y respecto a los criados, todos (excepto Bolton, de quien no volví a saber jamás) fueron despedidos y tuvieron que buscarse otros empleos. El legado para Augusta Wraxford —que, como pude saber más adelante, había alimentado durante largos años un resentimiento contra sus familiares varones precisamente por haber traído la ruina a las propiedades de la familia— parecía un gesto de malicia sarcástica.

Yo continué actuando como abogado de la propiedad, en parte para evitar lo que alguien pudiera descubrir, y en parte con la vana esperanza de saber algo de Nell. Augusta Wraxford —una dama anciana, iracunda y con puntos de vista decididamente excéntricos— vino a verme tan pronto como se hizo efectivo el testamento de Magnus y me dio las órdenes precisas para localizar a su pariente femenina más cercana. Y así fue como comenzó el largo y fatigoso proceso para reconstruir y comprobar un árbol genealógico, en el curso del cual descubrí que Nell había sido una pariente lejana del propio Magnus, aunque ninguno de los dos parecían saberlo, lo cual favorecía que la tragedia pareciera aún más siniestra. Y aunque Augusta Wraxford ansiaba convertirse en la dama de la mansión, no pudo conseguir el dinero para convertirla en un lugar habitable; todo lo que pudo hacer fue reducir un poco la inmensa deuda. Pero tampoco quiso venderla, y por esa razón la mansión volvió a cerrarse y se abandonó a una larga decadencia.

Aquí concluye mi confesión. Me ha atormentado día y noche, y no sé a ciencia cierta qué creer. Cuando recuerdo el rostro de Nell, no puedo imaginarla como una asesina. Pero, entonces, pienso en las pruebas y de nuevo me veo enfrentado a aquello que yo sé que es el veredicto de la gente: que, finalmente, ella también me traicionó a mí, y me convirtió, usando mi propia locura y mi amor por ella, en cómplice de asesinato.

GENEALOGÍA DE WRAXFORD COMPILADA
POR JOHN MONTAGUE



Sexta parte

Narración de Constance Langton (Continuación)

Durante todo el día, mientras estuve leyendo, la lluvia estuvo cayendo constantemente, chapoteando en la grava que hay bajo la ventana del salón y formando charcos en la hierba empapada. Excepto por la ocasional visión de algunas ramas desnudas que se atisbaban entre la niebla, no había nada que pudiera verse por encima del muro, salvo aquella niebla gris que giraba en volutas. En más de una ocasión levanté la mirada de las páginas que contenían la narración de John Montague y sentí escalofríos antes de que el calor de la chimenea me devolviera a Elsworthy Walk.

Mucho antes de llegar al final supe que sólo mi parecido con Nell pudo haberle perturbado de aquel modo; eso... y la alocada sospecha, tal y como lo sugirió, de que yo pudiera ser Clara Wraxford. Mi corazón había aceptado esa posibilidad —y, de hecho, me había aferrado a ella—, antes incluso de que mi cabeza hubiera comenzado a comprender qué significaba todo aquello, aparte de que tenía la absoluta convicción de que Nell jamás podría haberle hecho daño a su hija. Había muchas preguntas que quería plantearle al señor Montague, pero en su carta había un algo extraño, definitivo, un aire de despedida, como si no esperara volver a saber de mí nunca más.

Mi tío había decidido hacer frente al mal tiempo saliendo a cenar con algunos amigos artistas (para mi alivio, pues yo no habría podido decidir qué debería contarle, si es que debía contarle algo); así que me puse la cena en una bandeja, junto a la chimenea, mientras estudiaba la genealogía que John Montague había trazado. Se había levantado un viento horrible y estaba haciendo traquetear las contraventanas, y lanzando cortinas de lluvia contra los cristales.

El árbol genealógico se había dibujado de tal modo que Clara Wraxford (1868-?) y Constance Langton (n. 1868) aparecían situadas juntas al final de la página. Toda mi vida me había visto como una parte separada e independiente del mundo. El proverbio del doctor Donne, según el cual «Ningún hombre es una isla»^[54], siempre había generado en mí sentimientos contrapuestos; nuestra casa en Holborn había sido, tristemente, una isla, cerrada en sí misma, y la muerte de Alma aún nos había aislado más. Para muchas personas, supongo, la relación con los Wraxford les habría resultado profundamente indeseable, pero a pesar de su historia oscura y siniestra, mi mundo aparecía repentinamente ensanchado.

Observando detenidamente los débiles trazos y líneas que nos conectaban, y suponiendo, sólo suponiendo, que yo fuera Clara Wraxford, pensé: ¿qué podría deducirse? En primer lugar, que Nell era inocente del peor de los crímenes que se le habían achacado... Pero su solo diario era una prueba suficiente para mí, aparte de que estaba completamente segura de que ella no había tenido nada que ver en la muerte de la señora Bryant. Y si realmente le había disparado a Magnus mientras este se encontraba en la armadura, lo habría hecho para salvar su propia vida... y la de Clara. Me pregunté si el señor Montague no habría cometido un grave error al no llevar todos esos diarios a la policía.

Por otro lado, si John Montague hubiera decidido ocultar no sólo el paquete de papeles que había encontrado en el bolsillo del gabán de Magnus, sino también la daga, la pistola y el fragmento de tela, la muerte de Magnus se habría considerado un accidente, el resultado de un experimento estrastralario —una expresión que él mismo había utilizado al hablar de su tío Cornelius—, y por tanto, si Nell

hubiera escapado con Clara, no habría necesitado ocultarse, una vez que todo se hubiera sabido.

¿Qué había ocurrido la noche en que murió la señora Bryant? En su última anotación, Nell decía que había pensado espiar desde la biblioteca y averiguar quién la había convocado allí. Tal vez, al final, se lo pensó mejor. Quizá estaba realmente dormida cuando la criada llamó a su puerta con la noticia de la muerte de la señora Bryant. Y luego, algunos momentos más tarde, aquella misma noche, ella y Clara desaparecieron de la habitación.

No debería permitir, me dije con gran severidad, que mi mente se enredara en frases como «arrebatados del mundo en cuerpo y alma...».

Y, desde luego, Nell no había sido arrebatada en cuerpo y alma, porque Magnus la había visto —o dijo que la había visto— en la escalera, después de que todo el mundo hubiera abandonado la mansión.

Pero si Nell lo había encerrado en la armadura (y yo realmente no puedo, en lo más profundo de mi corazón, pensar de otro modo), ella tuvo que regresar a la casa una vez que todos la hubieran abandonado, o bien permaneció escondida durante todo ese tiempo. Estando sola, podría haber evitado que la encontraran, pero eso habría resultado imposible si llevaba consigo a Clara. Y si se había ido de la mansión por la mañana temprano, jamás habría vuelto trayendo a Clara de nuevo con ella.

Sobre todo, no habría vuelto con Clara si había planeado huir desde el principio. ¿Y si había llegado a un acuerdo con alguien para encontrarse al amanecer, a unas cien yardas por el camino adelante, por ejemplo, para que las sacara sanas y salvas de allí? ¿Y si, en otras palabras, la muerte de la señora Bryant hubiera sido, desde el punto de vista de Nell, una espantosa coincidencia y nunca hubiera tenido la intención de participar en la sesión de espiritismo en absoluto?

Pero... teniendo la libertad tan al alcance de la mano, ¿por qué habría tenido que regresar a la mansión?

Porque había olvidado su diario. Tan pronto como esas palabras adquirieron forma en mi pensamiento, comprendí cómo debió de ocurrir todo: seguramente permaneció despierta hasta altas horas de la madrugada, esperando temerosa las primeras luces del amanecer (ni siquiera se atrevería a encender una luz), vestida apresuradamente... no, ya estaría completamente vestida desde varias horas antes... Luego cogería a la niña, bien arropada y dormida, aún drogada por el láudano, y cerraría la puerta tras ella, aterrorizada ante la posibilidad de que el ruido de la cerradura pudiera delatarla, pero sabiendo que ello le proporcionaría algún tiempo más para poder alejarse de la mansión. No es extraño que se dejara el diario... El único misterio consistía en averiguar por qué se había arriesgado en volver a por él.

Sí, ella *había pensado* en recuperar el diario, pero para entonces toda la casa ya estaba en pie. Nell había quedado atrapada en la mansión y su cómplice se había visto obligado a irse con la niña y abandonar a la madre a su suerte.

Me di cuenta entonces de que había olvidado la cuestión de los diamantes y el joyero que la policía había encontrado debajo del entarimado. Simplemente, yo no creía que ella hubiera estado pensando en robarlos aquella maldita noche... ni siquiera sabría de su existencia.

Pero podría haberlos cogido por Clara, después de aquel último enfrentamiento con Magnus. Puede suponerse que Nell se hubiera escondido en la parte superior de la casa, que hubiera conseguido evitar a quienes la buscaban —tal vez yendo de una habitación a otra—, hasta que sus

perseguidores abandonaran. Entonces, ella habría esperado hasta que hubiera partido el último de los carroajes y habría descendido por las escaleras... y, entonces, habría visto a Magnus en el rellano inferior. Él la habría perseguido, ella habría escapado... en esos momentos, Nell volvía a ser una verdadera prisionera. Así pues, en la desesperación, se habría enfrentado a él con una pistola (*¿la llevaba siempre consigo?*) y le habría ordenado que se metiera en la armadura. Después, huyó, abandonando allí a Magnus... pero *¿cómo* estaba tan segura de que él no iba a poder liberarse? Muy probablemente él trató de desembarazarse cuando Nell quiso cerrar las planchas frontales de la armadura, y ella le disparó en defensa propia, y trabó el mecanismo por temor a que pudiera recobrarse... o a lo que pudiera convertirse estando muerto.

Después... había corrido hasta su habitación para recoger su diario y descubrir que... *¿ya no estaba?* Seguramente su primera intención fue huir, sabiendo que su propia vida ya estaba perdida, y pensando sólo en Clara. Quizá Magnus había querido comprar su propia vida con los diamantes cuando vio que ella pensaba dispararle... Aún no puedo imaginarme a Nell ocultando el joyero bajo el entarimado, pero en aquella gargantilla pudo haber visto un futuro halagüeño para Clara, aun cuando el suyo se fuera al traste.

El fuego ardía sólo en pavesas. La lluvia prácticamente había cesado, pero el viento ululaba débilmente en la chimenea. Añadió una última paletada de carbón.

Magnus había dicho, en su última carta al señor Veitch, que estaba oscureciendo mientras escribía. Para cuando se produjo aquel terrible enfrentamiento, ya debía de ser completamente de noche. Quedarse otra noche en la mansión habría sido inconcebible para Nell; pero entonces... *¿adónde había ido?* Desde luego, no con Clara, pues ello habría significado que cualquiera que estuviera con la niña se habría convertido en cómplice de asesinato.

¿Qué habría hecho yo si hubiera estado en el lugar de Nell? Recordé, como una punzada en las entrañas, el enfermizo sentimiento de horror que se había apoderado de mí tras la muerte de mamá. Para Nell aquello debió de ser infinitamente peor: la horca pendía sobre ella, y tenía que saber que si la atrapaban, Clara se vería condenada a crecer como la hija de una asesina, apartada de la sociedad.

Pero no la habían atrapado. Cuanto más lo pensaba, más probable me parecía que, como había temido John Montague, Nell hubiera acabado sus días en alguna parte inaccesible de los bosques de Monks Wood. Porque... *¿cómo* podría haber escapado, con todo el condado buscándola?

Y si Clara había sobrevivido, debía de haber crecido bajo otro nombre, y sin saber jamás, tal vez, que Nell había sido su madre.

Alguna amiga de confianza —una mujer seguramente— se había hecho cargo de Clara, y la había alejado de la mansión la mañana de aquel fatídico sábado. Y después esperó en vano durante cinco días, preguntándose qué habría sido de Nell, antes de que se difundieran los espantosos descubrimientos de John Montague.

O quizás Nell había sobrevivido, y le había escrito a esa amiga suya diciéndole: «Estoy perdida; te ruego que te asegures de que Clara no sepa nada de esto; te enviaré dinero para ella si puedo... es decir... cuando haya vendido los diamantes...».

Y si a la amiga no le hubiera sido posible mantener a Clara consigo, pero hubiera sabido que Nell tenía una prima lejana llamada Hester Langton, una mujer sin hijos, de unos cuarenta años, de una

rama apartada de la familia Lovell, que vivía con su marido cerca de Cambridge...

«Absurdo», dijo la parte racional de mi mente. Pero John Montague se había conmocionado ante el parecido que yo guardaba con Nell, y allí estaban aquellos dos nombres, juntos, uno al lado del otro, en el árbol genealógico, nacidos en el mismo mes del mismo año, con sus nombres comenzando por la misma inicial... Y aproximadamente un año después de la desaparición de Nell, Theophilus Langton había abandonado su puesto en Cambridge y se había trasladado a Londres, como si repentinamente hubiera recibido una suma de dinero secreto.

Ni siquiera era necesario que los Langton supieran que la niña huérfana en cuestión era Clara Wraxford; bastaba que supieran que era una niña con una historia trágica y un misterioso benefactor, que les entregaba a la niña como si fuera suya.

Era una locura, sí. Pero eso lo explicaba todo, y todas las piezas parecían encajar, incluso mi atracción por las sesiones de espiritismo. Y explicaba, sobre todo, la afinidad que sentí hacia Nell desde las primeras páginas de su narración, como si la voz que oía en aquellas líneas me resultara familiar...

A la mañana siguiente bajé las escaleras sin una idea clara de lo que debería contarle a mi tío, y me encontré con que a él se lo habían contado todo respecto al misterio de Wraxford sus propios amigos, y estaba deseando compartir sus averiguaciones conmigo.

—Te asombrará saber, querida, que la historia de esa nueva casa tuya está escrita con letras de oro en los anales del crimen. La señora Wraxford verdaderamente oscurece a lady Macbeth: no sólo mató a su mecenas y a su marido, sino también a su hija pequeña, y se escapó sin dejar rastro con una gargantilla de diamantes valorada en diez mil libras...

—Nada de eso pudo probarse, tío. Durante todo el día de ayer estuve leyendo un informe privado de la tragedia, y no creo que ella fuera culpable; salvo... quizás... de haber sido la causa de la muerte de su marido en defensa propia.

—Bueno, es una salvedad muy notable... —contestó—. Y, si puedo hacer una pregunta, ¿qué pruebas aporta el señor Montague para llegar a esas conclusiones? A juzgar por el relato de Erskine, relativo a la investigación judicial sobre el asesinato de Magnus Wraxford (me ha prometido que me buscará los recortes de prensa), parece un caso muy claro.

—Yo tengo mi propia opinión al respecto, tío, pero... me temo que no debería decirte mucho más... ni dejarte leer el relato del señor Montague sin pedirle permiso.

—Bueno, si no se me permiten ver las pruebas —dijo un tanto ásperamente—, difícilmente me podrás culpar de preferir el veredicto del forense, de la policía y de la gente en general.

Y se fue con paso airado a su estudio. Por sus gestos pude comprender que mi tío se había sentido herido en su orgullo por el hecho de que la señorita Wraxford me hubiera dejado la propiedad a mí, en vez de a él —que era el pariente *masculino* más cercano— y, en realidad, no podía culparle por sentirse un tanto agraviado. De modo que escribí inmediatamente al señor Montague preguntándole si podía mostrarle los papeles a mi tío, y diciéndole cuánto me gustaría volver a hablar con él, en cualquier momento, cuando pudiera volver por Londres. Pero como los días transcurrieron sin que recibiera contestación, comencé a preguntarme si tal vez le habría ofendido o si quizás mi carta se habría extraviado. A lo largo de la semana, muy hábilmente, mi tío procuró no mencionar a los

Wraxford, pero la desconfianza entre nosotros se mantuvo hasta que, diez días después de haberle escrito al señor Montague, llegó una carta remitida desde Aldeburgh, dirigida a mí y con una letra desconocida.

Estimada señorita Langton:

Lamento mucho tener que comunicarle por la presente la muerte de mi apreciado colega, el señor John Montague, acaecida el día 21 del corriente. Puede tener la absoluta seguridad de que nos seguiremos ocupando de sus intereses en la propiedad Wraxford; seguramente ha visto usted el anuncio sobre la herencia de la mansión, que se ha puesto ya definitivamente a su nombre, señorita Langton; yo mismo inserté ese aviso en The Times, tal y como el señor Montague habría querido que hiciera, estoy seguro. Le ruego, señorita Langton, que me tenga por su más seguro servidor,

BARTHOLOMEW CRAIK

P. S.: Puesto que su última carta para el señor Montague se señalaba como «Personal y confidencial», le devuelvo la carta sin abrir y en sobre aparte, junto con otra carta que ha llegado recientemente concerniente a la propiedad Wraxford.

John Montague había muerto al día siguiente de haberme enviado su confesión. Pero... ¿cómo había muerto? Mi tío, después de haber leído la carta del señor Craik, por voluntad propia cogió un coche de punto y fue hasta el British Museum para repasar los periódicos de Suffolk de la semana anterior, pero sólo volvió con la noticia de que John Montague se había ahogado.

—Parece que tenía la costumbre de bañarse en el mar, incluso con el tiempo más inclemente, pero en esta ocasión el frío (o eso se da por seguro) fue al parecer demasiado para él. Su cuerpo apareció en el paseo de la playa a la mañana siguiente. Hubo una investigación, desde luego; el médico forense dijo que había sido una muerte accidental, y añadió una advertencia sobre los peligros del baño marino en tan extremas circunstancias.

Recordé entonces, con amarga intensidad, las palabras de John Montague acerca de «nadar mar adentro, en las gélidas profundidades hasta que me falten las fuerzas y me hunda bajo las olas...».

—Pero... ¿nadie ha sospechado... que podría haberse ahogado deliberadamente?

—No, querida. ¿Por qué crees eso? Puede que ir a nadar en enero no sea tu idea de ejercicio sano, pero algunas personas piensan que obra maravillas en la circulación sanguínea.

—No lo creo —dije desconsolada.

De repente, la carga me pareció demasiado pesada como para sobrellevarla sola, así que le entregué a mi tío todo el fajo completo de papeles bajo la promesa de que lo guardara en secreto. Mientras lo leía, soporté otro periodo de tiempo largo y opresivo, preguntándome si yo podría haber sido culpable de la muerte de John Montague; finalmente mi tío volvió a aparecer a última hora de la tarde, mirándome con un gesto inusitadamente sombrío.

—Ahora lo comprendo —dijo—. Ahora comprendo por qué pensaste inmediatamente en el suicidio; me temo que es muy posible. Pero, para mí, en primer lugar, el misterio es por qué te envió estos papeles.

—Pensó que... dijo que yo le recordaba a Eleanor Wraxford.

—Pero no hay nada sorprendente en eso: al fin y al cabo, sois parientes.

—Quiero decir... él quería que yo supiera que ella era inocente, porque...

—Pero... ¿cómo es posible que pienses eso? —exclamó mi tío—. ¡Si había alguna mínima duda

sobre su culpabilidad, estos papeles la disipan por completo!

Lo miré asombrada.

—Tío... ¿no entiendes que Nell *jamás* podría haberle hecho daño a su hija Clara ni pudo haber asesinado a la señora Bryant? Y, tal y como te dije ayer, si ella le disparó cuando Magnus estaba en el interior de la armadura, sólo lo hizo porque temía por su vida... y la de Clara...

Y quise añadir que mi existencia era la demostración palpable de que no mató a su hija, pero tuve miedo de que se riera de mí.

—¿Se trata únicamente de simpatía hacia otra mujer, querida? No te comprendo...

—Supongo que siento... cierta simpatía hacia ella —admití dubitativamente—. Más que eso... confío en ella. Siento que podría reconocer su voz si la oyera. Todo lo que hizo... incluso huir de aquel espantoso lugar... lo hizo por Clara. No fue ella la que invitó a la señora Bryant a la mansión: lo hizo Magnus Wraxford, y era un hombre malvado... ¿es que no lo ves?

—No, querida, no lo veo. Las personas locas pueden parecer muy razonables, ya sabes, y actúan movidas por grandes delirios que procuran ocultar hasta que es demasiado tarde. Ella misma decía que sufría alucinaciones...

—Las llamaba «visitas», tío.

—Es lo mismo. Escúchame: ella pudo haber creído sinceramente todo lo que escribió en sus diarios, pero eso no significa que *nosotros* debamos creerla. Incluso John Montague admite tal posibilidad, y eso que estaba absolutamente enamorado. No frunzas el ceño, querida: esto es innegable. Y debes recordar que el abogado admiraba notablemente a Magnus Wraxford, hasta el día en que fue a visitar a Eleanor a la mansión.

»Y, después de todo, no veo por qué estás en contra de Magnus. Si consideras el matrimonio desde su punto de vista, ella misma admite que se comportaba con admirable contención. Nunca la golpeó, ni la amenazó, ni la forzó... Ella dice que le tenía un miedo mortal, pero seguramente el doctor estaba haciendo todo lo posible para calmar la furia de una mujer joven y peligrosamente perturbada. Y luego, por si se precisara alguna prueba más, él dice en su última carta que la vio en las escaleras...

—Entonces, tío... ¿crees que mató a los tres: a su marido, a su hija y a la señora Bryant?

—En el caso de Magnus no es cuestión de creer o no creer: el dictamen del médico forense fue más que suficiente, y si necesitas pruebas adicionales, las tienes en las manos. La señora Bryant pudo haber muerto perfectamente por un sobresalto, pero... ¿de verdad no te resulta abrumadoramente posible que Nell fuera la causante? Y respecto a la niña, ¿quién podría o querría habérsela llevado?

»Me lo niegas con la cabeza, querida, pero... ¿qué me dices de la gargantilla de diamantes? Supongo que no discutirás que Magnus la compró para ella... y que ella se la llevó. La hipótesis más caritativa es que huyó con la niña, en un ataque de remordimiento... quizás mientras el propio Magnus aún estaba vivo, aunque encerrado... y que sus restos mortales yacen en algún hoyo inaccesible en el corazón de Monks Wood. ¿Es que puedes explicar de otro modo la secuencia de hechos?

—Si Magnus realmente se ocupaba de ella —dije—, ¿por qué permitía que la señora Bryant la insultara, insistiendo en que estuviera presente en la sesión de espiritismo... y dejándola sola en aquella casa maldita? Y no sabemos si ella cogió la gargantilla de diamantes; sólo tenemos la palabra

de Magnus, según el cual, al parecer, pensaba dársela a Nell. Quizá la compró para la señora Bryant. Y cuando Magnus y el doctor Rhys irrumpieron en su habitación aquella mañana...

Mi voz se fue apagando al recordar la última «visita» de Nell. Había presentido la muerte de Edward Ravenscroft... y después, su propia desaparición y la de su hija. Volví atrás en las páginas de John Montague:

Y así, el hombre que poder tuviera para domeñar la fuerza de los rayos sería el Ángel vengador del Día del juicio...

—¿No te extraña, tío —dije con inquietud—, que casi todos los que se acercan a esa especie de armadura acaben por desaparecer o mueran de algún modo inusual? Thomas, Felix y Cornelius Wraxford, la señora Bryant, Nell, el propio Magnus... y Magnus podría haberse equivocado... o haber mentido respecto a la mujer que vio en las escaleras.

—Querida... ¿no estarás invocando a los espíritus malignos en defensa de Eleanor Wraxford? No puedes pensar en serio que un espíritu robó la gargantilla de diamantes o se le enganchó el vestido en la armadura...

—No, tío... Pero alguna otra persona podría haberlo hecho. Imagina que Magnus estuviera envuelto en algún ritual satánico... y que sus cómplices se rebelaran contra él...

Un carbón estalló, sobresaltándome con un fuerte chasquido y una minúscula lluvia de chispas.

—Eso, realmente, querida, es aferrarse a la última esperanza. Tendrás pesadillas si no tienes cuidado. La gente no se disuelve en el aire. Por muy siniestro que pueda parecerle el asunto de la armadura, en la actualidad hay muchos caballeros ilustrados que están involucrados en ese mismo tipo de experimentos, la Sociedad para la Investigación Física, por ejemplo, y con evidentes buenos resultados. Y respecto a la insistencia de Magnus en que Nell le acompañara a la mansión, de nuevo te recuerdo que sólo contamos con la versión de los hechos según la propia Nell. No debes dejarte llevar por tu imaginación. Realmente el señor Montague hizo muy mal en enviarte estos papeles; estrictamente hablando, deberíamos entregárselos a la policía.

—Tío, me prometiste...

—Lo sé, lo sé... Y no tengo intención de hacerlo. Eso sería convertir nuestra vida en un circo. Pero debes ser consciente de que, al guardar silencio, estamos ocultando pruebas de un caso de asesinato. Si el señor Montague se suicidó, esta es con seguridad la razón: él no estaba poniendo en tus manos solamente su reputación, sino su vida... a menos que su salud fuera peor de lo que estaba dispuesto a admitir en su carta.

—Me temo que así era —dije, recordando aquel mortecino matiz grisáceo en su piel.

Ya era completamente de noche en el exterior. Me levanté y corrí las cortinas; temblé con el frío que desprendían los cristales, regresé junto a la chimenea y aticé los carbones.

—Lo mejor que puedes hacer con estos papeles —dijo mi tío mientras yo utilizaba el atizador en la chimenea— es arrojarlos al fuego.

—Pero... tío... ¡jamás podría hacer eso! Se lo debo a la memoria del señor Montague y debo intentar descubrir qué ocurrió realmente en la mansión. —No me había dado cuenta realmente de lo que sentía hasta que no me oí decir aquellas precisas palabras—. Y tengo que saber qué fue de Nell y, además, jamás podría destruir sus diarios: podrían ser...

Me interrumpí de inmediato al ver el enojo en el rostro de mi tío. Levantó las manos en un gesto de falsa desesperación y no dijo ni una palabra más acerca del misterio de los Wraxford. A la mañana siguiente nos entregaron con el correo una carta remitida por el señor Craik.

18 Priory Road,
Clapham SW
25 de enero de 1889

*A la atención de la señorita C. M. Langton
Por medio de Montague y Craik, notarios públicos Wentworth Rd.
Aldeburgh*

Estimada señorita Langton:

Le ruego que perdone esta intromisión por parte de un completo desconocido. Mi nombre es Edwin Rhys, y soy el único hijo del difunto Godwin Rhys (doctor en Medicina). Mi padre fue médico de Diana Bryant, que murió en Wraxford Hall en el otoño de 1868. Él certificó su muerte considerando que se debió a un paro cardiaco y, a pesar de la ausencia de pruebas en contra, se vio en la ruina debido a una campaña que se desató contra él, plagada de rumores e insidias. En el invierno de 1870, quebrados su salud y su ánimo, se quitó la vida.

Yo siempre he creído en la inocencia de mi padre, y aún conservo el deseo de limpiar su nombre. De aquí, como usted habrá sospechado, esta carta. A partir del aviso que apareció ayer en The Times, entiendo que en breve entrará usted en posesión de las propiedades de los Wraxford. Mi esperanza es que entre los papeles de los Wraxford, o en la mansión, hayan subsistido pruebas que puedan borrar la mancha que recayó sobre la reputación de mi padre. Yo escribí en numerosas ocasiones a la señorita Augusta Wraxford, requiriéndole el favor de una entrevista, pero nunca recibí respuesta alguna. Me atrevo a esperar que usted lo entienda de un modo diferente. Si usted consintiera en hablar conmigo, cuando y donde mejor le conviniera, le estaría eternamente agradecido.

Considéreme, señorita Langton, su seguro servidor,

EDWIN RHYS

Edwin Rhys contestó a vuelta de correo a mi nota, agradeciéndomela calurosamente y, para inquietud de mi tío, aceptando mi invitación para tomar el té dos días después. Yo había dado por hecho que él debía de ser relativamente joven, pero el hombre al que hizo pasar Dora al salón no parecía que tuviera más de veinte años. Sólo era un par de dedos más alto que yo, ligeramente fornido, con una melena rubia peinada hacia atrás, la cara ovalada enmarcada por una fuerte mandíbula y una piel que muchas mujeres habrían envidiado.

—Ha sido muy amable por su parte aceptar verme, señorita Langton...

Su voz era grave y educada, y su indumentaria —una chaqueta de pana azul oscuro, pantalones grises de franela, una delicada camisa blanca y un pañuelo— era mucho más de lo que yo esperaba de un joven caballero procedente de Oxford o Cambridge. Sus botas aún estaban empapadas por la lluvia.

—Sentí mucho saber que su padre murió en... en semejantes circunstancias —dije, una vez que nos sentamos junto a la chimenea—. El misterio de los Wraxford ha arruinado muchas vidas.

—Así es, señorita Langton.

—Dice usted en su carta —proseguí— que toda su esperanza es poder limpiar el nombre de... Tal vez querría usted contarme algo más sobre su padre...

—Yo sólo tenía seis años cuando él murió... La mayor parte de lo que sé de mi padre procede de lo que me contaron mi madre y mi abuelo. Mi padre, como usted sabe, fue el médico personal de la

señora Bryant, la cual, al parecer, fue una mujer decididamente desagradable. El papel de mi padre consistía básicamente en estar de acuerdo con la señora y consentir sus variopintos caprichos. Un colega mayor se la había presentado; al principio pareció una gran oportunidad, pero el hecho cierto es que aquel médico sólo quería librarse de ella, desde luego. Mi madre se encontró con ella una sola vez, y la detestaba.

—Lo entiendo perfectamente —dijo.

Me lanzó una mirada de curiosidad, y entonces me di cuenta de que debía actuar con más cautela.

—Mi madre cree —prosiguió— que Magnus Wraxford apareció en escena alrededor de unos seis meses antes de la visita fatal a la mansión. Mi madre no lo conoció, pero mi padre estaba hechizado y en sus manos... como lo estaba la señora Bryant, por supuesto...

En esta ocasión me mordí el labio y no dije nada.

—... y estaba tan hechizado que no hablaba de nada salvo del doctor Wraxford, aunque su papel como médico era absolutamente superfluo: mi madre dice que igual podría haber sido el perrito faldero de la señora. —Recuerdo que Nell había utilizado exactamente aquella imagen en su diario—. La señora Bryant no ocultaba el hecho de que le había entregado al doctor Wraxford diez mil libras para su sanatorio, mucho antes de que ella hubiera visto la mansión. Él la sometía a sesiones de mesmerismo con regularidad, y me gustaría saber hasta qué punto ejerció su influencia sobre ella. La mayoría de los doctores de nuestros días consideran que el mesmerismo no es más que pura charlatanería.

»El error fatal de mi padre fue firmar aquel certificado de defunción, contra su propia voluntad y conocimiento. La autopsia no encontró nada anormal, pero el hijo de la señora Bryant estaba convencido de que mi padre había conspirado con los Wraxford y había envenenado a la señora por el dinero. Este hombre se había llegado a convencer a sí mismo de que su madre se había arrepentido de su donación de diez mil libras y le habría exigido que se las devolviera... si no hubiera muerto aquella noche. Y así fue como comenzaron a circular los rumores.

»Si mi padre hubiera tenido una consulta propia, podría haber capeado el temporal. Pero para un hombre sin pacientes fijos a los que recurrir, aquellas insidias resultaron fatales. Mi abuelo (por parte de mi madre) podría haberle ayudado, aunque se había opuesto al matrimonio de su hija, pero mi padre se las arregló para ocultar durante más de un año hasta dónde alcanzaban las deudas. Cuando no pudo satisfacer a los acreedores, se pegó un tiro. Tardó tres días en morir.

—Lo lamento mucho, de verdad... —repetí, pensando cuán absolutamente inapropiadas resultaban aquellas palabras—. Y... ¿qué hicieron entonces usted, su madre y su hermana?

—Mi abuelo nos llevó a vivir con él... pero... ¿puedo preguntarle, señorita Langton, cómo sabe usted que yo tengo una hermana?

De nuevo recordé que lo había leído en el diario de Nell.

—Yo... bueno... creo que el señor Montague, el abogado... se ahogó, ya sabe usted... fue muy trágico, hace quince días... debió de decírmelo él... Dígame, señor Rhys, ¿cómo cree usted que murió la señora Bryant?

—Yo no sé qué creer... Mi amigo y colega Vernon Raphael, a quien creo que usted conoce... ¿se encuentra usted indispuesta, señorita Langton?

—No, no... sólo ha sido una indisposición momentánea —oí mis palabras como un eco de las que dijera John Montague—. Por favor, digame, ¿son ustedes colegas... en qué?

—Ambos somos miembros de la Sociedad para la Investigación Física. Discúlpeme, señorita Langton, pero realmente no parece que se encuentre usted bien...

—No es nada, no es nada... se lo aseguro... ¿Y el señor Raphael, por casualidad, puede explicar las circunstancias que nos interesan?

—No, desde luego —dijo Edwin Rhys, ruborizándose—, por supuesto que no. Sólo me dijo, cuando le conté que venía aquí, que usted y él se conocían...

Comprendí que sólo la verdad —o toda la parte de la verdad que pudiera atreverme a contarle— podría despejar el malentendido.

—No es lo que usted piensa, señor Rhys. Sólo he visto al señor Raphael en una ocasión, cuando asistí a una sesión de espiritismo con mi madre, que era... una ferviente espiritista. Mi hermana... en fin... mi hermana murió cuando era muy niña y mi madre nunca se recuperó de la conmoción de su muerte, y por eso...

—Lo comprendo, lo comprendo, señorita Langton —contestó, aún ruborizado—, y le aseguro que no pretendía dar a entender que...

Sólo Dora, que entró con el servicio de té, impidió que su embarazo llegara a más; la presencia de la criada nos permitió recobrar la compostura.

—Se ha referido usted al señor Raphael como su colega —dijo—. ¿Trabaja usted en la Sociedad?

—No. Raphael es uno de los investigadores profesionales de la Sociedad. Yo trabajo para el señor Hargreaves, el arquitecto, como supervisor de las construcciones. Intenté ser médico, como mi padre, pero me temo que la mesa de disección era demasiado para mí... Me uní a la Sociedad hace tres años, con la esperanza de... pero quizás usted preferiría no hablar de eso...

—Hubo un tiempo en que no habría deseado hablar de eso, pero ahora... Mi madre se murió de pena, señor Rhys, no por asistir a las sesiones de espiritismo. La perdí mucho antes de que se muriera.

Realmente, no había pensado en ello de ese modo hasta aquel preciso momento, pero mientras decía aquellas palabras, y con la sensación de que me liberaba de un gran peso que me colgaba del cuello, me di cuenta de que eran completamente ciertas.

—¿Con la esperanza de...? —le pregunté de pronto.

—Bueno... con la esperanza de tener alguna comunicación con mi padre o, al menos, probar que una cosa semejante es posible...

Su voz se fue apagando, al tiempo que removía el té de su taza.

—¿Y lo consiguió usted?

—No, señorita Langton, no lo conseguí. El otro día, en una conferencia, el profesor Sidgwick remarcó que veinte años de intensa investigación le han dejado exactamente en el mismo estado de incertidumbre con el que comenzó, y esa es en buena parte mi propia experiencia. En todo caso, Vernon Raphael es un perfecto escéptico; le he oído decir que la historia del espiritismo se compone únicamente de fraudes y autosugestión... Lo cual me recuerda precisamente lo que le iba a decir antes. El misterio de los Wraxford, me temo, es un motivo de discusión muy popular en el seno de la Sociedad... especialmente entre aquellos que piensan que hay algo sobrenatural en el fondo de todo el asunto, y los escépticos como Raphael que tienen el punto de vista opuesto. Sin embargo, incluso Raphael (ha estudiado profundamente el caso) ha dicho en alguna ocasión que si pudiera observarse alguna vez un fenómeno de ese tipo, Wraxford Hall sería el lugar ideal para llevar a cabo el

experimento.

Temblé cuando recordé esas mismas palabras...

—Pero... esas fueron exactamente las palabras de Magnus Wraxford.

—Sí, Raphael es muy consciente de ello... Ya veo que usted también ha estudiado a conciencia la declaración de mi padre.

Evité responder volviendo a llenar su taza.

—¿Dejó su padre algún informe o algún diario... de sus relaciones con Magnus Wraxford? —dijo sin concederle mucha importancia a la pregunta.

—No, señorita Langton. ¿Y usted... sabe de la existencia de algo... cartas o documentos escondidos en la propiedad... que puedan ayudarme...?

Estuve tentada a decir que sí, pero entonces recordé las palabras de mi tío: «Estamos ocultando pruebas de un caso de asesinato».

—Me temo que no —dijo—. Pero si usted quiere examinar los papeles de la mansión... suponiendo que existan. Yo desconozco absolutamente qué puede haber allí. En fin, si quiere usted examinar los documentos, quizá podríamos organizar...

—Es muy amable por su parte, señorita Langton, realmente muy amable. Y... si me permite el atrevimiento... ¿podría usted considerar la posibilidad de que Vernon Raphael, yo mismo y unos pocos caballeros amigos de la Sociedad lleváramos a cabo una investigación?

—¿Qué clase de investigación, señor Rhys?

—Vernon Raphael insiste en que si se le permitiera el acceso a la mansión, él podría resolver no sólo la cuestión de las influencias sobrenaturales, sino el misterio en sí mismo, por vía demostrativa, y ante testigos expertos. Es decir, afirma que podría demostrar cómo murieron la señora Bryant y Magnus Wraxford, y qué fue de Eleanor Wraxford y la niña... y, a partir de aquí, quizá, podría ayudarme a restaurar la memoria de mi padre.

—Es que tiene el señor Raphael alguna teoría sobre lo que pudo haber ocurrido?

—Le he planteado esa misma cuestión a veces y sólo me ha sonreído enigmáticamente. Raphael guarda cuidadosamente sus cartas, señorita Langton; estoy muy orgulloso de poderle llamar mi amigo, pero su único confidente verdadero es St John Vine, que trabaja con él en todos sus casos; entre los dos han destapado varios fraudes muy ingeniosos, incluido uno que ni el señor Podmore fue capaz de detectar^[55]. Todo lo que puedo decir es que Raphael debe de estar muy seguro de sí mismo para hablar así...

—¿Y usted, señor Rhys? ¿Tiene usted una teoría propia al respecto?

—Bueno... imagino que los Wraxford actuaron en connivencia... quiero decir que la apariencia de distanciamiento entre ellos era artificial, para engañar a la señora Bryant con el fin de sacarle más dinero. Y después, debió de producirse un altercado entre ellos... quizás Eleanor Wraxford sintió celos de la señora Bryant...

—Le aseguro que su teoría es falsa —dijo con vehemencia.

—Señorita Langton —dijo tras una pausa—, me parece que usted sabe más de lo que... ¿Está usted segura de que no puede decirme nada que me ayude en la recuperación del buen nombre de mi padre?

—Absolutamente segura, señor Rhys. Digamos simplemente que tengo mis propias razones para intentar que se resuelva este misterio.

En los últimos minutos había concebido un gran deseo de seguir las huellas de Nell Wraxford y ver con mis propios ojos la mansión.

—¿Cuánto tiempo cree usted que podría durar esa investigación? —pregunté.

—Por lo que me ha dicho Raphael, el equipo sólo necesitaría estar allí una noche... dos, como mucho.

—Pero... la mansión está en ruinas... Ha estado vacía durante veinte años. ¿Cómo podría instalarse allí un equipo...? ¿Cuántos serían?

—Media docena, como máximo. Todos ellos son veteranos expertos, señorita Langton, y se llevarían todo lo que precisaran: camas portátiles, provisiones, infiernillos y todo lo necesario... ¿Cree usted que su tío querría acompañarnos?

—No, señor Rhys. Pero a mí sí me gustaría estar presente... aunque quizás «gustar» no es precisamente la palabra más adecuada. Pero no veo cómo puedo unirme a su equipo sola, sin compañía... No tengo ninguna amiga que pueda acompañarme...

—Señorita Langton, si esa es la única dificultad, le aseguro por mi vida que yo la protegería como si fuera usted mi propia hermana.

—Es a mi tío a quien tiene usted que convencer, señor... Hámleme de su hermana...

—Gwyneth acaba de cumplir veintiún años. Es aproximadamente de su altura, señorita Langton, aunque es rubia en vez de morena. Es una gran lectora de novelas. Y toca el piano y canta como un ángel...

—Entonces no es como yo. Yo apenas puedo tocar una nota y mi modo de cantar podría considerarse un castigo. ¿Cree usted que se le permitiría unirse al equipo de investigación?

Una sombra cruzó su frente.

—Me temo que no, señorita Langton. Mi madre, verá... mi madre no aprueba que yo ande removiendo viejos escándalos, pues eso es lo que piensa de esta cuestión en concreto. Nunca le ha perdonado a mi padre que nos llevara a la ruina... de nuevo, esas son sus palabras... ni que arruinara las perspectivas de futuro de mi hermana.

—Eso no tranquilizará a mi tío precisamente. Pero se lo preguntaré y veremos qué dice. Mientras tanto, señor Rhys, confío en que usted conservará todo lo que hemos dicho aquí en la más estricta confidencialidad. Le escribiré en breve.

Cuando me levantaba para despedirme, me di cuenta de que estaba temblando de cansancio... o quizás de temor ante lo que había puesto en marcha...

Desde luego, podría haber desobedecido a mi tío, pero no quería abrir un abismo de desconfianza entre nosotros, y no me atreví ni siquiera a insinuar la posibilidad de que yo pudiera ser Clara Wraxford. No podía decir, de repente, hasta qué punto yo lo creía. Ni podía hablar de la muerte de John Montague, el cual a menudo ocupaba mis pensamientos: a veces me daba tanta pena su final como si hubiera sido un viejo amigo en quien confiara absolutamente; y en otras ocasiones me sentía airada y traicionada, pero entonces recordaba cuán enfermo parecía aquel día, y me preguntaba si se había mantenido con vida sólo por la pura fuerza de la voluntad, hasta que pudo apaciguar las exigencias de su conciencia. Y, por encima de todo, yo sabía que sólo podría estar en paz con su memoria —y conmigo misma— tomando la antorcha que él me había legado.

Mi tío era lo suficientemente bohemio como para no considerar la necesaria compañía femenina como un obstáculo insuperable, pero lamentó en voz alta y muy a menudo que el señor Montague

me hubiera hecho llegar esos papeles, y me costó una dura lucha no ceder ante él. Sólo después de que conociera a Edwin Rhys y quedara encantado con él —vino a cenar con nosotros una semana después de su primera visita—, consintió, aunque de mala gana.

Edwin —pronto nos convertimos en buenos amigos— me visitó en tres ocasiones durante la quinceña siguiente, generalmente para discutir los preparativos de la investigación, la cual se fijó para la primera semana de marzo, pero yo presentí que su interés era más personal. La fuerza de mi reacción en lo relativo a la historia de Nell Wraxford me hizo darme cuenta de que, desde que vine a vivir con mi tío, realmente no había deseado nada ni a nadie. Mi único deseo había sido no sentir nada, y no volver a sufrir aquel horroroso y doloroso sentimiento de culpabilidad y miedo que me había consumido tras la muerte de mamá. La vida con mi tío me había sentado bien porque él sólo deseaba estar a gusto y poder ocuparse de su trabajo tranquilamente. Me había encantado tener aquella relación con la señora Tremenheere y sus hijos, y me había deleitado en la calidez de su hogar, y, sin embargo, algo en mí había permanecido indiferente a su cariño. Ni siquiera había notado mi carencia de sentimientos, como si hubiera perdido el apetito y la necesidad de comida, y, de algún modo, me las hubiera arreglado para sobrevivir sin ella.

Ahora volvía a estar viva, y era consciente de las miradas furtivas de Edwin, de cómo se ruborizaba cuando se encontraban nuestras miradas, de sus intentos por reunir todo su valor para hablarme... Era apuesto y amable, y sus sentimientos albergaban casi una delicadeza femenina. Por mi parte, estaba segura de que yo no le gustaría ni a su madre ni a su hermana, y no más de lo que ellas me gustarían a mí. Pero de todos los jóvenes a los que había conocido, él era con mucho el más atractivo.

Entre una visita y otra de mi nuevo amigo, yo dediqué buena parte de mi tiempo a darle vueltas al asunto del misterio de Wraxford, volviendo una y otra vez a los papeles en busca de claves, hasta que se me ocurrió que podría escribirle a Ada Woodward... si es que podía averiguar dónde vivía. Nell había dicho que ella y Ada se habían distanciado; y había dicho también que no les podía pedir a George y a Ada que la acogieran... y eso fue antes de que Magnus hubiera muerto. Pero habían sido íntimas amigas desde la infancia y quizás si Ada leyera los diarios, podría adivinar algo que a mí se me hubiera pasado.

Aunque aún no le había dicho nada a Edwin de todo lo que sabía, me pareció que lo único que debía ocultar absolutamente era la parte final de la narración de John Montague, y ello, principalmente y desde mi punto de vista, porque confirmaba la impresión general de que Nell era una asesina enloquecida. Finalmente, para Edwin y Vernon Raphael, decidí copiar una parte de la narración de John Montague: desde su primer encuentro con Magnus hasta la desaparición de Cornelius. Aparte de eso, decidí negar la existencia de cualquier otro documento. Si se hubiera tratado sólo de Edwin, le podría haber mostrado el resto, pero no confiaba plenamente en su discreción.

En la biblioteca de mi tío encontré un ejemplar ajado del Directorio eclesiástico de Crockford de 1877, y en él encontré al reverendo George Arthur Woodward, que vivía en el número 7 de St Michael's Close, Whitby, en Yorkshire. No había ningún otro George Woodward en la lista, pero no podía estar segura de que este fuera el que yo buscaba, así que redacté una carta dirigida a la señora de G. A. Woodward, y remitida a aquella misma dirección, preguntando si la señora era la Ada Woodward que había conocido a Eleanor Unwin, a quien una servidora estaba muy interesada en encontrar. (Escribí como si no supiera nada del asunto de los Wraxford). También le pedía que si ella

era Ada Woodward, tuviera la amabilidad de contestarme. Pero transcurrió una semana, y quince días más, sin que hubiera respuesta, y me pareció que no resultaba apropiado volver a escribirle. La única posibilidad que me quedaba era la criada, Lucy, a quien Nell había apreciado y en quien había confiado, pero de esta Lucy ni siquiera conocía su apellido. Sólo sabía que su familia había vivido en Hereford, pero eso había ocurrido veinte años antes. En fin, me quedé sin nada que hacer, salvo darle vueltas a lo mismo y contar los días hasta que llegara el día 6 de marzo.

Desde la seguridad de la chimenea de mi tío, yo me había imaginado como la heroína de la expedición: alentada por la llamada de la sangre, yo sola encontraría la clave decisiva que se les había pasado a todos aquellos hombres que andaban deambulando y dando golpes por toda la mansión, y, finalmente, yo sola daría con el eslabón de la cadena que me conduciría hasta Nell. Pero una vez en el tren, mi preocupación aumentó hasta convertirse en un nudo (muy apretado) en la boca del estómago. Edwin y yo compartíamos un compartimento con Vernon Raphael y St John Vine en el primer tren que partió de Londres. Vernon Raphael se comportó muy bien, y no sacó a relucir en absoluto las circunstancias en las que nos habíamos visto por vez primera. Pero verle de nuevo me trajo perturbadores recuerdos de mi vida en la Sociedad Espiritista de Holborn, y de aquellos extraños días en los que me oía hablando y, como el resto de las personas que me escuchaban, no sabía qué podría ocurrir al instante siguiente. El señor Raphael, de eso podía estar casi completamente segura, no creía en espíritus; aunque se negó a revelar sus planes, la seguridad de sus modales sugería que sabía muy bien qué iba a ocurrir. Pero los recuerdos de Holborn habían excitado el oscuro temor de que si había algo dormido en la mansión, mi sola presencia conseguiría despertarlo...

Una ventisca de aguanieve azotaba el andén cuando nos apeamos del tren en la estación de Woodbridge. Edwin me apremió para que subiera a un coche que nos esperaba, donde me senté mientras las maletas hacían un ruido sordo cuando las arrojaban sobre el techo. Entonces deseé no haber salido de Elsworthy Walk. Todos los árboles estaban sin hojas; antes de que pudiéramos darnos cuenta, cruzamos la ciudad y salimos a una vasta extensión de pantanales: allí todos los colores se habían desvanecido. Ráfagas de viento sacudían el carro. Yo escudriñaba el paisaje a través de los cristales veteados por la lluvia, intentando adivinar dónde podría estar el mar, pero las nubes estaban tan bajas que los brezales y el cielo se fundían en aquel gris tan triste. Los caballeros permanecían en silencio; St John Vine, en realidad, apenas había pronunciado una palabra desde que salimos de Londres, e incluso Vernon Raphael parecía desalentado por la desolación del paisaje.

Los bosques de Monks Wood nos engulleron sin previo aviso y, cuando pasamos de la luz grisácea del día a la práctica oscuridad bajo los abetos, los árboles nos amenazaron como una ola negra que emergiera de la niebla. Las ráfagas de aire cesaron, y sólo quedó el amortiguado retumbar de las ruedas, los arañazos de las ramas secas contra el carro y ocasionales oleadas de agua que se derramaban desde el dosel de ramas que cubría el camino. Los sombríos perfiles de los troncos de los árboles iban pasando, tan cerca que pensé que podría tocarlos. El nudo que tenía en el estómago se fue tensando aún más a medida que transcurrían los minutos, hasta que la luz regresó tan abruptamente como se había ido.

La descripción de John Montague no hacía justicia a la enormidad de la mansión, ni a la profusión de buhardillas y gabletes, ninguno nivelado ni cuadrado. No había en realidad ni una sola línea recta; todo parecía abombado, o hundido o quebrado. Los muros ya no estaban deslustrados y musgosos, sino ennegrecidos con liquenes y moho, y alrededor de la casa había fragmentos de sillería y estucado que se habían caído de los muros y yacían esparcidos entre las hierbas.

—¿Cree usted que esto es seguro, Rhys? —preguntó Vernon Raphael cuando nos bajamos y observamos la casa junto al carro; en lo más alto, pude ver las puntas de los pararrayos oscilando con el viento.

—No lo sé —contestó Edwin con inquietud—. Si el agua ha penetrado en el edificio... y es muy probable que haya ocurrido, los suelos se podrían haber podrido. De hecho... Señorita Langton, realmente creo que debería coger el coche y volver a Woodbridge. Hay un excelente hotel... O puede volver directamente a Londres, si lo prefiere.

En realidad, estuve muy tentada a seguir el consejo de Edwin, pero sabía que si lo hacia me lo reprocharía siempre en el futuro.

—No —dije—. He llegado demasiado lejos como para retirarme ahora.

Insistieron en que esperara abajo, junto a las escaleras, hasta que Edwin examinara los suelos, mientras Raphael y Vine buscaban la carbonera y encendían las chimeneas en la galería, en la biblioteca y en el salón que durante breves horas había pertenecido a la señora Bryant y donde yo iba a dormir, o iba a intentar dormir, aquella noche. Las chimeneas tiraban realmente mal a causa del viento, así que en las salas se mezclaba el áspero olor del humo con los penetrantes hedores del moho, de las humedades y la putrefacción. Tan pronto como se encendieron los hogares, y todas las maletas se subieron arriba, Raphael y Vine se encerraron en la galería para asegurarse de que allí no había pasadizos escondidos u otras trampas: yo les podía oír dando palmadas en las paredes y golpeando con los nudillos al otro lado del muro mientras me acurrucaba junto al fuego en la biblioteca, intentando desprenderme del frío del viaje y respirando aquel hedor ácido y húmedo del papel podrido.

Edwin hizo una ronda por las salas de la planta y confirmó que eran lo suficientemente seguras, siempre que nunca fueran más de dos personas juntas por cualquiera de los pasillos: algunos coros con mal aspecto en los techos y algunos fragmentos de enlucido desprendidos sugerían que el agua había calado en los pisos superiores. En cualquier caso, estaba preocupado por el suelo de la galería que se encontraba justamente debajo de la armadura: dijo que, para su gusto, había demasiada holgura entre las tablas de la tarima. Luego fue al estudio: pude oírle cogiendo libros y abriendo cajones. Con toda aquella actividad a mi alrededor, la casa no parecía especialmente siniestra, y cuando casi había conseguido desprenderme del frío, me escabullí para ver la habitación que había ocupado Nell.

La quebrantada puerta, abierta, colgaba de las bisagras; las sábanas se habían quitado de la cama, pero extrañamente, sobre la mesa que había junto a la ventana, permanecía una pluma con su plumín oxidado y un frasco de tinta completamente seco... ¿Serían tuyos? Nubecillas de polvo se levantaban alrededor de mis pies a medida que avanzaba hacia la alcoba en la que Clara había dormido... ¿En la que yo había dormido? Una cuna baja de madera, también magullada y polvorienta, permanecía en mitad de la salita. La habitación era incluso más pequeña y mucho más oscura de lo que había imaginado a partir de la descripción de Nell, y no provocó en mí ni el más mínimo indicio de reconocimiento... apenas una leve sorpresa. Pensé en mí misma cuando era niña: cuando no podía

recordar nada de mi infancia anterior a la casa de Holborn. En la habitación había una ventana minúscula, un cuadradito diminuto, en lo alto del muro. La ventana no estaba abierta, y yo no me encontré con fuerzas para abrirla. Con la puerta cerrada, aquella pequeña habitación habría estado prácticamente en completa oscuridad. No pude ver que hubiera ventilación de ningún tipo.

Mientras avanzaba por el pasillo, había curioseado en las otras habitaciones... todas vacías y sin muebles, pero algunas eran considerablemente mayores que esas dos juntas. Nell probablemente solicitó una alcoba unida a su habitación, para Clara, pero ¿por qué no exigió algo mejor para ella y su hija cuando vio la habitación que se le había preparado?

A medida que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, me di cuenta de que en la esquina más alejada de la puerta se había levantado la esquina de la alfombra. Acerándose, vi un hueco en el suelo, de donde se había sacado una pieza del entarimado de poco más de una cuarta de larga; y allí estaba la pieza de madera: debajo de la cuna. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo. Me arrodillé y escudriñé el hueco, pero estaba demasiado oscuro como para poder ver nada, y no me atreví a meter la mano en su interior. Ese seguramente era, pensé, el «escondite perfecto» que Nell había descubierto para ocultar su diario.

Yo había llevado el diario conmigo y, en un impulso, volví por el oscuro pasillo para ir a buscarlo, mirando nerviosamente a mi alrededor a cada esquina, hasta que pasé el rellano. Débiles sonidos, como de pequeños golpes, procedían de la galería. Si no hubiera sabido quién los hacía, habría huido aterrorizada. El frío me hacía temblar de nuevo; añadí más carbón a la chimenea de mi habitación y me puse en cuclillas junto al fuego, preguntándome si podría resistir una noche sola en aquel lugar. Nell había resistido varias, me dije, y en unas circunstancias de todo punto mucho más terroríficas... pero ella tenía a Clara, a quien debía proteger a toda costa.

Pero... ¿por qué había permitido que Clara durmiera en aquella celda oscura y mal ventilada? (Y, de nuevo, me di cuenta de que estaba pensando en Clara y en mí misma como si fueran dos personas distintas... como si fuéramos hermanas, en realidad). ¿Tal vez escogió aquella habitación porque su disposición significaba que habría dos puertas cerradas entre Clara y aquellos que pudieran hacerle daño? La respuesta no me parecía convincente, pero no se me ocurría otra, y, así, volví a la alcoba con el diario de Nell y muy cautelosamente lo introduje en el hueco, poco a poco, hasta que comprobé que cabía perfectamente.

El doctor Rhys dijo en su declaración que, poco después de forzar la puerta, había visto un agujero en el suelo, en una esquina de la alcoba de la niña. Lo cual significaba, en efecto, que Nell debió de dejar el escondite abierto y a la vista cuando cogió a Clara y se la llevó a su cómplice por la mañana temprano. Su diario se había encontrado abierto y sobre el escritorio... Pero si ella hubiera cogido de allí cualquier otra cosa (¿documentos?, ¿dinero?, ¿joyas?), ¿no habría recordado forzosamente que tenía que coger también el diario, que además tenía a la vista?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de unas pisadas que procedían del corredor, y oí cómo la voz de Edwin pronunciaba mi nombre. Volví a guardar el diario debajo de mi chal cuando apareció en la habitación.

—¿Ha encontrado algo? —pregunté.

—No —dijo desanimado—. Raphael me acaba de expulsar de la biblioteca; dice que quiere comprobar el funcionamiento del generador eléctrico. Están actuando con, mucho secretismo, me parece. Me ha ofrecido a ayudarlos a buscar el «escondrijo del cura»... porque es seguro que habrá

algo de ese tipo, pero han rechazado mi colaboración. Bueno, de todas formas, no importa mucho: nos llevará semanas, e incluso meses, buscar documentos en esta casa; mi idea de encontrar algo que pudiera exonerar a mi padre cada vez me parece más un sueño imposible. Este lugar es sepulcral; nunca había sentido tanto frío...

Con aquel apunte sombrío, nos retiramos y acudimos al salón para dar cuenta del almuerzo que yo había llevado en una cesta. Edwin avivó el fuego convirtiéndolo en una masa abrasadora de carbones, pero aquello no pareció animarlo mucho, ni a mí tampoco. Tal y como había sugerido, en Wraxford Hall había algo más que aquel frío mortal de la casa, y no era una mera ausencia de vida, sino una hostilidad activa. Tras unos breves instantes, Edwin se fue para reanudar su búsqueda. Yo pensé volver a la habitación de Nell, pero no lo hice: bien al contrario, me quedé acurrucada en un viejo sillón polvoriento hasta que caí en un sueño atestado de pesadillas, del cual me desperté para encontrarme con que la habitación se había quedado totalmente a oscuras, y Edwin llamaba a la puerta para advertirme de que el resto de la expedición ya había llegado.

—Damas y caballeros, si tuvieran la amabilidad de ocupar sus asientos, ya estamos casi preparados para empezar...

Las sombras se alargaron sobre los muros cuando Vernon Raphael levantó su farol y nos llevó hasta un grupo de sillas dispuestas como los asientos de un teatro: todas las sillas miraban a la armadura que se encontraba en el extremo opuesto de la sala. Los carbones resplandecían en una pequeña chimenea que teníamos al lado. Aunque el fuego llevaba ardiendo varias horas, apenas había podido evitar aquel frío mortal que invadía la galería. La única iluminación procedía de un candelabro que había en lo alto, a la derecha de la armadura. Y por encima de él, sus llamas se reflejaban turbiamente en la negrura de las ventanas.

—Señorita Langton, por favor, le ruego que tome asiento en esta silla, junto al fuego...

Su rostro pálido y la blancura de su camisa se inclinaron hacia delante cuando hizo una leve reverencia, indicándome el lugar con un gesto deliberadamente teatral. Iba vestido con traje de noche, con una larga capa negra que le cubría los hombros. Edwin se acercó a mí y me ofreció el brazo, el cual rechacé indicándole que necesitaba ambas manos para sujetar mi propia capa. El sonido de nuestros pasos reverberaba como si fuéramos veinte personas.

Me senté donde me pedían, con Edwin a mi lado. A su izquierda estaba el profesor Charnell, un hombrecillo mustio de barba blanca, nervioso como un mono, y después estaba el profesor Fortesque, un caballero porcino y lustroso de gestos seguros y ojillos brillantes. El último en llegar fue el doctor James Davenant, que permaneció de pie durante un largo rato, observando la galería. Era el más alto de todos, muy delgado y envarado. Llevaba el cabello gris acerado peinado hacia atrás desde la frente, pero la parte inferior de su rostro quedaba oscurecida por una espesa barba, con profusas patillas y un poblado bigote. Durante el día llevaba lentes ahumadas; según Edwin, había resultado herido en un incendio cuando viajaba por Bohemia, en su juventud, y aquello le había debilitado la vista para siempre. Su voz tenía una ligera ronquera, como si se estuviera recuperando de un resfriado. Parecía satisfecho con dedicarse a ver y observar, pero yo noté que el resto de los caballeros se adherían constantemente a sus gestos y opiniones. Según Edwin, era el único miembro de la Sociedad a quien Vernon Raphael admiraba verdaderamente. Era también un distinguido

estudioso del mundo criminal, y había sido consultado por Scotland Yard en varios casos espectaculares, y muy recientemente a propósito de los espantosos crímenes de Whitechapel^[56].

Vernon Raphael se alejó de nosotros hasta que estuvo junto a la armadura, donde dejó el farol, cerró la portezuela del mismo, y se volvió hacia el auditorio. Con la temblorosa luz de las velas, la armadura parecía balancearse hacia delante y hacia atrás; los reflejos ascendían y descendían por el filo de la espada. Pude ver entonces los cables serpenteando desde la peana, junto a los pies de Vernon Raphael, y deslizándose bajo la puerta adyacente, hacia el generador eléctrico que había en la biblioteca. A petición suya, habíamos examinado el generador; dijo que, a pesar de los veinte años transcurridos, aún estaba en perfecto estado y que podía funcionar. Recordaba una gran rueda de hilandera, hecha de latón y madera pulida, pero en vez de tener una única rueda, tenía media docena de gigantescos discos de vidrio, uno al lado de otro. St John Vine —un joven oscuro, taciturno y saturnino a quien apenas había visto a lo largo del día— había girado la manilla, lentamente al principio, y después más y más rápido hasta que los discos se convirtieron en difusas ruedas de luz, mientras Vernon Raphael cogía dos cables con dos tenazas de madera y los acercaba gradualmente hasta que un violento rayo azul parpadeó entre ambos extremos, con un zumbido sordo y olor a quemado.

—Damas y caballeros —repitió, como si estuviera ante una audiencia de cincuenta personas—, están ustedes a punto de presenciar una sesión de espiritismo... o un experimento físico, si lo prefieren. Esto fue lo que Magnus Wraxford pretendía llevar a cabo la noche del sábado, el día 30 de septiembre de 1868. No se precisan aquí hipótesis ni conjeturas, porque, tal y como sabemos por la declaración de Godwin Rhys —e hizo una leve reverencia dirigida a Edwin—, el propio señor Wraxford describió con toda precisión lo que pretendía hacer. Desde luego, ustedes se preguntarán cuál es el objeto de reproducir un acontecimiento que nunca tuvo lugar, pero por el momento sólo puedo pedirles que confien en nosotros.

»Si la señora Bryant no hubiera muerto la noche del día 29 (volveremos a ello un poco más tarde), habría habido cinco personas presentes en la sesión: Magnus y Eleanor Wraxford, la señora Bryant, Godwin Rhys y el difunto señor Montague. Sin duda, Magnus Wraxford les habría pedido a los otros cuatro que formaran un círculo y unieran sus manos, tal y como se hace habitualmente; Eleanor Wraxford, por lo que sabemos, desempeñaría el papel de médium, aunque no por gusto, desde luego. El doctor Magnus Wraxford también dijo que si no se materializaba ningún espíritu por medio de la invocación, ordenaría a su criado Bolton que accionara el generador eléctrico a toda potencia y que él mismo se metería en la armadura... tal y como yo voy a hacer.

»Les pedimos que observen en silencio y sin consultar unos con otros: así no se verán influenciados por las percepciones de otros testigos. En breves minutos estará completamente cargado el generador; confío en que su paciencia será recompensada.

»Y una última cosa: la demostración tiene su riesgo. No importa lo que ocurra, ustedes no deben abandonar sus asientos hasta que no les indiquemos que pueden hacerlo con total seguridad. De otro modo, podrían resultar heridos...

Nos hizo una nueva reverencia, se giró con un revuelo de su capa y accionó la empuñadura de la espada. Aunque todos habían examinado la armadura a la luz del día (yo no reuní el suficiente valor como para acercarme allí), hubo un movimiento de terror colectivo cuando aquella monstruosa figura pareció abalanzarse sobre Vernon Raphael, abriendo sus ennegrecidas planchas pectorales como

mandíbulas deseosas de devorarlo. Se introdujo en el interior y la oscuridad se cerró tras él.

Intenté mantener los ojos clavados en la armadura, pero el movimiento de las llamas de las velas me distrajo. No fui consciente de que hubiera ninguna corriente de aire y, sin embargo, casi todas las llamas oscilaron al unísono, como si alguien hubiera pasado por la galería. El calor de la chimenea disminuyó perceptiblemente. Cada sonido, el crujido de una silla, el crepitio de los carbones, el ocasional susurro de los trajes, parecía una intrusión en la mortal quietud de la galería. El filo centelleante de la espada (que Raphael y Vine evidentemente habían abrillantado durante el día) fue otra distracción más que me apartó de la oscura monstruosidad de la armadura, que parecía absorber toda la luz que caía sobre ella...

O casi toda, porque había un débil reflejo amarillo... no, dos débiles reflejos de luz, uno al lado del otro, en el frontal del yelmo. No parecían realmente reflejos, porque no oscilaban cuando las velas tremolaban, y cuanto más los miraba, más brillantes me parecían.

Una estremecimiento aún más agudo confirmó que alguien más lo había visto. El fulgor procedía del interior, y brillaba a través de las ranuras del yelmo justo donde deberían estar los ojos de Vernon Raphael. Lancé una mirada a Edwin y vi mi propio temor reflejado en su rostro.

La luz se fortalecía y cambiaba, oscureciéndose desde el amarillo al naranja y a un vivo y resplandeciente rojo sangre. Cuando esto ocurrió, fui consciente de un zumbido bajo y vibrante, como el sonido de abejas en un enjambre; no podría decir de dónde procedía. Edwin se aferró a mi brazo y estaba a punto de levantarse cuando una voz —creo que fue el doctor Davenant— dijo callada pero firmemente:

—¡No se muevan, por Dios!

Una deslumbrante luz blanca llenó la galería y me cegó, y un instante después se pudo oír un estallido que estremeció la casa y me ensordeció. Las formas geométricas de las vidrieras quedaron grabadas en mis ojos, y cuando esa imagen se difuminó de mi vista, me di cuenta de que todas las velas se habían apagado; aparte del débil resplandor de la chimenea que tenía a mi lado, la oscuridad era absoluta.

Entonces se oyó un sonido de pasos apresurados procedentes de la biblioteca. Una línea de luz cruzó el suelo; la puerta que daba a la biblioteca se abrió de repente y St John Vine, farol en mano, corrió hacia la armadura y accionó la espada. Las planchas se abrieron, arrimó el farol y todos vimos que no había nadie en su interior.

Todos se levantaron y se acercaron a la armadura. Yo permanecí en mi silla, porque no confiaba en que mis rodillas pudieran sostenerme. Se encendieron más luces; St John Vine iba de un lado a otro, frente a la armadura, retorciéndose las manos y diciendo:

—¡Se lo advertí, se lo advertí...! —Entonces se volvió hacia mí y pareció recobrarse—. Aún tenemos una posibilidad. Vernon me prometió que si esto ocurría, intentáramos invocarlo. Debemos intentarlo... al menos debemos intentarlo... Señorita Langton, si quisiera usted formar un círculo con estos caballeros, yo haré funcionar el generador. Él ha dado su vida para ofrecernos una prueba; no debemos fallarle...

Intenté hablar, pero no pude. Edwin me ayudó a levantarme mientras el resto reagrupaba las sillas. St John Vine, con el rostro mortalmente pálido, sostuvo en alto el farol para que pudieran

ordenarse; todos los testigos parecían conmocionados y temerosos, excepto el doctor Davenant, cuya expresión era absolutamente inescrutable. Antes de que pudiera darme plena cuenta de lo que estaba ocurriendo, me encontré sentada en un círculo, con Edwin a mi derecha y el profesor Charnell a mi izquierda. Ahora tenía a mi espalda la chimenea, así que podía ver la armadura, mientras que Edwin y el profesor Fortesque no.

St John Vine se alejó por la galería, dejándonos en una oscuridad prácticamente absoluta. Cerró el frontal de la armadura y apagó el resto de las luces, excepto las cuatro velas del candelabro, las cuales volvió a encender.

—Unan sus manos —dijo con voz grave— y concéntrense en Vernon. Y recen, si no les importa... Cualquier cosa puede ayudar a devolvérnoslo...

Después cruzó la puerta hacia la biblioteca y la cerró tras él.

La mano de Edwin estaba seca y gélida; la del profesor Charnell parecía un pergamo empapado. En el otro extremo del círculo pude ver el brillo de los ojos del doctor Davenant y el débil resplandor de las velas sobre su frente; estaba todo demasiado oscuro para ver ninguna otra cosa. Estaba a punto de desmayarme y me sentía paralizada por la conmoción, sin embargo pude notar la vibración acumulándose en el círculo... ¿o era sólo el temblor de nuestras manos?

Entonces, las cuatro velas crepitaron y se apagaron, y de nuevo nos sumergidos en la más profunda oscuridad. Alguien —me pareció que podía ser el profesor Fortesque— estaba farfullando el padrenuestro. Ya había llegado al «mas libranos del mal» cuando un débil resplandor apareció junto a la armadura, una difusa columna de luz que se balanceó durante un momento en el vacío y después se abrió, con un movimiento que parecía el de dos alas desplegándose, en una reluciente figura que se separara del cuerpo de la armadura —ahora sólo difusamente visible con el resplandor— y se deslizara hacia nosotros. No tenía rostro, ni forma, sólo un velo de luz flotando sobre el vacío. Yo no podía moverme, no podía respirar.

Oí el ruido de la puerta de la biblioteca al abrirse, y un sonido de pasos aproximándose. La aparición brilló hasta detenerse.

—¡Vernon! —exclamó St John Vine desde la oscuridad—. ¡Manifiéstate...!

—No puedo... estar aquí... —la voz, aunque débil y confusa, fue reconocible: era la de Vernon Raphael—. Pero... ¿no le vas a dar la mano... a un amigo? —y cada palabra era más débil que la anterior.

Las pisadas se acercaron. El borroso perfil de un hombre cruzó entre la aparición y yo. La luz hizo remolinos; apareció un brazo brillante, pero sin mano: sólo una manga vacía, y cuando St John Vine intentó aferrar el brazo... ¡su propia mano lo atravesó! Con un grito de desesperación, quiso rodear con ambos brazos la aparición. Por un instante, hombre y espíritu quedaron unidos; entonces, la oscuridad los engulló y no supe más...

Recobré el sentido cuando noté el sabor del brandy en mis labios y un farol cegó mis ojos. Los carbones chisporroteaban en una chimenea junto a mí. Me di cuenta de que estaba tumbada en el mismo lugar en el que había caído, en el suelo de la galería, pero con un cojín bajo la cabeza. «He tenido un sueño horrible», pensé, volviendo la cabeza y apartándola de la luz que me deslumbraba. Edwin estaba arrodillado junto a mí, con Vernon Raphael asomándose por encima de su hombro.

—Señorita Langton, le ruego que acepte mis más sinceras disculpas... Lo siento, lo siento muchísimo, de verdad... No debería haberla sometido a esta terrible experiencia...

—No, desde luego que no —dijo Edwin muy enojado—. Si yo hubiera tenido la más mínima idea de lo que estabas planeando, Raphael, jamás habría permitido... es decir...

Se interrumpió, embarazado, y me ofreció otro sorbito de brandy.

—No... no lo entiendo... —le dije a Vernon Raphael—. ¿Me ha mesmerizado? ¿He soñado lo del rayo...?

—No, señorita Langton —contestó—. Todo ha ocurrido tal y como usted lo ha percibido... Sólo ha sido una ilusión... una demostración, si lo prefiere, ideada por Vine y por mí mismo. Yo había planeado explicarlo todo después, pero ahora debe descansar... De verdad, señorita: lo siento muchísimo...

—No... —dije, dándome cuenta entonces de mi confusión—. Ya me encuentro bien... y seguramente no podría dormir sin oír su explicación.

Ahora todas las luces estaban encendidas a lo largo de las paredes de la galería, pero el suelo en el que yo me encontraba tendida aún permanecía casi en completa oscuridad. Me cogió del brazo de Edwin y me levanté tambaleante.

—Bueno, si está usted completamente segura... —dijo Vernon Raphael en un tono de evidente alivio.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—En la biblioteca —dijo Edwin—. Pensé que usted preferiría...

Agradecida por su consideración hacia mí, y por la oscuridad de la galería, me arreglé el pelo y me sacudi el polvo de la capa, mientras Vernon Raphael iba en busca del resto de los invitados.

—Con razón se dice que quien acude a una sesión de espiritismo en casa de una médium está pidiendo que lo engañen.

Vernon Raphael estaba de pie junto a la armadura, y el resto de nosotros formábamos un semicírculo en derredor.

—La primera vez que oí hablar de este «gabinete de espiritismo», pues no es otra cosa realmente, sospeché que debía de haber algún truco.

Cogió la empuñadura de la espada —yo no fui el único miembro del grupo que dio un paso atrás cuando las planchas de la armadura se abrieron—, mientras St John Vine, que permanecía a un lado, acercó la luz de su farol a la armadura.

—Aunque la parte trasera de la armadura parece absolutamente sólida, también tiene bisagras. El truco es que sólo puede abrirse cuando el frontal está cerrado, y sólo si este resorte —y señaló el pomo de la espada, bajo el guante de malla— se encuentra en la posición correcta. Así pues...

Volvió a pasar una vez más al interior, y cerró las planchas. St John Vine se acercó y pareció tropezar; la luz de su farol iluminó nuestros rostros y nos cegó momentáneamente.

—¿Ven? —dijo Vernon Raphael, apareciendo por detrás de la armadura—. Sólo se necesita una breve distracción. Y, por supuesto, si se apagaran misteriosamente todas las luces...

St John Vine recorrió los pocos pasos que había hasta la puerta de la biblioteca y desapareció en su interior. Unos instantes después, las llamas del candelabro volvían a apagarse como si una mano

invisible hubiera ahogado las llamas con un matacandelas.

—Un clásico de los magos... o de los espirítistas —dijo Vernon Raphael—. Se hace con un tubo de caucho. El siniestro fulgor del yelmo es exactamente igual de simple: sólo se necesita un «farol oscuro», oculto bajo mi capa: este farol sólo tiene una salida de luz y cuenta con un panel deslizante para ocultar la llama y un cristal tintado. Señores: su imaginación hizo el resto.

—Pero... ¿y el rayo? —dijo Edwin—. ¿Cómo pudiste...?

—Polvo de magnesio, mi querido amigo; lo emplean todos los fotógrafos, aunque no lo utilizan en tanta cantidad; nosotros lo hemos mezclado con una parte de pólvora, y lo hemos prendido por medio de un largo hilo fusible desde la ventana de la biblioteca. Hemos tenido suerte de que las chimeneas no tiren bien y haya tanto humo en la galería; de lo contrario ustedes habrían percibido el olor característico a pólvora. Y mientras ustedes aún estaban confundidos y asombrados...

Se apartó un par de pasos de la armadura, con una mano palpando la pared, hasta la esquina donde la enorme chimenea se proyectaba hacia la galería, y se deslizó tras un raído tapiz que colgaba del muro y casi llegaba hasta el suelo. Allí se oyó un débil crujido de bisagras. St John Vine volvió desde el umbral de la biblioteca, desde donde había estado mirando, y apartó con decisión la colgadura, pero allí no había nadie: sólo la pared desnuda con sus habituales paneles de madera. Entonces dio tres golpecitos en la pared: una sección estrecha del muro se abrió y de allí salió Vernon Raphael.

—Estaba seguro de que encontraríamos algo de este tipo —dijo—, aunque no me gustaría permanecer durante mucho tiempo encerrado ahí. La mampostería tiene varios pies de grosor.

—¿Por qué no me contasteis todo esto...? —dijo Edwin, visiblemente molesto.

—Mi querido amigo... porque queríamos que participaras en la ilusión. Y ahora, señorita Langton y caballeros, si tuvieran la amabilidad de volver a sus asientos, les daré una explicación completa del misterio de Wraxford antes de que pasemos a cenar.

Aún aturdida por todo lo que había visto y oído, me alegré de volver al calor de la chimenea. Mis compañeros parecían también más tranquilos, no sé si por la fuerza de la personalidad de Vernon Raphael o por la sombría atmósfera de la galería.

—El verdadero misterio, en mi opinión, es la muerte de Cornelius Wraxford, más que la de Magnus. Es evidente, leyendo entre líneas el relato de John Montague, que la señorita Langton ha tenido la amabilidad de permitirnos leer, que Magnus Wraxford asesinó a su tío. La cuestión es: ¿cómo?

—Discúlpeme —dijo el doctor Davenant—, pero ¿puede usted explicarnos, a quienes no hemos leído esa narración, cómo ha llegado a tan extraordinaria conclusión?

—Por supuesto —dijo Vernon Raphael, y procedió a resumir los pasajes más relevantes, principalmente aquellos que se referían al descubrimiento del secreto de la armadura, tal y como el propio Magnus lo había relatado aquella primera tarde en la oficina de John Montague—. El resultado de aquella conversación —prosiguió— fue convencer a John Montague de que su cliente estaba practicando la alquimia, y que era un lunático peligroso... Para prepararlo, en otras palabras, para su muerte inminente ocurrida en circunstancias extrañas, precisamente cuando estaba a punto de agotar las últimas reservas del capital que ofrecía la propiedad de los Wraxford. Pero John Montague

jamás había visto a Cornelius, y lo conocía sólo por su reputación como un hombre siniestro y solitario. Naturalmente, estaba dispuesto a creer el cuento que Magnus había urdido para él... incluyendo la supuesta hostilidad de Cornelius hacia su sobrino y único heredero.

»Sin embargo, en la biblioteca que tenemos ahí mismo, ustedes no podrán encontrar ni una sola obra de alquimia. Ni, por supuesto, encontrarán una copia del tratado de sir William Snow a propósito de las tormentas, ni ningún otro trabajo sobre esa materia. John Montague, cuando vino aquí a petición de Drayton, encontró algunos papeles quemados en la chimenea del estudio. Pero los libros no arden con tanta facilidad: nadie puede deshacerse de una colección completa de libros de ese modo. Lo que les estoy diciendo es que esa colección de libros de alquimia jamás existió, y que no importa cómo acabara sus días Cornelius: lo cierto es que su forma de morir no tuvo nada que ver con la alquimia. Y aún más: digo que ese manuscrito de Tritemio jamás existió, excepto por el fragmento que Magnus inventó en honor del señor Montague; y digo finalmente que la historia que Magnus le contó a su tío era una muy diferente.

»No tenemos razón alguna para dudar de que Cornelius Wraxford estuviera efectivamente aquejado de un temor malsano hacia la muerte, aunque sólo sea porque el plan de Magnus no podría haber resultado efectivo si tal temor no hubiera existido. Recuerden también que Magnus Wraxford era un hombre de grandes poderes persuasivos, un reputado mesmerista... y creo firmemente que poseía un genio excelente para la improvisación. Supongan ustedes que vino a ver a su tío y le dijo algo de este tenor: "Conozco un invento nuevo y maravilloso, con extraordinarios poderes para alargar la vida, basado en los trabajos del gran profesor Faraday; y, además, tiene la ventaja de que te permitirá estar absolutamente a salvo durante las tormentas eléctricas. Casual y afortunadamente, esta armadura se adapta perfectamente a nuestro propósito: si me permites, la prepararé para que puedas utilizarla". Uno de los expertos que llevaron a cabo la investigación, como ustedes recordarán, explicó que la armadura funcionaría como una "jaula de Faraday", en la cual toda la carga eléctrica pasa por el exterior del receptáculo dejando al ocupante completamente ilesa. El médico forense se burló de esta idea, pero para un viejo temeroso, cuyo único contacto con el mundo exterior era lo que le pudiera contar su sobrino, aquello podría haber sonado perfectamente plausible.

»Con la activa cooperación de su tío, Magnus había construido lo que se podría considerar una trampa mortal y que se ajustaba perfectamente a la siniestra reputación de la mansión. La muerte del joven Felix Wraxford en 1795, y la subsiguiente desaparición de Thomas en 1821 (doy por seguro que ambas fueron accidentales, pero eso nunca lo sabremos), se entrelazaron también en la historia que Magnus se estaba inventando, sin duda con la mirada puesta en su utilidad una vez que la mansión pasara a sus manos.

»Pero había una grave dificultad: los rayos podrían caer sobre la mansión a la semana siguiente o bien podrían no caer durante los siguientes diez años, y nada garantizaría que Cornelius quisiera ocupar la armadura en ese caso. Y Magnus, habiendo preparado a John Montague para la inminente muerte de Cornelius, ahora tenía que asegurarse de que ocurriría. Yo estoy seguro de que su plan era abandonar su casa de Londres y trasladarse a una parte remota del país... digamos... a Devon, por ejemplo, adoptar un disfraz adecuado y venir a la mansión. Una vez en las dependencias de su tío (y les recuerdo una vez más que sólo conocemos las relaciones que había entre ellos por lo que decía el propio Magnus), podría haber acabado con la vida del anciano fácilmente, habría colocado el cuerpo en la armadura y podría haber descargado "un rayo" desde la seguridad de los bosques circundantes.

»Arriesgado, dirán ustedes, y estoy de acuerdo. Pero, como un verdadero artista, estaba preparado para correr cualquier riesgo si ello le permitía alcanzar el objetivo que perseguía. Y entonces la fortuna vino en su ayuda con un increíble golpe de suerte: John Montague estaba tan nervioso por la tormenta que se aproximaba que le envió un telegrama a Magnus para contárselo, dándole así algunas horas para prepararlo todo.

»Ahora ya no había necesidad de ningún rayo artificial. Magnus sólo tenía que colocar el cuerpo de su tío en la armadura y huir sin que nadie lo viera. Pero... ¿por qué no pudo encontrarse el cuerpo? Incluso suponiendo que un rayo verdaderamente cayera sobre la mansión, no creo que Cornelius se hubiera vaporizado en el aire: el propio destino desgraciado de Magnus es la prueba de ello. Y me niego a creer que su desaparición en el momento justo fuera una mera coincidencia. Sin embargo, no es evidente que la desaparición de Cornelius favoreciera los intereses de Magnus: el hecho cierto es que se vería obligado a soportar un retraso de dos años antes de poder tomar posesión de la propiedad, además de un enojo y caro proceso en los tribunales.

Levantó la mano para adelantarse a una pregunta del profesor Charnell.

—Con su permiso, me gustaría completar mi tesis antes de entrar a debatirla. Durante ese intervalo de dos años, Magnus Wraxford se casó con una joven que supuestamente poseía poderes psíquicos: un cómplice ideal para el fraude que pensaba perpetrar.

Yo había escuchado, hasta ese momento, con arrebatada atención, pero la última observación me dejó helada. Estaba a punto de protestar cuando me di cuenta de que no podía hacerlo sin desvelar la existencia del diario.

—Aunque las pruebas de Godwin Rhys, John Montague y el mayordomo Bolton condujeron al tribunal a creer que los Wraxford habían estado distanciados durante algún tiempo, es posible que el distanciamiento entre ellos fuera fingido, inicialmente, para favorecer la seducción de la señora Bryant por parte de Magnus, y quizás también para acrecentar el efecto de los poderes de Eleanor Wraxford: si la vieran como una médium que actúa incluso contra su deseo, la ilusión sería aún más convincente. Magnus hizo el primer acercamiento, y tuvo éxito al conseguir sacarle las diez mil libras iniciales antes de que Eleanor Wraxford entrara en escena. Ese dinero, como ustedes saben, se convirtió en una gargantilla de diamantes: un bien fácilmente transportable y canjeable.

»La intención de Magnus, estoy seguro de ello, era poner en escena una sesión de espiritismo que se parecería mucho a la demostración de esta noche. El don de Eleanor Wraxford habría entrado en acción y probablemente el marido fallecido de la señora Bryant habría aparecido, animándola a dedicar su fortuna completa al sanatorio de Magnus Wraxford. Pero para cuando el grupo llegó a la mansión, Eleanor Wraxford se había rebelado contra su marido. Quizás estaba celosa de la señora Bryant, o quizás, como alguien ha sugerido, tenía pensado fugarse con su amante. Su condición mental, en cualquier caso, era ciertamente inestable. Había sido despreciada por su propia familia, y su novio anterior había muerto aquí mismo, en la mansión, en misteriosas circunstancias. Y, según Magnus, tal y como dejó dicho Godwin Rhys, ella había previsto su muerte en una visión. Magnus la había enviado aquí con su bebé, de quien ella no se podía separar, para preparar su parte en el engaño.

De nuevo abrí la boca para protestar, y de nuevo me lo pensé mejor.

—Magnus debió de tener una confianza casi absoluta en su poder sobre ella. Pero luego su plan se fue al traste con la muerte de la señora Bryant la misma noche de su llegada.

»Tal vez recuerden ustedes que se encontró una nota, con la caligrafía de Eleanor Wraxford, invitando a la señora Bryant a encontrarse con ella aquí, en la galería, a medianoche. Aquí se ofrecen varias posibilidades. Puede ser que Eleanor hubiera pensado traicionar el plan de Magnus, o simplemente arruinarlo aterrorizando a la señora Bryant. Ustedes han podido ver cuán fácil resulta aterrorizar a una dama de corazón sensible utilizando este entrampado; a una dama de corazón sensible se le puede dar un susto de muerte, literalmente. Desde luego, Magnus corría el riesgo de fracasar con su demostración y, así, matar la gallina de los huevos de oro, pero se trataba de un riesgo que tenía que correr. Además, la señora Bryant habría asistido a la sesión con la esperanza de ser testigo de algo verdaderamente asombroso. Por el contrario, en esta cita previa, fue cogida completamente por sorpresa y su corazón no lo resistió.

»El resto ya es bien conocido: Eleanor Wraxford se las arregló para volver a la seguridad de su habitación mientras aún se estaba dando la señal de alarma. Apenas es necesario que les recuerde —añadió con una reverencia al doctor Davenant— que el conocimiento popular de la locura está bastante desencaminado. Un hombre... o, como aquí, una mujer, en un ataque de locura puede cometer los crímenes más monstruosos y, aun así, parecer perfectamente lúcida y aparentemente racional.

»En algún momento, durante la noche, Eleanor Wraxford puso en escena su desaparición. Ocultó a su hija, o la mató... Siento causarle angustia, señorita Langton, pero lo último parece también lo más probable. Una mujer sola habría tenido más posibilidades de ocultarse y hacer fracasar la búsqueda que se llevó a cabo después; una mujer con un bebé, prácticamente no tendría ninguna. A menos que hubiera acordado entregar a la niña a un cómplice, lo cual habría tenido que planear con anterioridad... y entonces, ¿por qué traer a la niña aquí?

Yo no había pensado en esta objeción cuando ideé mi propia teoría, pero comprendí, con una terrible sensación de ansiedad, la fuerza de la misma.

—Cualquiera que fuera el destino de la niña, Eleanor Wraxford se las arregló para ocultarse hasta que Magnus se quedó solo en la mansión. Ella se enfrentó a él con una pistola, cogió los diamantes, le obligó a entrar en la armadura y trabó el mecanismo... todo esto resulta evidente a partir de las pruebas aportadas por el abogado Montague. Eleanor tal vez sólo quiso mantenerlo atrapado el tiempo suficiente para poder huir; pero puede que los nervios le jugaran una mala pasada en última instancia, como testifican la pistola abandonada y la pieza rasgada de su vestido que apareció prendida en la armadura.

»Y, finalmente, la ironía definitiva: un rayo cayó realmente sobre la mansión aproximadamente un día después. Quizá Magnus Wraxford ya estaba muerto... Espero que fuera así. No le desearía un destino semejante ni a mi peor enemigo. No creo que fuera reducido a cenizas instantáneamente, como concluyó el médico forense; muchos hombres han sido golpeados por un rayo en campo abierto y, aun así, han sobrevivido. Es más probable que la energía del rayo incendiara las ropas y el cuerpo se fuera quemando lentamente, como ocurre en las combustiones espontáneas, tan vividamente descritas por Dickens^[57], excepto que en este caso la combustión tuvo lugar en el interior de un espacio cerrado, y por esa razón fue más completa.

»Y he aquí lo que sucedió, damas y caballeros. Nunca sabremos qué fue de Eleanor Wraxford y su niña; sospecho que ambas yacen en alguna sima oculta y aún no descubierta de los bosques de Monks Wood.

Hizo entonces una reverencia y los caballeros respondieron con un breve aplauso, al cual yo no me uní. El fuego había ardido débilmente mientras Vernon Raphael había estado hablando; mis pies estaban entumecidos de frío. Para mí, la revelación prometida había quedado en nada. Su admiración por Magnus había quedado patente, mientras que había despreciado a Nell como a una loca que había desbaratado un plan maravilloso y elegante. Se me ocurrió pensar, de hecho, que Vernon Raphael y Magnus Wraxford tenían mucho en común...

Miré a los demás y me encontré a los caballeros esperando que me levantase. La idea de asistir a su debate me resultó repentinamente insopportable. No es que tuviera hambre o sed; simplemente estaba muerta de frío.

—Me gustaría retirarme —le dije a Edwin—. No necesito nada, sólo un farol. Así pues, caballeros, si me disculpan...

Me levanté casi tambaleando y la habitación pareció girar alrededor de mí, de modo que me vi obligada a cogerme del brazo de Edwin. Acompañada por murmullos de preocupación, hicimos el largo camino de la galería y entramos en el frío aún más gélido del rellano, donde Edwin inmediatamente comenzó a disculparse por la desagradable experiencia de la noche.

—Yo elegí venir —contesté—, así que no hablemos más de ello.

Sentí su anhelo... Esperaba una mirada, una sonrisa o un gesto de complicidad, pero fui incapaz de corresponderle.

Alguien se había ocupado de encender el fuego en mi habitación, y tan pronto como hube cerrado la puerta ante Edwin, encendí las dos velas polvorrientas que había sobre la repisa de la chimenea. Arrastré la cama portátil tan cerca del hogar como me fue posible y me tumbé completamente vestida, con el quinqué encendido en una silla, junto a mí. El olor a aceite y metal caliente me resultó vagamente reconfortante, así como la seguridad de que Edwin estaría en la habitación contigua, entre el rellano y mis aposentos.

Cuando el calor comenzó a calentarme los huesos, lentamente, me percaté de que lo que verdaderamente me había desanimado, aparte del tono general de Vernon Raphael, era el temor de que aquel investigador pudiera estar en lo cierto respecto a Nell. Después de todo, él sólo había deducido (a partir de lo que yo le había mostrado) que Magnus había asesinado a su tío, o al menos había planeado asesinarlo. Nunca había considerado esa posibilidad y, sin embargo, todo tenía sentido... Por lo que tocaba a su explicación del misterio, en todo, salvo en pequeños detalles, Vernon Raphael simplemente se había hecho eco de las deducciones del médico forense.

Pero si yo le hubiera mostrado el resto de los documentos del señor Montague y de Eleanor Wraxford, estos sólo habrían reforzado su convicción en la culpabilidad de Nell.

Sin embargo, Vernon Raphael había dicho algo... algo que me había tocado una fibra sensible, casi como si hubiera derramado un cubo de agua fría sobre mi propia teoría... Si: la hipótesis de que si Nell había decidido entregarle a Clara a un cómplice, ¿por qué la trajo a la mansión?

¿Y por qué, entre todas las habitaciones que podría haber escogido, eligió para Clara la alcoba más oscura y cerrada?

Porque con la puerta cerrada, nadie podría decir si allí había una niña o no.

Cogí el diario de Nell y el informe de la investigación según John Montague y fui pasando

distraídamente las hojas a la luz del quinqué.

Nadie había dicho que hubiera visto a Clara en la mansión...

Volví a la primera página del diario, el diario que ella decía que no se atrevía a comenzar en Londres, por temor a que Magnus pudiera encontrarlo. Y, sin embargo, lo había dejado abierto sobre la mesa...

Ella había *querido* que él lo encontrara. Yo había caído en la trampa: el diario era una ficción y nada de lo que hubiera en él podía creerse.

No... no exactamente. Todo aquello sobre el fracaso de su matrimonio, su odio hacia él, la señora Bryant, todo lo que Magnus sabía o podía controlar, todo aquello podía ser verdad y tendría como objetivo herir a su esposo o dañarlo en lo más profundo, de tal modo que no tuviera duda sobre el resto.

¡Clara nunca había estado en la mansión! Alguien (¡la criada Lucy, tal vez?) se había llevado a la niña a un lugar seguro, mientras Nell había venido a la mansión sola. La parte más peligrosa del engaño habría sido llevar a la niña (una muñeca arropada con mantillas y pañales, quizás) del carro a la habitación. No resultaba extraño que quisiera hacerlo ella todo...

Pero... ¿por qué? ¿Cuál era el objetivo del engaño?

Que pareciera que la maldición de Wraxford Hall había vuelto a repetirse, que a Clara y a ella se las habían llevado los poderes de la oscuridad. Había inventado la última «visita» para «predecir» su destino.

Pero el engaño no había resultado del todo exitoso. Magnus había visto el diario e inmediatamente ordenó la búsqueda.

¿Sería posible que Nell hubiera llegado a pensar que realmente Magnus Wraxford creía en los espíritus, a pesar de todo el escepticismo que decía profesar? ¿O acaso pensaba Nell que otros creerían aquel embuste de su aparición, aunque su marido no lo hiciera? ¿O la muerte de la señora Bryant trastocó todos sus planes?

¿Y cómo pensaría escapar? Sin Clara, podría haber huido a pie. Y puesto que había dejado el diario en la mesa precisamente para que Magnus lo encontrara, Nell tenía buenas razones para escapar temprano, en cuanto hubiera luz suficiente para poder ver el camino a través de los bosques de Monks Wood.

¿Qué había dicho Vernon Raphael sobre Magnus...? Que «poseía un genio excelente para la improvisación». Nell había estado tan ocupada en crear su propia ilusión que no se había percatado de cómo podía usarse el diario contra ella. La carta de Magnus —la única que había encontrado John Montague—, dirigida al señor Veitch también estaba repleta de mentiras, y también era falso el pedazo del vestido de Nell prendido en la armadura. Nell nunca había vuelto a la mansión, y Magnus no había muerto en Wraxford Hall.

Entonces, ¿de quién eran las cenizas que se encontraron en la armadura?

Desde luego, no eran de Nell; el médico que llevó a cabo la investigación dijo que eran los restos de un hombre de la edad y la altura aproximadas de Magnus.

Para poner en escena una sesión de espiritismo que resulte convincente, todos los médiums necesitan un cómplice. Magnus había dicho que Bolton iba a hacer funcionar el generador eléctrico,

pero la máquina era un mero elemento decorativo. Y Magnus era seguramente demasiado astuto para confiar en Bolton.

No: el cómplice había sido alguien muy distinto, un hombre al que nadie había visto, que entró sin ser notado en la casa por la noche y se escondió en algún lugar del laberinto de habitaciones que hay en el piso superior, donde nadie tenía permitida la entrada. Pagado generosamente, quizás, y sin saber siquiera lo que había en juego... ese hombre estaba destinado a no salir vivo de la mansión.

Hubo algo que John Montague había mencionado... sí, el relámpago que la gente de Chalford pensó que había visto en Monks Wood el domingo por la noche... Magnus había quemado el cuerpo en la armadura, y después descargó el «rayo», tal y como Vernon Raphael había hecho durante el experimento.

O puede que yo estuviera equivocada respecto al cómplice y, simplemente, Magnus hubiera traído las cenizas a la mansión... Era médico, después de todo. Pero, en ese caso —en cualquier caso—, él ya había planeado su desaparición.

Volví a hojear el diario de Nell, y revisé todas las referencias sobre aquellos días y semanas que él pasaba fuera de casa... ¡Magnus había estado viviendo una doble vida durante todo el tiempo!

Y Nell debía de saber que si la capturaban (y la intentaría capturar tan pronto como se difundieran las noticias del horroroso descubrimiento de John Montague), Magnus seguramente se encontraría entre los espectadores que vendrían a verla ahorcar por haberle asesinado a él.

Mi pensamiento había ido enlazando una conclusión tras otra con tal rapidez que no me había dado cuenta de los extremos a los que había llegado. Como Nell había insistido en que no había nada de Magnus en Clara, yo había podido utilizar esa idea a mi conveniencia, y había imaginado a Nell como a mi verdadera madre en un mundo imaginario, donde las razones comunes no se aplican. Entonces me vi atrapada en el repentino y vertiginoso terror de que yo podía ser Clara Wraxford. A pesar de las dos velas y el resplandor del fuego, las sombras que se alargaban tras los muebles (dos polvorrientos sillones, un escaño de madera, algunas sillas más y los armarios) eran extraordinariamente oscuras. Levanté el quinqué intentando iluminar la habitación en derredor, y sólo conseguí formar más sombras en el papel descamado de las paredes, y sobre el techo agrietado y combado, el cual parecía abultarse aún más cuando la luz lo iluminaba. ¿Cuánto tiempo me duraría el aceite?

De mala gana me levanté y apagué las dos velas. Sólo tenía que resistir las horas que quedaban hasta el amanecer, me dije, y al día siguiente por la tarde ya estaría a salvo en St John's Wood.

¿Y después qué? ¿Se suponía que Magnus aún estaba vivo? ¿No tenía el deber de informar a la policía? Pero no me harían caso, no más que Vernon Raphael, que lo tergiversaría todo hasta que todas las pruebas apuntaran a Nell. El único medio cierto para probar la inocencia de Nell —al menos el único medio que yo podía entrever— era encontrar a Magnus Wraxford. Probablemente había sacado la preciosa gargantilla del país para vender los diamantes... y, naturalmente, esa era la razón por la que los había comprado previamente. Como otros muchos detalles en su plan, los diamantes también habían servido a un doble propósito: ayudarle a desaparecer y perfilar las mandíbulas del cepo que había tendido para Nell, mucho antes de que Bolton la hubiera visto con John Montague.

Y esa era la razón, se me ocurrió, por la que Nell describió aquel encuentro de un modo tan superficial. Sabiendo que Magnus leería el diario, no quería crearle problemas a John Montague, si podía evitarlo. Pero para cualquier otra persona, aquella indiferencia en el relato podía entenderse —

y quizá el propio Magnus lo había entendido así— como la prueba de la ocultación de una relación culpable.

Magnus había tendido su red con tanta astucia que cada mínima prueba se presentaba como una máscara de Jano^[58]. Al menos Edwin me escucharía y guardaría silencio sobre el diario de Nell si yo se lo pedía, pero incluso él, me temía, no me creería sin alguna prueba tangible que demostrara que Magnus no había muerto en la armadura.

Había otra posibilidad. Seguirle la pista a Magnus era para mí evidentemente una tarea imposible, pero si conseguía atraerlo para que me siguiera la pista a mí... Si, por ejemplo, le hacía saber que poseía pruebas de su culpabilidad, descubiertas aquí, en la mansión... especialmente si el rumor afirmaba también que yo era Clara Wraxford. Pero esto era una locura, e insistir en ello sólo conseguiría hacerme mal. Bajé la intensidad del quinqué tanto como pude y allí estuve tendida y despierta durante varias horas, con el temor corriendo por mis venas, hasta que me dormí, rendida por el cansancio, y me desperté medio helada en la luz gris del amanecer.

A las once de la mañana tenían que venir dos carroajes —por lo que pude saber, los cocheros se habían negado a quedarse en la mansión durante la noche— para devolvernos a Woodbridge. Hice mis abluciones rudimentarias en agua helada y me quedé en la habitación tanto como me fue posible, aunque, una vez que hube guardado mis cosas, no tenía realmente nada que hacer allí, salvo dar vueltas y tiritar. Había hecho todo lo posible por tener una apariencia presentable, sin embargo me sentía sucia y desaliñada, y el deslustrado espejo que había sobre la repisa de la chimenea no hizo nada por animarme.

El hambre y el frío me expulsaron al final a la penumbra del rellano y a los alrededores de la biblioteca, donde el resto de la gente estaba desayunando té y tostadas, preparadas en la chimenea de la biblioteca. Sintiéndome profundamente cohibida, le aseguré a todo el mundo que me encontraba recuperada totalmente de mi desmayo, y que había dormido perfectamente bien, y me permitieron sentarme junto a la chimenea, y allí presenté mis respetos a Edwin y a Vernon Raphael, entre los cuales sentí que existía una cierta hostilidad, al menos por parte de Edwin.

—Me pregunto, señorita Langton —dijo Vernon Raphael, después de que yo hubiera agradecido su amabilidad—, qué pensó usted de mi exposición de la noche pasada... Me quedé con la impresión de no le había parecido completamente convincente.

—Me pareció... me pareció que todo lo que dijo acerca de Cornelius Wraxford era muy convincente —contesté, con la esperanza de que no me preguntara nada más.

—¿Pero...? —añadió.

Edwin le lanzó una mirada de ira, y entonces me percaté de que el resto de los caballeros estaba esperando mi contestación.

«Si no puedo ser fiel a Nell en este momento», pensé, «nunca seré lo suficientemente valiente para defenderla».

—Creo que Nell Wraxford era inocente —dije—. Y pienso que todas los datos que parecen incriminarla fueron urdidos por Magnus Wraxford... incluidas las cenizas que se encontraron en la armadura. No creo que esté muerto. —Un murmullo de sorpresa recorrió la sala—. Estoy segura de que usted despreciará mis opiniones como si fueran las imaginaciones absurdas de una mujer

desocupada...

—Quizá. Podría considerarlas en esos términos —dijo Vernon Raphael— si usted no me hubiera permitido ver ciertos pasajes de la narración de John Montague. ¿Es que tiene usted otras pruebas?

—No puedo decírselo —contesté, deseando que mi voz no sonara excesivamente temblorosa—. Me he comprometido... a guardar el secreto.

—Pero... señorita Langton: si usted posee alguna prueba que demuestre lo que nos está diciendo, ¿no es su deber hacerlo público?

—No es suficiente para convencer a un tribunal, ni a ningún hombre convencido previamente de la culpabilidad de Eleanor Wraxford —dije, con la sensación de deslizarme hacia el borde de un precipicio.

—Pero esa prueba... le ha convencido a usted, señorita Langton —insistió—. ¿No puede usted decirnos por qué?

—No puedo responder a más preguntas, señor Raphael. Sólo puedo decir que mi mayor deseo es ver que se demuestra que Eleanor Wraxford es inocente.

Se produjo entonces un momento de embarazoso silencio, y luego, como si actuaran de acuerdo con una señal que nadie dio, todos los caballeros se levantaron y comenzaron a recoger sus cosas.

Me retiré una vez más a mi habitación, con la intención de quedarme allí hasta que llegaran los carroajes, pero el confinamiento me resultó insoportable. Después de estar yendo de acá para allá durante unos minutos angustiosos, decidí echar una última mirada a la habitación en la que había estado Nell. Cuando llegué al rellano, vi entre las sombras, al otro lado del hueco de la escalera, la puerta del estudio, abierta, y una figura alta que salía de allí: era el doctor Davenant. Miró hacia la biblioteca, como si quisiera asegurarse de que nadie lo estaba siguiendo, cruzó confiadamente el rellano y desapareció en el pasillo que conducía a los dormitorios. Para cuando alcancé la entrada del corredor, el sonido de sus pisadas ya no se oía.

Me detuve a escuchar en cada esquina del pasillo, avanzando tan calladamente como podía, hasta que avisté la habitación de Nell. Una luz pálida se derramaba por la puerta, ondulando en el polvoriento suelo del pasillo y, mientras yo la observaba, una sombra cruzó el suelo iluminado. Un terror supersticioso se apoderó de mí; me volví para huir, pero mi pie resbaló en algún fragmento de enlucido que se había desprendido de la pared, y un tablón de la tarima crujío ruidosamente. La sombra se oscureció y pareció elevarse sobre la pared de enfrente... El doctor Davenant apareció ante mí.

—Oh, señorita Langton... Perdóneme si la he asustado... y discúlpeme por tomarme la libertad de investigar en su casa. Esta era, supongo, la habitación que ocupó Eleanor Wraxford...

No llevaba las lentes de cristales tintados, y sus ojos brillaron débilmente en la luz que había en el umbral de la habitación.

—Sí, señor. Esa era.

Hizo un gesto señalando la puerta, como si estuviera invitándome a examinar algo en el interior, y dio un paso atrás para permitirme entrar en la habitación. La cortesía me impelió a obedecer, contra mi instinto, y un momento después me encontraba de pie junto a la mesa de Nell, con el doctor Davenant entre la puerta y yo.

—¿Quería mostrarme algo, señor? —pregunté, incapaz de ocultar el temblor de mi voz.

Su rostro prácticamente se ocultaba tras el bigote y la barba, pero me pareció que había un destello de diversión en sus ojos, los cuales eran tan oscuros que el iris parecía tan negro como las pupilas. Me pregunté si aquel rasgo era consecuencia de las heridas que había sufrido.

—Las observaciones que ha hecho hace unos momentos en la biblioteca me resultan de lo más estimulantes... —dijo, ignorando mi pregunta por completo. Su voz sonaba profunda y más sonora de lo que yo recordaba—. Creo que dijo que usted tenía pruebas de que Magnus, y no Eleanor Wraxford, es el verdadero culpable, pero que se había comprometido a guardar el secreto... No he podido evitar pensar en quién puede ser esa persona a la que usted le prometió guardar el secreto.

—No puedo decírselo, señor.

—Desde luego, señorita Langton. Sólo que se me ocurrió pensar que si usted se las hubiera arreglado para encontrar a Eleanor Wraxford, el secreto estaría evidentemente justificado, puesto que ella aún debe hacer frente a una acusación que le acarrearía la pena de muerte...

El tono de sus palabras era muy cortés, e incluso indiferente, pero había un tono de burla en ellas. Enmarcado en el umbral de la puerta, parecía elevarse sobre mí.

—Está usted muy equivocado, señor.

Temía pedirle que me dejara pasar, por si decidía impedírmelo.

—Ya veo... —dijo, y su mirada se apartó de mí para fijarse en la cuna que permanecía en aquella sombría alcoba—. Y... ¿qué cree usted que fue de la niña?

Mi corazón dio una sacudida y, por un momento, apenas pude articular palabra.

—Yo no... señor, no debería usted apremiarme así... Ahora, le ruego, por favor...

—Señorita Langton, escúcheme. Su deseo de probar la inocencia de Eleanor Wraxford es absolutamente loable, pero... ¿y si está usted equivocada? Una mujer capaz de matar a su hija es capaz de cualquier cosa.

—Pero es que ella no...

—Parece usted muy segura de eso. Y yo le digo, señorita Langton, que por ocultar información está corriendo usted un serio peligro. Si está usted en lo cierto y Magnus Wraxford está aún entre nosotros, tendrá mucho interés en cerrarle la boca a usted. Y lo mismo ocurre si Eleanor Wraxford cometió esos crímenes. Pregúntese, señorita Langton, cómo el asesino de Whitechapel ha conseguido evitar que lo detengan cuando todos los hombres de Londres andan tras él... ¿no será simplemente porque el asesino es... en realidad... una mujer?

—Supongo que no me estará diciendo, señor, que Eleanor Wraxford... —dije, retrocediendo ante él.

—No, no estoy diciendo eso, señorita Langton; sólo digo que una mujer, una vez que ha matado, puede ser tan violenta como cualquier hombre... y más proclive a engañar a todos los que la rodean. Por eso es por lo que le pido que confie en alguien experto en la evaluación de pruebas en casos criminales... en mí, por ejemplo. Todo lo que me diga, por supuesto, quedará en la más estricta confidencialidad; en realidad, me encantaría comunicarle a Scotland Yard su planteamiento... Desde luego, su nombre no tiene por qué aparecer en absoluto. En interés de la justicia, señorita Langton, y por su propia seguridad, le ruego que confie en mí.

Su voz se había suavizado y su oscura mirada, mientras hablaba, se había clavado en mis ojos. Por un instante, confiar en él me pareció la única cosa racional que podía hacer. Aunque estaba

embozada en mi capa de viaje, comencé a tiritar de nuevo... y él aún permanecía de pie entre la puerta y yo.

—Gracias, señor, pero debe excusarme ahora... Consideraré lo que me ha dicho.

—Desde luego, señorita Langton.

Inclinó la cabeza, dio un paso atrás en el pasillo, y me dejó pasar.

Aterrorizada por aquel encuentro, fui en busca de Edwin, a quien encontré en la galería, triste y desconsolado en el extremo más alejado de la sala, contemplando la entrada del «escondrijo del cura».

—¿Por qué no confiaste en mí? —me preguntó cuando llegué a su lado—. ¿Pensaste que yo tampoco te creería?

—No... —dijo—. Todo se me ocurrió por la noche...

—¿Y no puedes decirme nada más?

Dudé.

—Tal vez... —dijo—, pero no donde otras personas puedan oírnos... ¿Qué estás haciendo?

—Hay algo extraño en todo esto —dijo—. El espacio en el interior de este lugar no es más grande que el que ocuparía un ataúd puesto de pie. Nadie resistiría más que unas pocas horas encerrado aquí. Sin embargo, la mayoría de estos escondrijos se construyeron para ocultar a un hombre durante días enteros, e incluso semanas. Si tuviera tiempo... pero los carruajes estarán aquí dentro de un minuto...

Me preguntaba si me estaba sugiriendo que él y yo nos quedáramos unas horas más en la casa, pero entonces apareció St John Vine. Nos dijo que sólo había llegado uno de los carruajes; al otro se le había roto un eje cuando ya estaba a medio camino entre Woodbridge y la mansión. Le seguimos y bajamos las escaleras; salimos a la explanada herbosa que había frente a la casona, donde el doctor Davenant, con los ojos nuevamente ocultos tras los cristales tintados, estaba conversando con Vernon Raphael. Incluso los árboles más cercanos aparecían envueltos en niebla; no había viento, pero hacía tanto frío que respirar era como inhalar alfileres de hielo. Por supuesto, todos pretendieron que ocupara uno de los cuatro asientos disponibles, pero rechacé el ofrecimiento con la excusa de que había prometido consultar algunos documentos familiares que me había pedido el señor Craik.

—El señor Rhys se ha ofrecido amablemente a quedarse conmigo —dijo, percatándose con cierta incomodidad de la expresión sardónica de Vernon Raphael—. Díganle al cochero que regrese a buscarnos a las tres.

Mi corazón latió con fuerza cuando me percaté de que uno de los otros caballeros también tendría que quedarse con nosotros, pero en ese momento el doctor Davenant resolvió el problema anunciando que él regresaría caminando.

—Necesito hacer un poco de ejercicio —dijo—, y probablemente llegaré a Woodbridge mucho antes que todos ustedes.

Nadie intentó disuadirle, y media hora después, Edwin y yo estábamos solos en Wraxford Hall.

Yo ya había decidido contarle todo a Edwin —excepto la idea de que yo podría ser Clara Wraxford—

y en cuanto me hubo convencido de que su promesa de guardar el secreto era firme, saqué todos los papeles y me senté con él junto al fuego de la biblioteca. En aquellos momentos me pregunté si algún día volvería a entrar en calor. Con todos los demás ya lejos de Wraxford Hall, la quietud de la mansión resultaba tan opresiva que me resultaba difícil elevar la voz por encima de un susurro. Edwin me hizo muchas preguntas a medida que leía, y parecía acoger de buen grado mi teoría cuando intercambiábamos opiniones.

—Debes perdonarme si aún dudo... —dijo mientras disfrutábamos de un almuerzo improvisado con pan y queso y fiambre—. Aquí hay muchas cosas en las que ni siquiera había pensado antes. Pero, suponiendo que estés en lo cierto y Magnus fuera responsable de todas las muertes, incluida la de la señora Bryant, ¿cómo entraba y salía? Debe de haber un pasadizo secreto bajo la galería, porque la galería es el corazón de todos los crímenes que se han cometido aquí. Y ese escondrijo que descubrió Raphael puede ser la entrada a ese pasadizo.

Después de comer, aún disponíamos de una hora hasta que llegara el carroaje —me percaté con inquietud de que la niebla se había cerrado todavía más—, así que volvimos a la galería, donde Edwin comenzó a hurgar en una caja de latón que había junto a la armadura.

—Le pedí a Raphael que dejara esto aquí, por si acaso... No nos dijo que hubiera traído un segundo «rayo» —dijo Edwin, levantando un cilindro grisáceo del que parecía colgar un cordel medio alquitranado. Volvió a dejarlo allí cuidadosamente y sacó una pequeña maza de madera y comenzó a investigar el estrechísimo «escondrijo del cura».

A pesar del frío, me quedé allí observando cómo golpeaba con la maza y presionaba y tanteaba las piedras de la pared. Los ecos sonaban horriblemente. Los viejos Wraxford, con sus rostros difuminados por la mugre de siglos, nos miraban desde los muros; la luz de las ventanas, por encima de los retratos, adquiría un tono gris anodino.

—Estos refugios —dijo Edwin— se construían precisamente para resistir un ataque directo. Hay casos registrados en los que los muros quedaban medio derruidos mientras el fugitivo, estando a un paso de las piquetas, queda a salvo y no lo descubrían. La fuerza bruta no hace más que trabar aún más el mecanismo... Es cuestión de encontrar el truco...

El muro de piedra parecía estar construido sólidamente.

—¿Qué te hace pensar que ahí hay algo? —pregunté.

—Para empezar, la posición de esa tumba: ¿por qué iba una persona a colocar un sarcófago en el interior de una chimenea?

—Porque... ¿no es realmente una tumba?

—Puede que tengas razón... Aunque no estaba pensando en eso; los candados del sarcófago no se han tocado durante décadas: están muy oxidados. No, no... Se coloca un sarcófago en la chimenea para asegurar que nadie va a encender fuego en ella. Lo cual significa que hay algo en la chimenea que debe protegerse.

En el ejercicio de su profesión, Edwin era un hombre totalmente distinto, seguro y firme como jamás lo había visto antes. Usaba la maceta de madera y una pequeña barra metálica a modo de escoplo, comprobando cada piedra, poco a poco. Deseé poder hacer algo, algo que no fuera esperar y tiritar, e intenté sacudirme la sensación de estar siendo observada. Aunque no golpeaba el escoplo especialmente fuerte, cada golpe formaba ecos que parecían andanadas de cañonazos, y en ocasiones me parecía que podía oír pasos tras los ecos. También la luz parecía enturbiarse cada vez más y cada

vez más perceptiblemente, aunque aún no eran las tres.

—¡Eureka! —gritó Edwin.

Había ido golpeando hacia abajo, todo el muro interior, y estaba arrodillado en el suelo. Ahora, mientras observaba cómo extraía una piedra, me acerqué al hueco (lo cual no me habría gustado haber hecho) y después de un breve esfuerzo sacó una vara de madera con marcas, del tamaño aproximado de una vela.

—¡Qué extraño...! —dijo—. Esto es una clavija de seguridad, pero sólo podría estar aquí si hubiera alguien dentro... Tengo que romper el mortero...

Yo no veía nada en absoluto, pero capté la nota de preocupación en su voz.

—No pensarás que... —comencé.

—Seguramente no.

Se aferró al borde de la abertura que había practicado. Con un crujido áspero, una parte del enladrillado se derrumbó hacia dentro formando una especie de puerta baja y estrecha; una nube de polvo y arenilla se expandió por la galería y se asentó lentamente a nuestro alrededor.

—Bueno... —dijo Edwin tosiendo—; ahora ya estamos seguros de que no hay nadie ahí dentro... nadie vivo, al menos...

Adelantó el farol, y vi a través del polvo una estrecha escalera de piedra que subía en espiral hacia la oscuridad.

—Mira... —entonces, un ruido que provenía de la biblioteca le interrumpió.

Permanecimos durante unos instantes atentos, pero el sonido no se repitió. Edwin se detuvo, dejó de golpear con la maceta y recorrió los diez pasos que había hasta la puerta de la biblioteca. Le seguí, pues no deseaba quedarme sola.

No había nadie en la biblioteca, y no había causa aparente para que se hubiera producido aquel ruido... pero entonces vi que las páginas del manuscrito de John Montague, que yo había dejado sobre la piel cuarteada de un sillón, se hallaban ahora dispersas por el suelo, con los diarios de Nell entre ellas.

—Una corriente de aire, quizá... —dijo Edwin, aunque no había ninguna corriente de aire allí.

Y algo más había cambiado: en el exterior, donde los árboles deberían encontrarse a poco más de cincuenta yardas, ahora no se veía nada en absoluto: nada salvo un vapor denso y aborregado que lamía los cristales de las ventanas.

—¿Será capaz el cochero de encontrar el camino hasta aquí? —susurré.

—No lo sé; esperemos que levante la niebla antes de que oscurezca. Mientras tanto, podemos intentar averiguar adónde conducen esas escaleras.

Con una última mirada de preocupación en torno a la biblioteca, volvimos a la galería. Cuando Edwin ya se disponía a adentrarse por la abertura, me entró el pánico.

—¿Y si te quedas atrapado ahí? —dijo—. No sabré cómo sacarte...

—No podemos entrar juntos —dijo—, por si acaso...

—Entonces... —replicué—, yo subiré mientras tu vigilas... Subiré un poco. De verdad: así no tendré tanto miedo...

Le arrebaté el farol de las manos y avancé un paso hacia el umbral del hueco abierto, adentrándome en una cámara cilíndrica que apenas tendría tres pies de fondo. El polvo y la arenilla formaban una gruesa película sobre el suelo empedrado. Iluminé la parte de arriba, pero sólo pude ver

los giros de la espiral de la escalera.

—Tendré que subir unos peldaños... —dije.

—¡Por Dios, ten cuidado!

Tentando cada peldaño, fui ascendiendo torpemente, temiendo tropezar con la falda. Aquel aire polvoriento sólo conseguía que me picaran los ojos. Había telarañas cubriendo los muros, pero parecían antiguas y quebradizas, y nada se movía cuando yo acercaba el farol a ellas. Pensé que así es como deben de oler las tumbas antiguas, las tumbas que permanecen cerradas durante cientos de años, donde incluso las arañas han muerto de inanición.

Al menos había subido dos espirales completas: después, las escaleras finalizaban frente a una puerta de madera muy pequeña, abierta en el muro de modo que formaba un paso sólo lo suficientemente alto como para pasar erguido. Mi pelo rozaba el techo pétreo de la cámara. Miré las escaleras, hacia abajo, y me vi atacada por el vértigo, así que tuve que aferrarme al pomo de la puerta para evitar caerme. El pomo giró en mi mano y la puerta se abrió con un crujido.

Era una sala, o más bien una celda, quizás de seis pies por cuatro, y el techo apenas se elevaba unos dedos por encima de mi cabeza. La puerta se abría hacia dentro, hacia la izquierda, dejando el espacio justo para una silla y una mesa apoyada contra la pared contraria. Sobre la polvorienta superficie de la mesa había una licorera, una copa de vino, dos palmatorias, una escribanía con media docena de plumillas, todo ello cubierto de suciedad, y un armario acristalado que tenía dos estantes, con treinta o quizás cuarenta volúmenes que parecían idénticos.

Aquello era todo el mobiliario, pero mientras permanecía allí observando la mesa, me di cuenta de que mi farol no era la única fuente de iluminación. A lo largo del muro, a mi derecha, había media docena de estrechas franjas de luz turbia. Quise entonces adelantarme hacia allí, y sentí una corriente de aire helado en el rostro, y me di cuenta de que aquella sala secreta y su escalera se habían construido en la anchura de la gran chimenea, con unas hendiduras de ventilación en el muro exterior.

Sólo tres pasos me separaban de la estantería. A través de los polvorientos cristales pude ver que no había indicación alguna en los lomos de los libros; eran libros manuscritos encuadrados en piel, etiquetados cada uno con un año, y ordenados en la estantería por orden, desde 1828 hasta 1866. Dejé el farol sobre la mesa, y tiré de la puerta de la derecha hasta que se abrió con un chillido de bisagras, y extraje el último volumen.

5 de enero de 1866

El duque y la duquesa de Norfolk se han ido esta mañana; deben estar mañana en Chatsworth. La duquesa me ha halagado con un gran cumplido y me ha dicho que la hospitalidad de Wraxford Hall sobrepasa todo lo que ha conocido el presente año. Sólo se quedaron dieciocho personas, que esperarán a lord y lady Rutherford el sábado. El tiempo es verdaderamente inclemente, pero los caballeros más jóvenes saldrán a montar de todos modos. Le he comentado a Drayton la necesidad de traer más champán...

Leí una anotación tras otra: todas describían meticulosamente una serie de fiestas celebradas en la mansión... que seguramente jamás habían tenido lugar. La mansión que había imaginado la fantasía de Cornelius Wraxford —¿quién si no podría haber escrito aquello?— estaba rodeada de jardines de

rosas, rocallas, estanques, campos de césped para jugar al croquet y tirar con arco, todo ello atendido por un pequeño ejército de jardineros. En el gran salón de Wraxford Hall se celebraban todas las noches suntuosos banquetes, a los cuales asistía la flor y nata de la sociedad inglesa, y fabulosas partidas de caza tenían lugar en los cotos de Monks Wood. Consulté varios volúmenes más y descubrí que eran todos idénticos: un registro diario de una vida suntuosa y maravillosa que nadie había vivido, mientras la verdadera mansión se hundía paulatinamente en la ruina y la decadencia.

La voz de Edwin, amortiguada pero evidentemente preocupada, sonó seguida de varios ecos en la escalera. Yo me había dirigido directamente hacia el armario de los libros sin mirar a mi alrededor, pero entonces, cuando me volví y cogí el farol, vi un lío de ropas viejas tiradas tras la puerta.

Pero no eran sólo ropas viejas, porque había algo más allí... algo que, en vez de manos, tenía unas garras apergaminadas y un cráneo encogido no mayor que el de un niño, del cual colgaban aún unos pocos mechones de pelo blanco y lacio. La boca, y la nariz y las cuencas de los ojos estaban atestadas de telarañas...

No creo que me desmayara, pero mi siguiente recuerdo son los brazos de Edwin rodeándome y su voz tranquilizándome, un tanto preocupada, y diciéndome que todo había pasado...

—No debemos quedarnos aquí —dijo, desembarazándome de él—. Imagina que alguien nos encierra...

—No hay nadie en la mansión, te lo prometo. Sí... creo que es Cornelius...

Cogí el último volumen del diario y, apartando la mirada del espantoso amasijo que había tras la puerta, le seguí con paso vacilante mientras bajábamos las escaleras; poco después llegamos a la biblioteca, que ahora me parecía relativamente cálida. En el exterior, la niebla estaba tan cerrada como antes.

—Sólo son las tres y media —dijo Edwin—. El cochero todavía puede encontrar el camino...

Pero sus palabras no sonaban como si lo creyera realmente.

—¿Y si no...?

—Tenemos comida y carbón suficiente para pasar la noche; esperemos que no tengamos que utilizarlo.

Si tuviera que pasar la noche sola en la mansión, pensé, me volvería loca de miedo. Él añadió a la chimenea lo que quedaba de carbón... Dijo que había más en la carbonera, y atizó el fuego mientras yo le contaba lo que había descubierto, consciente en cada pausa de la expectante quietud que nos rodeaba.

—Así que Vernon Raphael tenía razón —dijo Edwin— cuando afirmaba que Cornelius no era en absoluto un alquimista.

—¿Y respecto a la posibilidad de que Magnus lo asesinara? —pregunté.

—No, no creo... Como dijo Raphael, a Magnus no le interesaba que Cornelius desapareciera; y si se tomó todas aquellas molestias para crear la leyenda de la armadura, ¿por qué no dejó el cuerpo dentro? Tal vez Cornelius simplemente murió ahí arriba, de un ataque al corazón o de apoplejía, aunque parece una extraordinaria coincidencia... a menos que se muriera de miedo ante la tormenta. De hecho... Magnus no podía saber de la existencia de esa sala secreta: de lo contrario, habría encontrado el cadáver y se habría librado de los gastos y molestias de un proceso judicial en el que

empleó dos años.

—Pero Magnus no sabía nada de la vida imaginaria de su tío —dijo—. Nunca pensé que podría sentir lástima por Cornelius; pero, por supuesto, el hombre que John Montague describió era una invención de Magnus. Tal vez era un buen hombre: después de todo, mantuvo a los mismos criados durante todos aquellos años.

—Tal vez lo fuera —dijo Edwin, pasando las páginas del libro manuscrito—, pero... ¿por qué demonios se ocultó en esa celda para escribir todo esto?

—Porque... porque tal vez le resultaría más fácil, escondido allí, imaginar la mansión que él deseaba que fuera —dijo—. Y porque tenía que mantenerlo en el más absoluto secreto... en algún sentido, incluso para sí mismo. ¡Pobre viejo! Sin embargo, todo lo que sabemos de Magnus lo convierte en un ser aún más malvado.

—Como dices, ni siquiera podemos estar seguros de que esté muerto. Cornelius no menciona a Magnus en ninguna parte en estos libros; parece que mantuvo esa vida imaginaria hasta el último día de su existencia. La última anotación es del día 20 de mayo de 1866... «El viernes esperado de lord y lady Cavendish»: el día de la tormenta. Todo parece una extraña coincidencia, a menos que... Déjame ver de nuevo la declaración de John Montague...

—Sí, aquí está... El señor Barrett hablando de los efectos de un rayo: «En un caso, un hombre quedó inconsciente y cuando se recuperó, se alejó del lugar sin el menor recuerdo de haber sido golpeado por un rayo». Podría haber ocurrido algo así. Cornelius podría haber vuelto instintivamente a su refugio contra los rayos, y podría haber muerto allí por los efectos retardados del impacto, o por una conmoción cerebral... Por cierto... me parece que deberíamos prepararnos para pasar otra noche aquí.

En el exterior, la oscuridad era tal que ni siquiera se veía la niebla. Dentro, en la biblioteca, los deslustrados muros y las estanterías repletas de libros encuadrados en piel parecían absorber la poca luz que quedaba. Edwin se levantó y encendió dos cabos de velas que había sobre la repisa de la chimenea.

—Dadas las circunstancias, creo que deberíamos compartir la habitación en la que dormiste la pasada noche; no tenemos carbón suficiente para mantener dos fuegos encendidos toda la noche, y, en todo caso...

—Sí —dijo tiritando.

—Entonces, lo que debo hacer en primer lugar, antes de que oscurezca completamente, es traer más carbón de la carbonera. No —dijo, viendo el temor en mi rostro—, a mí tampoco me gusta dejarte sola, pero sin carbón nos congelaremos...

Encendió su farol, cogió el cesto del carbón y salió al rellano, dejando las puertas entreabiertas. Sus pisadas se alejaron, con las tarimas crujiendo a cada paso, y transformándose en un eco amortiguado cuando comenzó a bajar, hasta que el ruido cesó por completo y todo quedó en un silencio absoluto.

Habíamos colocado dos sillones de piel cuarteada ante la chimenea, de espaldas a la que había en la galería, a medio camino de la pared común. Las largas hileras de estanterías de libros se difuminaban en la oscuridad a un lado y a otro. Se acrecentó en mí la sensación de que alguien me estaba observando; entonces me levanté y me volví para darle la espalda a la chimenea ardiente. Incluso así me resultaba imposible vigilar las cuatro entradas a la vez. Permanecí allí, de pie,

observando una puerta tras otra, esforzándome en oír algo por encima de los fuertes latidos de mi corazón. Mis sombras gemelas oscilaban hacia el umbral de la puerta del estudio, y parecía que se movían independientemente. Pensé en apagar las velas, pero entonces no podría ver en absoluto las puertas que daban al rellano.

En la escuela había aprendido que uno puede contar los segundos por los latidos del corazón. El mío latía más rápido que el medido tic tac de un reloj, pero comencé a contar de todos modos. No pude mantener la cuenta; llegaba a veinte o treinta, y después me distraía algún sonido fantasmagórico o algún movimiento, y comenzaba de nuevo. Así estuve durante un periodo indefinido, mientras las ventanas se oscurecían más y más... Y Edwin no regresaba.

Supe qué debía hacer: encontrar el otro farol y bajar a la carbonera; puede que Edwin se hubiera caído y se hubiera torcido un tobillo, o se hubiera golpeado en la cabeza, o... Sólo que yo no sabía dónde estaba la carbonera, y mis dientes ya estaban castañeteando de miedo.

Pensé que Edwin había dejado el otro farol en la entrada del refugio secreto. Cogí uno de los cabos de vela de la repisa de la chimenea y, protegiendo la llama con la otra mano, avancé hacia la puerta de la galería.

Aún quedaba allí una débil y difusa luz del atardecer en las ventanas superiores, pero la oscuridad en el extremo opuesto de la galería era ya absoluta e impenetrable, y el brillo de la vela me deslumbraba. El bulto negro de la armadura permanecía allí, amenazante, entre la abertura que daba acceso a la sala secreta y yo; instintivamente, rodeé aquella monstruosidad, con la arenilla crujiendo bajo mis pies, hasta que pude ver la maceta y el escoplo en el suelo, pero no había farol alguno.

Entonces recordé que cuando Edwin me había ayudado a bajar las escaleras de la sala secreta, yo había cogido un volumen del diario de Cornelius, pero no el farol, y Edwin había iluminado el camino de regreso con el suyo. El mío debía de seguir ardiendo sobre la mesa de la sala secreta.

Mis últimas fuerzas me abandonaron y me derrumbé en el suelo, pero me las arreglé para mantener la vela en pie, a mi lado. La cera caliente me quemó el dorso de la mano. «¡Debes levantarte, debes levantarte...!». Una voz en mi cabeza me gritaba esas palabras, pero mis miembros no me obedecían.

Estaba arrodillada a unos pocos pies de la gran chimenea, casi enfrente del sarcófago, que quedaba enmarcado en el círculo de luz de mi vela. «Si no puedes ponerte de pie, ¡járrástrate!», gritó la voz en mi cabeza. Estaba haciendo otro esfuerzo para levantarme cuando creí oír un ruido en la chimenea. Apreté los dientes para evitar que castañetearan. ¡Otra vez! Era un sonido áspero, pesado y amortiguado, como el que produce una losa al deslizarse. Parecía proceder del suelo que yo tenía delante.

El ruido cesó; durante algunos segundos se hizo un silencio absoluto, y entonces hubo un crujido metálico. Contuve la respiración; la vela llameaba inmóvil.

¡La cubierta de la tumba de sir Henry Wraxford se estaba levantando lentamente!

Mi corazón se sacudió violentamente en el pecho y al tiempo dejó de latir por completo. Me pareció que sólo un segundo después me encontraba ya al otro lado de la puerta que unía la biblioteca y la galería, con la llave traqueteando en la cerradura mientras luchaba afanosamente por hacerla girar. Aún podía ver el débil destello de la vela que había dejado frente al sarcófago, brillando a través de la rendija de la puerta. Entonces, otra luz más fuerte comenzó a acercarse a mis pies por debajo de la puerta; hubo un crujido, y un golpe muy fuerte, y un sonido de pasos acercándose...

Pensé que podría huir corriendo por las escaleras, pero no tenía luz ninguna, y el intruso seguramente me atraparía. El picaporte de la puerta se agitó; la puerta se sacudió; los pasos se apartaron decididamente de la puerta. Unos instantes después, estaría ya en el rellano y... y yo no tenía tiempo suficiente para correr y cerrar todas las puertas al otro extremo de la biblioteca. Pensé en las armas que estaban colgadas a lo largo de la pared de la galería... demasiado altas para que yo pudiera alcanzarlas. La caja de latón que Vernon Raphael había dejado en la casa... seguramente allí habría algo que yo pudiera utilizar para defenderme, si es que los temblores de mis manos me permitían sujetar algo y no me desmayaba.

¡El cilindro gris que había encontrado Edwin! Podría encenderlo con la vela y arrojárselo a... a lo que quiera que me estuviera persiguiendo. Seguramente yo moriría, pero si aquello me atrapaba moriría de todos modos, y probablemente de un modo más horrible.

Los pasos aún se estaban alejando. Yo cogí débilmente la llave con ambas manos y la giré. Se produjo un ruido desagradable y un chasquido, pero los pasos no se detuvieron. Saqué la llave y entré de nuevo en la galería justo cuando aquella luz pasó al otro lado de las puertas en el extremo opuesto. La luz de un farol iluminó la pared que había más allá; entonces, los pasos se movieron por el rellano, con la tarima crujiendo a cada paso. Durante un instante pensé que podría librarme de aquello, pero entonces oí el chirrido de las bisagras de las puertas cuando mi perseguidor entró en la biblioteca. Intenté de nuevo meter la llave en la cerradura, pero mi mano temblaba tanto y tan violentamente que apenas podía sentir el metal.

Mi vela aún ardía donde la había dejado, en el suelo. Allí estaba también la caja de latón, dos pasos más allá, en parte oscurecida por la sombra de la armadura. Los pasos se movían en la biblioteca... uno, dos, tres... y entonces se detuvieron. La luz parpadeaba por debajo de la puerta. Mordiéndome el labio para ahogar un gemido de terror, me abalancé sobre la caja y abrí la tapa, pero no pude ver nada en su interior. Mis dedos tocaron algo redondo, y saqué el cilindro. Los pasos volvieron a oírse, pero no podría decir hacia dónde se dirigían.

Fui hacia la vela, casi tropezándome con el vestido. Cuando me arrodillé junto a la llama me di cuenta de que no sabía a qué velocidad ardería la mecha. El suelo parecía encogerse bajo mis pies. «Si te desmayas, te cazará...», me decía la voz. Mejor morir deprisa. Toqué la llama con el final de la mecha y aquello comenzó a arder con un tenue chisporroteo rojizo, pero avanzaba tan lentamente que me pareció que apenas se movía.

En aquel extremo de terror vi mi única posibilidad de salvación. Me acerqué rápidamente a la armadura y accioné el pomo de la espada; y cuando se abrieron las planchas frontales, dejé el cilindro en el interior. Entonces rasgué mi vestido, rompiendo un buen trozo de tela, y cerré con fuerza la armadura dejando prendido el jirón de vestido entre las planchas metálicas. Los pasos se detuvieron, y luego vinieron rápidamente hacia la puerta. Yo hui deprisa hacia la oscuridad hasta que me golpeé violentamente con una pared y tuve el tiempo justo para ocultarme, casi semiinconsciente, tras un tapiz polvoriento... antes de que la luz del farol se derramara por el suelo y revoloteara sobre la tumba. Después, se detuvo en el jirón de tela que había quedado prendido de los pectorales de la armadura.

La figura que sostenía el farol se movió en el círculo de luz que formaba la vela y se detuvo enfrente de la armadura. No era un fantasma, sino un hombre; un hombre alto con una capa larga.

—Señorita Langton... —dijo con una voz profunda y autoritaria—. Soy el doctor Davenant. He

venido a rescatarla.

Si no le hubiera oido salir de la tumba, creo que le habría creido.

—Señorita Langton... —repitió—. Salga... No tiene nada que temer...

Una mano enguantada salió bajo la capa y cogió el pomo de la espada. Entonces, una luz cegadora y blanca estalló en la armadura y durante un instante dos figuras ardientes permanecieron allí, cara a cara, con las manos unidas. Luego, la armadura se inclinó hacia delante atrapando al hombre, y derrumbándose de cabeza contra el suelo. La oscuridad regresó con un ensordecedor estrépito. El suelo retumbó y se tambaleó; durante un momento se hizo el silencio, y después se oyó un rumor sordo y profundo, que iba incrementando su fuerza a medida que se aproximaba, hasta que estalló sobre mí con un rugido atronador. Un polvo asfixiante inundó mis pulmones y mis piernas no pudieron sostenerme más, y rodé y rodé como una muñeca de trapo en medio de una tormenta.

Tenía un repugnante sabor acre en la boca y en la garganta, y algo muy pesado me presionaba un lado de la cabeza. Intenté apartarlo y me di cuenta de que era el suelo. Las maderas sobre las que estaba tendida se habían quebrado en fragmentos puntiagudos y afilados.

Un resplandor débil y nebuloso apareció en medio de la oscuridad, a mi derecha. Comencé a arrastrarme hacia él, sin saber qué otra cosa podría hacer, apartando astillas o trozos de algo que parecía cristal, hasta que vi que era la luz de la vela que yo había dejado encendida en la biblioteca. El miedo me había abandonado; tal vez ya había agotado mi capacidad para sentir nada en absoluto. Me puse en pie tambaleante, caminé por el rellano hasta la biblioteca, cogí la vela y regresé a la galería... o a lo que quedaba de ella.

En el extremo más alejado, donde habían estado la tumba, la chimenea y la armadura, había un gran hueco vacío. La mitad del suelo había desaparecido; las tarimas acababan en un abismo de maderas dentadas y astilladas a menos de diez pies de donde yo había quedado tendida. El polvo flotaba en el abismo negro que se abría debajo.

«Edwin está ahí abajo...». Este pensamiento se derramó sobre mí como un jarro de agua fría, despejándose de inmediato el aturdimiento. De pronto, me puse a temblar tanto que apenas podía mantenerme en pie. Aferrándome a la balaustrada y rogando que la temblorosa llama no se apagara, fui bajando lentamente la escalinata principal. El polvo era más intenso a medida que descendía. En la oscuridad resonaban débiles crujidos y pequeños desprendimientos. Abajo, el recibidor de la entrada parecía intacto; me di cuenta entonces de que la chimenea se debía de haber derrumbado sobre el salón de la planta baja.

—¡Edwin...! —grité cuando llegué al pie de la escalera. No hubo respuesta. Volví a llamarlo, cada vez más fuerte, hasta que su nombre resonó en el hueco de la escalera. Al final, desde la puerta que conducía a la parte posterior de la casa, llegó un sonido muy débil... Tap, tap, tap... Los golpes se hacían más fuertes a medida que yo me acercaba por un pasadizo de piedra, oscuro y húmedo, con las sombras retorciéndose a mi alrededor, hasta que alcancé una tosca puerta de madera, muy baja, que se abría en la pared.

—¡Edwin! ¿Eres tú?

Se produjo entonces un grito amortiguado al otro lado y la puerta se estremeció ligeramente. Descorrió el pestillo, y retrocedí con un grito ahogado ante la criatura ennegrecida y encorvada que

salió de allí, elevando el farol con una mano ensangrentada... Entonces que vi que era Edwin.

—¡Constance...! ¡Gracias a Dios! ¿Qué ha ocurrido? ¡Parecía el día del Juicio Final...!

—La chimenea grande se derrumbó... ¿Le viste?

—¿A quién?

—A Magnus... Debe de haber sido él quien te encerró ahí.

—Constance, has estado soñando... Nadie me ha encerrado aquí. Pensé que había dejado la puerta bien trabada, para que no se cerrara, pero se deslizó y se cerró, y no podía romperla.

—No —dijo—. Estaba en la galería: salió de la tumba y quería matarme. Yo lancé la carga de pólvora y magnesio en la armadura y estalló, y debe de haberlo matado...

—Constance... —dijo, mirándome fijamente con absoluta incredulidad—. Has sufrido una terrible conmoción... En todo caso, no podemos quedarnos aquí: el resto de la casa puede venirse abajo en cualquier momento.

Lo guié por el pasadizo hasta el recibidor de la entrada principal. Abrió las puertas abiertas del salón y permaneció allí boquiabierto ante el caos que había en el interior.

—No sé qué será mejor... —dijo finalmente—. No podemos pasar la noche a la intemperie; te morirías de frío. Creo que debemos arriesgarnos a sufrir otro derrumbe. Tu habitación está en el otro extremo de la casa... creo que sería un lugar suficientemente seguro. Romperé algunas sillas para hacer fuego...

Volvimos a subir la escalinata para ir a mi habitación, y nos lavamos un poco en agua helada. Intenté contarle una vez más lo que había ocurrido, pero no quiso oírme hasta que tuvo bien encendido el fuego y yo hube tomado un poco de vino y mordisqueado una galleta. Mientras, el olor del barniz ardiente comenzó a apoderarse de la habitación.

—Entonces —dijo—, ¿estabas dormida cuando se cayó el muro?

—No. Estaba completamente despierta. Fui a la galería para coger el farol y vi que la cubierta de la tumba comenzaba a abrirse...

—Imposible. Te lo aseguro: esos cierres se habían convertido en óxido sólido...

—Los cierres no se movieron —fue como un destello en mi memoria—. Sólo se abrió la parte superior de la cubierta, donde estaba esa franja de adorno... Oí sus pasos; traía un farol. Yo cogí el cilindro de la caja de latón que había en la galería y lo prendí, y lo arrojé al interior de la armadura... Mira, ¿ves...? Rasgué este trozo de mi vestido para hacerle creer que yo estaba dentro. Y después... dijo que era el doctor Davenant... que venía a rescatarme...

Me detuve de inmediato cuando vi el cambio de expresión en el rostro de Edwin. Estaba mirando con tanta fijeza mi vestido desgarrado que parecía que no hubiera visto un vestido jamás. Nuestras miradas se encontraron y sus ojos mostraron, aterrorizados, que comprendía perfectamente lo que había ocurrido.

—¿Davenant? —dijo casi tartamudeando—. ¿Has... has volado por los aires a James Davenant?

—Sí, pero era Magnus. Quería matarme... ¿Por qué me miras así?

—¿No lo entiendes? Si la policía investiga, podrías ser acusada de asesinato o, como mínimo, de homicidio involuntario...

—¡Pero él salió de la tumba...! ¿Quién más...?

—Tú creíste que salió de la tumba. Pero estabas aterrorizada... había poca luz... Es infinitamente más posible que sólo hayas imaginado que la cubierta del sarcófago se movía... y que Davenant

entrara por la puerta principal. Recuerda que la dejamos abierta para que pudiera entrar el cochero que viniera a buscarnos...

—¡No lo creo! Esta mañana, en la habitación de Nell... le seguí hasta allí... en la habitación... ¡intentó mesmerizarme! No tiene nada en los ojos... ¡y eran los ojos de Magnus! Ha estado intentando averiguar qué prueba tengo contra él. Además, ¿cómo es posible que encontrara el camino de regreso a la mansión en medio de esa niebla? ¡Ha estado aquí todo este tiempo! Esperó hasta que los otros se marcharan y volvió antes de que cayera la niebla. ¡No lo recuerdas? Le oímos... en la biblioteca.

—Ya veo qué quieres decir... —dijo lentamente—. El problema es que, incluso aunque estés en lo cierto, nadie te creerá. Si le cuentas esto a la policía, acabarás en la cárcel... o en un manicomio. En cambio, si dices simplemente que estabas en la biblioteca y hubo una explosión... Si encuentran por casualidad a Davenant, pensarán que fue él quien provocó la explosión.

—Pero si Nell estuviera viva... —comencé.

—¡Nell, Nell, Nell! —gritó cansado y desesperado—. ¡No ves los estragos que ha causado tu obsesión? ¡Y si Davenant fuera perfectamente inocente? ¡Te estás poniendo una soga al cuello! Y, además, ¡no hay ni el más mínimo indicio de que Nell pueda estar aún con vida! ¡Por qué estás tan segura de ello?

—¡Porque yo soy Clara Wraxford!

Edwin permaneció en silencio, asombrado, durante largo rato.

—¿Tienes pruebas de ello? —dijo al fin—. ¡Te lo ha dicho ella?

—No, pero John Montague estaba convencido de ello... por mi parecido con Nell.

—¿Y... tus padres? ¡Te dijeron...?

—No, no me dijeron nada. Pero me lo dice mi corazón, como se lo dijo su corazón al señor Montague.

—Muy bien, Constance... Esto es simplemente absurdo. Los parecidos no prueban nada: tú y Nell erais familiares, y el parecido puede reaparecer después de varias generaciones. Y John Montague, si tú recuerdas, pensaba al principio que Nell era idéntica a su esposa muerta. Puede que fuera tu parecido con Phoebe lo que le sorprendiera, no lo sé...

—Piensas que estoy loca... —dije con amargura.

—No... loca, no... pero has estado sometida a una gran tensión...

—Es una forma muy cortés de decir lo mismo.

—¡No, no...! Es sólo que me importa mucho que tú...

—Si yo te importara sólo un poco, me creerías —dije, y me di perfecta cuenta de que me estaba comportando de un modo muy poco razonable, pero no fui capaz de callarme.

—¡Me importas lo suficiente como para arriesgarme a que me cuelguen como cómplice de asesinato!

Aquellas palabras resonaron de un modo extraño, como si ya las hubiera escuchado antes.

—¡Es que no lo ves? —gritó—. ¡Eso es exactamente lo que le ocurrió a Nell! ¡He caído en la misma trampa...! Todo el mundo pensará que lo hemos matado dos veces...

Me interrumpí, apretando los puños hasta que las uñas se me clavaron en las palmas de las manos.

—Debes olvidarte de todo esto... —insistió Edwin— e intentar descansar. Sólo necesitas

recordar lo siguiente: estabas en la biblioteca cuando oíste una explosión, y eso es todo lo que sabes. Y si guardas silencio en lo demás, estarás perfectamente a salvo.

Se levantó y atizó el fuego. Me daba vueltas la cabeza del cansancio y me dolía todo el cuerpo; y a pesar del temor de que se me congelara la sangre en las venas, caí en un vacío oscuro y sin sueños.

Aún crepitaba el fuego cuando me desperté, y por un momento pensé que simplemente había estado dormitando, hasta que vi la luz de la mañana en la ventana. La niebla se había levantado. Edwin no estaba en la habitación. Me levanté y eché el pestillo de la puerta, y me lavé como pude, intentando ahogar la voz que me susurraba: «¡Has asesinado a un hombre inocente!».

Encontré a Edwin abajo, en el desastre ruinoso del salón, investigando entre los escombros. Estaba de espaldas a la puerta y no me oyó llegar, así que lo observé desde las sombras mientras iba de acá para allá. Los escombros alcanzaban varios pies de altura, sobre todo en el extremo más alejado, esparcidos por todo el suelo, en medio de los restos aplastados y destrozados de sillas y muebles. Edwin se encontraba aproximadamente en mitad de la sala, cogiendo y lanzando por los aires los pequeños cascotes que encontraba, apartando los trozos más grandes y colocándolos cuidadosamente a un lado. Su respiración formaba pequeñas nubes, mezclándose con el polvo que se arremolinaba a su alrededor. Alcanzó un travesaño destrozado y se subió a él. Se produjo un deslizamiento y un temblor, y apareció una especie de grueso cilindro negro, y luego un brazo de metal y un hombro. Edwin se arrodilló junto a aquellos restos y vi que su rostro palidecía mortalmente. Un segundo después me vio.

—¡Quédate ahí fuera...! Si... me temo que sí es Davenant. Está... quemado, pero aún es perfectamente reconocible. Aún esperaba que realmente pudieras haberlo soñado. Apártate... No podemos hacer nada por él... El coche estará aquí inmediatamente...

Y mientras subíamos la gran escalinata por última vez, añadió:

—Debemos ser claros en todo esto: lo mejor, creo, será decirles... a la policía, quiero decir... lo mejor será decirles que tú estabas en la biblioteca, esperando a que yo regresara con el carbón... lo cual es perfectamente cierto; entonces, creíste que habías oído unos pasos en la galería que está al lado. Un instante después hubo una terrible explosión. Luego, bajaste las escaleras y me encontraste. Esta mañana, yo pensé que tendría que ver si había quedado alguien atrapado en el derrumbamiento, y fue entonces cuando lo encontré. Tú no sabes cómo llegó ese hombre ahí ni qué estaba haciendo ni cómo se produjo la explosión.

—Pero eso... te convertiría en cómplice, como me dijiste anoche.

—No. Estaba equivocado acerca de eso: yo estaba atrapado en la carbonera, después de todo, así que yo no cuento como testigo; yo sólo sé lo que tú me contaste... es decir, que oíste pasos y luego una explosión, y eso es todo lo que sabes.

—Pero si no... si no les decimos que era Magnus, será enterrado como Davenant, y Nell nunca quedará libre de...

—¡Constance, por el amor de Dios! ¿Es que quieras que te encierren en un manicomio? Si le dices a la policía una sola palabra sobre Magnus, yo les diré que estás delirando por la conmoción... ¿y a quién piensas que creerán?

—Entonces, no te importa en absoluto que estemos haciendo algo malo...

—Lo único que me importa es protegerte de ti misma —dijo— y de la horca, probablemente.

Caía una lluvia fina cuando me volví para mirar la mansión por última vez, y vi la dentada hendidura del muro lateral, y el rígido cable que se retorcía como una serpiente sobre los montículos de la mampostería derruida... Después, la oscuridad de Monks Wood se cerró sobre nosotros. El viaje hasta Woodbridge transcurrió en el más absoluto silencio, mientras el frío se me metía en los huesos. Subí las escaleras de la oficina de la policía sintiéndome aturdida e indiferente ante mi destino, pero en vez de llevarme detenida, me hicieron pasar a una sala privada, me ofrecieron una silla junto al fuego y me agasajaron con un refrigerio mientras Edwin hablaba con el sargento, que aceptó su versión de los hechos sin hacer más preguntas. Una hora después ya estábamos en el tren hacia Londres, pero fue un viaje triste y sombrío. Ni siquiera nos atrevíamos a hablar de lo que decididamente ocupaba nuestros pensamientos, y nuestros esfuerzos por iniciar una breve conversación se apagaron entre las palabras que proferían los traqueteos interminablemente repetidos de las ruedas sobre los raíles: «Has asesinado a un hombre inocente... Has asesinado a un hombre inocente». Me pareció que la despedida de Edwin representó un alivio para ambos en aquel momento.

La reacción de mi tío, una vez que superó su asombro al verme tan sucia y desarreglada, en el recibidor de Elsworthy Walk, fue incluso peor de lo que me había temido.

—¡Quedarte sola con el señor Rhys! —dijo con frialdad—. Has puesto en peligro tu vida y has arruinado tu reputación... ¿Qué crees que estará diciendo de ti el resto de la gente que fue con vosotros? Y, para rematarlo, te has involucrado en la muerte de ese hombre llamado Davenant... No me cabe la menor duda de que pronto tendremos a los periodistas aporreando la puerta. Y, respecto al señor Rhys, puedes decirle que es *persona non grata* en esta casa. Francamente, creí que tenías conciencia moral, pero ya veo que estaba gravemente equivocado.

Sólo podía estar de acuerdo con él. Me retiré a mi habitación como una niña castigada, allí permanecí tumbada y despierta durante largas horas, con los ojos abiertos en la oscuridad, hasta que me levanté y encendí la vela, y comencé a pasear por la habitación con una angustia peor que cualquier cosa que hubiera tenido que soportar desde la muerte de mi madre. Pensé que si al menos pudiera estar completamente segura de que era Magnus a quien había matado... Si fuera Magnus, al menos me podría dormir... De lo contrario, debería entregarme a la policía... pero no podía hacerlo sin implicar a Edwin. Una y otra vez reviví aquellos aterradores instantes en la mansión, pero las dudas se mantenían vivas: quizás él había temido realmente por mi seguridad; podría haber encontrado el camino de la casa incluso a pesar de la niebla; y tal vez había descubierto el túnel por casualidad; y acaso no supiera que yo estaba allí hasta que no vio el jirón de tela en la armadura... No. Mi única esperanza era encontrar a alguien que pudiera identificar a Davenant como Magnus y, puesto que él había engañado a todo el mundo durante veinte años, tendría que ser alguien que lo hubiera conocido muy bien. «Si John Montague no se hubiera ahogado», pensé con amargura, «podría haberme salvado...».

Había otra persona que podía reconocerlo... aparte de la propia Nell: Ada Woodward, que nunca me había contestado, aunque aquello no resultaba muy sorprendente: la noticia de que Nell era sospechosa de haber asesinado a su propia hija y a su marido debía de haber resultado un verdadero

espanto. Y, desde luego, se habían ido distanciando incluso desde antes de que aquello sucediera. ¿Qué había dicho Nell en su diario al respecto...? «Incluso aunque Ada y yo siguiéramos siendo amigas, ella y George no podrían acogernos: Clara y yo somos legalmente posesiones de Magnus, y él podría reclamarnos inmediatamente».

Pero el diario fue escrito para que Magnus lo encontrara... Mis pensamientos estaban tan turbios por el cansancio y el dolor que al principio no me di cuenta y permanecí con la mirada absorta en aquella página durante unos instantes de perfecta incomprensión... hasta que pude verlo con claridad, y finalmente comprendí por qué Ada Woodward no había contestado mi carta.

Pude oír los sonidos del puerto mientras esperaba en lo alto de Church Lane: hombres gritando, velas batiéndose, rodadas de carromatos, y sobre todos esos ruidos, el incesante graznido de las gaviotas, penetrante y desolador. Más allá de los muelles, el mar aparecía tranquilo, gris y acerado; el salitre del aire se cargaba con las ahumadas pestilencias del alquitrán, del pescado y del carbón, y con los olores pútridos del barro y las algas. Los escalones de piedra continuaban hasta la colina, hacia la iglesia de St Mary y las ruinas de la abadía de Whitby.

Nadie sabía que estaba allí. Le había dejado a mi tío una nota diciendo que había salido, que estaría fuera todo el día y que no regresaría hasta muy tarde, y salí de casa antes de que él bajara a desayunar. Dormité a disgusto en el tren, mientras iban y venían las pesadillas de Wraxford Hall; en los intervalos de vigilia intenté convencerme de que no debía esperar absolutamente nada de aquella visita.

St Michael's Close era un callejón sin salida que bajaba desde Church Lane y terminaba en el número siete: una casita alta y estrecha, encalada, en lo más bajo de la calle, con peldaños que descendían hasta la puerta principal. Tenía la boca seca y mi corazón latía con tanta fuerza que casi resultaba doloroso. Bajé las escaleras, cogí la pesada aldaba metálica y llameé dos veces.

Abrió la puerta una mujer demacrada de mediana edad que debía de haber sido muy llamativa en su juventud, o eso pensé. Su pelo castaño aparecía veteado con franjas blancas, y su piel estaba arrugada y surcada por finas líneas, y había sombras como cardenales bajo sus ojos, pero su mirada aún era clara y luminosa, tanto más sorprendente en aquel rostro marchito.

—Me gustaría hablar con la señora Woodward —dije temblorosa.

—¿Puedo preguntarle quién es usted? —Su voz era áspera, aunque no desagradable, con un algo del acento local.

—Soy la señorita Langton —dije.

—Espere —contestó, y me cerró la puerta en la cara. Esperé, tiritando, durante lo que me pareció un siglo, antes de que la puerta volviera a abrirse.

—La señora Woodward no está en casa.

—Por favor... —dije—. He venido desde Londres sólo para verla... para entregarle esto...

Saqué el diario de Nell de mi bolso, pero los ojos de aquella ama de llaves no se apartaron de mi rostro.

—Entonces... se lo daré cuando regrese —dijo, extendiendo la mano.

—Lo siento —dije—, pero me gustaría entregárselo en persona... Por favor... esperaré en la calle, si ella quiere salir y hablar conmigo...

—No está en casa —repitió el ama de llaves.

Y mientras me decía eso, una joven apareció en el umbral de una puerta que se avistaba en el pasillo, detrás del ama de llaves. Me pareció que tenía el pelo castaño rojizo, ojos oscuros y una viva y curiosa mirada. Después, la mujer volvió a cerrar la puerta.

Hubo un murete de piedra en lo alto de la escalera de la calle, y allí me senté, decidida a no marcharme. Pocos momentos después vi, por el rabillo del ojo, que se movían las cortinas de la ventana superior de la casa.

Aproximadamente un cuarto de hora más tarde, la puerta se volvió a abrir y salió otra mujer; era alta, como el ama de llaves, pero con el cabello más oscuro, veteado con hebras grises que reflejaban la luz. Tenía muy marcados los pómulos y un mentón poderoso, y aunque su rostro no estaba tan ajado como el de la otra mujer, también tenía profundas arrugas alrededor de los ojos, los cuales se clavaron sobre mí con evidente disgusto.

—Señorita Langton? —dijo severamente—. Soy la señora Woodward. ¿Qué quiere de mí?

—Le escribí desde Londres hace algunas semanas. ¿No recibió mi carta?

—No. Por favor, digame qué desea.

—He heredado Wraxford Hall —expliqué—. Me la legó Augusta Wraxford... Pertenezco a la rama de los Lovell. John Montague me entregó los diarios de Eleanor Wraxford...

—Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Por favor, créame —dije desesperada—. No tengo intención de molestarla a usted ni a Nell...

—No puede atenderme...?

Me miró en silencio y pensé que todo estaba perdido.

—Suba hasta el final de la escalinata y espéreme junto al cementerio de la iglesia —dijo finalmente, y volvió a desaparecer en el interior de la casa.

Hice lo que me dijo, y permanecí durante otro largo periodo de tiempo entre las ajadas lápidas, acompañada por una brisa gélida que pretendía arrancarme el sombrero y por las gaviotas chillando a mi alrededor. Luego, una figura embozada en una capa apareció en lo alto de la colina y caminó hacia mí por la hierba húmeda.

—Y bien? —dijo muy severamente—. ¿Qué quiere de mí?

—He venido para decirle que Magnus Wraxford ha muerto... Yo lo maté. Hace dos días... en Wraxford Hall. Utilizaba el nombre del doctor James Davenant. Él quería matarme y yo lo maté en defensa propia, pero la policía no sabe nada de todo esto... Creen que fue un accidente. He venido a preguntarle si quería venir usted a Londres... e identificarlo como Magnus Wraxford.

Me miró con horror.

—Señorita Langton, me temo que no se encuentra usted bien... Debería contarle todo eso a un médico... o a un pastor, no a mí.

—Su marido es pastor...

—Mi marido falleció hace diez años.

—Lo siento mucho... —dijo—. ¿No era su marido George Woodward, que fue también rector de la iglesia de St Mary en Chalford?

—No. Está usted equivocada —dijo.

Pero aquel tono de desesperación me impelió a continuar.

—Si a Magnus se le entierra como Davenant, todo el mundo creerá, para siempre, que Nell lo

mató, y que mató también a Clara: viva o muerta, ella nunca se libraría de ese baldón.

—Sí... ya recuerdo el caso... —dijo con cautela—, aunque no tiene nada que ver conmigo. Y... si finalmente ese hombre que usted dice que ha matado no es Magnus... entonces, ¿qué?

—Usted me está diciendo... —dijo mientras lágrimas de desesperación pugnaban por abrirse paso— que si usted viene a Londres y, finalmente, ese hombre no es Magnus, ello conduciría a la policía hasta Nell... y que usted no puede correr ese riesgo.

—Eso lo dice usted, no yo —contestó, pero su voz era ahora más suave.

—Aún hay una cosa... —dijo dubitativamente—. John Montague me dijo, poco antes de morir, que yo le recordaba mucho a Nell, y me he preguntado si... si yo podría ser Clara Wraxford.

En esta ocasión no hubo duda: la sorpresa cruzó de parte a parte su rostro.

—Señorita Langton, debe usted comprenderme... No puedo ayudarla. ¿No tiene usted amigos, familia... alguien en quien confiar?

Negué con la cabeza.

—Quizá un médico...

—No hay nadie que pueda ayudarme en estos momentos...

—Lo lamento mucho —dijo sinceramente—. ¿Qué va a hacer ahora...?

—Cogeré el próximo tren de regreso a Londres, y después...

Iba a decir que iría a la policía y lo confesaría todo, pero recordé que no podía hacer eso... por Edwin.

—¿Y después...? —apuntó.

No sabía qué decir; las perspectivas de futuro parecían tan grises y difuminadas como el océano que aquella mujer tenía a sus espaldas. Cogí los diarios de Nell y se los tendí, pero ella no quiso tocarlos.

—Lo siento —repitió—, pero ahora debo irme. Adiós, señorita Langton. Espero que...

Dudó un instante; luego, se volvió rápidamente y se fue cruzando la hierba del cementerio.

Aquella noche no llegué a casa hasta las diez; mi tío se había retirado a su habitación, como si dijera: «Yo me lavo las manos: allá tú». Pero Dora me había esperado levantada. Me dijo que Edwin había venido dos veces a verme durante mi ausencia, y que me había dejado una nota, que decía simplemente: «Estaré en el jardín Botánico de Regent's Park mañana a las dos, y esperaré allí toda la tarde. Por favor, ven. E.».

—No le diga usted a su tío que se la he dado, señorita, o perderé mi empleo —dijo Dora—. Cuando supo que había venido el señor Rhys, me dijo que no necesitaba que yo le diera ninguna explicación. Y dijo que ley era eso...

Y me señaló un periódico vespertino que mi tío había dejado muy a propósito sobre la mesa del recibidor, con enojados subrayados trazados con lápiz grueso en una columna con el titular: «Distinguido científico hallado muerto: misteriosa explosión en Wraxford Hall». Las frases se enturbiaban ante mis ojos: «El doctor Davenant, FRS^[59]... en el curso de una investigación de la Sociedad para la Investigación Física... una violenta explosión... por causas desconocidas... graves daños... espantoso descubrimiento. Se entiende que la propietaria, la señorita Langton, estuvo presente en todo momento y tuvo la fortuna de poder escapar con vida del... Wraxford Hall, como

todos los amables lectores recordarán, fue el escenario de un asesinato que tuvo gran repercusión, en 1868... porque el doctor Magnus Wraxford... de la señora Wraxford y su hija... desaparecidos... una sombra de sospecha...».

Dejé el periódico a un lado, y sentí el irresistible deseo de ver a Edwin. Pero a menos que pudiera probar, a sus ojos y a los míos, que yo no había matado a un hombre inocente, un gran abismo se abriría entre nosotros. A través de una bruma de cansancio, se me ocurrió que debería buscar la dirección de Davenant, tal y como había hecho con George Woodward: ¿sería posible que ese hombre no hubiera dejado ni rastro, ni una pista de su vida anterior? Y si yo visitara su casa... con el pretexto de ofrecer mis condolencias...

El número 18 de Hertford Street, en Piccadilly, era una casa incrustada en una larga hilera de viviendas sombrías levantadas en piedra gris oscura. Paseé arriba y abajo al sol —era uno de esos días raros de marzo, deslumbrantes y brillantes, con la brisa cálida de mayo—, haciendo acopio de todo mi valor, hasta que finalmente decidí subir las escaleras y llamar a la puerta.

Después de mucho rato, la puerta se abrió y apareció un hombre pequeño, con el pelo cano, vestido con traje de luto.

—Soy la señorita Langton —dije con voz trémula—. Soy la propietaria de Wraxford Hall y... pensé que debía visitarles para ofrecer mis condolencias a la familia.

—Es muy amable por su parte, señorita Langton, pero me temo que no hay familia a quien usted pueda dirigirse... El doctor Davenant era soltero, y estaba absolutamente solo en el mundo. Yo soy Brotherton, su criado.

—Oh... Me pregunto si... —dije— si podría pasar un momento... Me siento un poco mareada...

Y era la pura verdad, porque mis rodillas estaban temblando tanto que apenas me podía sostener en pie.

—Desde luego, señorita Langton. Por favor, sígame...

Dos minutos después me encontraba sentada en un salón cavernoso con un vaso de vino de Oporto en la mano y con el señor Brotherton revoloteando nerviosamente a mi alrededor.

—Esto debe de haber representado un gran golpe para usted, señor Brotherton.

Pude comprobar que agradecía notablemente que utilizara la palabra «señor» para dirigirme a él.

—Sí, señorita Langton, un gran golpe. Una gran desgracia. Tengo entendido que estaba usted presente en el momento del accidente...

—Sí —dije, agradeciendo la escasa luz de la estancia—, pero me temo que no tengo ni la menor idea respecto a lo que pudo ser la causa de la explosión. Nosotros ni siquiera sabíamos que el doctor Davenant estaba en la casa cuando todo ocurrió. ¿Puedo preguntarle cuánto llevaba usted con él?

—Veinte años, señorita Langton... desde que llegó a Londres.

—¿Y dónde vivió antes?

—En el extranjero, señorita Langton. Fue un gran viajero en su juventud.

—Tengo entendido que se vio envuelto en un incendio...

—Sí, señorita Langton. Ocurrió en Praga, no mucho antes de que yo entrara a su servicio. El hotel en el que estaba alojado se incendió... Tuvo suerte de poder escapar con vida. Desde entonces

siempre llevó guantes, incluso en casa, y lentes con los cristales oscuros, y se dejó crecer la barba... Me dijo que así la piel se regeneraba mejor.

—Su muerte debe de haber sido un duro golpe para sus amigos —sugirió.

—Supongo, señorita. El señor nunca me lo dijo, pero creo que cortó cualquier relación con sus antiguas amistades, a causa de sus heridas. Y durante los primeros años que estuve con él, casi siempre estaba fuera.

Miré a mi alrededor y mi pensamiento buscaba algo a lo que aferrarse. Si Magnus había conservado algo de su pasado, pensé, ¿qué podría ser? Los cuadros, al menos los que podía distinguir en la oscuridad, eran todos paisajes.

—¿Le gustaba al doctor Davenant la pintura? —dijo, con la esperanza de que me enseñara algunas salas de la casa.

—Ya lo creo, señorita Langton. Estaba muy interesado en ello. Cuando no estaba en su estudio, se le podía encontrar en su propia galería, en la planta de arriba. El señor Pritchard, el abogado del señor, me dijo ayer que la colección pasa al Estado.

—Su señor... —dijo, repentina e imprudentemente— mencionó que estaría encantado de mostrarme su colección... Desde luego, no podía imaginar que estaría aquí en semejantes circunstancias... tan trágicas...

El señor Brotherton sacó un pañuelo blanco de la manga y se enjugó los ojos. Me obligué a recordarme con dureza todo el mal que había hecho Magnus y esperé a que el hombre recobrara la compostura.

—Discúlpeme, señorita Langton. Nunca pensé que vería este día... Estoy seguro de que el señor no habría querido que yo la incomodara... Si se encuentra usted bien, ¿le importaría seguirme al piso superior?

Me condujo por un tramo de escalera de piedra; nuestros pasos resonaban con fuerza en aquella quietud, y llegamos a una habitación grande y con paneles de madera en las paredes, mucho más luminosa que la sala de abajo. Ingenuamente, yo esperaba encontrar óleos recubriendo todas las paredes, hasta el techo, pero había sólo una fila de cuadros colgados en la pared, y era muy evidente que se había pensado mucho dónde colocar cada uno. Fui avanzando en derredor, por toda la habitación, con el señor Brotherton a mi lado y con el pensamiento desbocado. El estudio parecía el lugar más apropiado para ocultar algo, pero... ¿qué razón podía esgrimir yo para que me permitiera entrar allí? Si simulaba un desmayo, ¿me dejaría en la casa sola e iría a buscar a un médico? Seguramente no. Llamaría a un criado para que fuera a buscar a un doctor. Pero podría pedirle que me permitiera tumbarme un poco... ¿Había otros criados en la casa? Parecía demasiado tranquila.

Yo había visto que la cinta de la campanilla se encontraba exactamente junto a la puerta por la que habíamos entrado. Casi habíamos llegado al extremo de la galería y yo me estaba preparando para derrumbarme a los pies del señor Brotherton cuando me vi frente a una pintura que representaba una gran casa solariega a la luz de la luna. Yo había pasado mecánicamente de lienzo a lienzo, sin darme cuenta apenas de lo que estaba viendo, cuando el descubrimiento de algo perfectamente conocido me golpeó como una bofetada en el rostro. Estaba mirando un cuadro de Wraxford Hall.

La luna resplandecía sobre la mole oscura de la casa, plateando las tejas de pizarra y brillando en las revueltas del camino como charcos de agua. Las ramas de los árboles aparecían aquí y allá, constantemente, amenazando con abalanzarse sobre la casa; las chimeneas, con los remates torcidos,

y sus acompañantes, los pararrayos, destacaban sus siluetas contra los brillos del cielo. Pero la mirada se dirigía, ante todo, hacia aquel hipnotizante fulgor anaranjado de la ventana en la primera planta, sólo ensombrecido por los trazos de las emplomaduras de los cristales; el fulgor reaparecía más débil en las dos ventanas adyacentes y aún más leve en las dos siguientes; más allá sólo había el pálido reflejo de la luz de la luna en los cristales. El cuadro no tenía título, pero la firma en la parte derecha, abajo, podía leerse claramente: «J. A. Montague, 1864».

—¿Cuánto...? ¿Sabe usted cuánto tiempo lleva este cuadro colgado aquí? —dije con voz temblorosa.

—Sólo unas pocas semanas, señorita Langton. Al doctor Davenant le gustaba cambiar los cuadros...

—¿Quiere decir usted que lo compró recientemente, hace sólo unas semanas?

—Supongo, señorita Langton. No me lo dijo. Aunque me pidió la opinión sobre ese cuadro, cuando estaba yo quitando el polvo aquí una mañana. «Bastante siniestro», me atreví a decir. Pero a él parecía gustarle.

—¿Y él...? ¿Sabe usted qué casa es esta?

—No, señorita Langton.

—Es mi casa: Wraxford Hall. El señor John Montague, el hombre que lo pintó, murió hace dos meses... ¿El doctor Davenant nunca le habló de él?

—No, señorita Langton. No que yo sepa...

—¿Ni de Magnus Wraxford?

—No, señorita... ¿Se refiere usted al caballero que fue asesinado?

—Eso cree todo el mundo.

El anciano guardó silencio durante unos instantes, observando con inquietud el cuadro y a mí.

—Me disculpará la señorita Langton, pero debemos continuar... Hay mucho que ver...

—Por supuesto —dije—. Ha sido muy amable al permitirme ver los cuadros.

Estaban dando las dos cuando bajaba tras él las escaleras, tan exaltada como aliviada. «Soy libre», pensé. «Puedo ir a Regent's Park a ver a Edwin: el peligro se ha desvanecido».

—¿Qué hará usted ahora? —le pregunté al señor Brotherton, oyendo en esas palabras el eco de la pregunta que Ada Woodward me hizo a mí.

—Gracias por su preocupación, señorita Langton, pero voy a recibir una buena provisión. El señor Pritchard tuvo la amabilidad de decírmelo...

—Me alegra saberlo —dije, pensando al tiempo cuán extraño resultaba que un hombre tan monstruoso pudiera ser generoso con su criado. Miré atrás, por la ventanilla, cuando el coche de punto comenzó su marcha y vi que el señor Brotherton estaba todavía en el pavimento, siguiéndome con la mirada.

Con el nerviosismo, me equivoqué al señalar la dirección por la que quería entrar al parque, así que llegué al lugar donde estaba Edwin por un lugar equivocado. Estaba sentado en un banco, al sol, moteado por los zarcillos de un sauce que comenzaba entonces a mostrar sus primeras hojas; toda su atención estaba fija en el sendero que conducía a la entrada, y no se volvió hasta que no estuve lo suficientemente cerca como para tocarlo. Su rostro se iluminó; se levantó y allí permanecimos en pie,

sin movernos, o eso me pareció, durante unos instantes, y entonces me descubrí con los labios besando los suyos, con mis brazos alrededor de su cuello y mis dedos enredándose en su pelo.

—Entonces... ¿me amas también? —dijo, cuando me aparté para mirarlo.

—Sí, sí... te amo —contesté, besándolo otra vez con pasión—. Y todo está bien. Davenant era Magnus, y tengo la prueba de ello: ahora podemos decirle a la policía lo que realmente ocurrió...

Me detuve al ver que su expresión cambiaba.

—Estaba contentísimo de verte —dijo, obligándome a sentarme junto a él en el banco—. Ya se me había olvidado todo eso... Dime qué has descubierto.

—El cuadro de la mansión que pintó John Montague está en la galería de Davenant.

Le conté la aventura matutina, pero aunque me tenía cogida la mano, la ansiedad se reflejaba en su rostro.

—No dudo de ti —afirmó—, pero eso no es una prueba. Cualquiera, incluida la policía, entendería que Davenant la compró en una subasta... es lo más sencillo. No; a menos que encontremos a alguien que pueda identificar el cadáver de Davenant y señale que es el de Magnus...

—Pero hay... —comencé, pero me detuve, comprendiendo la dificultad. Dejando aparte a Nell, Ada sólo daría un paso adelante si el caso ya estuviera esclarecido—. Lo que quiero decir es que hay mucha gente en Londres que conoció a Magnus lo suficientemente bien como para reconocerlo sin su disfraz.

—Sí, pero la policía no los llamará. Por lo que a ellos respecta, él es Davenant, y me temo que ese cuadro no les hará cambiar de opinión. La fuerza de la credulidad: en eso confiaba Magnus cuando regresó a Londres. Él era un actor consumado. Y disfrutaba con el riesgo... hasta el extremo de colgar esa pintura en el momento en el que oye que ha muerto el único hombre que podría delatarlo con toda seguridad. Además de utilizar un disfraz, él sabía que nadie podría reconocerlo porque nadie esperaba verlo... Para todo el mundo, él había muerto en la armadura, en Wraxford Hall.

»E incluso si, milagrosamente, el cuerpo fuera identificado como Magnus, tú no deberías contarle nada a la policía, porque ellos podrían acusarte aún de homicidio involuntario si consideran que no fue en defensa propia... Y, desde luego, podrían entenderlo así, porque nosotros habríamos cambiado nuestro relato de los hechos. No, mi querida niña, debes apartar eso de tus pensamientos. Ahora estás a salvo... —dijo, acercándose a él—. Magnus está muerto; tu conciencia no tiene que preocuparse por él nunca más...

—Pero me preocupo —dijo—, porque Nell está viva. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé...

—¿Y aún crees que ella puede ser tu madre?

—Sí, más que nunca.

—Y... ¿sabes cómo encontrarla?

—Sí —dijo—, pero... no puedo arriesgarme a delatarla...

Edwin me miró desconsoladamente.

—No sé qué decirte, querida... salvo que te quiero, y haré lo que sea para ayudarte, lo que quiera que decidas sobre Nell... Pero no debes decirle nada a la policía. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo, después de lo cual comenzó a besarme de nuevo, y yo lo olvidé todo... hasta que nos devolvió al mundo el ruidoso y escandalizado carraspeo de un caballero que pasaba por allí.

Edwin me acompañó prácticamente hasta la esquina de Elsworthy Walk; quería entrar en casa y solicitar la bendición de mi tío inmediatamente, pero le dije que eso sólo sería causa de un nuevo desastre... Y esa fue una frase que me resultó bastante desagradable mientras subía las escaleras de la puerta y me disponía a abrir con la llave cuando me encontré con Dora yendo de acá para allá en el recibidor, con el rostro demudado. Dos policías, me susurró, estaban esperándome en el salón; habían llegado diez minutos después de que saliera mi tío, y habían estado esperando durante una hora.

Cuando yo entré en la sala, estaban de pie junto a la ventana, escudriñando la calle. El primero, gigantesco y rubicundo, con patillas asombrosamente pobladas, era el sargento Brewer, con el que había hablado Edwin en Woodbridge. El otro, al que debían de haber elegido por contraste, se presentó en un tono funerario como el inspector Garret, de Scotland Yard: era un hombre alto y enjuto, con modales de director de pompas fúnebres. Declinaron mis ofrecimientos y se sentaron dando la espalda a la ventana, así que me vi obligada a acomodarme en el sofá, frente a la luz que iluminaba completamente mi rostro. Vi que mis manos estaban temblando visiblemente, así que las apreté con fuerza en mi regazo. El sargento sacó una libreta y un lapicero.

—Como comprenderá, señorita Langton —dijo el inspector—, necesitamos un relato lo más completo posible de los hechos acaecidos en este trágico... hum... accidente, y puesto que aún no contamos con su declaración... Me gustaría saber, señorita Langton, si podría comenzar preguntándole por qué creyó usted necesario unirse al equipo de investigación. Eso llamaría la atención de mucha gente, ya que parece bastante inusual que una joven soltera como usted decida acompañar a un grupo de caballeros a un lugar tan remoto y tan inhóspito.

—Sí, señor —dije, sintiendo que me ruborizaba y pensando demasiado tarde que no me había dirigido a él hasta ese momento como «señor»—, pero es mi casa, y yo estaba muy interesada en la tragedia de los Wraxford... que es en parte mi propia historia... quiero decir, la historia de mi propia familia.

—Muy interesada. Ya. Y... hum... ¿puedo preguntarle si allí hubo algún... entendimiento entre el señor Edwin Rhys y usted? ¿Son ustedes novios, quizá?

—Sí, inspector —dije, rogando a Dios que no me preguntara cuando habíamos llegado a ese compromiso.

Se quedó callado, para mi absoluta incomodidad, mientras el sargento anotaba algo en su libreta.

—¿Y se había encontrado usted con el doctor Davenant antes de esa... reunión?

—No, inspector —contesté, deseando detener aquel temblor de mi voz.

Me preguntó, paso a paso, por todo lo que había hecho desde el momento en que llegué a la mansión hasta la partida del resto de los caballeros.

—¿Y por qué se quedó usted con el señor Rhys, en vez de coger el coche? En su momento... —recordó pasando las hojas de su libreta— dijo usted que quería repasar algunos documentos familiares para el señor Craik.

—Sí, inspector —contesté, e imaginé que se lo había dicho Vernon Raphael.

—¿Puedo preguntarle qué documentos eran esos?

—Me refería a documentos que podrían interesarle al señor Craik —dije desesperadamente—. Creí que el siguiente carroaje no tardaría en llegar más de una hora o dos.

—¿Y qué hicieron el señor Rhys y usted durante todo ese tiempo? Quiero decir... hasta la explosión.

Aunque su tono era estudiadamente neutro, enrojecí por lo que parecía dar a entender.

—Yo... yo... estuve casi todo el tiempo en la biblioteca —dije finalmente—, intentando no pasar frío. Después de revisar los papeles, es decir... creo que me quedé dormida durante mucho rato...

—Ya —dijo el inspector en aquel mismo tono desconfiado.

Hojeó rápidamente su libreta durante una pequeña eternidad.

—El señor Rhys dice que bajó a la carbonera alrededor de las cinco, para coger más carbón —añadió—. ¿Puede usted decirnos qué ocurrió después?

Tenía la boca tan seca que apenas podía hablar.

—Esperé y esperé... no sé cuánto... hasta que se hizo de noche... Tenía miedo de que...

Entonces iba a ir a buscarlo cuando oí pasos en la galería...

—¿Y dónde estaba usted cuando los oyó? ¿En la biblioteca?

—Yo... yo... estaba buscando un farol, cerca de la puerta que da a la galería... donde estaba la armadura...

—¿Y los pasos? ¿Dónde se oían?

—Al otro lado de la puerta.

—¿Y no pensó usted que podría ser el señor Rhys?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque... porque... no parecían los suyos... Él habría subido por las escaleras y habría ido directamente a la biblioteca.

—¿Y luego?

—Luego hubo... hubo un gran destello de luz... Lo vi por la luz que entraba por debajo de la puerta... Y una explosión. Y... y... entonces corrí por la biblioteca y... y debí de tropezar y golpearme en la cabeza...

—¿No pasó usted a la galería en ningún momento?

Negué con la cabeza, pues no me atrevía a hablar.

—Entonces, señorita Langton, ¿cómo explica usted esto?

Abrió una pequeña caja de piel y sacó un jirón de tela, chamuscada y ennegrecida por un lado, pero perfectamente reconocible como la que yo había desgarrado de mi vestido.

—El sargento Brewer recuerda haber visto un vestido con el mismo dibujo de este jirón bajo su capa de viaje cuando usted y el señor Rhys fueron a la oficina de policía para dar cuenta del... accidente. Lo encontramos prendido en la armadura, junto al cadáver del doctor Davenant.

—No sé... —dije débilmente—. Debió de prenderse ahí a la mañana siguiente, cuando el señor Rhys y yo estuvimos examinando la armadura.

—Se habría dado cuenta usted.

—Yo... yo... yo... sí creo recordar que algo se prendió en mi vestido, pero no sabía que se había desgarrado... hasta después de la explosión... y entonces imaginé que había ocurrido cuando fui a buscar al señor Rhys...

—Ya. ¿Sería posible ver ese vestido, señorita Langton?

—Le diré a Dora, mi criada, que lo baje... Puede que aún lo tenga.

—Sería de gran utilidad para nosotros. Quizá usted pueda explicar las huellas de pisadas... bueno, parecen las suyas, en el suelo de la galería que aún quedó en pie...

—Es que... es que fui después de la explosión... después de haber recobrado el conocimiento... para ver lo que había ocurrido...

—¿Después? ¿Después de la explosión? Ya. —El tono de desconfianza era aún más notorio que antes—. Pero hay una zona de marcas... como si alguien hubiera estado tendido allí mientras se asentaba el polvo, y también hay varias huellas de manos... y las *mismas* huellas de pisadas, señorita Langton, pero que conducen sólo en una dirección: hacia *fuera* de la galería.

Dos pares de ojos me miraron fijamente mientras transcurrían interminables segundos acusadores.

—No sé... No puedo explicarme cómo... —dijo finalmente—. A menos que... quizás... me confundiera sobre el lugar en el que me desperté... de mi desmayo, quiero decir, después de que la chimenea se derrumbara... Debí de correr hacia la galería sin darme cuenta... Me temo que no puedo recordarlo... fue una conmoción tan grande... Me temo que eso es todo lo que puedo decirles.

—Ya —dijo el inspector gravemente—. ¿Está usted segura, señorita Langton, de que no hay nada que le gustaría añadir en su declaración?

Respiré profundamente, pensando que si quería hacer algo, era entonces o nunca.

—Sí, inspector, hay una cosa. He descubierto esta misma mañana que el doctor Davenant era realmente Magnus Wraxford. No murió en la mansión en 1868, como todo el mundo supone.

Los dos hombres se quedaron mirándome con indecible incredulidad.

—Delante de él, pero antes de saber quién era realmente, dije que tenía pruebas que podrían incriminarle... entonces debió de ocultarse... yo creo que no pudo encontrar el camino con aquella niebla tan densa... y encerró al señor Rhys en la carbonera. Quería matarnos a los dos y destruir las pruebas y huir...

—¿Y qué pruebas son esas? —preguntó el inspector con visible sarcasmo.

—Por entonces no las tenía. Era sólo... una intuición... Pero esta mañana fui a su casa... y cuando encontré el cuadro del señor Montague...

—Señorita Langton —me interrumpió el inspector—, está usted demasiado nerviosa. No la entretendremos más, por ahora. Pero tendré que hablar de nuevo con usted... Y debo pedirle que no abandone Londres sin decirnos exactamente dónde va y cuándo piensa irse. Y ahora, si puede usted pedirle a su criada que nos traiga ese vestido...

Todo lo que había leído sobre los horrores de la cárcel vino aquella noche a atormentarme: los portazos de las rejas de hierro, el repiqueteo de las cadenas, la oscuridad, el frío, la suciedad, los asquerosos hedores, los gritos de mis compañeras de celda, el rugido de la multitud mientras se me arrastraba, encapuchada, al cadalso... hasta que me desperté finalmente de aquellos terribles sueños, y permanecí tendida, esperando, mientras el alba comenzaba a brillar en otro perfecto amanecer, a que la policía viniera a llamar a la puerta. Yo había prometido encontrarme con Edwin a mediodía, y me di cuenta de que debía escribirle, con el primer correo, para decirle lo que había hecho, y por qué no acudiría a la cita, pero no pude dar con las palabras adecuadas, y después de romper en pedazos media docena de intentos, parecía bastante claro que no podía hacer nada, salvo intentar dormir... Hasta que Dora subió para decirme que había llegado una dama; se había negado a decir cómo se llamaba, pero dijo que le gustaría hablar en privado conmigo y que me esperaría en un banco que hay en lo más alto de Primrose Hill.

Con el corazón latiéndome violentamente, bajé las escaleras y salí por la puerta del jardín, y caminé por la hierba húmeda, con las gotas de rocío brillando como diamantes al sol, hasta que alcancé la cumbre de la colina y vi a una mujer vestida con un traje azul oscuro, con una capa de viaje cubriendo el banco en el que estaba sentada: aquella mujer, demacrada y aterradora, era la que me había abierto la puerta en casa de Ada Woodward. Se levantó y se acercó a mí, y entonces vi que estaba muy pálida.

—Señorita Langton... nos encontramos de nuevo. Mi nombre es... o era, hasta ayer por la noche, Helen Northcote, pero creo que usted me reconocerá mejor como Eleanor Wraxford.

La miré, incapaz de articular palabra, observando cada detalle de su apariencia. Vi que sus ojos tenían reflejos avellanados, veteados en verde. Y había un algo diferente en su voz, que sonaba más grave y más educada de lo que yo recordaba: el acento de Yorkshire había desaparecido.

—Cuando Ada me contó lo que usted le había dicho, y especialmente después de que viéramos las noticias en los periódicos, supe que no podíamos abandonarla a usted, aunque tuviéramos que pagar un alto precio. Vinimos a Londres ayer, pero la policía no le permitió ver el cadáver hasta por la tarde. Ella insistió en ir sola a Scotland Yard. Sólo pudo verlo cuando el inspector Garret regresó de su entrevista con usted. Y, con todo, aún tuvo que esperar varias horas más hasta que consiguieron encontrar a un caballero muy anciano llamado Veitch, que había sido antaño el abogado de Magnus, para confirmar la identificación. Será suficiente añadir que el inspector ha deducido, o eso le dijo a Ada, que Magnus intentó volar la mansión y murió cuando la carga explotó antes de tiempo...

No pude evitar sonreír: el inspector había acabado apropiándose de una teoría que él mismo había despreciado y considerado como una locura sólo unas pocas horas antes.

—Y por entonces, señorita Langton —continuó—, ya era demasiado tarde para avisarla a usted. Ada lamenta no poder estar aquí: le era imprescindible coger el primer tren de regreso a casa.

—Por favor, llámeme Constance... ¿Entiende la policía ahora que usted es completamente inocente?

—La orden de detención sobre Eleanor Wraxford se retirará, sí. Es un sentimiento muy extraño, después de prepararme durante veinte años para lo peor... Pero antes de decirle nada, tiene que contarme su propia historia, ahora que ya lo sabe todo sobre la mía...

Y así, comenzando con la muerte de Alma, reviví para ella el largo camino que me había traído hasta donde me encontraba, con la ciudad a nuestros pies y el brillante hilo del río corriendo a través de la urbe, hasta que cerré el círculo con la visita del día anterior a Hertford Street, mi noviazgo con Edwin y los terrores de la noche previa, todos ellos disipados en ese momento.

—Ahora comprendo... —dijo finalmente— por qué pensaba usted que podría ser mi hija, y por qué deseaba que así fuera... Y si yo me hubiera desprendido de Clara, como usted suponía, yo también lo creería; y no sólo porque usted me recuerda mucho a mí misma cuando era joven, sino por la simpatía que ha sentido hacia mí. Pero... mi querida Constance, no es usted mi hija. Ella está viva y está bien; creo que pudo usted verla un instante justo antes de que cerrara la puerta... Es lo que tenía que hacer, por su bien. Su nombre es Laura Woodward, y ella cree que Ada es su madre... y que perdió a su adorado padre, George, hace diez años.

Las lágrimas anegaron mis ojos, aunque intentaba apartarlas parpadeando. Me cogió la mano, acariciando amablemente los dedos.

—Ya ves: no tenía otra posibilidad. Todo... o casi todo... ocurrió como tú imaginaste. Cuando

Lucy y yo salimos de Munster Square por última vez con Clara, Lucy no vino conmigo a Shoreditch, como escribí en aquel diario; la dejé en otro coche que la llevaría a la estación de Paddington, mientras yo iba con Clara a St Pancras, donde Ada me estaba esperando. Todo estaba preparado: ella solía escribirme a un apartado de correos, a una pequeña y triste oficina que hay en Marylebone, adonde yo estaba segura de que Magnus jamás iría a indagar. George no estaba en Whitby por entonces; tenía un trabajo temporal en Helmsley, a treinta millas, y allí fue donde Ada se llevó a Clara, mientras yo iba a Wraxford Hall.

»La noche en la que la señora Bryant murió, yo no fui a la galería. Quería ir, pero me faltó valor al final. Todos estos años me he estado preguntando cómo moriría... y ahora lo sé.

La miré con gesto inquisitivo.

—Magnus debió de haber falsificado aquellas notas que a ella y a mí nos sugerían encontrarnos en la galería. Y yo estuve a punto de hacer lo que él quería que yo hiciera: esconderme en algún lugar cercano. Y entonces... La señora Bryant estaba encaprichada de él, y él con frecuencia la sometía a sesiones de mesmerismo. Ella ni siquiera había leído la nota que se encontró en su habitación; esa nota se dejó allí después, simplemente para incriminarme a mí. Puede que él le propusiera a la señora Bryant una cita secreta, o que le inculcara una sugestión en estado de trance: creo que el doctor Rhys dijo que parecía como si la señora estuviera caminando sonámbula. Y así fue como ella acudió a la galería a medianoche. Si yo *hubiera* estado observando, con toda seguridad jamás habría dejado que me viera. Entonces probablemente la tapa de la tumba comenzó a abrirse, tal y como usted comprobó la otra noche. El susto, al ver aquello, pudo ser suficiente para matarla, o quizás algo la aterrorizó...

—El fantasma del monje —dijo, recordando la historia de aquel obrero que contó John Montague —. Así era como se disfrazaba Magnus... pero no entiendo... ¿Por qué quería Magnus que usted estuviera allí? Usted podría denunciarlo...

—Sí. ¿Y quién me hubiera creído? Para cuando llegara alguien, Magnus habría cerrado la tumba y habría desaparecido en el túnel... Recuerde que había ido a dar un paseo a la luz de la luna, o eso había dicho, un poco antes de medianoche... ¿Y qué habría encontrado quien llegara allí en aquel momento? A la señora Bryant muerta y a mí junto a su cadáver, gritando como una loca que había visto el fantasma de un monje. Me habrían llevado con una camisa de fuerza, y Magnus habría interpretado a la perfección su papel de esposo apesadumbrado...

Se detuvo y suspiró profundamente.

—¿Por qué se casó con él?

No tenía la intención de preguntar de un modo tan áspero, y cuando vi que no me contestaba inmediatamente, deseé no haber hecho la pregunta: había parecido casi una acusación.

—Creo... —dijo finalmente—, creo que en la única ocasión en la que tuvo éxito en sus sesiones de mesmerismo conmigo, obtuvo alguna preponderancia sobre mi pensamiento; siempre que intentaba reunir el valor para decirle que no podía casarme con él, un coro de voces surgía en mi cabeza: «Pero es tan amable... es tan atento, tan inteligente, tan encantador... ¿Cómo no vas a amar a un hombre como él? ¿Y qué será de ti si no te casas con él? ¡Estarás absolutamente sola en el mundo!». Y fue muy tarde, en el viaje de novios —añadió con un leve temblor—, cuando se me cayó la venda de los ojos.

Permaneció en silencio durante unos instantes, mirando impasible el horizonte.

—Intenté convencerme a mí misma —continuó—, cuando ya era demasiado tarde, de que se

había casado conmigo por mi «don», como él lo llamaba. Pero, ya ve usted, yo pensé que su escepticismo era simplemente otra de sus máscaras; pensé que él realmente creía en... poderes sobrenaturales, y probablemente sólo quería utilizar los míos para alcanzar sus propios fines. Cuando, en realidad... él se veía a sí mismo como un dios.

—No, no... —dijo, como si estuviera respondiendo a una objeción imaginaria—. Estoy segura de que mis «visitas» le intrigaban; pero creo que lo que le atrajo fundamentalmente de mí fue mi resistencia a sus sesiones de hipnotismo; porque había fracasado en dos ocasiones a la hora de practicar el mesmerismo conmigo, y, me temo, también porque me deseaba... Y por esa razón me odió mucho más cuando descubrió cuánto lo detestaba.

—¿Y... las «visitas»? —pregunté dubitativamente—. ¿A aquella en que se vio a usted misma y a Clara fue la única que usted se inventó para aprovecharse de la credulidad de Magnus?

—Sí. Esa fue la única.

—¿Y volvieron a suceder...?

—No —dijo con ironía—, y tampoco volvieron aquellos insoportables dolores de cabeza que solían acompañarlas. Aquella caída en las escaleras... Recuerdo que creía que aquello había producido una fisura en mi mente, lo suficientemente ancha para poder atisbar el mundo del más allá... un mundo que jamás habría querido ver. Pero esa grieta volvió a cerrarse... Algunas veces pienso que se debió a la conmoción por la muerte de Edward. Y siempre me preguntaré si debería haberle dicho algo sobre aquella visión, y si él habría sido más precavido si lo hubiera hecho.

—¿Cree usted que Magnus tuvo algo que ver en la muerte de Edward? —me atreví a preguntar, más dubitativa aún.

—No lo sé. Edward era lo suficientemente atrevido como para haber escalado aquel cable por su propia voluntad, pero Magnus pudo perfectamente haberle animado a hacerlo, o incluso... en fin, procuro no pensar en ello.

—Lo siento —dijo—. No debería haberle preguntado...

—No importa: siempre lo tengo en el pensamiento.

—¿Cómo escapó usted de la mansión? —pregunté, tras unos momentos de silencio.

—De un modo muy parecido al que usted imaginó: salí de la mansión al amanecer de la mañana siguiente, con un traje y un sombrero de Lucy. El disfraz era suficiente para pasar como la criada de una dama. Habría sido demasiado peligroso ir directamente a Yorkshire, de modo que había reservado una habitación, bajo el nombre de Helen Northcote, en un hotel barato de Lincoln. Aún estaba allí cuando empezaron a aparecer las primeras noticias en los periódicos, y entonces me di cuenta de que todo el tiempo que yo había estado planeando mi huida de Magnus, él lo había empleado en tejer una horca para mí.

—Sí —dijo—, pero... ¿por qué mató a la señora Bryant la noche anterior a la sesión de espiritismo? Había hecho todos aquellos preparativos, y había llevado a la gente a la mansión...

—Porque... —y se detuvo, como si estuviera buscando las palabras— porque todos aquellos preparativos estaban destinados a hacer creer a todo el mundo que él efectivamente había desaparecido en el interior de la armadura. Ahora que sé que estaba viviendo una doble vida como Davenant, todo tiene sentido finalmente. La mansión estaba cargada con muchas deudas; él ya había convertido las diez mil libras de la señora Bryant en diamantes: aquel cheque fue su condena a muerte. Otro hombre podría haber intentado seguir sacándole dinero a la señora, pero creo que para

Magnus el dinero era más un medio que un fin; sólo deseaba el poder: poder y venganza. Si me hubieran arrastrado a un manicomio aquella misma noche, estoy segura de que habría insistido en intentar el experimento de todos modos. Me lo imagino diciendo: «Se lo debemos a la memoria de la señora Bryant». Y Magnus Wraxford habría desaparecido, sin dejar nada detrás, salvo cenizas. Pero cuando su plan original se torció, vio que podía utilizar la muerte de Magnus Wraxford para desatar una venganza aún más terrible contra mí.

—Y, durante todo este tiempo, ¿creía usted que él estaba todavía vivo?

—Sí... vivo y buscándome. Solía tener una pesadilla horrible, una de tantas, en la que yo me encontraba en un cadalso, con la soga rodeando ya mi cuello, y veía a Magnus sonriéndome desde las sombras. Nunca pensé que podría escapar de él, pero estaba decidida a conseguir que Clara se salvara. Y así fue como Ada y George, por mi insistencia, llegaron a ser padres. Dejaron que los criados de Helmsley pensaran que Laura (así la llamamos ahora) era una huérfana a quien habían acogido, pero cuando a George le ofrecieron un puesto en Whitby un año más tarde, ellos comenzaron a hablar de Laura como si fuera su propia hija, y nadie lo puso en duda. Ada le dio referencias a Helen Northcote, y después de tres años como ama de llaves en Chester (los años más largos de mi vida), regresé a Whitby como dama de compañía de Ada.

—Debe de haber sido terriblemente duro para usted —dijo—. Quiero decir... saber que la podían detener en cualquier momento...

—Sí —dijo simplemente—. Laura sabe que la quiero, pero siempre he ocultado algo de mí. Prepararse para lo peor, cada vez que un extraño llama a la puerta, deja huellas en una... como puede usted ver...

»Es extraño... o quizás no... que Laura haya crecido pareciéndose tanto a Ada, con su carácter dulce y tranquilo, sin parecerse en nada a mí, e incluso con un don natural para la música, el cual ciertamente yo no poseo. Nadie dudaría jamás de que son madre e hija. Y ahora... gracias a usted, todos esos nubarrones se han alejado de nuestras vidas...

»Ha arriesgado usted su vida por mí —dijo, cogiéndome la mano una vez más—; y ha estado a punto de ir a la cárcel por mí. Nunca la olvidaré. Vine a Londres dispuesta a revelarme como Eleanor Wraxford, si no había otro medio de protegerla a usted. Pero, gracias a Dios, eso no ha sido necesario. La policía ha considerado que no es necesario que el nombre de Ada aparezca para nada en el caso, y Laura no tiene por qué saber nada.

—Pero —dijo— usted querrá que todo el mundo sepa quién es usted realmente... ¿De qué otro modo puede limpiarse su nombre?

Se mantuvo en silencio durante unos instantes, observando con la mirada perdida la ciudad.

—Magnus adoraba el poder —dijo finalmente—. El poder de engañar a quien quisiera, de hacerles creer, sentir e incluso ver lo que él quería que todos creyeran, sintieran o vieran. Si ellos no sucumbían a su poder, a ojos de Magnus merecían morir. Y de todo ese terror y toda esa crueldad nació Laura. No hay nada de Magnus en ella. La herencia de los padres no siempre se manifiesta; algunas veces la sangre nace limpia o no se tiñe nunca con los males de sus ancestros.

»Pero el mundo, Constance, no ve las cosas así. La visión de Magnus y la del mundo tienen más en común de lo que nos gustaría admitir. Podría gritar mi inocencia desde cada uno de esos tejados, y la gente aún me creería culpable de algo. No: Eleanor Wraxford será siempre «aquella mujer que mató a su marido»... o a su hija. ¿Y qué podría decir de Clara? Si Laura llegara a saber cómo me llamo

realmente, con seguridad acabaría averiguando la verdad.

—Pero... ahora no hay ninguna razón para ocultarle nada... ¿no preferiría saberlo? Eso significaría tener dos madres que la adorarían, en vez de una.

—Sí, pero, en vez de recordar a su padre como un hombre amable y cariñoso, tendría que aceptar que es la hija de un monstruo que se deleitaba en la crueldad, que acabó con la vida de no sabemos cuántas personas y que nunca le importó nada en absoluto. ¿Realmente cree que le gustaría saber eso?

—No, pero... hay una posibilidad... —dije tímidamente—. Si usted me permite ser Clara, podría decir que me entregó a otra familia... exactamente tal y como entregó a Clara a Ada, para protegerme, y ahora nos hemos encontrado de nuevo... Laura podría seguir siendo la hija de Ada, y... y a mí me encantaría tenerla a usted como madre. No se lo diría a nadie, lo prometo, y así Laura podría ser mi hermana...

Mi voz se quebró al final de la frase, y las lágrimas anegaron mis ojos de nuevo. Ella me abrazó y me acarició el pelo y me susurró aquellas palabras de consuelo que tanto había deseado oír en labios de mi propia madre, y me encontré absolutamente incapaz de dejar de llorar hasta que empapé su hombro con mis lágrimas y me tranquilicé en sus brazos, sintiendo el calor del sol en mi espalda y deseando que aquel momento durara para siempre. Pero supe que tendría su respuesta en cuanto levantara la mirada.

—Lo que dices es sólo un sueño feliz, Constance, y no puede ser... El secreto nos separaría a todas: acabaríamos susurrando en las esquinas y más pronto que tarde Laura acabaría sospechando lo que habíamos hecho. No tuve otra elección cuando le entregué a mi hija a Ada: sería imperdonable engañarla una segunda vez.

»No: Eleanor Wraxford desapareció hace veinte años, y ya no volverá jamás. Yo soy Helen Northcote, y así me quedaré, y el secreto que te ruego que guardes, si lo deseas, es que tú y yo nos encontramos aquí esta mañana.

Se levantó, y me ayudó a levantarme. Allí estuvimos de pie, durante mucho tiempo, mirándonos.

—¿Nunca la volveré a ver? —dije.

—Siempre pensaré en ti —contestó, y me abrazó por última vez, antes de que se volviera y se alejara por la colina hacia el mar de tejados que se veía allá abajo, con la cúpula de San Pablo elevándose sobre la bruma de innumerables chimeneas.

Mi fantasía del inframundo, el que estaba debajo del suelo de la cocina, con sus interminables túneles extendiéndose en la oscuridad, volvió a mi pensamiento mientras observaba cómo se alejaba Nell, recordando cuán a menudo había mirado aquella cúpula cuando era niña. Mis pensamientos regresaron a Edwin, que quizás ya estaba esperándome en los jardines junto a la iglesia, pero me quedé en la colina, mirando cómo se empequeñecía la figura de Nell... mucho tiempo después de que hubiera desaparecido de mi vista.





JOHN HARWOOD. Estudió literatura y filosofía en las universidades de Tasmania y Cambridge. Profesor en la Universidad de Flinders, en Australia, dejó este trabajo para dedicarse de lleno a la escritura. Ha escrito ensayos, poesía, biografías, crítica literaria y novelas. Respecto a estas últimas, su género es el de misterio clásico.

Notas

[1] El Foundling Hospital fue una de las grandes instituciones caritativas victorianas: fundado en 1739 por un filántropo llamado Thomas Coram, estaba destinado a proteger y educar a los niños abandonados. El imponente edificio se encontraba en el céntrico barrio londinense de Holborn, donde hoy está el parque de Coram's Fields. El hospicio fue demolido a principios del siglo XX y la institución se trasladó posteriormente a Surrey y Hertfordshire. [Todas las notas son del traductor].

<<

[2] Job 1, 21. <<

[³] Se trata del famosísimo *Dictionary of the English Language* (1755), del erudito Samuel Johnson (1709-1784). Era tan popular que los ingleses solían denominarlo así: «Dr Johnson's Dictionary».

<<

[4] Los poetas Percy Bysshe Shelley (1792-1822) y George Gordon, lord Byron (1788-1824), eran paradigmas del Romanticismo, pero también de una conducta desordenada e inmoral a ojos de los severos victorianos. <<

[5] La protagonista se refiere a la historia de la ninfa Perséfone, raptada por Hades, dios de los infiernos. Deméter, madre de la joven y diosa de la Naturaleza, lo abandonó todo por buscarla, y una gran desolación se cernió sobre la tierra, hasta que Zeus obligó a Hades a devolverla al mundo. Hades prometió hacerlo con la condición de que la ninfa no comiera nada durante el trayecto; engañada, Perséfone comió seis semillas de granada (o cuatro, o una, dependiendo de las tradiciones), y por esa razón tuvo que repartir su vida entre el mundo subterráneo y la tierra. Así explicaba la mitología los ciclos estacionales de los cultivos y las plantas. El barquero Caronte y el can Cerbero son también personajes infernales de la mitología clásica. <<

[6] La mitología griega aseguraba que los campos del Hades estaban atestados de este siniestro arbusto: se consideraba el alimento de los muertos y en la Antigüedad se solía plantar junto a las tumbas. Es la planta consagrada a Perséfone. <<

[7] Summerland o Summer Land, un lugar maravilloso donde reinaban la belleza y la paz, era el colmo de la vida ultraterrena. Estas ideas se deben al filósofo y místico Emanuel Swedenborg (1688-1772), y fueron adoptadas por el espiritista, «hipnólogo» y clarividente Andrew J. Davis (1826-1910), autor de *The Great Harmonia* (seis vols.; 1850-1861) y *A Stellar Key to the Summerland* (1868). [<<](#)

[8] La biblioteca privada de préstamos más importante de Bloomsbury y Oxford Street, cerca de donde vivía Constance, era la de Charles Edward Mudie (1818-1890). La suscripción costaba una guinea al año; a cambio, el suscriptor podía sacar todos los libros que quisiera, de uno en uno. Los establecimientos de Mudie (Select Library) tuvieron un gran éxito, y su propietario llegó a convertirse en editor del poeta J. R. Lowell y del ensayista R. W Emerson. [<<](#)

[9] «All Things Bright and Beautiful» es un famosísimo himno anglicano escrito por la irlandesa Cecil F. Alexander (1818-1895); apareció en la colección *Hymns for Little Children* (1848), cuyo éxito obligó a reimprimirla en veinte ocasiones sólo en el siglo XIX. <<

[¹⁰] El himno «Abide with me» (1847) se debe al escocés Henry F. Lyte (1793-1847). <<

[11] Juan 20, 29. Se trata del famoso episodio de la incredulidad del apóstol Tomás. <<

[¹²] «O God, Our Help in Ages Past» es un himno basado en el salmo 90; la letra es del «padre de la himnología inglesa», Isaac Watts (1674-1748), y la música, de William Croft (1678-1727). <<

[¹³] «Lead, Kindly Light»: himno de John H. Newman (1801-1890); la música era de John B. Dykes (1823-1876). A continuación se cita el himno «The Lord's My Shepherd» («El señor es mi pastor», basado en el salmo 23, y con música de William Gardiner en 1812. <<

[¹⁴] Se refiere, naturalmente, a la ola de asesinatos cometidos por Jack el Destripador. Los cinco crímenes tradicionalmente atribuidos a este asesino se encuadran entre el 31 de agosto y el 9 de noviembre de 1888. <<

[¹⁵] Los priest's holes o «escondrijos de los curas» eran lugares ocultos que se construyeron en algunas mansiones rurales para proteger a los sacerdotes católicos de las persecuciones anglicanas instigadas por la reina Isabel I de Inglaterra a partir de 1558. Carlos II (1630-1680) recuperó el trono para la monarquía tras las guerras civiles y la república de Oliver Cromwell (1599-1658). [<<](#)

[¹⁶] Se trata del soneto «On first looking into Chapman's Homer», de John Keats (1795-1821), incluido en *Poems*, de 1817; el fragmento al que se refiere el personaje es este: «*Then felt I like some watcher of the skies /When a new planet swims into his ken;/ Or like stout Cortez when with eagle eyes /He star'd at the Pacific and all his men /Look'd at each other with a wild surmise*» («Me sentí entonces como el observador de los cielos cuando descubre un nuevo planeta, o como el gran Cortés cuando observó el océano Pacífico con sus ojos de águila, y todos sus hombres se miraron con indecible asombro»). Joseph Turner (1775-1851) es, evidentemente, el gran pintor romántico de las nebulosas londinenses y los escenarios sublimes. <<

[¹⁷] Myles Birket Foster (1825-1899) fue uno de los grandes ilustradores y acuarelistas victorianos, especialmente valorado por sus escenas campestres y costumbristas. <<

[18] «*Break, break, break, / On thy cold gray stones, O Sea!*». Son los primeros versos de un poema de Alfred Tennyson (1809-1892) sobre la añoranza de lo perdido; sus últimos versos dicen: «Rompe, rompe, rompe a los pies de los acantilados, oh, mar, que los dulces encantos del día que murió ya nunca volverán a mí». <<

[¹⁹] «*The dread of something after death*», *Hamlet* (III, i); el verso se encuentra en el famoso monólogo del protagonista: «To be, or not to be...». [<<](#)

[20] *The Borough* (1810) es un extenso poema de George Crabbe (1754-1832), natural de Aldeburgh, como el narrador de este segundo libro. La historia de Peter Grimes narra la vida de un pescador, acusado de asesinato y amargado por las severas relaciones sociales de la aldea. <<

[21] «*For the sword outwears its sheath, /And the soul outwears the breast...*». Son dos versos del poema «So, we'll go no more a roving» («No volveremos a caminar juntos») (1817), de lord Byron.

<<

[22] El médico alemán Franz Anton Mesmer (1734-1815) dio nombre a esta doctrina pseudocientífica, que mezclaba la hipnosis, la astrología, y los rudimentos de la electricidad y el magnetismo («magnetismo animal»), mediante la cual se pretendían curar afecciones e incluso dominar las voluntades ajenas. La doctrina del mesmerismo tuvo mucho éxito a finales del siglo XVIII y principios del siguiente, pero pronto cayó en desgracia y, a mediados del XIX ya nadie creía en esas técnicas, completamente devaluadas y desestimadas por la ciencia. <<

[23] Se trata de un famoso cuadro de Turner, en el que aparece una máquina de ferrocarril avanzando en medio de la lluvia y cruzando un puente. Se presentó en la Royal Academy en 1844. [<<](#)

[24] El científico inglés William Snow Harris (1791-1867) dedicó toda su vida al estudio de la electricidad, el galvanismo y el magnetismo; escribió varios manuales sobre la electricidad y en 1843 publicó *Thunderstorms*, sobre las tormentas eléctricas naturales: este es el texto al que se refiere el personaje. <<

[25] En 1770, el alemán Johann W. Ritter von Kempelen (1734-1804) presentó en la corte de la emperatriz María Teresa de Austria un autómata del que se decía que podía jugar al ajedrez. El maniquí adosado al mecanismo iba ataviado con turbante y ropajes exóticos, de ahí que el autómata se conociera con el nombre de «El Turco». En realidad, todo era un fraude: el mecanismo no servía más que para ocultar a un experto ajedrecista que manejaba el aparato. El Turco le ganó una partida a Napoleón en París, pero perdió contra Benjamin Franklin en Londres. <<

[26] Se refiere a los acantilados de Dover, citados en El rey Lear (IV, i): «... *half way down,/ Hangs one that gather samphire: dreadful trade*» («Colgado a mitad del acantilado cuelga el que recoge hinojo marino: ¡terrible oficio!»). <<

[27] El clérigo alemán Johann Heidenberg, más conocido como Johann Trithemius o Tritemio (1462-1516), desarrolló parte de su obra en torno a la astrología, la alquimia y la magia, por lo cual se le considera uno de los padres del ocultismo. Su trabajo más popular es la obra de códigos titulada *Steganographia* (1606). [<<](#)

[28] Job 38, 35. [<<](#)

[29] Apocalipsis 8,5. <<

[³⁰] El médico inglés John Elliotson (1791-1868), frenólogo y mesmerista, fue uno de los principales impulsores de la doctrina de Mesmer en Inglaterra; estaba especialmente interesado en el desarrollo terapéutico del mesmerismo. Sus críticos, en el comité del hospital donde trabajaba y en otras instituciones, le obligaron a demostrar sus teorías: fracasó y no tuvo más remedio que abandonar su puesto en el hospital. <<

[³¹] *Grime* significa «suciedad», «mugre» <<

[³²] En *Doctor Faustus* (esc. XIV), de Christopher Marlowe (1564-1593). <<

[³³] Mateo 6, 29; Lucas 12, 27. <<

[34] La *sensational literature* (o las *sensation novels*) era un género de ficción muy común en la segunda mitad del siglo XIX inglés, heredero de la novela gótica y melodramática del Romanticismo. Wilkie Collins, Ellen Wood, Charles Reade o Elizabeth Braddon son algunos de sus principales representantes; el crimen, la locura, los secretos familiares, las mujeres malvadas, las dobles identidades o el terror «gótico» formaban parte de sus argumentos. [<<](#)

[³⁵] Los libros azules (*Blue books*) eran compendios de leyes parlamentarias, de ordenanzas militares, de informes oficiales, de documentos diplomáticos, de árboles genealógicos, etcétera. La única razón de su nombre es que los antiguos informes legales de los Comunes se encuadernaban con tapas azules. [<<](#)

[36] A las *hag-stones* o piedras de las brujas se les atribuían poderes benéficos: especialmente, mantener alejados a los espíritus y a los súcubos, y evitar las pesadillas. <<

[37] Charles Lyell (1797-1875) publicó en los años treinta sus *Principios de Geología*, donde avanzaba teorías sobre la creación y extinción de las especies; el filósofo e historiador francés Joseph Ernest Renan (1823-1892) publicó en los años sesenta una polémica *Vida de Jesús*, en la que negaba el carácter sagrado del profeta; los famosos *Vestiges of the Natural History of Creation* se publicaron anónimamente en Inglaterra, en 1884; también en este ensayo se avanzaban las ideas evolucionistas que posteriormente culminarían en la obra fundamental de Charles Darwin (1809-1882): *Sobre el origen de las especies* (1859). Como es comprensible, todos estos trabajos pusieron a prueba las creencias religiosas tradicionales en la segunda mitad del siglo XIX. <<

[³⁸] En la tragedia shakesperiana *El rey Lear* (III, II), el rey y el bufón se encuentran en medio de la tormenta, en el monte. <<

[³⁹] Bond Street era en el siglo XIX la calle con los establecimientos más caros y elegantes de Londres, donde se apañaban los holders o proveedores habituales de la Corona así como las galerías de arte más exclusivas de la ciudad. En la actualidad conserva este carácter elitista. <<

[⁴⁰] John Everett Millais (1829-1896), uno de los artistas más relevantes de la escuela prerrafaelita y autor del famosísimo *Ofelia* (1852), fue elegido miembro de la Royal Academy of Arts en 1853. <<

[⁴¹] Alexis Didier (1826-1866) fue el vidente hipnotizado más asombroso de su tiempo. Sometido a distintas pruebas en Francia y en Inglaterra, sus resultados siempre fueron espectaculares. Nadie pudo demostrar que sus increíbles números fueran fraudulentos, aunque probablemente no eran más que meros trucos de magia. [<<](#)

[⁴²] La Royal Society of London for Improving Natural Knowledge (Real Sociedad de Londres para el Fomento de las Ciencias Naturales) se fundó en 1660. Es la sociedad científica más antigua del Reino Unido y, aunque se trata de una institución privada, ejerce de hecho como Academia de Ciencias del país. [<<](#)

[⁴³] Se trata de un experimento eléctrico desarrollado por vez primera en la Universidad de Leyden (act. Países Bajos) a mediados del siglo XVIII. Consta de una botella, recubierta de estaño, en la que se introducen láminas metálicas; este aparato tiene la propiedad de absorber y retener la electricidad. Después, esa carga eléctrica retenida puede dirigirse hacia el exterior. En la época, para demostrar el poder de la electricidad, solían realizarse descargas espectaculares y muy vistosas en lugares públicos utilizando estas botellas de Leyden. <<

[⁴⁴] El proverbio original inglés dice: *Blood is thicker than water* (La sangre es más densa que el agua), y significa que los lazos familiares (la sangre) son más fuertes que las relaciones con extraños (el agua que corre). La protagonista enuncia el proverbio negativamente. <<

[⁴⁵] La licencia especial (*special licence*), concedida por el arzobispado de Canterbury en las ceremonias anglicanas y por el Registro General en las ceremonias civiles, permitía, entre otras cosas, que los contrayentes celebraran la boda en un lugar en el que no tenían fijada la residencia. <<

[⁴⁶] Paddington era el nombre común de la estación de ferrocarriles de la compañía Great Western Railway, que cubría los trayectos del suroeste de Inglaterra y Gales. <<

[⁴⁷] Robert Harper, que vivía en el número 62 de Ivydale Road, era uno de los cincuenta o sesenta espiritistas y videntes que ejercían como médiums en Londres en esas fechas. En la tarjeta de este farsante se podía leer: «Exámenes psicométricos para diagnósticos de enfermedades, y tratamiento mediante mesmerismo y sonambulismo. También a distancia». [<<](#)

[48] El cordial Godfrey era el jarabe tranquilizante más popular de la época y contenía opio (láudano), melaza, agua y especias. En la actualidad se estima que cientos y miles de niños en el Reino Unido fueron envenenados involuntariamente por sus madres con esta droga. <<

[49] El fuego de San Telmo es en realidad una descarga eléctrica (con apariencia de llama azulada) que se mantiene en los objetos puntiagudos cuando hay tormenta y las nubes están muy bajas. El rayo en bola es un fenómeno aún más curioso y casi inexplicable: se genera durante las tormentas, probablemente es de origen eléctrico y tiene la forma de una pelota luminosa que parece moverse con las corrientes de aire; cuando entra en contacto con algo, implosiona y se comporta como un rayo, aunque en general se describe como una descarga menos devastadora que el rayo común. <<

[50] Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) es uno de los grandes poetas ingleses de todos los tiempos y una referencia imprescindible del Romanticismo europeo. Junto a William Wordsworth (1770-1850) escribió las famosas *Lyrical Ballads* (1798). El poema al que se refiere el personaje es *Dejection: an Ode* (1802). [<<](#)

[51] Es un tipo de pistola de cañón corto. Debe su nombre al fabricante americano de armas Henry Derringer (1786-1868), que las hizo muy populares en el siglo XIX. <<

[52] Es el Tide Mill, el molino de agua del río Deben, uno de los edificios emblemáticos de Woodbridge. <<

[53] El fisico británico Michael Faraday (1791-1867) inventó la llamada «jaula de Faraday» (*Faraday cage*), que consistía en una rejilla metálica que rodeaba los dispositivos eléctricos, de modo que las descargas de dichos dispositivos no puedan salir de la «jaula» y, al tiempo, las descargas exteriores no puedan afectar a los artefactos que se hallan «enjaulados». [<<](#)

[⁵⁴] El poeta y ensayista John Donne (1572-1631) ha sido siempre una referencia filosófica en Inglaterra. La frase en cuestión aparece en *Devotions Upon Emergent Occasions and Death's Duel* (1624), en la «meditación» XVII <[<](#)

[55] Frank Podmore (1856-1910) era un famoso investigador de sucesos paranormales y escribió algunos libros al respecto, como *Mesmerism and Christian Science* (1909), *Apparitions and Thought-Transparence* (1892) o *Phantasms of the Living* (1886). <<

[56] De nuevo, se trata de una referencia a los crímenes de Jack el Destripador, nunca aclarados ni resueltos. <<

[57] Charles Dickens era un ferviente partidario de la realidad de las combustiones espontáneas e introdujo uno de estos casos en su novela *Bleak House* (*Casa desolada*, 1853); además, mantuvo una controversia pública al respecto frente a los escépticos. <<

[58] Jano es el dios romano de las dos caras contrapuestas. <<

[⁵⁹] Fellow of the Royal Society (Miembro de la Royal Society). <<